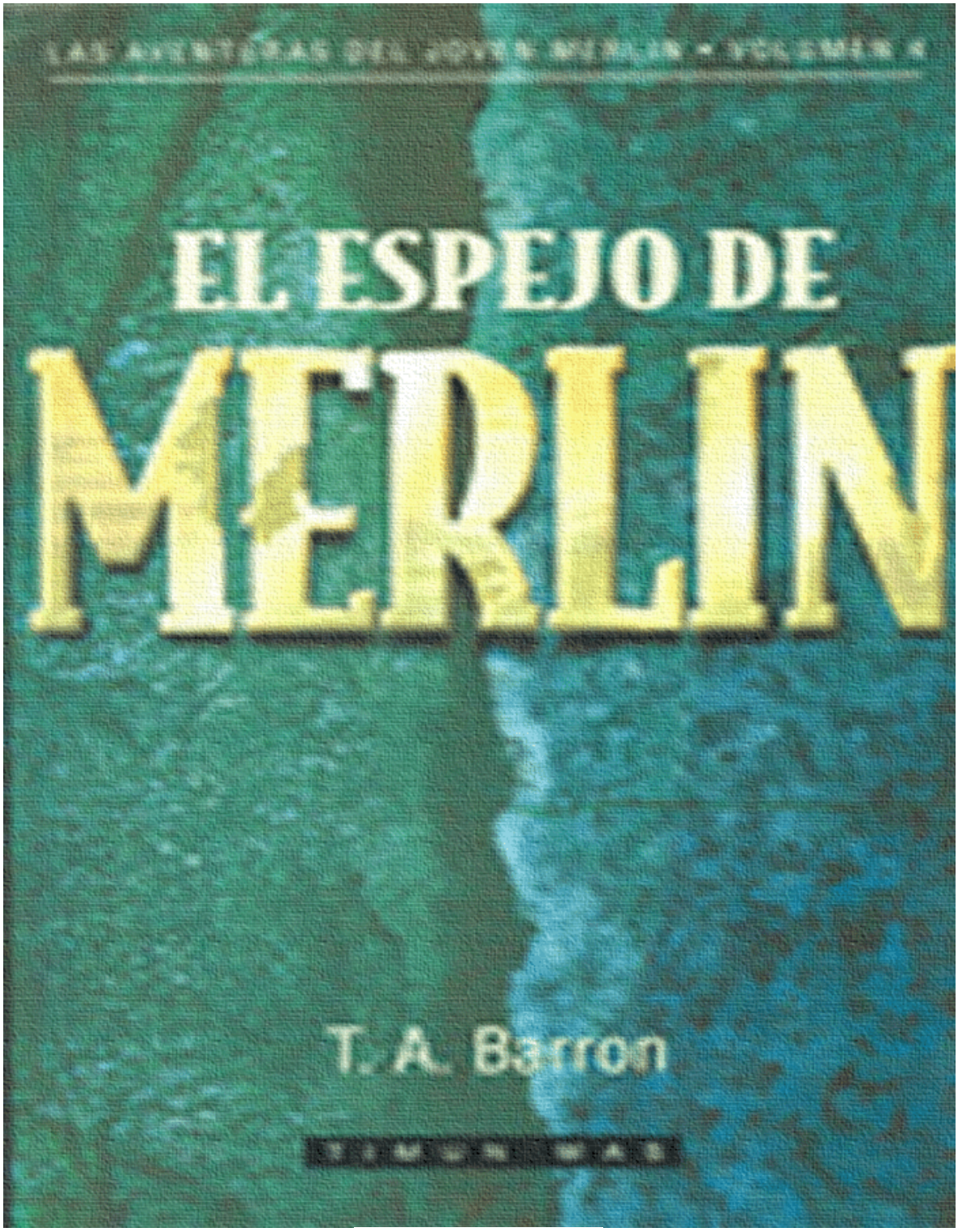
LAS AVENTURAS DEL JOVEN MERLIN IV

El Espejo de Merlin

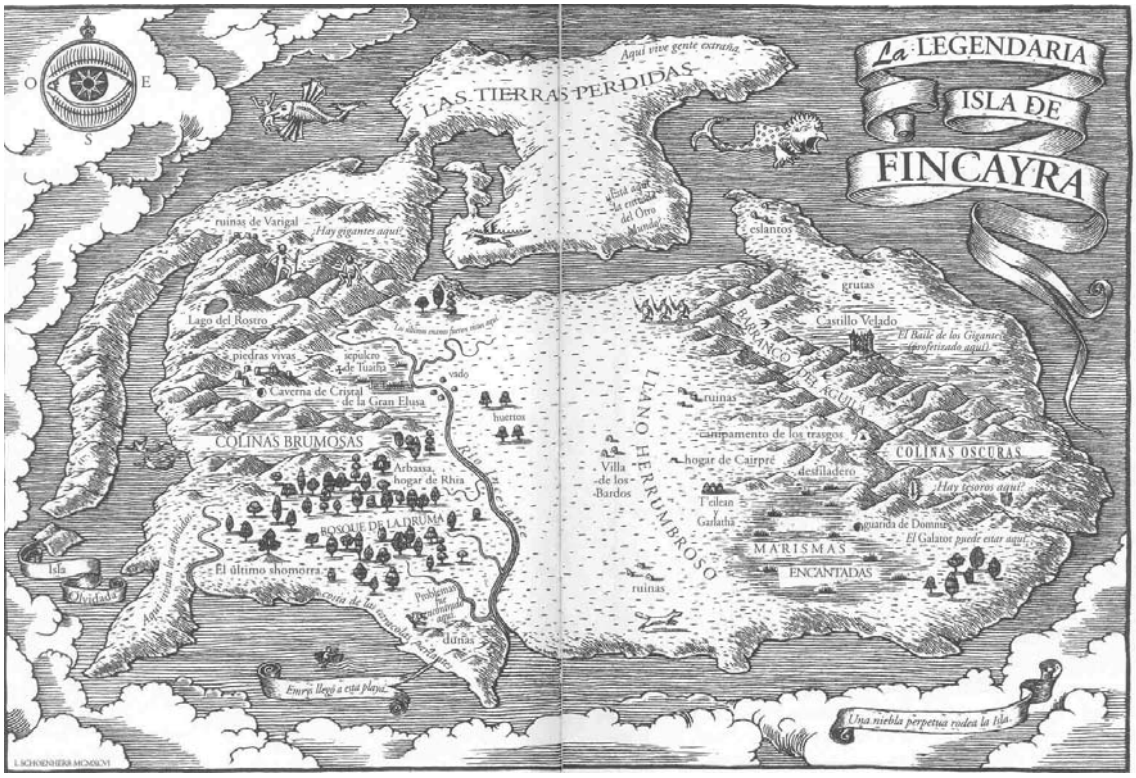
T. A. Barron

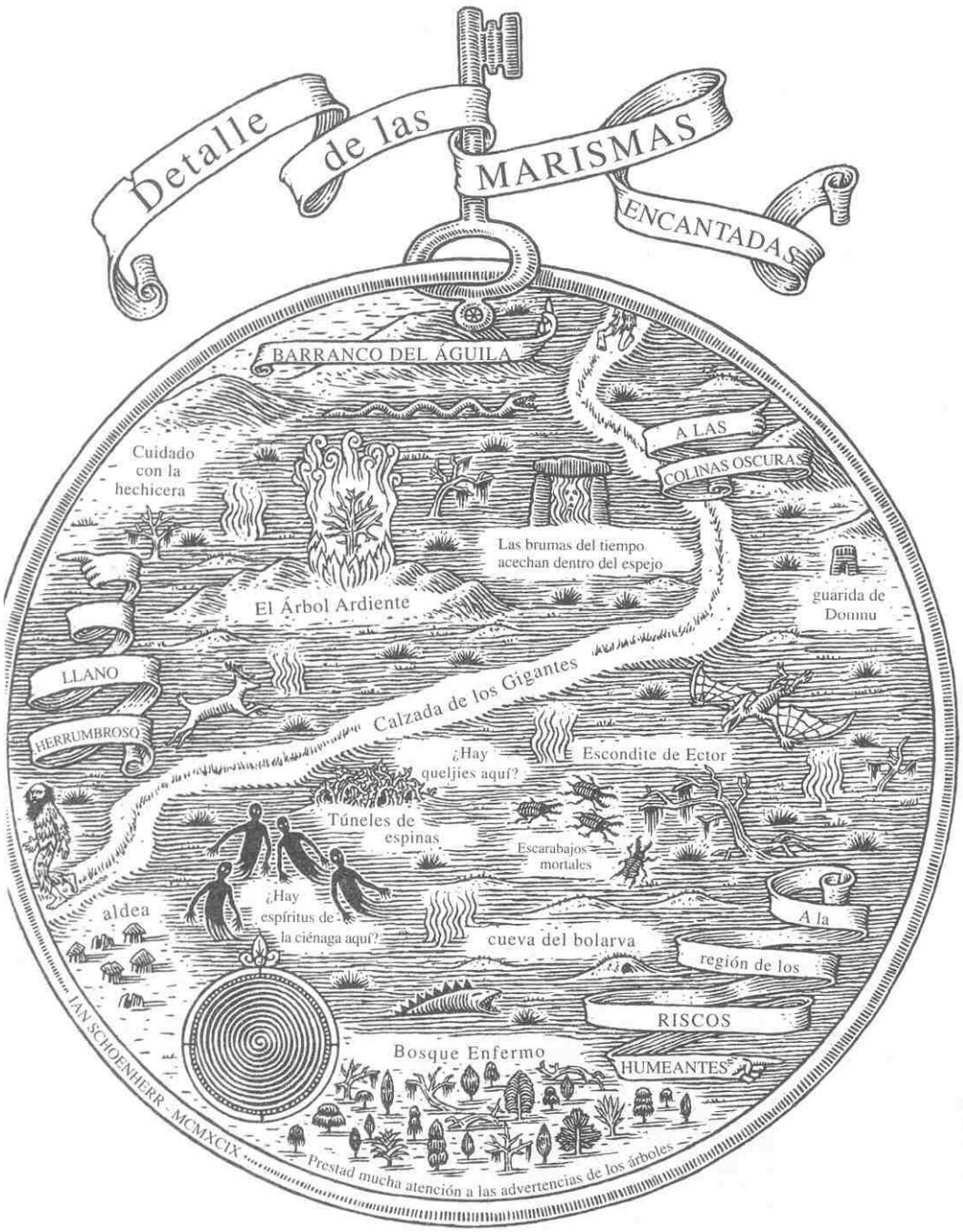


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Este libro está dedicado
a M. JERRY WEISS
fiel amigo de estudiantes, maestros y magos

Con especial aprecio hacia
JENNIFER HERRÓN


La LEGENDARIA ISLA DE FINCAYRA
LAS TIERRAS PERDIDAS
Aquí vive gente extraña
¡Está aquí la entrada del Otro Mundo!
ruinas de Varigal
¡Hay gigantes aquí!
Lago del Rostro
piedras vivas
sepulcro de Tuathá
Caverna de Cristal de la Gran Elusa
vado
huertos
COLINAS BRUMOSAS
Arbassa, hogar de Rhia
BOSQUE DE LA DRUMA
El último shomorra
Isla Olvidada
Aquí reinan los olvidados
Problemas por culpa de las serpientes
dunas
Emrys llegó a esta playa
eslantos
gruias
Castillo Velado
El Baile de los Gigantes (prohibido aquí)
BARRANCO DEL AGUILA
ruinas
campamento de los trasgos
hogar de Cairpré
desfiladero
COLINAS OSCURAS
¡Hay tesoros aquí?
Villa de los Bardos
LLANO HERRUMBROSO
Tcilean
Gallathá
guarida de Donnus
El Galatos puede estar aquí
MARISMAS ENCANTADAS
ruinas
Una niebla perpetua rodea la isla
O
E
S


Detalle de las MARISMAS ENCANTADAS
BARRANCO DEL ÁGUILA
A LAS COLINAS OSCURAS
Cuidado con la hechicera
Las brumas del tiempo acechan dentro del espejo
El Árbol Ardiente
guarida de Dommu
LLANO HERRUMBROSO
Calzada de los Gigantes
¿Hay queljes aquí?
Escondite de Ector
Túneles de espinas
Escarabajos mortales
aldea
¿Hay espíritus de la ciénaga aquí?
cueva del bolarva
A la región de los RISCOS HUMEANTES
Bosque Enfermo
IAN SCHOENHERR - MCMXCIX
Prestad mucha atención a las advertencias de los árboles

Nota del autor

Hay algo que nunca cambia con respecto a Merlín: no deja de sorprender.

Eso era cierto en los primeros relatos, que en un principio cantaban los bardos galeses hace mil quinientos años; hoy no lo es menos. Es verdad en su legendaria época de madurez, cuando se convirtió en el mentor del rey Arturo, mago de la Tabla Redonda y personaje central de la prodigiosa tragedia que llamamos Camelot. Y no es menos verdad en la juventud de Merlín, cuando tuvo que esforzarse por conocer su propio nombre, su propio ser y su propio destino.

Tal vez este don de sorprender brota de la insondable profundidad —y la complejidad— de su carácter. (Siendo meramente uno de los cronistas más recientes de Merlín, el último de una larga lista, me sorprende cuánto de su carácter, después de quince siglos, continúa todavía inexplorado.) Quizás arranca de la poderosa magia que empieza a despuntar en él durante su juventud. O, tal vez, del misterioso futuro que le aguarda, tan atractivo como aterrador.

O quizás esta capacidad de sorprender tiene sus orígenes en algo mucho más simple: la humanidad de Merlín. En el presente volumen, el cuarto de *Las aventuras del joven Merlín,* sus sorpresas no proceden tanto de sus dones en aumento y su grandeza incipiente como de sus debilidades fundamentalmente humanas. A pesar de sus poderes, cada vez mayores, al igual que sus pasiones, sigue siendo un hombre mortal.

A todas luces, Merlín ha recorrido un largo camino desde el fatídico día en que comenzó la búsqueda de sus años perdidos. Ese día, un muchacho desharrapado y medio ahogado llegó a una costa desconocida arrastrado por las olas. Casi al instante, la muerte lo persiguió. Sin embargo, pese a los temores que ocupaban sus pensamientos, era muy consciente de lo que le faltaba: no conservaba recuerdos de su infancia, de sus padres, ni siquiera de su propio nombre. Fue, en sus propias palabras, un día «crudo, frío y yermo, tan vacío de promesas como vacíos de aire estaban mis pulmones».

Aunque Merlín sobrevivió a ese día, su viaje más azaroso acababa de iniciarse. Desde entonces, ha descubierto algunos de los secretos de Fincayra, una tierra tan impredecible como la niebla que se arremolina en sus confines, una isla que se halla entre la Tierra mortal y el Otro Mundo inmortal. Averiguó mucho acerca de su pasado, pero menos sobre su identidad. Encontró a sus padres y conoció la verdad sobre su nacimiento. Hizo algunos amigos... y perdió también algunos.

Y Merlín tuvo éxito en otros frentes: curó a un dragón herido, corrió como un ciervo, propició el Baile de los Gigantes, descubrió una nueva manera de ver, resolvió el acertijo de los Siete Cantares, oyó los murmullos de una vieja caracola, sobrevivió a ser engullido por una piedra viva, acogió el espíritu de su hermana en su interior y la condujo al Otro Mundo, venció a criaturas que devoran la magia y dominó la legendaria Rueda de Wye. Confeccionó un instrumento mágico diseñado por él mismo... y comprendió que su música no residía tanto en sus

cuerdas como en las manos que las pulsaban.

Y aun así, a pesar de todos sus éxitos, los mayores retos de Merlín están por presentársele. De algún modo, debe llegar a comprender el fondo de su propia humanidad: su capacidad para el triunfo y también para la tragedia.

¿De qué otra manera podría convertirse, en los años venideros, en ese mentor del rey Arturo que tan bien conocemos? Para desempeñar su papel en el ciclo arturiano —y en el ciclo mítico, aún más amplio, que se prolonga desde mucho antes hasta después—, Merlín debe conocer bien la humanidad. Inmensamente bien. Debe conocer nuestras aspiraciones más elevadas y nuestras debilidades más profundas. Ha de entender que incluso las mejores intenciones pueden estar plagadas de defectos y que la salvación prometida puede encerrar graves peligros.

En resumen, debe conocerse a sí mismo. Pero ¿cómo verse a sí mismo en el espejo más sincero? ¿Y dónde puede encontrar semejante espejo? Tal vez sus reflejos se vean en lugares distintos, aunque sea de forma disimulada. Quizá sus imágenes, ya sean elevadamente luminosas o profundamente sombrías, guardan algunas sorpresas propias.

Sólo cuando Merlín pueda contemplarse con claridad meridiana podrá albergar esperanzas de saber orientar a un joven monarca idealista. Apoyarlo en la creación de un nuevo orden social, con la Tabla Redonda en su centro, aunque esté condenado a fracasar en su época. Ayudar al joven gobernante, pese a todo, a encontrar esperanza. Y, quizás, a intentarlo de nuevo.

A medida que Merlín revela los secretos de sus años perdidos, y de paso sigue sorprendiéndome, hay algo que nunca cambia: estoy profundamente agradecido a los amigos que me han animado y aconsejado. Como siempre, tengo una deuda eterna con mi esposa, Currie, y con mi editora, Patricia Lee Gauch. Además, estoy muy agradecido a Kylene Beers por su inquebrantable fe y su prudencia. Kristi Dight merece mi gratitud por inspirar la historia de la niebla susurrante que Hallia relata a sus compañeros una oscura noche en las marismas. Doy las gracias especialmente a Deborah Connell, a Kathy Montgomery, a Suzanne Ghiglia... y, como siempre, al propio mago esquivo.

T.A.B.

Sumido en brumosos sueños y recuerdos sombríos
en ciudades legendarias muy brevemente he vivido...
Bravíos mares he surcado, de esplendor cristalino,
y de legendaria gloria me he revestido.

De un poema del siglo VI,
La canción de Dyfyddiaeth

El mundo de donde proceden las leyendas
aún se halla entre las brumas astrales...

W. B. Yeats

Prólogo

Muchos son los espejos en los que me he mirado; y muchos son los rostros que he contemplado. Mas durante todos estos años —no, todos estos siglos— sólo ha habido un espejo, y un semblante, que no puedo olvidar. Me ha acosado desde el principio, desde el primer instante. Y no ha dejado de acosarme ni un ápice hasta el día de hoy.

Los espejos, os lo aseguro, causan más dolor que las espadas de doble filo, más terror que los espíritus de la naturaleza.

Bajo el arco de piedra, la niebla se acumulaba en un errático torbellino semejante a un ojo que todo lo ve.

No se elevaba del suelo ni de un burbujeante estanque cercano. En su lugar, esa niebla se formaba a partir del aire mismo debajo del arco, detrás de la extraña y temblorosa cortina que la retenía igual que un dique contiene la marea alta. Aun así, los vapores se desbordaban a menudo y lamían las enredaderas de hojas moradas que abrazaban las columnas. Pero, con mayor frecuencia, como ahora, se revolvían dentro del arco de piedra, creando figuras que se formaban y disolvían en un interminable proceso: siempre cambiante, siempre igual.

De pronto, sin previo aviso, la cortina de niebla se estremeció y se endureció como una lámina lisa. Su superficie captó rayos de luz que se quebraron como astillas de cristal, donde se reflejaban vagas siluetas de las marismas circundantes. Por detrás de esos reflejos, las nubes seguían revolviéndose, salpicadas de sombras oscuras y deformadas. Y una luz misteriosa brilló en las profundidades del otro lado.

Pues esta cortina era en realidad un espejo, un espejo repleto de niebla, y más que eso. Un espejo con movimiento propio, con pulso propio. Un espejo con algo que se agitaba muy por debajo de su superficie.

Súbitamente, del centro mismo se elevó una vaharada de efluvios, seguida por algo más delgado. Y sinuoso. Y vivo. Algo muy parecido a una mano.

Una mano con largas uñas, más afiladas que garras, y dedos que se proyectaban con avidez. Tres dedos, luego cuatro, luego un pulgar. La niebla de la ciénaga los envolvía con sus jirones rizados, adornándolos con delicados anillos de vaporoso encaje. Pero los dedos se libraron de ella con una sacudida, antes de cerrarse en un puño.

Durante un rato, el puño se apretó, crispado, como si comprobase su propia realidad. La piel, casi tan pálida como los vapores del entorno, palideció aún más. Las uñas se clavaron todavía más en la carne. El puño entero temblaba por la tensión.

A un ritmo casi imperceptible, la mano empezó a relajarse. Los dedos se extendieron, se flexionaron y arañaron el aire. Unos brumosos hilos se enrollaron al pulgar y se propagaron a la palma abierta. Al mismo tiempo, el espejo se

oscureció. De los bordes de piedra resquebrajada, unas oscuras sombras se volcaron lentamente al interior, hasta cubrir toda la superficie. En pocos segundos, el arco entero relucía como un cristal negro, con su lisa superficie inmaculada, excepto por la pálida mano que se retorcía en su centro.

Un seco chasquido restalló en el aire. Podía haber surgido del espejo o de las antiguas piedras mismas, o de algún lugar distinto. Lo acompañaba un aroma empalagosamente dulce que recordaba al de los rosales en flor.

Se levantó un viento que se llevó el sonido y el perfume. Ambos se desvanecieron en el inhóspito territorio de las Marismas Encantadas. Nadie, ni siquiera los espíritus de la ciénaga, advirtió lo que sucedía. Tampoco nadie presenció lo que ocurrió a continuación.

La mano, con los dedos extendidos en toda su longitud, salió por completo del espejo, seguida por la muñeca, el antebrazo y el codo. La reluciente superficie se quebró de repente y volvió a fusionarse con el tembloroso y cambiante espejo, tan inquieto como las brumas de sus profundidades.

De debajo del arco, surgió una mujer. Apoyó sus botas en el cenagoso suelo y alisó las arrugas de su túnica blanca y de su chal de hilo de plata. Alta y delgada, se erguía con unos ojos tan desprovistos de luz como el interior de una piedra. Al mirar hacia atrás al espejo, sonrió lúgubremente.

Sacudió la cabeza, con lo que los bucles de su larga melena negra se bambolearon rítmicamente, y dirigió su atención a las marismas. Durante un rato escuchó sus distantes gemidos y siseos. Después, gruñó con satisfacción.

—Esta vez, querido Merlín —susurró para sí misma—, no te me escaparás.

Dicho esto, se arrebujó en su chal y siguió su camino hacia la penumbra.

PRIMERA PARTE

1
Sombras

Tensé los músculos para aplicar toda mi energía a la labor, pero mi sombra se negó a moverse.

Volví a intentarlo. De nuevo, la obstinada sombra rehusó obedecerme. Cerré los ojos —un gesto sin sentido, ya que me resultaban inútiles para ver, habiendo sido reemplazados por mi segunda visión tres años antes— y me esforcé al máximo por concentrarme. Por no percibir nada más que mi sombra. No era tarea fácil, en un radiante día de verano como éste.

Bien, adelante. Despejé mi mente de todo pensamiento, aparté el rumor de la hierba de este prado alpino y del chapoteante arroyo cercano. Ya no olía a menta, lavanda o mastuerzo, intensos olores casi hasta el punto de hacerme estornudar. Ya no notaba la peña rugosa por los líquenes amarillos que crecían debajo de mí; ya no existían las montañas de Varigal, jaspeadas de nieve incluso en verano, elevándose ante mí. Ya me preguntaba si encontraría a mi viejo amigo, el gigante Shim, en estas colinas tan próximas a su hogar. Y, lo más difícil de todo, mis pensamientos ya no se desviaban hacia Hallia.

Sólo existía mi sombra.

Empezando por abajo, repasé su contorno sobre la hierba. Primero, las botas, con los cordones de cuero colgando, plantadas firmemente en lo alto de la peña. Después, las piernas, las caderas y el pecho, ahora menos escuálidos que de costumbre a causa de mi túnica hinchada. De un costado me colgaba la talega de cuero y del otro, la espada. Y mi cabeza, vuelta hacia un lado justo lo suficiente para que se proyectara la punta de mi nariz, la cual, con gran consternación por mi parte, había empezado a curvarse como un gancho en los últimos meses. Ya parecía más un pico que una nariz y me recordaba a la rapaz que había inspirado mi nombre. A continuación, naturalmente, venía mi cabello: más negro incluso que mi sombra. Y, rezongué para mis adentros, igualmente díscolo.

Muévete, ordené en silencio a mi sombra, mientras mantenía inmóviles todos los músculos de mi cuerpo.

No hubo respuesta.

Levántate, insistí, concentrando mi mente en el brazo derecho de la sombra.

Todavía nada.

Lancé un gruñido. Ya había desperdiciado la mañana entera procurando incitarla a que se moviera con independencia de mí. ¿Y si disociar la propia sombra era una habilidad reservada solamente a los magos de más edad, los verdaderos magos? Nunca se me había dado muy bien eso de esperar.

Inspiré lenta y prolongadamente. *Sube. Sube, te digo.*

Durante un rato, exasperado, clavé la mirada en la oscura silueta. De pronto... algo empezó a cambiar. Despacio, muy despacio, el contorno de la sombra comenzó a temblar. Los bordes de los hombros se hicieron borrosos, y los brazos vibraban con tanta violencia que parecían más gruesos.

Eso está mejor. Mucho mejor. Me obligué a permanecer inmóvil, sin enjugarme siquiera las molestas gotas de sudor que resbalaban por mis sienes. *Ahora el brazo derecho. Levántate.*

Con una brusca sacudida, el brazo de la sombra se extendió. Y se elevó sin detenerse hasta sobrepasar la altura de la cabeza. Aunque seguí sin moverme, un escalofrío recorrió mi cuerpo, una mezcla de emoción, descubrimiento y orgullo por mis crecientes poderes. ¡Por fin, lo había conseguido! Me moría de impaciencia por enseñárselo a Hallia.

Me sentía como si pudiera pasar flotando por encima de la peña, pero no me moví. Sólo mi sonrisa cada vez más amplia delataba mis sentimientos. Volví a concentrarme en la sombra, con el brazo alzado para saborear mi triunfo. Pensar que era capaz, con apenas quince años de edad, de conseguir que mi sombra moviera sola el...

¿El brazo izquierdo? Noté una opresión en el pecho. ¡Tenía que haber movido el brazo derecho, no el izquierdo! Con un rugido, di un fuerte pisotón en el suelo y manoteé con furia. La sombra, como por despecho, manoteó a su vez.

—¡Sombra estúpida! ¡Yo te enseñaré a obedecerme!

—¿Y cuándo será eso? —preguntó una sonora voz a mis espaldas.

Giré en redondo y me encontré cara a cara con Hallia. Caminaba con la ligereza de un ciervo, más cimbreante que la hierba en verano. Pero yo sabía que, incluso bajo su forma de joven hembra humana, siempre estaba alerta ante cualquier posible peligro, siempre dispuesta a correr como la cierva en la que podía convertirse en un instante. La luz del sol se reflejaba en su gruesa trenza castaño rojiza cuando sus inmensos ojos pardos me miraron con simpatía.

—La obediencia, si no recuerdo mal, no es uno de tus puntos fuertes.

—¡No era a mí, sino a mi sombra!

Sus ojos chispearon maliciosamente.

—Donde salta el ciervo, salta su sombra.

—Pero..., pero yo... —Mis mejillas estaban encendidas mientras tartamudeaba—. ¿Por qué has tenido que llegar precisamente ahora, cuando acabo de hacer el ridículo?

Hallia se acarició su largo mentón.

—Si no supiera que es imposible, diría que pretendías impresionarme.

—En absoluto. —Crispé los puños y luego los agité amenazadoramente contra mi sombra. Al ver que ella me devolvía el gesto, mi cólera no hizo más que aumentar—. ¡Sombra estúpida! Sólo quiero que haga lo que le mando.

Hallia se agachó para observar una espiga de altramuz, de un morado tan intenso como su túnica.

—Y yo sólo quiero que seas un poco más humilde. —Olisqueó la torre de pétalos—. Eso suele ser responsabilidad de Rhia, pero como ha ido a aprender la lengua de las águilas de las cañadas...

—Llevándose mi caballo —refunfuñé, intentando desentumecer mis hombros rígidos.

—Es verdad. —Levantó la vista y sonrió, más con los ojos que con los labios—. Después de todo, ella no puede correr como un ciervo.

Curiosamente, su tono de voz, su sonrisa, sus palabras tuvieron el efecto de disipar mi furia como si fuera niebla bajo el sol de la mañana. Incluso mis hombros

se relajaron. No se me ocurría cómo era posible. Pero, de pronto, recordé los secretos que me habían enseñado Hallia y su desaparecido hermano, sobre todo el de transformarme en ciervo, junto con la dicha de correr a su lado con pezuñas en lugar de pies, con cuatro patas en vez de dos piernas; con una visión aguda y un olfato aún más agudo; con la capacidad de oír no sólo mediante los oídos, sino a través de mis propios huesos.

—Es... bueno, es... ¡ah! —balbuceé—. Bonito, supongo. Estar aquí. Contigo, quiero decir. Sólo... bueno, sólo contigo.

Sus ojos de cierva, de repente tímidos, desviaron la mirada.

Envalentonado, descendí de la peña.

—Ni siquiera durante estos días, estas semanas que llevamos viajando juntos, hemos pasado demasiado tiempo solos. —Alargué el brazo, inseguro, para cogerle la mano—. Cuando no era alguien de tu pueblo, o un viejo amigo, era...

Me soltó la mano con brusquedad.

—¿No te gusta lo que te he enseñado?

—No. Quiero decir, sí. Es que... ¡Oh, no es eso lo que quiero decir! Sabes lo mucho que me ha encantado estar aquí, ver los pastos de verano de tu pueblo: esos altos prados, la cuenca de los alumbramientos, todas las sendas ocultas entre los árboles. Es sólo que, bueno, lo mejor de todo ha sido...

Me falló la voz y Hallia ladeó la cabeza.

—¿Sí?

Me volví hacia ella, y nuestras miradas se encontraron una fracción de segundo. Pero me bastó para que olvidara lo que iba a decir.

—¿Sí? —me animó—. Dímelo, joven halcón.

—Ha sido, bueno... ¡Recórcholis, no lo sé! —Fruncí el entrecejo—. A veces envidio al viejo Cairpré, que vomita poemas cuando le viene en gana.

Hallia me dedicó media sonrisa.

—Últimamente, casi todo son poemas de amor para tu madre.

—¡No me refiero a eso! —exclamé, más turbado que nunca. Luego, al ver su expresión de desconsuelo, comprendí que había metido la pata—. Quiero decir..., cuando digo eso, lo que quiero decir es... No, en fin, eso no es lo que quería decir.

Ella se limitó a menear la cabeza.

De nuevo, tendí la mano en su dirección.

—Por favor, Hallia. No me juzgues por mis palabras.

—Mmmm —gruñó—. Entonces, ¿cómo debo juzgarte?

—Por otras cosas.

—¿Como cuáles?

Me sentí poseído por una repentina inspiración. Le cogí la mano y eché a correr por la hierba, obligándola a seguirme. Nuestros pies batían el suelo al unísono. Cuando nos acercábamos a la orilla del arroyo, nuestra espalda se inclinó, nuestro cuello se estiró, nuestros brazos se alargaron hasta tocar el suelo. Las cañas de un vivo color verde que crecían al borde del agua, centelleantes de rocío, se separaban ante nosotros. Con un solo movimiento, pues un único cuerpo parecíamos, brincamos en el aire, con la soltura y la fluidez del río que cruzábamos.

Aterrizamos en la orilla opuesta, totalmente transformados en ciervos. Meciendo la cabeza de lado a lado, me encabrité e inspiré una profunda bocanada

de aire para llenar los ollares con los variados perfumes del prado y la libertad incondicional de un ciervo. Las patas delanteras de Hallia rozaron las mías; respondí acariciándole con un asta el grácil cuello. Un segundo más tarde, estábamos brincando juntos por la hierba, correteando, escuchando las susurrantes cañas y los innumerables murmullos secretos del prado. Retozamos durante un tiempo que no se mide en minutos, sino en magia.

Cuando finalmente nos detuvimos, nuestro pelaje relucía de sudor. Trotamos hasta el arroyo, pastamos durante un rato entre los brotes que crecían en la orilla y nos refrescamos en las aguas poco profundas. Empezamos a remontar la corriente con el lomo más recto y la cabeza erguida. Enseguida dejamos de vadear sobre cascos para hacerlo con nuestros pies, los míos calzados con botas y los suyos descalzos.

En silencio, salimos a la cenagosa orilla y nos internamos entre las cañas. Cuando llegamos a la peña, el escenario de mi infructuoso intento de disociar los movimientos de mi sombra de los míos, Hallia se encaró conmigo, y en sus ojos de cierva aún brillaba una luz.

—Tengo que decirte algo, joven halcón. Algo importante.

La observé con el corazón latiendo como si unos grandes cascos galoparan por el interior de mi pecho.

Empezó a hablar, pero se contuvo.

—Es que... ¡Oh, joven halcón!, me cuesta mucho expresarlo con palabras.

—Te comprendo, créeme. —Le pasé la mano suavemente por el brazo—. Más tarde, quizá.

Volvió a intentarlo, vacilante.

—No, ahora. Hace tiempo que quiero decírtelo. Y la sensación es más fuerte cada día que pasamos en los pastos de verano.

—¿Sí? —Hice una pausa, con un nudo en la garganta—. ¿Qué pasa?

Se arrimó unos milímetros a mí.

—Quiero que... que sepas una cosa, joven halcón.

—¿Que sepa qué?

—Que yo..., no, que tú...

De pronto, un pesado objeto me embistió y me derribó de espaldas. Rodé por la hierba y no me detuve hasta llegar justo al borde del agua. Tras desenredarme de mi túnica, que en la caída se había enrollado a mi cabeza y a mis hombros, me puse en pie de un salto, levantando una oleada de barro. Con una mueca, empuñé mi espada y me enfrenté a mi agresor.

Pero, en lugar de abalanzarme sobre él, lancé un gemido.

—Tú no. Ahora no.

Una joven hembra de dragón, de relucientes escamas moradas y escarlatas, se había posado junto a nosotros. En ese momento, plegaba sobre la espalda sus correosas alas, que aún temblaban ligeramente por la tensión del vuelo. Su inmensa y larguirucha figura ocultaba la peña, además de una buena parte del prado, razón por la cual me había empujado con violencia al aterrizar. Sólo el veloz instinto de Hallia la había salvado a ella de correr la misma suerte.

La cría de dragón inspiró honda y pesadamente. Su cabeza, casi tan grande como todo mi cuerpo, se inclinaba desolada sobre sus enormes hombros. Incluso sus alas colgaban lánguidas, al igual que una de sus orejas azules como

estandartes. La otra oreja, como siempre, sobresalía lateralmente de su cabeza, menos parecida a una oreja que a un cuerno mal situado.

Al ver mi expresión enojada, Hallia se colocó en actitud protectora al lado de la hembra de dragón y apoyó una mano en el extremo de la oreja protuberante.

—Gwynnia lo siente, ¿no lo ves? No pretendía hacerte ningún daño.

La hembra de dragón arrugó el hocico y lanzó un profundo gemido gutural.

Hallia escrutó el interior de sus triangulares ojos naranjas.

—Acaba de aprender a volar. Sus aterrizajes aún son un poco torpes.

—¡Un poco torpes! —exclamé, todavía irritado—. ¡Por poco me mata!

Me dirigí a mi cayado, que también había caído sobre la hierba, y lo blandí ante el rostro de la cría de dragón.

—Eres como un gigante borracho. ¡No, peor! Por lo menos él se dormiría en algún momento. Tú sólo eres más grande y más torpe cada día.

Los ojos de Gwynnia, brillantes como la lava, se entrecerraron. De las profundidades de su pecho brotó un ruido sordo que fue aumentando de volumen. De pronto, la hembra de dragón se envaró y ladeó la cabeza, como si el sonido la desconcertara. Luego, cuando el rumor se extinguió, abrió sus descomunales fauces erizadas de dientes y bostezó prolongadamente.

—Alégrate de que aún no haya aprendido a escupir fuego —me previno Hallia. Enseguida, añadió—: Aunque estoy segura de que nunca lo utilizaría contra ti. —Se puso a rascarle el canto de la oreja rebelde—. ¿Verdad, Gwynnia?

La cría de dragón lanzó un fuerte ronquido. A continuación, en el otro extremo del prado, la punta de la cola provista de púas se elevó, se curvó y se acercó velozmente a ellos. Con la delicadeza de una mariposa, la punta se posó sobre el hombro de Hallia. Allí permaneció, escamas moradas sobre tela morada, abrazándola suavemente.

Me sacudí parte del barro de la túnica y dejé escapar un suspiro de exasperación.

—Es difícil estar enfadado mucho rato con ninguna de vosotras. —Fijé la mirada en uno de los brillantes ojos de la cría de dragón—. ¿Me perdonas? Por un momento, he olvidado que nunca te alejas mucho de Hallia.

La joven humana se volvió para mirarme.

—Por un momento —dijo en voz baja— yo también lo había olvidado.

Asentí tristemente.

—No es culpa tuya.

—Claro que sí. —Rascó las escamas doradas de la puntiaguda cola—. Cuando empecé a cantarle por las noches todas las canciones que me cantaban a mí de pequeña, no tenía ni idea de que se encariñaría tanto conmigo.

—Ni de que crecería tanto.

Hallia sonrió a medias.

—Supongo que no debimos permitir que Cairpré le pusiera un nombre de tanto peso, sacado de las antiguas leyendas de dragones, a menos que esperásemos que algún día estuviera a la altura de él.

—Es verdad, el nombre de la primera reina de los dragones, la madre de toda su raza. —Me mordisqueé el labio, recordando la vieja leyenda—. La que arriesgó su propia vida para tragarse el fuego de una gran montaña de lava, con el fin de poder, ella y todos sus descendientes, arrojar fuego junto con el aliento.

Al oírlo, Gwynnia abrió sus fauces de par en par y bostezó de nuevo, esta vez de un modo tan ruidoso que tuvimos que taparnos las orejas. Cuando el bostezo concluyó, observé:

—Me parece que la reina necesita dormir la siesta. —Con un esperanzado susurro, añadí—: Quizás aún podamos terminar nuestra conversación.

Hallia asintió, aunque se revolvió con incomodidad. Pero antes de que pudiera abrir la boca, un nuevo sonido atravesó el aire. Era un quejido agudo y lastimero, el tipo de sonido que sólo puede emitir alguien que se halla en trance de muerte. O, para ser más precisos, alguien para quien la muerte sería un alivio.

2
El bolarva

Los gritos de angustia procedentes de algún punto cercano al arroyo no se interrumpieron. Aferrando mi cayado, crucé a la carrera la zona de hierba, seguido por Hallia. La cría de dragón se limitó a observarnos con ojos soñolientos, mientras se rascaba un ala con su enorme hocico. Incluso antes de llegar a la orilla, caí en la cuenta de que el gemido, tan fuerte que ahogaba el rumor del agua que chapoteaba entre las piedras, provenía de detrás de un recodo del arroyo, corriente arriba. Hallia y yo nos precipitamos hacia el lugar, para lo que tuvimos que apartar unas aulagas amarillas que crecían junto al arroyo.

Allí, luchando por salir a la lodosa orilla, estaba la criatura más estrafalaria que jamás había visto. Su cuerpo era oscuro, redondeado y esbelto, muy parecido al de las focas de la costa occidental de Fincayra, aunque de menor tamaño. También este ser poseía los largos bigotes de una foca y los mismos ojos profundos y apesadumbrados. Pero, en lugar de aletas, esta criatura tenía brazos, tres a cada lado. Delgados y huesudos, los brazos terminaban en sendos pares de pinzas que recordaban a las de los cangrejos. De su barriga bien acolchada colgaba una red de hilos verdosos entrelazados —quizás una bolsa— mientras que de su dorso sobresalía una fila de largas y delicadas placas dorsales que se enroscaban sobre sí mismas hasta formar una apretada espiral.

Entonces reparé en el irregular corte, semioculto por una costra de barro, que recorría su flanco derecho de arriba abajo. Cuando la criatura se dejó caer blandamente en la orilla, entre lastimosos gemidos, me arrodillé a su lado. Enseguida, intenté limpiar la herida remojándola con agua del arroyo. Al principio, la pobre bestia, extenuada por su prolongado sufrimiento, no pareció advertirlo. Al cabo de un momento, sin embargo, hizo una brusca y violenta sacudida.

—¡Oh, terribloso muertedolor! ¡Horriblosa sangrerida! —bramó—. Es mi muertefinal, prontoya, demasiadoso prontoya... Aún soy pequejoven, casi un solobebé.

—No te preocupes —respondí, tranquilizador, con la esperanza de que mi idioma le pareciera menos extraño que a mí el suyo—. Estoy seguro de que ese corte duele, pero en realidad no es muy profundo. —Introduje la mano en mi talega y saqué un puñado de hierbas medicinales—. Estas hierbas...

—¡Son para matacomer al pobremí, claro! Qué muertefinal más espanturosa, más lastimerosa. —Todo su cuerpo temblaba convulsivamente, en especial los gruesos pliegues de grasa que formaban una papada bajo su mentón—. ¡Tantuchísimo sufrehuir, para finacabar guisacomido por un crueloso monstrumano!

Negué con la cabeza.

—No lo entiendes. Intenta relajarte. —Dejé caer unas gotas de agua sobre las hierbas y las amasé hasta obtener un emplasto—. Esto te ayudará a curarte antes,

así de simple.

La criatura chilló y forcejeó para zafarse de mi abrazo.

—¡Monstrumano! Vasaquieres hacerme polvomorder como un velocirrayo. ¡Oh, desdichadoso de yomí! Ya vienacerca mi finfatal, mi...

—No —declaré—. Tranquilízate, ¿quieres?

—Entonces me enjaulaprisionarás, seguroso. ¡Me publiexhibirás como un rarobicho! Y todosmás monstrumanos harán piedrapuntería contra mi jaulaprisión o me pellizcadolerán entre los hierrobarrotes. Terribloso destisino, horribloso finfa...

—¡No! —Intenté aplicar el emplasto a la herida por todos los medios, pero los constantes molinetes de los brazos de la criatura me lo impedían. En varias ocasiones, estuvo a punto de resbalarse de mi regazo y caer al agua, o a las matas de aulaga—. He venido a ayudarte, ¿no lo comprendes?

—¿Mismotú? ¿Un monstrumano? ¿Cuandojamás ha hecho un monstrumano una cosalgo por quiereayudar a un bolarva?

—¿Un bolarva? —repitió Hallia, inclinándose para examinarlo más de cerca—. Vaya, bien podría ser. —Al reparar en mi expresión de desconcierto, me explicó—: Uno de los seres más raros de esta isla. Sólo había oído contar historias... Pero sí, éste, sin duda, encaja con la descripción. Aunque no entiendo qué está haciendo aquí. Creí que sólo vivían en las marismas más remotas.

—En las Marismencantadas, seguroso —gimoteó el bolarva—. ¡Prontaclarad vuestras dudapreguntas! Antes de enjaulaprisionarme, pegapalizarme y hiervaguarme con muchosdiez podripatatas. ¡Oh, tragicoso realmundo, calamiturosa granaflicción!

Meneando la cabeza, volví a examinar el tajo.

—Eres un tipo confiado, ¿verdad?

—Sí, todomuy seguroso —vociferó la criatura, y a sus redondos ojos asomaron sendas lágrimas—. Es mi naturalser. Demasiadoso confiacrédulo, demasiadoso tontingenuo. Siempre voyaquiero ver felizfinal en todoquier situacaso, asiese soy yomí. Por asieso es mi maldestino duelemorir entre podripatatas. ¡Un feocrudo destisino!

El bolarva inspiró lenta y entrecortadamente.

—Buenova, yaempieza y chillamátame. Moricaeré honrurosamente. —Guardó silencio durante dos segundos. Después, de improviso, bramó—: ¡Menudorrible embrolío! ¡Ser guisacomido yahora! Tanmuy pequejoven, tanmuy bravofuerte. Tan...

—¡Silencio! —ordené, tras lo cual me acomodé en la orilla. Mostrando los dientes, le dirigí una mirada fulminante—. Cuanto más protestes, más terrible será tu muerte.

Hallia me miró sorprendida, pero no le hice caso.

—Sí, ya lo verás —insistí con expresión asesina, aunque tenía que hacer grandes esfuerzos por contener la risa—. Mi única duda es cómo matarte. Pero una cosa es cierta: cuanto más alborotes, más doloroso haré que sea para ti.

—¿De verdacierto? —gimoteó el bolarva.

—¡Sí! Y ahora deja de lloriquear.

—Oh, tembloso...

—¡He dicho ahora!

La bestia guardó silencio. Excepto por algún esporádico estremecimiento que sacudía su cuerpo desde el arranque de su cuello hasta su bajo vientre, permaneció inmóvil como un cadáver en mi regazo.

Coloqué las manos delicadamente sobre la herida. Empecé a concentrarme en las capas más profundas de la carne, donde el tejido estaba más desgarrado. Al mismo tiempo, inspiré a fondo. Imaginé que mis pulmones no se llenaban de aire, sino de luz, la cálida y tranquilizadora luz del sol en verano. Aquí, en el territorio amado por los hombres ciervo, donde Hallia y yo habíamos retozado tan libremente y yo tenía la certeza de que volveríamos a hacerlo. Al rato, la luz rellenó todo el resto de mi cuerpo y se desbordó por mis hombros, se derramó por mis brazos y fluyó hasta las yemas de mis dedos.

A medida que la luz curativa se vertía sobre la herida del bolarva, su cuerpo, bigotes incluidos, empezó a relajarse. De pronto volvió a gemir, pero esta vez el sonido era distinto, no tanto de dolor como de sorpresa, quizás incluso de placer. Pero sabiendo cuánto trabajo delicado me esperaba, lo fulminé con una mirada colérica. Se calló en el acto.

Empecé a dirigir la luz hacia la carne abierta. Como un bardo tañendo un arpa rota, fui pasando de una fibra de tejido a la siguiente, uniéndolas y tensándolas con cuidado, comprobando su firmeza una por una antes de pasar a la siguiente. En cierto punto encontré una maraña de tendones seccionados, cortados casi hasta el hueso. Los bañé de luz durante un rato sólo para separarlos unos de otros. Al final, los aflojé y luego volví a conectar los tejidos con mucho cuidado, animándolos a que recuperaran su vigor, su integridad. Capa a capa, fui ascendiendo por la herida, acercándome lentamente a la superficie.

Varios minutos más tarde, aparté las manos. La negra piel del bolarva relucía, lisa e intacta. Me sentía exhausto y me recosté en la empinada orilla, apoyando la cabeza en una raíz de aulaga. El cielo azul era visible entre las flores amarillas que formaban un dosel sobre mi cabeza.

Finalmente, me incorporé y le di unas suaves palmaditas en el flanco al bolarva.

—Bueno —suspiré—, has tenido suerte. Al final he decidido no hervirte.

Los ojos de la criatura, ya abiertos de par en par, estuvieron a punto de salirse de sus órbitas. Pero no dijo nada.

—Es verdad, amiguito. No tenía intención de hacerte daño, pero era la única manera de conseguir que te estuvieras quieto.

—Te estás burlarriendo de yomí —gruñó, retorciéndose en mi regazo—. Eres crueloso y malvadoso.

Hallia me dirigió una cálida mirada.

—Ahora no te cree. Pero te creerá, con el tiempo.

—¡Mismeso ni en duermesueños! —El bolarva desenroscó bruscamente varias de sus colas, rodeó con ellas una roca que descollaba en la ribera y se zafó de mí. Aterrizó con un chapoteo en las someras aguas, a mis pies. Braceando enérgicamente con sus seis extremidades, nadó corriente abajo a una velocidad de vértigo. En un abrir y cerrar de ojos, llegó al recodo y desapareció de la vista.

Hallia se rascó su fina barbilla.

—No es ninguna tontería decir que lo has salvado, joven halcón.

Lancé una mirada de reojo a mi sombra, acuclillada a mi lado en el barro, y

su postura me pareció insolente.

—Me alegro de poder hacer algo bien.

Hallia se agachó para pasar por debajo de una rama y se dejó caer a mi lado con la gracilidad de una flor al desplegar sus pétalos.

—Creo que curar es diferente de cualquier otra magia.

—¿Y eso?

Hizo rodar una ramita entre sus dedos pensativamente y luego la arrojó a la corriente.

—No lo sé con exactitud, pero la magia de curar parece surgir más del interior; del corazón, quizá, o de un punto aún más profundo.

—¿Y los otros tipos de magia?

—Bueno, tengo la impresión de que provienen del exterior de nosotros mismos. —Indicó el cielo añil con un amplio ademán—. De algún sitio de ahí fuera. Esos poderes llegan hasta nosotros y a veces circulan por nuestro interior, pero en realidad no forman parte de nosotros. Utilizarlos es más parecido a emplear una herramienta, como un martillo o una sierra.

Me arranqué del cabello un palito recubierto por una costra de lodo.

—Te entiendo, pero ¿y la magia que utilizamos para convertirnos en ciervos? ¿Esa no surge de nuestro interior?

—No, en realidad no. —Extendió una mano y luego la cerró con la forma aproximada de una pezuña de ciervo—. Al principio, cuando me propongo transformarme, siento mi magia interior, pero sólo una chispa, como una especie de invitación que me conecta con la magia más amplia que existe fuera de mí. Esa es la magia que produce el cambio en todas sus formas: la noche en día, el cervato en ciervo, la semilla en flor. La magia que promete... —Hizo una pausa para acariciar una rizada fronda de helecho que brotaba a su lado en la orilla—. Que cada prado, enterrado bajo la nieve durante el largo invierno, cobre vida una vez más en primavera.

Asentí, arrullado por el rumor del cantarín arroyo. Una serpiente, fina y verde, asomó entre un grupo de cañas que crecía a mis pies y reptó hasta el agua.

—A veces percibo esos poderes externos, esos poderes cósmicos, con tanta intensidad que tengo la sensación de que son ellos quienes me utilizan a mí, quienes me empuñan como si yo fuese su pequeña herramienta. O que me escriben como una novela, cuyo final no puedo cambiar haga lo que haga.

Hallia se acercó más a mí, hasta que su hombro rozaba el mío.

—Es toda esta charla, ¿verdad? Oh, sí, joven halcón. Lo he oído, incluso a miembros de mi clan que deberían ser menos ingenuos. Todo eso acerca de tu futuro, de tu destino, de ser un mago.

—Y no sólo un mago cualquiera —añadí—, sino el más grande de todos los tiempos. Más incluso que mi abuelo, Tuatha, según algunos, y él fue el mago más sabio y poderoso que ha existido. Es... bueno, un peso muy grande para cargarlo constantemente. Tanto que a veces es lo único que noto. Como si mis elecciones, mis propias decisiones, no fueran mías, después de todo.

—¡Pero lo son! No puedes dudarlo. Son lo que te hace... ser como eres. Por eso quería decirte... —Su voz descendió de volumen hasta que no era más que un susurro— lo que quería decirte.

—¿Y me lo dirás ahora?

—No —declaró, resuelta a no desviarse del tema de conversación—. Escúchame. ¿Sinceramente crees que no tienes más influencia sobre tu futuro que una bellota destinada a convertirse en roble, porque sería imposible que llegara a ser un fresno o un arce, por mucho que se esforzara?

Hurgué con el tacón de mi bota en la cenagosa orilla, desanimado.

—Eso parece.

—Pero tú tienes tu propia magia, ¿no? Lo que he dicho acerca de los poderes externos es verdad, pero si podemos utilizarlos en alguna medida es porque poseemos poderes propios, magia propia, en nuestro interior. Y tú, joven halcón, tienes una asombrosa capacidad de participar de la magia más amplia. De recibirla, concentrarla y hacer que se incline ante tu voluntad. Lo veo en ti constantemente, con la misma claridad que el reflejo de una cara en un estanque.

—Quizás ese reflejo es el tuyo, no el mío.

Hallia negó con la cabeza con tanta energía que su trenza castaño rojiza fustigó el aire y me rozó una oreja.

—Sin tu magia interior no habrías podido curar al bolarva como lo has hecho.

—Pero ¿estaba utilizando mi propia magia y tomando mis propias decisiones para curarlo? ¿O simplemente cumplía mi destino, saliendo al escenario para representar un guión escrito por otra persona hace mucho tiempo? —Tamborileé con los dedos sobre la empuñadura del arma que yacía a mi lado—. Incluso esta espada forma parte de mi destino. Eso fue lo que me dijo el gran espíritu Dagda en persona. Me ordenó custodiarla, porque algún día debo entregársela a un gran rey, si bien trágico, un rey tan poderoso que logrará arrancarla de una vaina de piedra. —Hice una pausa, intentando recordar cómo lo había descrito Dagda: «Un muchacho nacido para ser rey, cuyo reinado perdurará en los corazones mucho después de que haya desaparecido de la tierra».

Hallia enarcó una ceja con incredulidad.

—Un destino predicho no es un destino vivido.

—¿Es uno de los antiguos proverbios de tu gente?

—Mmmm, no tan antiguo. Mi padre fue el primero en decirlo. Pensaba mucho en estas cosas. —Me dio un codazo tan fuerte que mi hombro contrario chocó con una rama y desprendió varias hojas—. Como alguien que conozco.

Sonreí forzadamente y miré de reojo mi cayado, que había dejado sobre un canto rodado a la orilla del arroyo. El agua lamía su caña, mojando los siete símbolos grabados de arriba abajo y haciéndolos relucir de un modo extraño.

—Cuanto más pienso en las cosas, en el destino o en lo que sea, menos sé en realidad.

Inesperadamente, Hallia se echó a reír.

—¡Eso mismo decía mi padre! Más veces de las que podría contar.

Fue mi turno de darle un codazo.

—¿Qué más solía decir?

—¿Sobre el destino? —Meditó unos instantes—. No mucho, aunque sí algo desconcertante.

—¿Qué?

—Decía, si lo recuerdo bien, que buscar el propio destino es como mirarse en un espejo. Ves una imagen, aunque sea borrosa, con la poca o mucha luz que haya

en ese momento. Pero si la luz cambia algún día, lo mismo le ocurrirá a la imagen. Y si la luz se apaga finalmente, el espejo estará vacío. Por eso, su conclusión era que el espejo más auténtico es... ¿cómo lo decía? Ah, sí. El espejo más auténtico es el que no necesita luz.

Fruncí el ceño, perplejo.

—¿El que no necesita luz? ¿Qué quería decir con eso?

—Nadie de mi clan le ha encontrado sentido nunca, aunque muchos lo han intentado. Me contaron que algunos ancianos debaten interminablemente al respecto, sin ningún resultado. Por eso es mejor no dedicar demasiado tiempo a reflexionar. Mi padre sabía mucho, pero también disfrutaba gastando bromas a los demás.

Asentí, sin dejar de interrogarme acerca de la curiosa afirmación. Bien podía haber sido un chiste. Pero ¿y si realmente significaba algo? Era evidente que los ancianos así lo creían, o de lo contrario no habrían desperdiciado tanto tiempo intentando comprenderlo. Tal vez un día, alguien lo conseguiría. Quizás... incluso yo mismo. Por un momento, me deleité con la idea; una idea encantadora, por cierto: yo, Merlín, podía ser quien arrojara luz sobre el antiguo misterio. Y sobre otros muchos misterios más.

Me distrajo un repentino movimiento en la cenagosa orilla. ¡Mi sombra! Aunque yo estaba sentado perfectamente inmóvil, ella parecía moverse, de hecho parecía estar temblando. ¿Podía tratarse sólo del efecto de la luz reflejada en el arroyo? Enfoqué al máximo mi segunda visión. No, no cabía la menor duda.

Mi sombra me decía que no moviendo enérgicamente la cabeza.

3
Secretos

Lancé un gruñido a mi insolente sombra, que seguía mofándose de mí desde la orilla del arroyo.

—¿Por qué no te quedaste en la peña de antes?

Hallia se puso rígida y dio una palmada sobre la embarrada pendiente.

—¡Joven halcón!

—No te lo decía a ti, perdona. —Extendí el brazo, pero ella rechazó mi mano con un gesto de enfado. Dirigí una hosca mirada a mi sombra, que parecía estar tronchándose de risa—. ¡Hallia, no estaba hablando contigo! Hablaba con mi sombra.

Lentamente, su expresión se suavizó.

—Me parece que, últimamente, tienes tantos problemas con esa sombra como con Gwynnia. —Apartó unas ramas para otear el prado donde habíamos dejado a la cría de dragón—. Se ha vuelto a marchar. Me pregunto adonde.

—Probablemente, sólo a pastar río abajo. No puede estar lejos, eso seguro. —Arrojé un canto rodado a mi sombra, casi esperando que me lo devolviese—. Y dime, ¿cómo sabía tanto tu padre? ¿Era un estudioso? ¿Un bardo?

—Nada de eso. Fue el sanador de nuestro clan durante muchos años. —Jugueteó con su trenza, separando los cabellos como si estuviera desenredando un recuerdo muy embrollado—. Incluso después de que el mar nos obligara a abandonar nuestras tierras ancestrales, lo cual por poco le rompe el corazón, prosiguió su trabajo. Y sus conocimientos iban mucho más allá del arte de curar. Comprendía cosas que nadie más sabía sobre ciertos lugares. Y... ciertas personas. —Tragó saliva—. Supongo que por eso le confiaron a su cuidado una de las *Siete Herramientas Mágicas*.

Di un respingo.

—¿De veras?

Ella asintió.

—¿Cuál?

—No debo decir nada más. Es un secreto de los Mellwyn-bri-Meath.

Nos dedicamos a contemplar el agua que circulaba a nuestros pies, y mis recuerdos fluían como el arroyo. Recordaba bien aquellas legendarias herramientas, puesto que conseguí rescatar la mayoría de ellas cuando el Castillo Velado se derrumbó. Estaba el arado que labraba el campo solo, la sierra que sólo cortaba la cantidad de madera necesaria y... ¿qué más? Ah, sí: la azada, la pala y el martillo mágicos. Además de aquel balde, casi tan pesado como el arado, ya que siempre rebosaba de agua.

Sólo la séptima herramienta había escapado de mí, aunque no de mis pensamientos. Pues, aunque no conocía su descripción, y mucho menos sus poderes, soñaba a menudo en encontrarla, normalmente detrás de un impenetrable muro de fuego. Cada vez que, en mis sueños, intentaba recuperarla,

las abrasadoras llamas me quemaban las manos, la cara, los ojos invidentes. Lo único que oía eran mis gritos; lo único que olía era el hedor de mi piel achicharrada. Cuando no podía seguir soportando la agonía por más tiempo, siempre despertaba bañado en sudor.

Hallia me acarició tiernamente la mano.

—Veo en tu rostro, joven halcón, que tú también conoces algunos secretos sobre las *Siete Herramientas Mágicas*.

—Es cierto —repliqué, sin apartar los ojos del arroyo—. Las he empuñado todas, las he utilizado todas, excepto la que se perdió para siempre.

Hallia me miró durante un rato largo, sopesando sus reservas. Por fin, suspiró.

—No se perdió.

—¿Qué quieres decir? Eso es lo que dice todo el mundo, incluido Cairpré.

—Porque eso es lo que cree todo el mundo. Excepto mi padre y los pocos de los nuestros a quienes se confió el secreto. Verás, esa herramienta mágica es la que le encomendaron a él. Y cuando los soldados del malvado rey Stangmar vinieron a arrebatársela, mi padre no les dio la verdadera herramienta, sino una copia que había fabricado él, una falsificación. La auténtica la escondió en un lugar seguro.

—¿Dónde?

—Nunca se lo contó a nadie. Poco después de que les diera el cambiazo, los cazadores... lo encontraron.

Reconocí el pesar en sus ojos y la rodeé con mis brazos. Permanecimos allí sentados un buen rato, contemplando los remolinos de la corriente. Pese a lo mucho que deseaba ser partícipe de su secreto, aún quería más ayudarla a sobrellevar la carga.

Finalmente, volvió a hablar:

—Era una llave, joven halcón, una llave mágica. Tallada a partir de un asta pulida, con un zafiro engarzado en su ojo. Sus poderes... Oh, no me acuerdo, como tantas cosas que me contaba mi padre. ¡Entonces yo era muy joven! Para él era muy importante, eso es lo que más recuerdo. —Entrelazó sus dedos con los míos—. Aunque también recuerdo que una vez dijo que, por grandes que fueran sus poderes, no podían competir con la mano de un sanador.

En ese instante, oímos un quejumbroso lamento corriente abajo. El sonido aumentó rápidamente de volumen hasta resultarnos familiar. Al cabo de unos segundos, apareció el bolarva, nadando directamente hacia nosotros, chapoteando furiosamente con sus seis brazos. Remontó la corriente, se encaramó a la orilla y saltó a mis brazos, tembloroso y jadeante.

—¡Terromiedo abrumadoroso! —barbotó, con los ojos relucientes de pánico—. ¡Matasesino mutiladoroso! ¡Ya llegaviene, está mismaquí!

Antes de que pudiera preguntarle de qué estaba hablando, una enorme cabeza se elevó por encima de los marjoletos que crecían corriente abajo. ¡Gwynnia! Cuando extendió su largo cuello escamoso, su oreja tiesa partió varias ramas, provocando la caída de una lluvia de hojas. Salió de entre los árboles, con las alas plegadas y apretadas contra el inmenso lomo, y se agazapó ante nosotros. La luz anaranjada de sus ojos se reflejó vivamente en el agua.

—¡Un dragoterror! —chilló el bolarva, al tiempo que ocultaba la cabeza bajo mi axila—. Estamos condenamuertos, hasta el finúltimo de mismonosotros.

—Tonterías —repliqué—. Ese dragón es amigo nuestro.

—No te hará daño —añadió Hallia.

Al oír la voz de su amiga, Gwynnia aporreó enérgicamente el suelo con su cola. Sin embargo, uno de sus golpes alcanzó a un marjoleto y lo arrancó de cuajo. El árbol se desplomó con gran estruendo sobre el arroyo y esparció un aluvión de ramas y barro por toda la orilla. Al verlo, el bolarva soltó un alarido... y se desmayó. Se quedó tendido en mi regazo, inerte como una túnica empapada. Incluso sus colas, antes tan apretadamente enrolladas, pendían ahora flácidas a su espalda. La cabeza de Gwynnia, ya casi sobre nosotros, se ladeó con expresión intrigada.

Acaricié la lisa piel del bolarva.

—Este tipejo no tiene madera de aventurero. Creo que deberíamos mandarlo de vuelta por donde ha venido.

—¿A las Marismas Encantadas? —preguntó Hallia—. Es el último lugar adonde deberías mandarlo.

—Es de donde viene.

—¡Pues ha sido muy listo por escapar! Es un lugar maligno, mortífero, con trampas letales en cada recodo. Mi pueblo, como casi todos los demás pueblos, con excepción de los espíritus de la ciénaga, lo evita siempre que puede.

—Mira, está claro que necesita vivir cerca del agua. Y lejos de los dragones. No sé cómo ha llegado hasta aquí, pero seguro que lo mejor es devolverlo a su casa.

Hallia negó con la cabeza y tocó el húmedo dorso del bolarva.

—Te digo que es una locura. Además, esa maldita ciénaga está justo al otro lado de la isla.

Al detectar cierta inseguridad en su voz, me puse rígido.

—¿No me crees capaz de conseguirlo?

—Bueno... no. No lo creo.

La miré hoscamente, con las mejillas encendidas.

—Saltar es una de las habilidades más arriesgadas para un mago. Tú mismo me lo has dicho.

Estrellé un puño contra la orilla y me manché la túnica de barro.

—Ya veo que no me crees capaz.

—¿Y si lo mandas a otro lugar por error?

—¡No cometeré ningún error! —En ese momento reparé en mi sombra, que parecía mover de nuevo la cabeza de lado a lado, y me mordí el labio—. Y, si por casualidad me falla, por lo menos despertará en algún sitio donde no haya un dragón mirándolo fijamente desde las alturas.

Con cuidado, deposité al bolarva inconsciente entre las cañas, al borde del agua. A continuación, cogí mi cayado y me puse en pie. Me planté firmemente en la orilla, de espaldas a Hallia, y empecé a concentrarme. Casi al instante, sentí que los poderes se acumulaban en mi interior y se precipitaban hacia la superficie como la lava de un volcán en erupción. Finalmente, entoné el complejo cántico, invocando la magia superior de Saltar.

El viaje que sea cerca, mas la aventura, lejos...
¡Mirad! Es el Lugar y el tiempo de Saltar.

Ve en busca de una estrella y llega hasta su centro;
en lugar de soñar, encuentra Muirthemnar
o el eco de un poema que, como una campana
dispuesta siempre a honrar, jamás a denostar,
a lo lejos repica al calor de la mañana.
¡Mirad! Es el lugar y el tiempo de Saltar.

Un relámpago de luz blanca estalló en la orilla. El agua que circulaba por el canal hirvió y se evaporó. Al mismo tiempo, el bolarva desapareció... junto con Hallia y conmigo.

4
Muertedolor

¡Agujas de pino! Rodé sobre mí mismo y las escupí de mi boca. Por encima de mi cabeza, unas tupidas ramas se arqueaban hacia el cielo, con un aspecto tan robusto que parecían capaces de sostener la mismísima bóveda celeste. Y lo bastante corpulentas para ocultarla: sólo unas cuantas partículas de luz atravesaban el tupido mar de ramas.

—Buen trabajo, joven halcón.

Me encogí, escupí un grumo de resina pegajosa y luego torcí el cuello para mirar a Hallia. Como yo, estaba tendida de espaldas entre agujas de pino y ramitas secas.

—Está bien —reconocí—. Mi habilidad de Saltar estaba un poco... desajustada.

Hallia se sentó y me miró con expresión solemne.

—¿Un poco, dices? Me parece que intentabas hacer Saltar al bolarva, no a nosotros. Ahora estamos aquí, en algún bosque, sin ningún punto conocido a la vista. ¿Y tu destino no eran las Marismas Encantadas? Supongo que debería sentirme afortunada de que tu puntería sea tan mala.

Se sacudió una aguja de pino de la nariz.

—Comparado con tu puntería Saltando, la habilidad de Gwynnia para aterrizar es soberbia. —Su rostro se ensombreció—. Por cierto, ¿dónde está? —Se puso en pie de un brinco, acribillándome de ramitas—. ¡Gwyyynniaaa! —gritó, y su voz se internó en el bosque como un gavilán—. ¡Mi Gwyyynniaaa!

No recibió respuesta. Se volvió hacia mí, con la frente surcada de arrugas de preocupación.

—Oh, espero que no le haya pasado nada. Si pudiera oírme me habría contestado. No creerás que...

—¿Nos la hemos dejado? —terminé por ella, incorporándome a mi vez. Me sacudí los fragmentos de corteza y las agujas de pino de mi túnica—. Me temo que es posible. Muy posible. Después de todo, no pretendía mandarla a ninguna parte.

—¡Tampoco pretendías mandarnos a nosotros! Oh, se habrá llevado un susto de muerte. —Miró en derredor, hacia los árboles—. Quizás está en alguna parte, justo fuera del alcance de mis gritos.

—Esté donde esté «alguna parte» —mascullé.

Con la cabeza vuelta hacia atrás, atisbé entre el dosel de ramas e inspiré una honda bocanada de aire, impregnado de la dulzura del cedro y el pino. Y algo más, caí en la cuenta enseguida: un ligero aroma rancio, a algo en descomposición, que acechaba justo detrás de la dulzura. De todos modos aspiré las fragancias, pues por mucho que me disgustaba haberme perdido, siempre disfrutaba en el corazón de un bosque. Cuanto más oscuro, mejor. Porque cuanto más oscuro fuera el bosque, más viejos eran sus árboles. Y cuanto más viejos eran los árboles, más misteriosos y sabios resultaban ser, como yo bien sabía.

Una brisa sacudió las ramas cargadas de agujas y me salpicó el rostro de rocío. De pronto, recordé otro día, en otro bosque, en la tierra de Gwynedd que algunos llaman Gales. Perseguido por un enemigo, escapé subiéndome a un árbol: un gran pino, muy parecido a los que ahora se erguían muy por encima de nosotros. Momentos después me encontré atrapado en una tormenta cada vez más violenta. El vendaval arreció y tuve que aferrarme al árbol con todas mis fuerzas. Cuando el temporal descargó por fin con toda su intensidad, soporté todo el zarandeo y las sacudidas, meciéndome y bamboleándome, sostenido —no, abrazado— por aquellas ramas. Y cuando, por fin, la tormenta amainó, dejándome empapado entre las ramas de un árbol resbaladizo de lluvia, me sentí refrescado, reanimado y renacido.

Hallia me dio una palmadita en el brazo. Justo cuando me giraba, otra racha de viento más fuerte recorrió el follaje a toda velocidad. Mi amiga empezó a decir algo, pero levanté una mano para detenerla. Porque entre los crujidos de las ramas de árbol había oído voces, profundas y resonantes. Sin embargo, las voces parecían fuera de lugar en un bosque cuyas ramas se elevaban tan majestuosamente. Sonaban llenas de desesperación y de dolor, más y más profundo.

Escuché muy concentrado. Los árboles me avisaban agitando sus grandes brazos. No comprendí todo lo que decían, porque todos hablaban a un tiempo, a veces en lenguas que yo aún no dominaba. Pero había algunas palabras que me resultaron inconfundibles. De un majestuoso cedro: *Nos morimos, morimos.* De un tilo cuyas hojas en forma de corazón caían al suelo girando lentamente: *Se me está comiendo. Devora mis raíces, mis raíces más profundas.* Y de un imponente pino, muy afligido: *¡Mi retoño!¡Que no se lleven a mi retoño!*

Cuando el viento se calmó, junto con las voces, me volví hacia Hallia.

—Este bosque tiene algún problema, un gran problema.

—Yo también lo presiento.

—No parece de origen natural.

—No, no lo es. Pero si miras atentamente, hay signos por todas partes. Como las plantas trepadoras parásitas que infestan aquel grupo de pinabetes.

—Y ahí, mira eso. —Me aproximé al tronco de un pino cercano y raspé un poco de musgo gris y ralo de su corteza—. Ya había visto antes esta especie sobre los árboles, pero sólo después de una inundación. Nunca en un bosque que crece bien.

Hallia asintió tristemente.

—Ojalá pudiéramos ayudar en algo. Pero ¿cómo? Además, ya tenemos nuestros propios problemas. ¿Cómo encontraremos el camino de vuelta a los pastos de verano? ¡Y a Gwynnia, pobrecita mía! ¿Y qué hay del bolarva? ¿Quién sabe dónde estará, a estas alturas?

Apreté los dientes y me encorvé para recoger mi cayado.

—Oye, lo siento. No tenía ni idea de que mi intento de Saltar saldría tan mal. —Arrepentido, oprimí la nudosa curva del mango de mi cayado—. Olvidé la primerísima lección, lo que Dagda llamaba «el alma de la hechicería»: humildad.

Furioso conmigo mismo, introduje el cayado en mi cinturón.

—Necesito otros cien años de práctica, antes de volver a intentar algo semejante. ¡He podido mandarnos a otro país, o incluso a otro mundo!

Hallia negó con la cabeza.

—No, no. Mis pies, mi nariz, todos mis huesos me dicen que aún estamos en algún lugar de Fincayra. —Inspeccionó los árboles sumidos en sombras que nos rodeaban—. Este bosque me recuerda mucho a otro muy antiguo en el que estuve hace años, cuando todavía era una niña cervata. La mezcla de árboles, su distribución, todo me resulta de lo más familiar. ¡Pero aquel lugar estaba mucho más vivo! ¿Qué clase de enfermedad puede atacar a todo un bosque como éste?

—Ajjj —refunfuñó una voz angustiada desde detrás de las prominentes raíces de un cedro—. Terribloso muertedolor.

Corrimos hacia allí. El bolarva, con sus redondos ojos más apenados que nunca, se retorcía entre las raíces. De sus pinzas colgaban esquirlas de corteza y trozos de aguja de pino, su vientre acolchado se estremecía al menor movimiento y sus bigotes se curvaban con displicencia. Sin embargo, mi segunda visión, más aguda que la vista de una lechuza en el umbrío bosque, no detectó rastro alguno de lesión.

Me acerqué a él y traté de arrancar una rama pegajosa de savia de una de sus colas. El bolarva se encogió más para apartarse de mí.

—Ya no tienes nada que temer —lo tranquilicé—. El dragón no está aquí.

—¡Pero monstrumanos sí! —Levantó el hocico y olisqueó el aire, al tiempo que sus ojos se abrían aún más desmesuradamente—. Y muypeor, verdaderosamente muypeormás, estamos en el sitiorroroso donde menosmuy voyaquiero estar. —Sucumbió a un ataque de escalofríos y gemidos—. Sitiorroroso...

Hallia contenía el aliento.

—¿Acaso sabes dónde estamos?

—Seguroso —gimió el bolarva—. ¿N... no fragancioléis el aromaticoso charcocieno?

—No, yo no —declaré—. Sea lo que sea eso de «fragancieno».

—¡Charcocieno! —El bolarva cerró los ojos y mascujo—: ¡Monstrumanos! ¡Son verdaderosamente cortobtusos!

Lo sacudí hasta que volvió a abrir los ojos.

—¿Dónde crees que estamos, eh?

Nos lanzó una mirada funesta.

—En el arbolosque oscuroso, el surlindero de las Marismencantadas.

Me sobresalté.

—¿Las Marismas Encantadas? ¿Estás seguro?

—¡Todomuy seguroso! —Sus bigotes se erizaron—. ¿Piensacrees que no reconozcapto mi amadoso charcocieno?

Hallia meneó la cabeza.

—No puede ser. El bosque que yo recuerdo estaba en un terreno más elevado, muy al sur de las tierras pantanosas, prácticamente a un día de distancia al galope.

—¿Estás segura? —pregunté.

—Del todo. Nunca olvido un bosque, y menos uno tan antiguo como éste. Y ni siquiera estaba cerca de las Marismas Encantadas.

—¡Pero verdadosamente mismaquí está! —chilló en tono agudo el bolarva, mientras todo su cuerpo temblaba de una forma incontenible. Su barriga se

ondulaba en oleadas de grasa temblorosa—. Monstrumano, por piedafavor... dañopincha al pobremí si tienedebes. Tirarráncame los pelobigotes grituno a grituno. ¡Pero quitasácame de mismaquí!

Estudié a la convulsa criatura con expresión ceñuda.

—Lo que dices no tiene sentido. Aunque estuviéramos cerca de la ciénaga, ¿por qué no quieres regresar? Creí que era tu hogar.

—Lo era, por supuestoso. Pero noyamás. No es casasalvo.

Enarqué las cejas.

—¿Por qué no?

Se contorsionó, a fin de introducir la cabeza bajo una de las raíces.

—¡No quierepuedo explicablar! ¡Es demasiadoso horribloso!

Lo miré fijamente, preguntándome qué podía ser más horrible que las Marismas Encantadas que tan bien recordaba yo. El aire pestilente, el limo pegajoso y, lo peor de todo, los espíritus de la ciénaga. Había visto sus espectrales ojos titilantes y mucho más que eso. No quería volver a percibir su rabia, su locura. Y sabía que Hallia estaba en lo cierto: esa ciénaga era el lugar menos conocido —y el más temido— de Fincayra. Y por buenas razones.

El bolarva levantó de nuevo la cabeza y suspiró entre dos convulsiones.

—¡Oh, cómo extrañoro mi tierranatal, con sus gloriosurosos milagrodigios! ¡Fue un paislugar dulcelicioso durante tantosos tiempaños!

Intercambié una mirada de incredulidad con Hallia.

—¡Ah, mismaquellas lagucharcas pestilentosas! —prosiguió con ojos relucientes—. ¡Mismaquellas movedizarenas! Todomuy adorablosamente secretúmedo. —Se encogió—. Hasta que...

—¿Hasta que qué?

—¡Palohielos! —gritó de improviso el bolarva, señalando a mis pies con las pinzas—. ¡Peligraullido!

Contemplé el grueso palo torcido que yacía junto a mi bota y luego otra vez al bolarva.

—Basta ya de histeria. ¡Me tienes harto! No pienso huir corriendo de un palo, y tú tampoco deberías hacerlo.

—Pero mismotú no...

—¡Basta! —ordené, desenvainando mi espada. Un rayo de luz que penetraba entre las ramas altas se reflejó en la hoja, que refulgió intensamente— Esto nos salvará de los palos peligrosos. O de los bolarvas lloricas.

Hallia frunció el ceño.

—Vamos. Buscaremos el camino devuelta a... ¡aaaghhh!

Se llevó ambas manos al cuello: intentaba arrancarse la sinuosa y mortífera serpiente que se había enrollado alrededor de su cuello. Su rostro empezó a amoratarse; sus ojos parecían querer salirse de sus órbitas a causa del terror. Me precipité en su ayuda con la espada en alto.

—¡Muertedolor! —aulló el bolarva.

De improviso, algo pesado me golpeó en los riñones. Se deslizó con increíble rapidez por mi columna vertebral hasta mis hombros. Sin darme tiempo ni a gritar, unos poderosos músculos rodearon con fuerza mi garganta.

¡Otra serpiente! Me quedé sin aliento. Apenas podía vislumbrar a Hallia, caída de rodillas, luchando con la serpiente que la estaba estrangulando, cuando

todo empezó a darme vueltas. Tropecé con algo, conseguí evitar una caída... pero solté la espada. Me dirigí hacia Hallia trastabillando. Tenía que llegar hasta ella. ¡Tenía que lograrlo!

Mis dedos se enterraron profundamente en la fría carne que ceñía mi cuello. Era dura al tacto, como un collar de piedra. A pesar de mis esfuerzos, la serpiente seguía estrujándome implacablemente, enroscándose cada vez más. Sentía que mi cabeza estaba a punto de estallar, mis brazos y mis piernas más débiles a cada segundo que pasaba. Las descargas de dolor recorrían mi cuello, mi cabeza y mi pecho. No podía mantenerme en pie, no podía respirar. Aire... ¡Necesitaba aire!

Di un traspié y caí al suelo, sobre las agujas de pino. Me esforcé por incorporarme. Pero volví a caer de bruces, sin dejar de tirar de la serpiente. Mientras tanto, una extraña oscuridad reptaba por encima de mí... y a través de mí. Todo dejó de girar, dejó de moverse.

Magia. ¡Necesitaba usar mi magia! Pero me faltaban las fuerzas.

Algo afilado se clavó en mi hombro. Noté el corte y vi la sangre. Mi espada. ¿Había caído encima de ella? De pronto, una vaga idea alumbró en la creciente oscuridad. Con las escasas fuerzas que me quedaban, intenté contorsionarme para resbalar por la pendiente. Me retorcí débilmente, pero el mundo se volvió más oscuro. Noté la hoja que me sajaba la carne... y posiblemente algo más.

Demasiado débil para seguir luchando, dejé de moverme. Un último deseo relampagueó en mi mente: *Perdóname, Hallia. Por favor*.

De pronto, la presa de la serpiente se aflojó. Inspiré ansiosa y entrecortadamente. Noté un hormigueo en los brazos; mi visión empezó a aclararse. Encolerizado, me arranqué del cuello el cadáver seccionado de la serpiente. Enseguida vi a Hallia, tendida tan cerca... Y tan inmóvil.

Así la espada por la empuñadura y me arrastré hasta ella. La serpiente que la había atacado desenroscó de su cuerpo unos centímetros y asomó la cabeza por debajo de la barbilla de Hallia. Siseó furiosamente; sus ojos amarillos parecían bullir. Se abalanzó hacia mí...

En el momento en que yo bajaba la espada. La hoja estableció contacto con un golpe seco. La cabeza de la serpiente salió volando por los aires y rebotó contra el tronco de un árbol, para caer al suelo del bosque.

Solté la espada y me arrodillé junto a mi amiga. *¡Por favor, Hallia! ¡Vuelve a respirar!* La sostuve por la nuca amoratada, casi tan cárdena como su túnica, y le moví la cabeza. Pero no reaccionó. Le acaricié las mejillas; le oprimí la mano helada.

Nada. Nada en absoluto.

—¡Hallia! —grite, mientras las lágrimas humedecían mis mejillas—. Vuelve ahora mismo. ¡Vuelve!

No hizo el menor movimiento. No mostró el menor signo de vida, ni siquiera el menor aliento.

Hundido en la desesperación, me desplomé sobre ella y apoyé mi rostro contra el suyo.

—No te mueras —susurré—. No aquí. No ahora.

Algo me rozó la mejilla. ¿Otra lágrima? No..., ¡unas pestañas!

Alcé el rostro para mirarla, mientras Hallia inspiraba con dificultad una vez. Luego otra. Y otra.

Al cabo de unos momentos, se sentó, tosió y se frotó el cuello dolorido. Sus ojos grandes, castaños y profundos me acariciaron unos segundos. Después, se posaron en la espada teñida de sangre en el suelo y luego en la serpiente decapitada tendida entre las agujas de pino.

Con los labios temblorosos, sonrió fugazmente.

—Tal vez —dijo con voz ronca— tu puntería no es tan mala, después de todo.

5
Ya brotan las llamas

Tardamos una hora entera en recobrar las fuerzas, tiempo que Hallia empleó en limpiar el corte de mi hombro para que mi voluntad hiciera cicatrizar los tejidos. Y el bolarva tardó otra hora en volver a hablar, pues el terror lo había dejado completamente mudo. Por fin, nos sentamos entre las agujas de pino y las nudosas raíces, agradecidos de estar vivos y totalmente atentos a la posible presencia de otras serpientes.

—Mismotú bravoliente —dijo con voz ronca el bolarva, que se había recostado en una protuberante raíz—. Muchoso muymás bravoliente que mismoyo.

Arrojé una pina hacia las ramas de un joven plantón.

—Por lo menos tú lo detectaste antes de que atacara. ¿Cómo sabías que no era un palo de verdad?

—Por los enfadojos. Casi todomuy cerradosos, pero aunmirones y brillamarillos. Yantes he descubrescapado de mismellos muchosas miedoveces.

—¿En la ciénaga? —me acerqué para estudiar su redonda cara—. ¿Esas serpientes vienen de allí?

—Verdaderosamente.

Lo miré con expresión hosca.

—El lugar que consideras tu maravillosa tierra natal.

Hallia se rascó la nuca con afectación.

—Creo que lo que dijo fue «adorabloso».

—Buenova... —El bolarva hizo un esfuerzo por aclararse la garganta, mientras su hilera de colas se revolvía nerviosamente—. Quizapuede que haya tontexagerado un poconada.

—Un «poconada». —Desconcertado, sacudí la cabeza—. ¿Qué ocurre en las marismas? Aunque no esté lejos de aquí, como crees, ¿por qué las abandonan esas serpientes?

Sus ojos redondos se cerraron con fuerza y luego se abrieron como accionados por resortes.

—Probablosamente, por la mismodiosa pesorrazón que yomí.

—¿Qué razón?

—Es demasiadoso terriblosa para contadecirla. —El bolarva sacudió la cabeza, junto con sus seis brazos y la mayoría de sus colas—. Por sustomalas que sean mis feopesadillas, mismeso es muypeoroso. Masmucho muypeoroso.

—Cuéntanoslo.

Se enterró aún más en las raíces.

—Nonoyno.

Hallia me tocó el brazo con suavidad.

—Todavía no confía en ti.

Lancé un gruñido de exasperación.

—¿Cuántas veces tengo que salvarle la vida para que confíe? Bueno, no importa. De todos modos, no estará con nosotros mucho tiempo.

El bolarva dejó escapar todo el aire de sus pulmones. Sus pinzas empezaron a chasquear al ritmo de su tembleque.

—¿El monstrumano vapretende... mastimachacarme?

—Es tentador, pero no. —Me puse en pie con esfuerzo y lo miré con desaliento—. No sé cómo, pero encontraremos el camino de regreso a los pastos de verano. Y como he sido yo quien te ha traído aquí, es responsabilidad mía llevarte sano y salvo a abrevar a otro sitio. No, no te preocupes, no será a tus «adorablosas» marismas. Pero seguro que dentro de poco pasaremos por algún lugar donde abunde el agua. Y allí es donde te dejaré, te guste o no. Me da igual que sea un río, un lago de montaña o un simple charco.

El bolarva me miró con los párpados entrecerrados y me lanzó un amago de pellizco con una de sus pinzas.

Con un suspiro, rasgué una ancha tira del dobladillo de mi túnica, hice un nudo con ambas puntas y me la pasé por el cuello a modo de cabestrillo. A continuación, pese a las incesantes contorsiones del bolarva, lo cogí en brazos y lo acomodé en el interior. Una de sus colas se quedó por fuera, enrollándose hasta formar una bola y desenrollándose al compás de sus nerviosos gemidos, pero el resto de su cuerpo desapareció en los pliegues de la tela.

Con cuidado, Hallia palpó el gimoteante fardo que colgaba de mi pecho, lo cual hizo aullar al bolarva y enroscarse en una apretada bola. Mi amiga estudió el abultado cabestrillo.

—Quizás él no te agradece que nos hayas salvado la vida, joven halcón, pero yo sí.

Di una palmadita a la empuñadura de mi espada.

—Esto fue lo que realmente nos salvó.

Hallia dio un fuerte pisotón en el suelo, como una cierva furiosa.

—Venga ya. Lo dices como si no hubieras tenido nada que ver.

Contemplé los árboles en sombras.

—No quería decir eso. Pero estuvimos cerca, demasiado cerca, de morir justo ahí. Si yo tuviera de verdad los poderes que Cairpré y los demás creen que tengo, que esperan que tenga, no me habría dejado engañar por esas serpientes, para empezar.

—¡Bah! ¿Por qué no puedes cometer errores de vez en cuando, como todo el mundo?

—¡Porque se supone que soy un mago!

Hallia se plantó ante mí con los brazos en jarras.

—Muy bien, gran mago. Entonces, ¿por qué no me dices una cosa? Por ejemplo, ¿cómo vamos a volver junto a Gwynnia antes de que se muera de preocupación o arrase todo el territorio buscándome?

—Bueno, a menos que quieras dejarme que intente otra vez Saltar...

—¡No!

—Entonces tendremos que caminar. —Di unas palmaditas en el cabestrillo... y aparté bruscamente la mano cuando una pinza se disparó hacia ella—. Con nuestro amistoso compañero, aquí presente.

Me volví hacia el anciano cedro que crecía a mi lado y apoyé la mano en su

tronco recorrido por profundos surcos.

Me llegó una empalagosa vaharada de resina; casi podía notar cómo circulaba bajo la corteza.

—Ojalá supiera cómo ayudarte, anciano. Y también al resto de este lugar. Pero, sencillamente, no tengo tiempo.

Las ramas se agitaron y descargaron una ducha de agujas de pino sobre mi cabeza. Miré furtivamente a Hallia, que ya había empezado a internarse en el bosque, siguiendo los oblicuos rayos de sol de media tarde. Presioné con la palma de la mano la corteza del árbol durante unos segundos más y le susurré:

—Algún día, quizá, volveré.

Alcanzar a Hallia no me resultó fácil, ya que trotaba velozmente entre los árboles. Sin duda, ella habría sugerido que nos transformáramos en ciervos, pero era consciente de que yo necesitaba transportar al bolarva. Pero incluso sobre dos piernas, mi amiga saltaba cómodamente por encima de las raíces y de los troncos caídos, mientras que yo parecía engancharme la túnica en cada rama junto a la que pasaba. El pesado fardo del bolarva no me ayudaba, ni la pinza con la que en ocasiones intentaba pellizcarme.

Resollando, finalmente llegué a su altura.

—¿Ya sabes —jadeé— adonde nos llevas?

Se agachó para pasar por debajo de la fragante rama de un tilo.

—Si éste es el bosque que recuerdo, los pastos de verano están hacia el oeste. Espero encontrar pronto algo que me resulte familiar.

—Y yo espero encontrar un poco de agua. Para librarme de este... —Aparté de un manotazo la pinza descarriada—. Este equipaje.

Anduvimos entre los árboles un buen rato, oyendo sólo el crujido de nuestras pisadas sobre el mantillo o el correteo ocasional de una ardilla por una rama. Al cabo de un rato, procedente de una cañada que se abría ante nosotros, oímos un golpe seco que se repitió varias veces. Una espada. O un hacha, golpeando y cortando. De pronto, entre las ramas sopló un quejumbroso viento, que fue aumentando hasta convertirse en un cacofónico gemido.

Ambos nos quedamos petrificados. Cogí a Hallia por el brazo.

—No podemos hacer nada por salvar este bosque, pero quizá podamos salvar al menos un árbol.

Ella asintió.

Siguiendo el ruido de los hachazos, corrimos cañada abajo, pisoteando la espesura de zarzamoras que cubrían la ladera. Aunque me esforcé cuanto pude por mantener el paso de Hallia, pronto me dejó atrás. En una ocasión, tropecé con una rama caída, aterricé y me di un fuerte batacazo en el pecho. Al momento, recuperé la vertical y seguí corriendo pesadamente ladera abajo.

Casi enseguida, el terreno se niveló y llegué de súbito a un estrecho claro cubierto de hierba. Allí estaba Hallia, con los brazos cruzados, enfrentándose a un hombre que empuñaba una tosca hacha. Sus orejas, como las de la mayoría de los fincayranos, eran ligeramente puntiagudas por arriba. Pero eran sus ojos lo que llamaba la atención: llameaban de ira contra la joven que osaba interponerse entre él y el alto y nudoso pino cuyo tronco presentaba una mella en forma de cuña.

—¡Apártate, niña!

El hombre blandió el hacha ante Hallia y su túnica revoloteó a su alrededor.

Detrás de él había una mujer con una expresión tan descompuesta como su alborotado cabello. Sostenía en brazos a una niña de pocos meses que lloraba desconsoladamente y pataleaba con sus flacas piernas.

—¡Aparta! —repitió, exasperado—. Sólo queremos un poco de leña. —Alzó el hacha en actitud amenazadora—. Y pronto la tendremos.

—Para eso no necesitáis cortar todo un árbol —objetó Hallia, sin arredrarse—. Y menos uno tan viejo como éste. Además, hay mucha leña por el suelo aquí mismo. Espera, os ayudaré a recoger una poca.

—Está demasiado húmeda y no arderá —replicó el hombre—. Ahora, hazte a un lado.

—Me niego —declaró Hallia.

Todavía resoplando por la carrera, me situé a su lado.

—Lo mismo digo.

El hombre nos lanzó una mirada asesina. Su hacha subió aún más.

—Nuestra hija necesita calor —se lamentó la mujer—. Y tomar un bocado caliente. No ha comido nada desde ayer por la mañana.

La expresión de Hallia se suavizó y la joven ladeó la cabeza, desconcertada.

—¿Por qué no? ¿Dónde vivís?

La mujer titubeó e intercambió una mirada con su marido.

—En un pueblo —dijo al fin, con cautela— no muy lejos de la ciénaga.

—¿Te refieres a las Marismas Encantadas? —pregunté, tras una fugaz mirada a Hallia—. ¿No estaban muy lejos de aquí?

La mujer me miró de una forma extraña, pero no dijo nada.

—Esté donde esté vuestro pueblo —insistió Hallia—, ¿por qué no estáis allí ahora?

Haciendo caso omiso del gesto del hombre indicándole que guardara silencio, la mujer empezó a sollozar.

—Porque... lo han invadido. Ellos.

—¿Quiénes?

El hombre cortó el aire con su hacha.

—Los espíritus de la ciénaga —respondió, huraño—. Y ahora echaos a un lado.

En ese momento, el bolarva asomó su bigotuda cara por el borde del cabestrillo. En el acto, al ver el hacha, gimoteó sonoramente y volvió a enterrarse apresuradamente en los pliegues de la tela.

—¿Invadido? —repetí—. No me suena que los espíritus de la ciénaga hubieran hecho antes algo parecido.

La mujer intentó que su pequeña le chupara el dedo, pero la niña lo rechazó.

—Nuestro pueblo ha estado en los límites de las marismas durante ciento cincuenta años y tampoco nosotros habíamos oído nada igual. Sus chillidos y aullidos sí, naturalmente, los oímos cada noche. ¡Peor que una riña de gatos! Pero si los dejábamos en paz, ellos hacían lo mismo con nosotros. Hasta que... todo eso cambió.

Su marido dio un paso hacia donde estábamos, esgrimiendo el hacha.

—Basta de charla —exclamó secamente.

—Espera —ordené—. Si es fuego lo que queréis, conozco otro modo de obtenerlo.

Antes de que tuviera tiempo de objetar nada, levanté mi cayado por encima de mi cabeza. Con las yemas de los dedos identifiqué uno de los grabados de su caña, la silueta de una mariposa tallada en la madera. Con la mano libre, señalé un montoncito de agujas de pino y ramitas que había cerca de los pies del hombre. En silencio, convoqué el poder de Cambiar, dondequiera que se encontrase. Aunque no soplaba viento alguno, mi túnica se hinchó repentinamente y las mangas empezaron a ondear. Al verlo, el hombre soltó una involuntaria exclamación, mientras que su mujer retrocedió varios pasos.

Con una cadencia lenta y rítmica, pronuncié las antiguas palabras para encender fuego:

Están brotando las llamas
en el bosque y el marjal;
más brillantes que pupilas,
fuera del saber mortal.
Padre del calor, te debo
fragua, yunque y martillo.
Madre de la luz, deseo
ver tu fuego infinito.

La leña empezó a crepitar. Las agujas de pino se curvaron, al tiempo que la corteza se rajaba y restallaba. Una fina columna de humo se elevó hacia el cielo, cada vez más firme y densa, hasta que, en un abrir y cerrar de ojos, las ramitas, la corteza y las agujas ardían en llamas.

El hombre aulló y se alejó de un salto. Aun así, el dobladillo de su rasgada túnica se encendió con una chispa y empezó a arder. Arrancando apresuradamente un manojo de hierbas largas, el hombre sacudió con él las llamas para apagarlas. Su mujer retrocedió un poco más, sujetando con fuerza a su hijita.

Por fin, una vez extinguido el incendio de su túnica, el hombre se encaró conmigo. Durante un rato me escrutó en silencio.

—Brujería —gruñó al cabo—. Brujería maldita.

—No, no —repliqué—. Sólo es un poco de magia. Quiero ayudaros. —Señalé las chisporroteantes llamas—. Acércate. Con este fuego, se puede calentar toda tu familia, no sólo la comida.

Miró de soslayo a su mujer, cuyos ojos expresaban una mezcla de terror y anhelo, y la sujetó por el brazo.

—Nunca —espetó—. ¡No queremos ningún fuego de hechicero!

—Pero... es lo que necesitáis.

Sin atender a mis protestas, atravesaron el prado y se retiraron hacia los árboles. Hallia y yo nos quedamos allí, boquiabiertos, hasta que el ruido de pisadas y el llanto infantil se volvieron inaudibles para nosotros.

Bajé la vista hacia mi sombra y la sorprendí palmeándose los costados. ¡Me estaba haciendo burla! Salté sobre ella con un rugido. Hallia giró sobre sus talones, pero un instante antes de que viera la sombra, ésta volvió a la normalidad y sólo se movió como yo. Hallia me miró con incredulidad.

Era yo el que echaba humo cuando apagué el fuego con un fuerte pisotón de mi bota. Mi sombra, para mayor irritación por mi parte, hizo lo mismo, pero con mucha más energía.

—Mi intención no era asustarlos —dije con un suspiro—, sino ayudarlos.

Hallia me observó con tristeza.

—Las intenciones no lo son todo, joven halcón. Créeme, lo sé. —Por un instante, pareció que tuviera ganas de añadir algo más, pero se reprimió. Señaló en la dirección por donde se había marchado la familia—. Después de todo, ellos no tenían intención de matar a este pobre árbol. Sólo querían encender una hoguera para su hija.

—¡Pero si es lo mismo!

—¿Que intentaras enviar al bolarva a casa y, en cambio, nos trajeras a todos aquí es lo mismo?

Noté que me ardían las mejillas.

—Esto es completamente distinto. —Hice girar el tacón de mi bota sobre los rescoldos—. Por lo menos, esta vez la magia ha funcionado. Sólo que no como yo esperaba.

—Escucha, has hecho lo que has podido. Sólo lamento... Oh, ni siquiera estoy segura de qué lamento. —Contempló las moribundas brasas—. Pero a veces es muy difícil hacer lo correcto.

—¿Por eso no debería ni intentarlo?

—No. Sólo intentarlo con cuidado.

La miré de hito en hito, todavía molesto. Después, volviéndome hacia el pino dañado, se me encogió el estómago al ver el tamaño de la herida.

—Es posible que pueda hacer al menos una cosa bien, en el día de hoy.

Me arrodillé al pie del anciano pino, extendí un dedo y toqué la viscosa y aromática savia que manaba del boquete. Era más espesa que la sangre y de un tono más claro, más ámbar que rojo. Aun así, se parecía mucho a la sangre que poco antes manaba de mi hombro. Escuché el susurro apenas audible de sus temblorosas agujas. Después, con gran delicadeza, apoyé ambas manos sobre aquel punto, con el deseo de que la savia se contuviera, que cerrara la herida.

Al rato, noté que la savia se coagulaba bajo las palmas de mis manos. Las retiré y trituré varias agujas de pino del suelo, que esparcí con delicadeza sobre la zona. Acerqué el rostro y soplé varias veces, lenta y prolongadamente, sin dejar de enviar pensamientos a las fibras del árbol. *Enterraos hondo, raíces, y aguantad con firmeza. Elevaos alto, ramas; uníos al aire y al sol. Corteza, crece gruesa y resistente. Y tú, madera: manténte robusta, crece bien.*

Por fin, cuando me pareció que ya no podía hacer nada más, me separé del tronco. Me volví para hablar con Hallia, pero antes de que empezara, otra voz se me adelantó. Nunca la había oído: exhalada, vibrante y extraña, compuesta más por aire que por sonido. Pero enseguida supe que era la voz de aquel árbol.

6
Enraizados

Para mi asombro, el árbol no hablaba con la lengua de los pinos, aquel lenguaje de silbidos y susurros que yo había acabado aprendiendo, sino en la lengua común de Fincayra. ¡La misma en la que Hallia y yo nos hablábamos! Sin embargo, su airosa voz y su cadencia, que se mecía como un retoño al viento, eran distintas. Sorprendentemente distintas. Nunca había oído a nadie hablar —o, a decir verdad, cantar— de aquel modo:

Como lombrices van mis raíces
creciendo, tejiendo...
arbóreos tapices.
Año tras año, hoy como antaño,
sus fuerzas aliento.
¡Arraigad felices!
Aunque mis ramas me tienen
en un regio manto envuelto,
con mis raíces se sostienen.
Son aprendices.
Son aprendices.

Retrocedí, amedrentado. Al instante, mi hombro chocó contra el de Hallia. Sus ojos, más grandes que de costumbre, enfocaban el árbol. Del interior de los pliegues de mi cabestrillo, otro par de ojos redondos, junto con unos bigotes temblorosos, se asomaron aún más. De pronto, el árbol entero se estremeció, con un dolor tan evidente que yo también me estremecí. De sus ramas se desprendieron esquirlas de corteza, húmedas de savia, que cayeron como lágrimas sobre el prado.

Ya llega el día que más temía:
Sablazos, hachazos...
El hombre porfía.
Ciego de furia por la penuria,
me parte en pedazos.
¡Y yo nada le haría!
Todo cuanto había aprendido
sucumbirá entre sus brazos,
sin que yo le haya agredido.
¡Razón no había!
¡Razón no había!

La jadeante voz subió de tono, ahora era casi un silbido. Sentí un agudo dolor en las costillas, como si me hubieran clavado un cuchillo en el costado. Pero el árbol continuó:

No hay esperanza, el fin me alcanza.
¡Mas llega un amigo!
¡No habrá matanza!

Al oírlo, Hallia me cogió la mano. Fuera por el contacto o por el nuevo tono del árbol, el dolor de mis costillas empezó a remitir. Poco a poco, enderecé la espalda y me erguí en toda mi estatura, al tiempo que el árbol hacía lo mismo.

Lo desafiaste, su hacha frenaste.
¡Huye el enemigo!
No deseo venganza.
Mis ramas al cielo extiendo
y libremente me doblo,
porque seguiré viviendo.
En confianza.
En confianza.

El gran pino agitó sus ramas más altas jubilosamente. A continuación, con un fuerte crujido, hizo girar el tronco sobre su eje un cuarto de vuelta, primero hacia un lado y después hacia el otro. Y comprendí que el árbol estaba estirando sus músculos. Preparándose para alguna extenuante proeza.

A media altura del tronco se abrió un par de rendijas entre sendas franjas de corteza... dejando al descubierto dos esbeltos ojos ondulados, oscuros como la tierra más fértil. Los ojos nos escrutaron con intensidad durante varios segundos, antes de dirigirse por fin hacia el suelo. Inesperadamente, toda la maraña de raíces visibles empezó a temblar, sacudiendo al árbol lo suficiente para ducharnos de agujas, de ramitas y de corteza. La madera crujió y restalló. Por el aire volaron terrones de tierra, arrancados por las raíces.

La mano de Hallia oprimió la mía con más fuerza. El bolarva chilló, aterrorizado, y luego hundió la cabeza hasta el fondo del cabestrillo.

En ese momento, una raíz enorme se combó, se retorció... y se desenterró del suelo. Esparciendo tierra en todas direcciones, la raíz sacudió la hierba como si fuera un nudoso látigo peludo. Lentamente, desplegó centenares de zarcillos para equilibrarse. El tronco se inclinó hacia un lado, apoyando la mayor parte de su peso en la raíz desenterrada. En el lado opuesto, se liberó otra raíz. Luego, otra. Y otra. Los terrones volaban por doquier.

Por fin, el árbol se quedó quieto. Pero ahora no estaba anclado en el suelo, sino encima de él. Ante mis ojos y los de Hallia, que estaban fijos en los ojos de color tierra, el árbol elevó una ancha raíz y dio un paso hacia nosotros.

No salimos huyendo. Por el contrario, permanecimos inmóviles como plantones, aspirando intensamente el húmedo y resinoso aire que nos envolvía como un fragante capote. Pues sabíamos que nos encontrábamos ante una de las criaturas mejor disfrazadas de todo Fincayra. Una criatura capaz de ocultarse tan bien que pasaban décadas, a veces incluso siglos, sin que nadie reparara en alguno de su especie. Una criatura cuyo nombre, en la antigua lengua, era *nyn-niaw pennent*: siempre presente, nunca hallado.

Un árbol andante.

Con pesados y fatigosos pasos, el árbol andante se aproximó. Detrás de él, un

rastro de hierba húmeda centelleaba a la luz del sol. Finalmente, cuando estaba casi sobre nosotros, se detuvo. Sin apresurarse, las puntas más remotas de las raíces del árbol rodearon con delicadeza nuestros tobillos, oprimiendo nuestra piel con suavidad. Hallia y yo sonreímos, pues ambos percibimos la misma cálida sensación ascendiendo por nuestras piernas y difundiéndose por todo nuestro cuerpo.

En un tono profundo y exhalante, el árbol volvió a cantar:

Entrelazados, siempre apiñados,
a merced del viento...
No nos ocultamos.
Si nombre tienes, de dónde vienes
no sé, mas presiento
que somos aliados.
Porque amargado lloré
al ver mis miembros talados,
pero ahora estamos, ya ves,
enraizados.
Enraizados.

La frase final pareció elevarse con una racha de viento que agitó a su paso las ramas de un grácil cedro próximo. Las encorvadas ramas se enderezaron y volvieron a caer como en un aliento. Otros árboles se sumaron a la cadencia y el aire se pobló de murmullos. Pronto todos siguieron su ejemplo, hasta que todo el follaje susurraba y sollozaba, balanceándose al unísono. En poco tiempo, el bosque entero parecía haberse unido al canto de celebración.

De improviso, bruscamente, la música cambió. Surgieron tonos más duros, más graves; las ramas empezaron a entrechocar y a gemir. A medida que la discordancia aumentaba, me recordó a uno de los primeros gritos de dolor que había oído de los árboles. Pero esta vez el lamento reverberó por todo el bosque, como si la tierra misma se estuviera ahogando en una ola de sufrimiento.

Por encima de este sonido de fondo, el árbol andante alzó de nuevo la voz. Cantó para nosotros, con palabras cargadas de pesar:

En hora aciaga llega la plaga:
hendiendo, royendo...
Y el bosque estraga.
Como una sombra, la vida escombra;
será un fin horrendo.
¡Mi estirpe naufraga!
Sus hojas ya no respiran;
sus raíces están muriendo.
Nuestros retoños expiran.
Su vida acaba.
Su vida acaba.

Me sentí cautivado, como nunca antes, por el espíritu de este árbol, y por tantos plantones que ansiaban vivir, cuya angustia sufría también él.

—¿Qué plaga es ésa? —grité—. ¿Es posible detenerla?

De improviso, el árbol se puso rígido. En todo el bosque, las gimientes ramas enmudecieron, al tiempo que un nuevo sonido, un redoble inexorable, resonaba en la distancia. Fue aumentando de volumen, rítmico como un gran tambor, haciendo temblar la tierra y los árboles arraigados en ella. Tanto si provenía de algún punto del bosque como de más lejos, era evidente que se acercaba. Rápidamente.

El árbol andante volvió a moverse. Sus raíces soltaron nuestras piernas, se encorvaron rápidamente y se hundieron en el mantillo. Mientras se enterraban en el suelo, las raíces vibraban, canturreando en tonos monótonos que reproducían las últimas frases de la canción. Al cabo de un instante, los esbeltos ojos del árbol se cerraron detrás de unos párpados de corteza. Cuando desaparecieron, también se esfumó cualquier signo de que aquello no fuera simplemente un pino más entre muchos otros.

Entretanto, el clamoroso rumor fue en aumento. Sobre nosotros llovían esquirlas de corteza, desprendidas por las vibraciones. Noté que el bolarva se enroscaba formando una apretada bola en el interior del cabestrillo y que su fila de colas se revolvía ansiosamente contra mi pecho. Una rama alta se quebró y cayó con gran estrépito entre capas de otras ramas, hasta estrellarse contra las raíces, muy cerca de nuestros pies.

Hallia tiró frenéticamente de mi brazo.

—Tenemos que irnos, joven halcón. ¡Hay que salir de aquí!

—Espera—objeté—. Conozco ese ruido. Deberíamos...

Pero ella ya se había apartado de mi lado a la carrera. Vi sus piernas, borrosas por el movimiento; su espalda, que se inclinaba hacia delante; su cuello, que se estiraba cada vez más. Su túnica morada se volvió verdosa y luego cobriza y reluciente. Los músculos de su espalda y sus piernas eran ahora abultados, mientras que sus pies y sus manos se fundían en pezuñas.

Hallia, ahora una cierva, brincaba entre los árboles. La observé hasta que desapareció de la vista. Después, yo también empecé a correr, pero no alejándome del ruido, sino todo lo contrario.

7
Un ojo llameante

Corrí por el oscuro bosque, aproximándome cada vez más al creciente estruendo. Retumbaba una y otra vez, como un trueno subterráneo, sacudiendo hasta las raíces de los árboles más altos, que temblaban y gemían. Cada pocos pasos, se oía caer una rama o un árbol cuyas raíces habían acabado por aflojarse. Se abrían grietas en el suelo; las raíces se desterraban y se rajaban con fuertes chasquidos; las frondas de helechos, delicadas como alas de libélula, se acoplaban a la vibración. Con la ayuda de mi cayado, logré mantener el equilibrio. Y, a pesar de los gritos del bolarva a cada bote y sacudida, concentré mi oído en el ruido.

Quería localizar su origen.

Los árboles empezaban a ralear y dejaban llegar más luz al suelo del bosque. Me abrí paso entre una telaraña de enredaderas tachonadas de flores rojas. De pronto, salí a plena luz del sol. Me encontré en la cima de una larga pendiente, oteando el paisaje. La hierba rojiza que se mecía con el viento cambiante, se extendía casi hasta el horizonte, para confundirse finalmente en la lejanía con una línea oscura de vapores humeantes y sinuosos. Con un escalofrío, supe que se trataba de una vasta ciénaga: las Marismas Encantadas.

¡Tan cerca! El bolarva estaba en lo cierto, después de todo. Pero el recuerdo que Hallia tenía de este bosque y de su distancia respecto a las tierras pantanosas no podía ser más claro. ¿Era posible que las marismas estuvieran avanzando, abriéndose paso a la fuerza a través del bosque? ¿Y con tanta rapidez? Algo me decía que la plaga del bosque, en todas sus formas, derivaba de la invasión de la ciénaga, al igual que las serpientes estranguladoras, los espíritus que habían expulsado a aquella familia de su hogar y las fuerzas que habían arrebatado al bolarva su hogar. Pero ¿qué había detrás de todo eso? ¿Era posible que algo, más siniestro incluso que las propias marismas, estuviera actuando aquí secretamente?

Al pie de la cuesta, cerca del borde de la ciénaga, se erguía un imponente grupo de enormes árboles muy castigados por los elementos. Aún quedaban a mucha distancia, pero se recortaban nítidamente sobre la caprichosa niebla del fondo. Casi de la misma anchura que altura, se balanceaban de una manera extraña, como si estuvieran atrapados en una incesante corriente de aire circular. De golpe, comprendí que no eran en absoluto árboles. Y que ellos eran el origen del constante batir.

Por abrumador —no, aterrador— que fuera el ruido, yo lo había oído antes y jamás lo olvidaría. Conocía su atronador impacto, su ritmo infatigable. Nada podía sacudir de ese modo la tierra y el aire, con todo lo que hay entre ambos. Nada más que... las pisadas de gigante.

Haciendo acopio de valor, observé las moles que desfilaban a buen paso ladera arriba. Ascendieron con notable velocidad, aunque parecían inmensos y pesados como los árboles más altos. No obstante, a cada segundo que pasaba, su perfil era cada vez más nítido. Los impresionantes troncos se convirtieron en

piernas, barrigas y torsos; las pesadas ramas se transformaron en brazos cubiertos de hirsuto vello. Aparecieron cuellos, mentones y ojos, junto con narices, algunas afiladas como cúspides y otras redondas como peñascos.

Algunos gigantes iban escasamente vestidos, cubiertos por una barba enmarañada y unos raídos calzones tejidos con ramas frondosas y manojos de hierbas. Sin embargo, otros llevaban chalecos multicolores y vistosas capas. Entre sus largas melenas asomaban pendientes hechos con norias y muelas de molino; en sus anchos cinturones portaban tachuelas y dagas del tamaño de un hombre adulto. No obstante, pese a la gran diversidad de su indumentaria, todos tenían una característica común: su asombroso y descomunal tamaño.

A medida que se acercaban, el ruido demoledor de sus pasos era más ensordecedor. Me apuntalé con la ayuda de mi cayado y recordé que, cuando estaba a los pies de mi amigo Shim, sólo tenía que estirarme para tocar la uña de uno de sus peludos dedos de los pies. Contemplé mis propios pies, insignificantes en comparación. Y recordé haber visto mis huellas relucientes en la arena húmeda, el día en que mi improvisada balsa me trajo de algún modo a las costas de Fincayra. Ese día me parecía ahora muy lejano... y, al mismo tiempo, muy próximo, al alcance de la mano.

Desvié la mirada hacia mi sombra. Como yo, se estremecía con cada nueva oleada de vibraciones que sacudía el suelo. Sólo que más que yo. Se contorsionaba y bamboleaba frenéticamente, como un reflejo distorsionado en el agua de un estanque removido por el viento.

Mientras intentaba por todos lo medios permanecer erguido, el bolarva asomó media cabeza fuera del cabestrillo. Al ver a los gigantes aproximándose, el horror le hizo expulsar todo el aire de los pulmones. Una de sus pinzas se trabó en el cuello de mi túnica. Me miró con ojos brillantes por el miedo.

—Ve-ve-verdaderosamente —tartamudeó—, mismahí hay e-e-enormaltos pasotruenosos gi-gi-gigantaplastan.

Asentí mientras los observaba remontar la cuesta.

—¿Por qué el monstrumano no hu-hu-huyecorre? —Dio un tirón a mi túnica—. ¡Yacorre!

—Porque quiero hablar con ellos —respondí, gritando para hacerme oír en medio de aquel seísmo.

Los bigotes del bolarva se pusieron más tiesos que la hierba seca, cada uno en una dirección distinta.

—¡Monstrumano! No puedequieres... no quieredebes... —Se volvió hacia la línea de gigantes que avanzaba. Profirió un agudo chillido, se desmayó y resbaló lánguidamente hasta el fondo del cabestrillo.

Inspeccioné las recias facciones de los gigantes, a cada segundo mayores y más altas. Su antigua raza, la primera de Fincayra, había alcanzado una profunda comprensión de la tierra y sus misterios. Por inmensos que fueran, yo sabía que sus perspicaces ojos a menudo reparaban en detalles que muchas criaturas más pequeñas pasaban por alto. En ocasiones, su superior altura sobre el nivel del suelo les permitía detectar pautas que otros no percibían. Tal vez, sólo tal vez, podían explicar la súbita extensión de la ciénaga... y todos los problemas que había causado.

Sin duda alguna, algo extraño ocurría en las Marismas Encantadas. Y aunque

yo todavía no lo comprendía, sentía un temor creciente a que estuviera amenazando algo más que el vecindario inmediato de las marismas. Mientras reflexionaba sobre los oscuros y cambiantes efluvios del borde de la ciénaga, me toqué la piel sensible del cuello. Sospechaba que algo que ahora habitaba en aquel cenagal podía ahogar en parte el futuro de Fincayra, del mismo modo que la serpiente había estado a punto de asfixiarme a mí. Y un mago —por lo menos un gran mago como Tuatha— haría cuanto estuviera en su poder por impedirlo.

Que los gigantes me contaran algo o no era otra cuestión. Se trataba de seres tímidos que, en general, no compartían de buena gana sus secretos. Aunque yo, gracias a Shim, había vivido algún tiempo entre ellos, seguían considerándome un extraño. Un hombre. Y, peor aún, era el hijo del malvado rey que los había sometido a una persecución implacable.

El suelo temblaba bajo mis pies y mi corazón latía desbocado en mi pecho, pero luché por mantener la calma. ¿Se detendría alguno de ellos para escucharme? ¿O me aplastarían antes de que pudiera formular mi pregunta? En eso, transportado por algún lejano viento del recuerdo, creí oír otra vez las palabras de un amigo, susurradas en mi primera visita a Varigal, la antigua ciudad de piedra de los gigantes: *Algún día, Merlín, quizá descubras que el más leve temblor del ala de una mariposa puede ser tan poderoso como un terremoto que mueve montañas*. Pero no tenía la menor idea de si hoy era ese día.

Sus ciclópeas siluetas ya proyectaban su sombra sobre mí. Recordé con ansiedad que los gigantes eran básicamente pacíficos. Por lo menos la mayoría de las veces. Un gigante fincayrano podía abatir un árbol de un solo puñetazo, beberse un lago en pocos minutos o desmenuzar un peñasco con facilidad. En una ocasión, vi a una musculosa hembra levantar un pedazo de roca que no sé si habríamos podido mover entre cincuenta personas de mi tamaño; ella la apartó de su camino como si fuera una bala de heno fresco. Con todo, por fortuna, raramente usaban su fuerza para lastimar a nadie. O ésa era mi esperanza.

Eran seis, todos más altos que los árboles más altos del bosque. Y Shim, pude comprobarlo, no era uno de ellos. Pero su expresión era claramente hosca y colérica. Cuando se acercaron, haciendo temblar la tierra a cada paso, advertí que arrastraban algo: un gran fardo, recubierto de barro seco, turba y zarzas.

—Eres muy valiente o muy temerario —declaró una voz conocida.

¡Hallia! Salía de entre los árboles, de nuevo metamorfoseada en mujer. Vino hacia mí a paso vivo, atravesando el prado, y sus ojos de cierva miraban nerviosamente a las inmensas figuras que remontaban la ladera.

Le indiqué por señas que retrocediera.

—Quédate entre los árboles. Es más seguro.

—No, si tú te quedas aquí.

Apreté los dientes.

—Habías hecho bien huyendo desde el principio.

—Hasta que me di cuenta de que no me seguías. Y de que las tierras pantanosas se han extendido tanto, más de lo que nunca habría soñado. —Me miró con actitud desafiante—. Me quedo contigo, joven halcón.

—Pero yo no...

Una voz atronadora, procedente de las alturas, me cortó en seco.

—¡Mirad! Un hombrúnculo y una mujerúncula. —Era una de los gigantes

que iban en cabeza, una hembra cuyo tortuoso cabello del color del óxido le llegaba a las rodillas—. Traen problemas.

—Ni hablar —la contradijo otro con rudeza. Se relamió los anchos labios— Mmmmm. ¡Traen comida! No mmmucha, pero mmmás que un mmmezquino bocado de mmmoras de las mmmarismmmas.

Extendió el brazo hacia nosotros, mientras amasaba el aire con su gran mano. Cuando empezamos a retroceder, un tercer gigante, cuya oscura barba estaba sucia del mismo barro seco que recubría el fardo, le apartó violentamente la mano.

—Déjalez en paz —ordenó secamente—. Ya habemoz vizto baztantez muertez por hoy.

Su compañero cerró la mano en un puño.

—¡Nadie, y mmmenos tú, mmme dice qué debo hacer!

—Porque erez tan tozudo que no entiendez nada de lo que te dizen. —Sonrió complacido porque otros dos prorrumpieron en fuertes risotadas por su ocurrencia—. Ez verdad, ¡ja, ja!

Con un rugido de rabia, el gigante ridiculizado descargó un puñetazo. Falló el golpe, pero desgajó varias ramas altas de un pino. Sobre nosotros llovieron agujas y ramitas quebradas. Hallia dio un brinco y estuvo a punto de echarse a correr, pero se contuvo.

—¿Lo vez? ¡Ni ziquiera pegaz donde queríaz, ¡ja, ja!

El otro gigante arremetió contra él, pero su enorme pie tropezó con el extremo del fardo y perdió el equilibrio. Bramando furiosamente, se desplomó sobre el empinado prado, con tanta violencia que Hallia y yo nos caímos de culo. Nos incorporamos a tiempo para ver a los dos contendientes cuando empezaban a luchar. Sus inmensos cuerpos rodaban por el suelo, alternativamente uno encima del otro, golpeando la tierra con los brazos y las piernas. Los demás gigantes se acercaron para ver mejor la pelea, sin dejar de animar a gritos a ambos rivales, olvidándose del fardo cubierto de barro.

Y el fardo lanzó un gruñido de protesta.

Un alud de barro cayó del extremo inferior, dejando al descubierto un par de enormes y peludos dedos del pie. A continuación, se oyó otro gruñido y se produjo una súbita contracción, que esparció más residuos de fétido olor sobre la hierba. A pocos pasos de nosotros, un reluciente ojo rosado se abrió y pestañeó, debido a la gran cantidad de lodo acumulado sobre su párpado superior. Por encima del ojo identifiqué una descomunal nariz en forma de pera, con sus cavernosas fosas nasales obstruidas por piedras, palos y légamo.

En la base del cráneo del gigante rebozado en barro, las capas de fango empezaron a vibrar. Cuanto más deprisa se movía el mentón —o el cuello, o lo que hubiera debajo—, más desechos de la ciénaga volaban por los aires. Hallia consiguió esquivar por los pelos una rama medio podrida, que se estrelló contra la hierba detrás de ella y se hizo añicos. Instantes después, apareció una grieta en la montaña de cieno, que se ensanchó lentamente hasta convertirse en una boca similar a una falla geológica.

—Aaaraaarrr —gimió el gigante enterrado—. Yo fiente malamente mal. Defidida, abfoluta y definitivamente.

—¡Shim! —exclamé, al reconocer su frase favorita, ya que no su voz, debido al cieno que obstruía sus vías respiratorias. Me abalancé sobre él y le grité al oído

taponado—; ¡Soy yo, Merlín!

La gibosa nariz se arrugó, desprendiendo una avalancha de escombros, que en buena parte acabaron en la boca de Shim y le hicieron escupir y toser violentamente. A su vez, eso expulsó más lodo de las marismas, que Shim engulló, lo cual le hizo escupir y toser mucho más. El ataque duró varios minutos. Para evitar que me aplastara con sus involuntarios cabezazos y manotazos, emprendí la retirada hasta llegar al lindero estricto del bosque.

Hallia, de nuevo a mi lado, me lanzó una mirada ansiosa.

—¿Conoces a ese gigante?

—¡Claro que sí! Desde antes de que fuera..., bueno, tan grande. Me ayudó a rescatar las *Siete Herramientas Mágicas* cuando el castillo de Stangmar se derrumbó.

—Aun así, podría pisotearte como a un gusano, si no te andas con ojo.

Agité mi cayado para que me vieran los demás gigantes que estaban a punto de coronar la loma. Tan ocupados se hallaban jaleando a los dos que se peleaban y empujándose broncamente unos a otros que no se percataron de la liberación de Shim.

—Esos me preocupan bastante más. Shim es amigo mío. Y quizá sepa lo que pasa realmente en las marismas.

Viendo que los espasmos de Shim llegaban a su fin, iba a regresar a su lado cuando la mirada de Hallia, penetrante como una lanza, me detuvo.

—Escucha, joven halcón. Los gigantes ya son bastante malos, pero al menos corres más que ellos. Ahora bien, las Marismas Encantadas son algo muy distinto. ¿Qué más necesitas saber, aparte de que ya están demasiado cerca? ¡Justo aquí al lado, al pie de esta colina! Alejémonos lo más deprisa que podamos.

—Te entiendo, créeme. La primera vez que estuve aquí... Bueno, no quiero volver a menos que sea absolutamente necesario.

En las profundidades del cabestrillo que llevaba al pecho sonó un gruñido ahogado. Incluso inconsciente, el bolarva expresaba en voz alta su opinión.

—¿Cómo puedes pensar en volver allí? —insistió Hallia—. Con una vez debería bastarte.

—Lo único que sé es que algo va muy mal. —Señalé los oscuros efluvios que ascendían de los pantanos—. Ahí hay una presencia, algo que hacía tiempo que no percibía. No consigo identificarla, pero sé que es peligrosa.

Hallia me miró con desconfianza.

—Cuidado, joven halcón. Es buen momento para estar seguro de tus intenciones.

—Estoy seguro. Quiero ayudar a la tierra... A nuestra tierra.

—¿No sólo para convertirte en la imagen que alguien tiene de un gran mago?

—¡No! —Clavé mi cayado en la hierba—. Y tanto si me crees como si no, también voy a procurar ir con cuidado.

Mi amiga tomó aire lenta e irregularmente; luego, meneó la cabeza.

8
Flechas que traspasan el día

Cuando la cavernosa tos de Shim disminuyó hasta convertirse en un ronco jadeo, me acerqué a él.

—Dime, viejo amigo, ¿qué te ha sucedido?

Hizo un esfuerzo por incorporarse, pero volvió a caer de espaldas sobre la hierba con un sonoro golpetazo. Sin embargo, el ruido quedó ahogado por el tumulto que formaban los gigantes que se peleaban no mucho más abajo de la ladera. Sus bramidos y rugidos, acompañados por el impacto de sus cuerpos contra la hierba, leñazos que bastaban para hacer temblar toda la colina, y los gritos de sus expectantes compañeros.

—Pobre mi narif —se lamentó Shim—. Todo llena de fufio barro. Yo cafi no puede refpirar.

Su imponente cabeza se volvió hacia mí, derramando más lodo y los restos de un árbol sin corteza y retorcido.

—Merlín. ¿Qué tú hafe aquí?

—Cometí un error. Pero me alegro de volverte a ver.

—Y yo a tú, inclufo con efte barro afquerofo. —Lanzó un gruñido, se llevó una mano a la nariz y se la sonó—. Yo eftá felif de llevar tú a casa, pero cafi no puede mover. ¡Yo fiente muy débil! Defidida, abfoluta y definitivamente.

—¿Qué ha pasado?

Sus ojos rosados brillaron como unas tenazas de forja.

—Ellos quiere obftruir la Calfada de lof Gigantef, el camino muy viejo que crufa laf marifmaf. Caramba, eftá ahí defde que Fincayra nafió.

Sacudí la cabeza, sin dejar de observar a los gigantes que forcejeaban.

—¿Quién sería tan necio y tan descarado?

—Efpírituf de la fiénaga.

—¿Espíritus de la ciénaga?

—¡Fí! —Su enorme mano se crispó en un puño—. Cuando nofotrof intenta abrir otra vef la Calfada, ellof ataca. Con flechaf, flechaf afefinaf, tan fuertef que trafpafan el día.

Detrás de mí, Hallia dejó escapar el aliento audiblemente. Al mismo tiempo, noté que el bolarva se agitaba de nuevo contra mi pecho.

—¿Qué quieres decir, Shim? ¿Flechas que traspasan el día?

—¡Enfadado! —berreó, haciendo caso omiso de mi pregunta—. ¡Yo eftá muy enfadado! Lof expulfo de la Calfada. ¡Arrarr! Efof efpírituf pone trampaf. Yo cae de cabefa a un hondo charco de fieno.

Extendí la mano para tocarle el lóbulo de la oreja, aunque estaba tan manchado de barro que sólo asomaban algunos retazos de piel.

—Fuiste muy valiente.

—Valiente pero eftúpido.

—Es posible. —Sonreí—. Pero recuerdo cuando no eras tan valiente. Cuando

habrías corrido hasta la puesta del sol para que no te picara una abeja.

Shim refunfuñó y carraspeó.

—Yo nunca gufta que abejaf pica. —Enseguida, las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo—. Pero efta vef cafi me ahogo. Fólo lof fornidof brafos de mif amigof puede facar a yo del barro. Y aun afí, yo cree que muere enfeguida por culpa del lodo.

Medité sus palabras con solemnidad. Mi corazón latía casi con tanta violencia, al parecer, como los vocingleros gigantes de la ladera.

—Pero ¿por qué, Shim? ¿Por qué se han vuelto de repente tan maléficos los espíritus de la ciénaga? Siempre han sido aterradores, de eso no hay duda, pero sólo para quienes penetraban en su territorio. Ahora atacan a gigantes, aterrorizan a aldeanos... Es como si quisieran expulsar de las marismas a todo el mundo, incluidas las serpientes.

El gran ojo me estudió con expresión taimada.

—Yo ve efo antef, Merlín. Tú eftá otra vef loco de atar.

—Y tú tienes la nariz llena de barro. Espera, deja que te ayude.

Ayudado por mi cayado, empecé a escalar la resbaladiza montaña que era la cabeza de mi amigo. Tardé algún tiempo sólo en trepar por su revuelto cabello hasta el borde del pabellón auditivo. Justo cuando lo coronaba, un nuevo alud de cieno me arrolló y me arrastró de vuelta al suelo. Al mismo tiempo, un intenso olor —cargado de hediondos efluvios de descomposición— inundó el aire; empezaron a arderme los pulmones.

Sin entretenerme en despojarme de mi túnica, volví a emprender la escalada de la cabeza. Introduje mi cayado bajo una piedra recubierta de lodo seco y finalmente conseguí impulsarme hasta la oreja. Seguí trepando hasta rebasar la sien y me arrastré sobre su mejilla, intentando con todas mis fuerzas no resbalar por las sucesivas capas de légamo, hasta que por fin alcancé la base de su inmensa nariz. Allí me encontré frente a un par de cavernosas fosas nasales, completamente obstruidas por escombros.

Planté mis botas con firmeza en aquel terreno y traté de arrancar parte del lodo y las ramas. Sólo se desprendió una pequeña parte: las fosas nasales estaban compactamente obstruidas. Intenté hurgar en la barricada con mi cayado, sin mucho éxito.

—Tú deja ya, Merlín —vociferó Shim, aunque había hablado en susurros para que la vibración de su voz no me derribara de su labio superior—. Eftá demafiado pegado.

—Todavía no —repliqué—. Quizá si pruebo otra cosa, podré abrirme paso.

Guardé el cayado en mi cinturón y empuñé mi espada. Al desenvainarla, la hoja tintineó en el aire y el eco se oyó como una campana distante. A pesar de las innumerables veces que había escuchado aquel sonido, siempre me recordaba el destino profetizado para la espada... y su conexión, por misteriosa que fuera, con el mío. Hice girar la hoja en mi mano, de modo que relampagueó con el reflejo del sol. En cierto momento, vi reflejada mi propia cara: me miraba con orgullo y con confianza.

Con cuidado, apunté con la espada a una de las fosas nasales obturadas de Shim.

—No te muevas —ordené—. Ni respires.

—Tú eftá muy loco de atar —masculló—. Cuida no pincha a yo con efa efpada afilada.

Eché el brazo hacia atrás y luego clavé el arma. Aunque hurgué con energía, no se desprendió gran cosa. Arranqué la reluciente hoja de un tirón, la alcé por encima de mi cabeza y volví a clavarla. Esta vez, intenté hacer palanca mientras la hundía.

En ese momento, una de los gigantes —la hembra de cabello del color del óxido— volvió la cabeza en nuestra dirección.

—¡Alto! —gritó, agitando sus largos brazos—. ¡El hombrúnculo intenta matar a Shim!

Los demás gigantes, excepto los dos que luchaban, se quedaron inmóviles. Todos a una, lanzaron un bramido de furia. Al mismo tiempo, varios de ellos echaron a correr ladera arriba, con el rostro deformado por una mueca de ira. Unas manos inmensas se extendieron en mi dirección, ansiosas por triturar hasta el último hueso de mi cuerpo.

Arranqué mi espada y me volví como una exhalación para hacerles frente. Casi lo consigo. Algún elemento del tapón que obstruía las fosas nasales de Shim retuvo la hoja, impidiéndome liberarla. Todos mis desesperados esfuerzos resultaron vanos. Oí gritar a Hallia. En ese instante, el cielo se oscureció por completo encima de mí. Un olor a manos sudadas sustituyó al hedor de la ciénaga. En un segundo, unos poderosos dedos se cerraron a mi alrededor, exprimiendo el aire de mis pulmones y la vida de mi cuerpo.

De pronto, una erupción tan violenta como la de cualquier volcán me lanzó por los aires. El fragor simultáneo estuvo a punto de reventarme los tímpanos. Manoteando y pataleando, fui dando volteretas por el aire sin poder detenerme, consciente sólo de mi trayectoria y del viscoso limo gris verdoso que cubría mi rostro y mi pecho.

Porque no me cabía la menor duda de que Shim había estornudado.

Aterricé violentamente. Tras mucho rebotar y rodar por el suelo, finalmente me detuve. Aunque todavía me daba vueltas la cabeza, logré incorporarme hasta quedarme sentado y me froté las mejillas y la frente. En la cima de la colina distinguí a los gigantes apiñados alrededor de Shim, dándole palmadas y sacudiéndolo. Sonreí y confié en que, con el tiempo, recuperaría las fuerzas suficientes para volver a andar. Y en que se le hubieran despejado las narices de una puñetera vez.

Una hermosa cierva brincó sobre la hierba, acercándose a mí. Al llegar a una peña, saltó hacia el cielo y encogió las patas bajo su vientre. Mientras pasaba limpiamente por encima del obstáculo, se mantuvo inmóvil durante un único y mágico instante, lo que dura un latido de corazón. Cuando aterrizó, el suelo pareció avanzar hacia ella, elevarse para recibir aquellos cascos. Y cuando recorrió al galope el último trecho que la separaba de mí, noté en la cara la presión del aire, y en los muslos la vibración de la hierba. Y recordé, con dolorosa claridad, la libertad que se experimentaba al correr como un ciervo.

Desentumecí mis rígidos hombros y pensé en la leyenda, que Cairpré fue el primero en contarme, de que en el pasado todos los hombres y mujeres de Fincayra podían volar. Todos tenían alas, afirmaba, alas que constituían su tesoro antes de que las perdieran para siempre, por alguna razón. Muchas veces había

deseado poder volar. Pero, mientras seguía con la vista los movimientos de Hallia por la colina, más cerca con cada brinco, supe que prefería volar sobre la tierra de otro modo muy distinto. Con ella a mi lado.

Contemplé a la cierva mientras reducía la marcha hasta adoptar un paso lento. Al mismo tiempo, se enderezó, levantó la cabeza y se transformó en una joven humana. Con unas cuantas zancadas rápidas, llegó junto a mí. Al verme prácticamente ileso —y cubierto de lodo del pantano—, me dedicó una gran sonrisa.

—Tienes buena mano con los gigantes, joven halcón.

—Sólo con los que tienen las narices atascadas. —Me puse en pie con dificultad, debido a la porquería que se había pegado a mis botas, pero conseguí apartarme de los escombros. Aparte de unas cuantas contusiones y una cadera despellejada, no detecté otras heridas. Mi cayado, todavía sujeto a mi cinturón, también estaba intacto. Lo mismo comprobé del bolarva por sus sofocados aullidos e imprecaciones desde el fondo del cabestrillo, que me indicaron que, al fin, había recobrado el sentido. Y que no se había hecho mucho daño.

La sonrisa de Hallia se desvaneció.

—Por favor, ahora volvamos a los prados de verano. Con mi pueblo y mi querida Gwynnia. A estas horas estará desesperada.

En lugar de replicarle, desvié la mirada hacia la humeante ciénaga que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Hallia debió adivinarme el pensamiento, porque insistió:

—Quizá descubras el modo de ayudar aquí, pero más tarde, cuando sepas más. Los ancianos de mi clan podrían contarte muchas cosas útiles sobre las marismas. Y también Cairpré. Seguro que él te daría buenos consejos.

Sin dejar de mirar la ciénaga, asentí brevemente.

—Sí, eso es verdad.

—Además, joven halcón, no puedes entrar ahí. Nadie entra ahí.

Lentamente, me di la vuelta para mirarla de frente.

—Entonces, ¿por qué me siento tan atraído hacia ella? Aunque también me repele, igual que los peligros que posiblemente alberga.

Hallia suspiró.

—No lo sé. Pero ¿no deberías buscar la respuesta antes de seguir adelante?

—La he buscado, créeme, pero todo está muy confuso. —Me mordí el labio—. Creo que un mago de verdad lo vería todo con más claridad que yo.

Arrimándose a mí, me sujetó por la enlodada manga de la túnica.

—Un mago de verdad haría lo que puede... y lo que no puede.

—Supongo... —titubeé, apretando los dientes—. Supongo que es una locura precipitarse. Ese bosque ha sobrevivido durante siglos. Seguro que durará un poco más, lo suficiente, al menos, hasta que yo sepa mejor lo que está ocurriendo en realidad.

—Tienes razón —dijo Hallia con suavidad—. Y ahora, corramos. Antes de que el sol esté más bajo.

—Ve delante —propuse. Acto seguido, al advertir que la vaina de mi espada estaba vacía, contuve el aliento—. ¡Mi espada! ¿Dónde está?

Hallia giró sobre sus talones.

—Allí —anunció, señalando un punto más bajo de la ladera—. ¿Ves dónde

ha caído?

De hecho, era imposible no verla. Pues mi reluciente espada se mantenía perfectamente erguida, con la punta clavada en el suelo y la empuñadura en alto. En lugar de un arma, parecía más un mojón que separaba las tierras boscosas del cenagal que comenzaba más allá. A esta distancia, los caprichosos vapores casi parecían intentar aferraría, rodeando la empuñadura, asiendo la hoja.

En ese momento, un gran pájaro de alas grises descendió en picado desde el cielo. Sin aminorar la velocidad de su vuelo, agarró la empuñadura con las garras y arrancó la espada del suelo. El pájaro soltó un ronco graznido, accionó sus musculosas alas con un lento movimiento de remo y se elevó otra vez por el aire.

—¡Vuelve! —grité, tan sorprendido que habría sido totalmente incapaz de emplear la magia, ni aunque hubiera sabido qué tipo de magia emplear.

Aleteando con lentitud, el gran pájaro voló hacia el sol poniente y las vastas extensiones de las Marismas Encantadas. En lo que me parecieron escasos segundos, y al mismo tiempo una eternidad, se internó entre las sinuosas columnas de vapor. Después, con otro graznido, soltó su presa. Mi espada refulgió vivamente una vez más y luego se precipitó al vacío y desapareció entre la niebla.

9
Pérdidas

Horrorizado, miré los oscuros vapores que se tragaban mi espada... y al pájaro que con tanta insolencia me la había robado.

—Perdida —dije con incredulidad—. ¡Perdida! Debo recuperarla.

—Espera. —Los redondos ojos de Hallia oteaban la distante ciénaga, cuyas gibosas nubes ocultaban el horizonte. El sol, cada vez más bajo en el cielo, teñía todo el paisaje de dorado con un tono escarlata cada vez más acusado—. Todo esto es muy extraño. ¿Por qué ha hecho un pájaro una cosa así? A menos, tal vez, que fuera... —Meneó la cabeza, como si deseara sacudirse un pensamiento indeseado.

—¿Qué? —presioné.

—Una manera de atraerte a las marismas.

Enarqué una ceja.

—¿A una trampa?

—Para ti, joven halcón.

—Es poco probable. De todos modos, no importa. Sigo necesitando mi espada.

—Hay otras espadas. Deja que los espíritus de la ciénaga se queden con ésta.

—No, no puedo. Esa espada forma parte de mí. Es parte de mi...

—¿Destino? —Me miró burlonamente—. Ya va siendo hora de que elijas tu propio camino, ¿no crees?

—Sí —admití con voz firme—. Y ahora estoy seguro. Éste es mi camino.

Hallia dio un respingo y cerró los ojos unos instantes.

—¿De modo que piensas ir allí?

—Y donde haga falta. Hallia, ¿y si la espada está relacionada de algún modo con el resto de este siniestro asunto? Tengo que hacer algo, todo lo que pueda. —Contemplé su cabello rojizo, resplandeciente bajo la luz del sol—. Debes volver con tu pueblo. Y con Gwynnia. Yo me reuniré contigo cuando acabe en las marismas.

Cuando pronuncié la última frase, noté que el bolarva se estremecía contra mis costillas. Sus pinzas empezaron a pellizcar ansiosamente la tela del cabestrillo. Le cogí la mano a Hallia y añadí en voz baja:

—Seguiré estando a tu lado, ya lo sabes. Por lo menos en un sentido.

Su mano temblaba en la mía cuando declaró:

—No, eso no es suficiente. —Su voz disminuyó de volumen hasta convertirse en un susurro—. Te acompaño.

—No, no debes...

—Pero lo haré. —Sus ojos se dirigieron bruscamente hacia el cielo—. Sólo desearía que Gwynnia estuviera aquí para acompañarnos también.

—¡Noyopués! —aulló el bolarva, cuya cara de foca asomaba por el borde de la tela—. ¿Piensacrees que he sufrehuido tantosos terrorapuros, semejantoso embrolío, sólo para regrevolver a un peligraullido seguroso?

Extendió un par de recias pinzas y las hizo chasquear bajo mi nariz.

—¡Horribloso monstrumano! Me chillatraerás la muertefinal. A pobremí, nadapenas un solobebé.

—Lo siento —dije, mientras apartaba sus pinzas—. No era mi intención, yo no sabía...

—¡Porqueriexcusas! —En los ojos del bolarva se agolparon las lágrimas—. Debeseré bravofuerte. Debeserlo. Yantes he encuentrallado el miocamino hasta la buenagua, y deseospero que vuelvocurrir vezotra. Con suertosidad, si primeroso no me engulletragan los bestidragones o los monstrumanos.

Hallia tendió una mano hacia él. Con suavidad, le acarició uno de sus temblorosos bigotes.

—No pretendíamos traerte de nuevo aquí. Sólo queríamos ayudarte.

El bolarva intentó gruñir, pero sonó más como un lloriqueo.

—Salvayudad a distintotro la siguientevez. —Tomó aliento, sin dejar de temblar—. Yahora debetengo que sufrehuir. Pero primerantes —añadió con una mirada a la funda vacía de mi espada—, oyescuchad mi consejaviso: si no os gustadeleitáis con la muertedolor, apartalejaos de las temblosas pantamarismas.

Escruté las sinuosas columnas de vapor que brotaban de la ciénaga.

—¿Puedes decirnos algo, cualquier cosa, acerca de lo que está ocurriendo ahí?

—Por favor —lo animó Hallia—. Dinos lo que sea.

El bolarva, que había empezado a salir del cabestrillo, se estremeció.

—Los cienagaspíritus... comempezaron a arrasatacar. ¡A mundotodo, verdadosamente a mundotodo! —Lanzó una ansiosa mirada en dirección a las tierras pantanosas—. Yo nosabeignoro el causamotivo. Pero sus espanturosos...

Un clamoroso rugido procedente de la cima de la colina lo cortó en seco. Al girar la cabeza, vimos a uno de los gigantes, más alto que los árboles que tenía detrás, al final de la cuesta. ¡El mismo que se me quería comer en el lindero del bosque! Más furioso que nunca, amenazó con un enorme puño en alto.

—¡Ahí estás! —bramó—. Mmmmm, ya saboreo tus mmmohosos huesecitos. —Otro de los gigantes, que estaba en pie junto al cuerpo de Shim tendido de bruces, le gritó algo, pero el primero obvió sus palabras con un gesto despectivo—. ¡He dicho que ningún mmmiserable hummmanúnculo escapará de mmmí! ¡Los voy a mmmachacar, a él y a todos sus ammmigos!

Dicho esto, empezó a correr hacia nosotros. El bolarva chilló y enterró la cabeza en el cabestrillo. Hallia me cogió del brazo y me empujó cuesta abajo. Juntos corrimos, surcando el aire a largas zancadas, mientras la tierra temblaba bajo nuestros pies.

—¡Vuelve aquí, hommmbrúnculo!

Huimos a toda velocidad, sorteando rocas y matorrales de aulaga. El estruendo era cada vez más fuerte, al igual que la jadeante respiración del gigante, y la hierba se bamboleaba con mayor violencia a cada paso que daba. Mientras tanto, el terreno empezaba a nivelarse y la alta hierba fue sustituida por la tierra desnuda. Pronto, nuestros pies se hundían en el barro y chapoteaban en los charcos. La niebla se iba espesando a nuestro alrededor, el aire apestaba a descomposición. Además de los atronadores pasos de los gigantes, oí extraños gritos y aullidos, así como un lejano chillido, casi una risa aguda, que resonaba en

las marismas.

Bruscamente, Hallia aminoró la marcha.

—¡Sus pisadas! Se han detenido.

Al comprobar que tenía razón, yo también aflojé el paso. Nos detuvimos sobre una masa cóncava de turba rodeada por unas hierbas de la ciénaga pardoamarillentas. Pese al hedor a putrefacción del aire, seguimos jadeando y resollando para recuperar el aliento. Observé que los densos efluvios, teñidos del color del óxido por el sol poniente, formaban un muro detrás de nosotros que se cerraba como una cortina y nos aislaba del mundo que conocíamos. Los vapores nos ofrecían protección en este momento... y, me temí, confinamiento en otro.

Sujeté a Hallia por el brazo.

—Ven. Tenemos que encontrar algún refugio antes de que caiga la noche.

—Oh, oh —exclamó el bolarva desde su escondite colgado de mi cuello—. Terribloso destisino, horribloso finfatal.

Nos abrimos paso entre las hierbas de la ciénaga, atentos a cualquier signo de serpientes u otras criaturas aún más peligrosas. Al poco rato, a nuestro alrededor, sonaba un constante despliegue de ruidos: un fuerte burbujeo a un lado, un agudo silbido al otro. Seguimos avanzando pesadamente por una llanura encharcada cuyas matas espinosas se aferraban a nuestras piernas. Hallia, tras rechazar mi ofrecimiento de cubrirse los pies descalzos con mis botas, se retorcía la trenza nerviosamente mientras caminaba.

La niebla era cada vez más oscura y la visibilidad, menor. Al cruzar un lóbrego estanque poco profundo, pisé algo duro... que se movió de improviso. Resbalé y caí de bruces en el apestoso légamo. Me incorporé con la ayuda de Hallia, sólo para volver a resbalar y caer de espaldas en el agua sucia. Cuando luchaba por incorporarme de nuevo, algo se introdujo reptando en la manga de mi túnica.

—¡Aaarg! —aullé, mientras me palmeaba furiosamente la manga. Rodé sobre mí mismo por el charco, mientras la criatura, fuera lo que fuese, seguía subiendo por mi brazo.

La detuve finalmente sobre mi hombro. Con todas mis fuerzas, la estrujé a través de la túnica. Algo reventó y la criatura se deshinchó como un fuelle. Noté una sustancia viscosa resbalando por mi brazo. Cuando lo sacudí, una oscura masa informe cayó al agua. Me volví, pues no tenía el menor deseo de mirarla más de cerca.

—Monstrumano —refunfuñó la voz que surgía de mi cabestrillo manchado de barro—, eres un verdaderoso torpatoso.

—Bolarva —repliqué—, eres un «verdaderoso gimellorica».

Hallia meneó la cabeza.

—Callaos, los dos. —Desprendió un fragmento de caña de entre mis cabellos—. Está oscureciendo. Y el... Oh, escuchad.

En la distancia se oía un débil e inseguro gemido. Al mismo tiempo, un olor claramente más intenso, fétido como la carne putrefacta, nos envolvió como un manto. La quejumbrosa voz continuó sin pausas, subiendo y bajando de una manera angustiosa. Y con algo parecido a la desesperación. A Hallia y a mí se nos encogió el corazón, pero en ese momento se sumaron otras voces, ululando, llorando, gimiendo. Las voces se multiplicaron, hasta formar un pavoroso coro.

El bolarva asomó la cabeza por el cabestrillo.

—Son... son... los cienagaspíritus —balbuceó. Los pliegues de grasa que rodeaban su cuello temblaban de un modo incontrolable—. ¡Yahora matavienen!

Estábamos de agua cenagosa hasta las rodillas y el angustiado canto fúnebre sonaba cada vez más alto. En ese rato, las últimas trazas de luz solar empezaron a desvanecerse. Después, no muy lejos, apareció un misterioso punto de luz que se cernía sobre las marismas. Latía débilmente, parpadeando como un ojo herido. Luego, apareció otra luz, y luego otra, y otra. Lenta, muy lentamente, empezaron a aproximarse, avanzando hacia nosotros.

—Oh, oh —gimió el bolarva—. ¡Acorreprisa! ¡Correseguidme enseguidosamente!

Saltó del cabestrillo y se zambulló en la ciénaga. Al instante salió a la superficie, azotando el agua con su ancha cola y braceando como un poseso. Hallia y yo lo seguimos a la carrera, mientras las espectrales luces se acercaban inexorablemente.

Corrimos por el cenagoso terreno. Las ramas muertas y retorcidas nos rasgaban la ropa; el denso barro retenía nuestros pies. Mientras corríamos, nos ardían los ojos y la garganta debido a la rancia atmósfera. Pero nos esforzamos por mantenernos cerca del bolarva. Y por delante de los espíritus de la ciénaga.

Inesperadamente, el suelo estaba más seco, aunque era más inestable, como una alfombra sobre una mancha de alquitrán; parecía a un tiempo tierra y agua, pues se ondulaba y cedía a cada paso que dábamos. Tropecé y estuve a punto de caer, pero seguí corriendo. Nuestros pies, como las pinzas del bolarva, resonaban al golpear sobre la ondulante hierba. La pesada respiración de la criatura iba acompasada con la nuestra.

De repente, dejamos de oír al bolarva. ¡No se le veía por ninguna parte! Nos detuvimos, jadeando, sin saber qué había ocurrido. ¿Se había desmayado? ¿Lo habían capturado?

—¿Dónde estás? —grité.

No recibí respuesta.

Me volví hacia las luces flotantes, que titilaban irregularmente por todas partes. Ya estaban casi encima de nosotros. El luctuoso quejido se transformó en resonantes carcajadas, roncas y estridentes. Las voces eran cada vez más ensordecedoras y parecían dispuestas a ahogarnos como una maléfica ola.

Hallia y yo corrimos con toda nuestra alma, dando traspiés por el inseguro terreno. Las luces estaban ahora tan cerca que podía ver mi sombra huyendo ante mí sobre la temblorosa hierba. Justo cuando los espíritus de la ciénaga estaban a punto de atraparnos, llegamos a un oscuro estanque. Intentamos cruzarlo sin detenernos... y, al instante, nos hundimos en un profundo cieno, viscoso como el jarabe. No teníamos ninguna posibilidad de pedir ayuda, ni de nadar. El limo cubrió mi cabeza sin darme tiempo a inspirar una última vez. Me entró en la boca y en la nariz, obligándome a toser, a buscar aire...

Mis últimos pensamientos fueron de rabia y pesar. Porque también Hallia se había ahogado. Porque mi espada jamás cumpliría su destino. Porque yo, habiendo llegado tan lejos y buscado tanto, lo perdería todo en el fondo de un estanque olvidado en unas marismas abandonadas.

10
La palabra

Barro, a mi alrededor, por todas partes. Cuanto más luchaba, mayor era la presión con la que me oprimía, ávido por engullirme entero. Al poco rato, era lo único que notaba, deslizándose sobre mi piel, atascando mis oídos, penetrando en mis fosas nasales. El barro, más denso que cualquier manta, me asfixiaba.

En las tinieblas cada vez más profundas de mi mente, grité el nombre de Hallia, sabiendo que ella no podía oírme: *¡Ojalá no hubieras venido! Lo siento, lo siento mucho*. Y a los poderes del universo, al propio Dagda: *Por favor, olvidadme si queréis. Pero salvadla a ella. Salvadla a ella*.

Una sacudida, un ruido de succión... y luego silencio. Me hundí a mayor profundidad, hasta que choqué con algo. Me seguía dando vueltas la cabeza, pero, al parecer, había aterrizado sobre algo duro. El fondo de un pozo negro, sin duda. Demasiado peso encima de mí como para moverme. Tenía un brazo doblado debajo del cuerpo, que aplastaba mi mano, pero me faltaban las fuerzas para extenderlo. Permanecí inmóvil, inmóvil como alguien muerto y enterrado. Enterrado en el barro.

Respirar. Necesitaba respirar. Abrí la boca, más por costumbre que con alguna esperanza. Sabía que sólo volvería a saborear el barro, por última vez. Y eso hice, me dejé llenar de... ¡Aire! Escupí un poco de lodo, me obligué a inspirar de nuevo, tosí y volví a respirar. Despacio, muy despacio, empecé a recobrar las fuerzas.

En la oscuridad, rodé sobre mí mismo para dejar libre la mano atrapada. Con cuidado, exploré a tientas mi entorno inmediato, hasta tropezar con algo blando. Y elástico, que cedía a la presión, pero recuperaba su tersura cuando la aflojaba. Y cuando acerqué la nariz a su contorno para inhalar sus variados aromas, olí a húmedo, a exuberancia, a vida.

Inspeccioné con mi segunda visión el perfil de las sinuosas curvas que me rodeaban. Podía estar en una caverna, una cueva de cristales de algún tipo. Pero las paredes de esta caverna estaban tan húmedas, eran tan flexibles que sus cristales, intuí, serían distintos de cualquier otro que yo conociera. Al acercarme, reparé en los finos y delicados pelos —cada uno con un fruto en forma de ciruela en la punta— que cubrían todas las superficies. Miles y miles de ellos recubrían las paredes, a mi alrededor, encima y debajo de mí.

Observé con un sobresalto que los pelos se movían. Se doblaban y mecían formando incontables pasillos, danzando lentamente al ritmo de su propia música secreta. Me sentí como si estuviera en el fondo de un río por cuya superficie fluyeran muchos ríos menores, todos en movimiento, todos preciosos. Y con su movimiento, sentí una calidez, una profunda y consoladora calidez que brillaba sin luz, al tiempo que daba la bienvenida a la oscuridad.

Me volvía a sentir completo y me incorporé apoyándome sobre los codos. De pronto, un poderoso espasmo sacudió la caverna. El suelo que me sostenía se

arqueó, se inclinó y empecé a resbalar hacia abajo.

Caí dando tumbos por un laberinto de pasadizos, deslizándome por innumerables curvas, rodando por lisas y resbaladizas rampas y volando por sinuosos canales. Los pelos engrasados que recubrían todas las superficies hacían imposible detenerse. Y, a medida que aumentaba mi velocidad, lo mismo le ocurría a mi pánico. Fui dando tumbos blandamente contra esas paredes, con la delicadeza de un guijarro rodando por una colina de musgo, pero ¿qué habría al final? Extendí los brazos y las piernas, tratando de frenar mi caída, aunque mi velocidad no hizo más que aumentar.

Antes de darme cuenta, había salido bruscamente por una abertura. Y a la luz, sutil y cambiante. Aterricé sobre un cojín mullido y resistente, cubierto por pelos y con un fruto en la punta, y salí despedido casi hasta el techo de una alta cámara. Cuando caí, volví a rebotar y sólo progresivamente acabé deteniéndome. Por fin, conseguí quedarme sentado.

A una distancia similar a la longitud de un brazo humano, una cara redonda me examinaba. La mitad estaba sumida en sombras y la otra en la temblorosa luz verde que fluctuaba por la caverna. Pero sus bigotes eran inconfundibles. ¡El bolarva! Y detrás de él, vi otro rostro, uno que no esperaba volver a ver.

—¡Hallia! ¡Estás a salvo!

—Sí—dijo con alivio—. Igual que tú.

El bolarva lanzó un bufido.

—Tipicoso de monstrumanos. Ni soluna frasepalabra agradeciamable.

Aparté la mirada de Hallia con un esfuerzo.

—Esto..., gracias, por supuesto. Si no conocieras este lugar... —Acaricié la alfombra húmeda que se extendía bajo nuestros pies—. Por cierto, ¿dónde estamos?

—Dudapreguntas, dudapreguntas —rezongó el bolarva, mientras golpeaba el acolchado suelo con dos de sus colas desplegadas—. Prontenseguida digocontesto, o quizaverás. Pero mismahora es momentocasión para barrofregar.

Fruncí el ceño.

—¿«Barrofregar»?

La espontánea risa de Hallia arrancó ecos de las relucientes paredes verdes.

—Creo que sé a qué se refiere. Y me encantaría.

Le dirigí una mirada de desconcierto, pero ella se limitó a devolverme una sonrisa.

Rodeándose con sus seis brazos, el bolarva cerró los ojos para concentrarse. Inspiró profundamente y empezó a tararear una melodía en tonos agudos y animados. Una melodía cuyas notas ascendían, fluctuaban y se entrelazaban, exactamente lo que iban haciendo las múltiples colas de la criatura. A medida que la canción se ampliaba, también lo hacía la luz de la cámara. Se fue haciendo progresivamente más brillante e intensa, pero su fuente seguía siendo invisible.

¿Qué podía emitir una luz tan extraña? ¿El aire? ¿La canción? Caí en la cuenta de golpe. ¡Los diminutos pelos! Todos eran visiblemente más luminosos a cada segundo que transcurría, ya que los frutos de sus puntas brillaban cada vez más. Mientras tanto, los incontables pelos no habían dejado de moverse armónicamente, de modo que, a medida que las paredes se iluminaban, también adquirían un mayor relieve. Ahora centelleaban y se mecían, latían y bailaban.

Nos hallábamos, en efecto, en una caverna de cristal. Aunque difería mucho de la que a veces había soñado con encontrar —sí, incluso con habitar— algún día, poseía una magia propia maravillosa. Y estaba totalmente escondida, era un sorprendente secreto de las marismas. Me pregunté si habría otras similares.

El bolarva abrió los ojos. Su canción se fue acabando lentamente, aunque sus ecos nos rodearon durante un rato. Mientras observaba la luz que danzaba sobre nuestras caras manchadas de barro, dejó escapar un gruñido que no reflejaba ni un ápice de satisfacción. Aun así, aunque podía haber sido sólo un efecto óptico debido a la luz, me pareció que sus bigotes se curvaban ligeramente hacia arriba, quizás en un amago de sonrisa.

Después, empezó a trabajar. Se deslizó hasta una de las paredes, desenrolló todas sus colas y las extendió como dedos largos y delgados. Manteniéndolas muy tiesas, las arrimó a la pared, pero sin llegar a tocarla. Se mantuvo allí, inmóvil, durante un rato largo. Parecía estar esperando algo, como un halcón con las alas desplegadas para detectar cualquier racha de viento en sus plumas.

De improviso, la punta de una de sus colas se estremeció. Lenta, muy lentamente, el movimiento se propagó por toda la longitud del apéndice. Otra cola se dobló bruscamente y su parte central se puso a temblar. Las demás colas pronto cobraron vida también. En pocos segundos, todas vibraban, refulgentes bajo la danzarina luz de la cámara.

Con un movimiento seco, el bolarva irguió todas sus colas en el aire. Empezó a hacerlas girar como hélices, cada vez más deprisa, hasta que sólo eran un borrón en movimiento. En el centro empezó a formarse un reluciente cuenco verde, mayor que el propio bolarva. Cuanto más aprisa giraban las colas, más sólido parecía el cuenco.

Momentos más tarde, la criatura recogió sus colas. Rodó hábilmente de costado, mientras el resplandeciente cuenco caía sobre el blando suelo. Hallia y yo nos acercamos a su borde y dejamos escapar todo el aliento al unísono. Pues el hondo cuenco contenía un fluido verde, tan luminoso y radiante como las paredes de la cámara.

—Luz líquida —susurré, atónito—. Un cuenco de luz líquida.

El bolarva me miró con expresión burlona.

—¿Sinoqué mejoroso para barrofregarnos? —Lanzó un suspiro—. ¡Oh, qué fastipesadez...! Es mi maldicastigo que siemprejamás entravengan intrusinvitados tanmuy tontolentos.

Dicho lo cual, flexionó la espalda y saltó por los aires. Aterrizó con un chapoteo en el cuenco. Olvidándose por completo de nosotros, empezó a restregarse y a remojarse en luz, sin dejar de canturrear en todo momento. Por fin, levantó la cabeza, gruñó y saltó al suelo por encima del canto. Allí se quedó tumbado cómodamente, limpio como una patena.

La siguiente fue Hallia. Me volví de espaldas para que pudiera desvestirse y bañarse en la intimidad. Y obligué al bolarva a girar la cabeza para que él también se lo permitiera. Durante varios deliciosos minutos, Hallia retozó en el cuenco, salpicándolo todo. Cuando finalmente salió, dedicó unos minutos a lavar su túnica morada y la cinta de cuero que llevaba alrededor de la muñeca. Y cuando se plantó ante nosotros, estaba radiante.

Con todo, yo tenía mis dudas cuando me llegó el turno. Sin saber qué

esperar, me quité una bota y sumergí cautelosamente los dedos del pie en el líquido verde. Mi sombra, más timorata que yo, se entretuvo al borde del cuenco. De pronto, noté un delicado hormigueo, como una cálida lluvia que cayera en el interior de mi pie. Cuando al fin me despojé de la túnica y los calzones y me sumergí de cuerpo entero, no pude contener un suspiro de placer. Sólo entonces me siguió mi sombra, deslizándose hasta el cuenco. A estas alturas, el hormigueo se había extendido a todo mi cuerpo. No sólo a mi piel, sino a cada partícula que hubiera debajo. Notaba los huesos más macizos, los músculos más entonados, las venas más puras. Y cuanto más tiempo permanecía allí, más profunda era la limpieza. Al poco rato, cada fibra de mi ser se sentía renovada. Limpia como nunca.

Mucho después, salí del líquido verde y lavé rápidamente mis ropas. Y también mi cayado, mi talega de cuero y —aunque sentí una punzada al verla vacía— la funda de mi espada, tachonada de gemas moradas. Me maravilló el hecho de que, a pesar de todo el cieno pútrido que habíamos dejado en el líquido verde, éste seguía tan transparente como al principio.

Me vestí y dediqué una breve reverencia al bolarva.

—Sea cual fuere la magia que has utilizado para llenar ese cuenco, y a nosotros, de luz líquida, era realmente prodigiosa. Si antes no te había dado las gracias como es debido, lo hago ahora.

Sus colas se enrollaron y desenrollaron al unísono.

—No me halagocameles, monstrumano.

—Es verdad —añadió Hallia, que se había reclinado en la blanda y refulgente pared—. Posees una gran magia, lo mismo que este lugar. Nunca había visto u oído hablar de un sitio como éste. ¡Y pensar que está justo debajo de esa ciénaga! Es realmente lo contrario de todo el horror de ahí arriba; y, sin embargo, en cierto modo, también está relacionado con él.

Pasé la mano extendida por el ondulante relieve del suelo.

—Esto es tan exuberante, tan frondoso, tan variado... Es como un jardín. No, no es eso. Es más como... un seno materno.

La luz bailaba en los ojos de Hallia.

—Sí. Como estar en el seno materno.

Me coloqué a su lado.

—Aunque eso tampoco lo describe bien. Puede que sea una de esas cosas que simplemente no pueden explicarse con palabras.

—Qué errorestupidez —resopló el bolarva—. Hay una descripalabra perfectuosa.

Molesto, lo fulminé con la mirada.

—Muy bien, adelante. Si existe una palabra, ¿cuál es?

Los bigotes del bolarva se curvaron hacia arriba ligeramente.

—Adorabloso.

SEGUNDA PARTE

11
Un sendero grabado en el corazón

Dormimos acurrucados contra las blandas paredes del hogar subterráneo del bolarva. Cuando finalmente desperté, no sé cuántas horas más tarde, sentí los aguijonazos del hambre. Y una dolorosa rigidez en el punto sensible localizado entre mis paletillas. Mientras me estiraba para desentumecer los brazos, Hallia, que ya estaba despierta y sentada junto al bolarva, me tendió un grueso rollo oscuro. Era una hoja rellena de una sustancia harinosa que olía como una mezcla de miel, frutos secos... y barro.

Con el hambre que tenía, le di varios mordiscos rápidos. El bolarva me observaba con expectación, enrollando y desenrollando rítmicamente sus colas.

—Esto... llena mucho —dije, intentando no ofender a nuestro anfitrión.

—Bienmuy habladicho —replicó éste, haciendo girar orgullosamente sus bigotes—. Vienetraen mismeste festimanjar de las despensinvernales, se dicellama tragaplacer.

—«Tragaplacer». —Intenté, con dificultad, engullir el bocado.

—Y tomaprueba mismeste bebelíquido. —Utilizando tres pinzas, el bolarva cogió una honda escudilla de madera. La depositó sobre su prominente papada, que demostró ser útil como repisa—. Con mismesto es muymás faciloso mastitragar.

—Mmmpff —respondí, procurando todavía engullir el primer plato.

Hallia bebió un sorbo de su escudilla.

—Es como sopa con especias, pero fría. Pruébala.

Cogí la escudilla y examiné cautelosamente su interior. En la superficie del claro caldo vi mi propio reflejo tembloroso. Mi rostro, incluyendo mi cabello, había adoptado los tonos verdes de las paredes que me rodeaban. A continuación, llevándome la escudilla a los labios, bebí un trago. Su sabor a clavo, o posiblemente a anís, sorprendió a mi lengua. Después a caléndulas, de la variedad pequeña que crece en la hierba húmeda; un notorio aroma a champiñones, y sutiles trazas de cebollino y gengibre. Aparté la escudilla de mi boca y recompensé al bolarva con una mirada de aprobación.

—¿Recoges tú mismo los ingredientes? ¿Ahí arriba, en la ciénaga?

Casi en el acto recuperó su habitual expresión atemorizada. Sus ojos, llenos de reflejos verdes, se entornaron ligeramente.

—Mismellos prontomuy nos vienencontrarán. —Las colas enrolladas que se alineaban sobre su espina dorsal se flexionaron con rigidez—. Y nos chillamatarán horriblosamente.

Meneé la cabeza.

—De verdad, no lo entiendo. —Alcé la vista hacia el techo de la cámara para observar las oleadas de luz que lo recorrían como una cascada—. ¿Por qué quieren matarnos?

Hallia soltó un bufido desde detrás de su escudilla de sopa.

—Porque son espíritus de la ciénaga.

—No, no, hay algo más. Ya oíste a la mujer del bosque. Nunca antes se habían comportado de una forma tan desalmada.

—Verdadosamente —canturreó el bolarva, mientras se acariciaba los bigotes—. Pero yahora son muchomuy lisiamalvados.

Cuando apuró su cuenco, Hallia tenía una expresión sombría.

—Quizás ahora, por alguna razón, los espíritus son peores. Pero siempre han sido la plaga de las marismas. Incluso en la antigüedad, cuando mi pueblo realizó el viaje hasta el Árbol Ardiente, incluso entonces, los espíritus de la ciénaga se aseguraron de que algunos no regresaran jamás.

—¿El Árbol Ardiente? —pregunté—. ¿Qué es eso?

—Un prodigio —respondió—. Un árbol que crece en el corazón de las marismas y que siempre está en llamas, desde antes de que el primer cervatillo viniera a corretear por esta tierra. —Su serena mirada me absorbió por completo—. Hace mucho tiempo, cuando los fincayranos aún tenían alas, la raza de los hombres ciervo era numerosa. Tanto que vivía en todas partes donde creciera la hierba, se dice que incluso en las orillas de la Isla Olvidada, al oeste. Excepto en un lugar: este mismo pantano. Pero, para demostrar su valor, cuando alcanzaba la edad adulta, todo hombre y mujer ciervo venía solo a este lugar y pasaba tres días completos junto al Árbol Ardiente. —Su frente se surcó de arrugas—. Y aunque los espíritus de la ciénaga sólo atacan de noche, consiguieron sorprender a muchos.

—¿Y por eso —pregunté con suavidad— se abandonó ese rito?

Hallia negó con la cabeza, sacudiendo su suelta melena, y clavó la vista en el suelo.

—Eso se debió, según me contó mi padre, a la misma maldad que nos costó las alas a todos. Y mientras tu especie fue condenada a recordar la caída con el dolor en la espalda, en el punto donde debían brotar las alas, la mía recibió un castigo distinto. Para nosotros, el Árbol Ardiente, símbolo de nuestro valor y nuestra libertad perdidos, siempre acecha en nuestros sueños. Aunque han vivido muchas generaciones desde que el pueblo de los hombres ciervo viajó hasta aquí, se dice que cualquiera de nosotros es capaz de encontrar todavía el camino, puesto que el sendero está grabado para siempre en nuestro corazón.

Imprimí un movimiento circular a mis hombros entumecidos, sin dejar de meditar sobre sus palabras. Para mi desaliento, mi sombra se apartó de mí de un salto y empezó a bailar sobre las luminosas paredes, haciendo volatines y dando saltos mortales, girando sobre sí misma con la ligereza de una semilla aérea. Aunque nadie más se había percatado de sus rotaciones, yo sabía que mi segunda visión no me había engañado. ¡Aquella sombra, una vez más, se burlaba de mí! Deseé poder arrancármela de cuajo. ¡Sí! Y arrojarla al rincón más remoto de las marismas.

Hallia levantó la cabeza... en el mismo momento en que mi sombra volvía a su sitio de un brinco.

—Ya ves por qué no me sorprende el comportamiento reciente de los espíritus de la ciénaga. Son criaturas terribles. Despreciables.

—¿Despreciables? —Me encrespé al oír la palabra— ¿Estás segura?

—No sabes nada de ellos.

—Sé lo suficiente. —Fruncí el labio superior—. Hace mucho tiempo, en la tierra más desolada que puedas imaginarte, estuve a punto de morir por culpa de una criatura que todo el mundo, yo incluido, consideraba despreciable. Pero más tarde, cuando tuve ocasión de destruirla, no lo hice, porque había descubierto algo acerca de ella que resultó muy valioso, valioso de verdad.

Sus párpados se entornaron con incredulidad.

—¿Y qué criatura era?

—Un dragón. —Vi que su expresión cambiaba lentamente—. El mismo dragón que engendró a Gwynnia.

Hallia tragó saliva. Después, con expresión maravillada, me estudió un largo momento.

—Joven halcón, algún día serás un mago increíble.

—Eso me han dicho.

Sin dejar de observarme, empezó a peinarse los largos bucles para rehacer su trenza.

—No pretendía molestarte. Pero ¿convertirte en mago sigue siendo tu sueño?

—Sí, sí. Sólo que, últimamente, todo el mundo parece ver mis sueños con más claridad que yo.

Hizo una pausa en su labor de trenzado.

—Siguen siendo tus sueños, ¿no? Tus visiones del futuro. Puedes cambiarlos, si quieres.

—¡No quiero cambiarlos! ¿No lo entiendes? Pero el futuro propiamente dicho, eso puede cambiar. Desde hace años, cada vez que miro hacia el futuro, quien me devuelve la mirada es un mago... Y, sí, un gran mago. Eso es lo que veo. O, al menos, lo que quiero ver. —Me mordisqueé el labio durante unos instantes—. Sin embargo... ¿y si resulta que no es verdad? Quizá sólo era una falsa ilusión, desde el principio.

—Quizá sí —replicó Hallia—. Y quizá no.

Suspiré.

—Deberíamos irnos ya —dije. Ella asintió con la mirada ausente, mientras terminaba de anudarse la trenza.

Inesperadamente, el bolarva saltó al regazo de Hallia. Con los ojos abiertos de par en par, y gimoteó:

—¡Nonoyno, por piedafavor! No obligaforcéis a arriesgavenir al pobremí. ¡Oh, nonoyno!

—No te obligaremos —lo tranquilizó ella, mientras acariciaba su curvado dorso—. Ya has hecho bastante por nosotros. Y eso incluye un regalo que nunca olvidaremos.

El bolarva se contorsionó para acercarse a ella y lanzó un agudo chillido que arrancó ecos de la luminosa estancia.

—Buenova... A verdadecir, mismatú has guardasalvado mi tiernavida. —Acto seguido, mirándome de soslayo, hizo chasquear dos de sus pinzas—. Casiaunque mismotú lisiamatas al pobremí masdespués.

—Perdóname. —Le tendí la mano—. Si debemos separarnos aquí, hagámoslo como amigos.

El bolarva me escrutó con desconfianza. De pronto, en un veloz movimiento, me azotó el pecho con una de sus colas, tan violentamente que me empujó contra

la pared. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, saltó del regazo de Hallia y desapareció por una estrecha grieta del suelo. Oímos el ruido de su cuerpo al deslizarse por los húmedos túneles durante unos segundos. Después... nada.

Hallia me acarició la mejilla con ojos risueños.

—Algo me dice que ésta no es su manera habitual de despedirse.

La miré hoscamente.

—Esta debe reservarla para los amigos más queridos.

Durante un rato, nos deleitamos contemplando las relucientes superficies que se ondulaban con tonos verdes a nuestro alrededor. ¿Cuándo volveríamos a ver un lugar tan exuberante, tan vivo y, sin embargo, tan cerca de otro lugar que apestaba a muerte y a descomposición? Al cabo de un rato, de común acuerdo, nos dirigimos hacia el otro extremo de la cámara, donde se abría un enorme pasillo. Por los movimientos de la luz, vi que ascendía en un empinado ángulo.

—Creo que ése es nuestro camino. ¿Estás preparada?

—No —fue su queda respuesta—. Pero iré de todos modos.

Juntos nos internamos en el pasillo. Pronto, las paredes se acercaron y el techo descendió, obligándonos a avanzar agachados. Y poco después, a gatas. Con el tiempo, la luz verde de las paredes empezó a desvanecerse, borrada por tentáculos de oscuridad que se extendían hacia nosotros, cada vez más cerca. El aire se fue haciendo rancio, cargado de hedores a cosas podridas.

En cierto momento, Hallia titubeó y se secó los ojos llorosos con la manga. Fui a hablar, pero su severa mirada me cortó en seco. Al instante, volvíamos a gatear, ascendiendo en la penumbra. De repente, ambos chocamos de cabeza con algo. Dura, pero flexible, su viscosa superficie cedió a nuestro contacto, como la corteza arrancada de un árbol. Comprendí que se trataba de una capa de turba. Me apuntalé contra la pared del pasillo y me dispuse a apartar la resbaladiza barrera a empujones.

Acuclillada a mi lado, Hallia me oprimió la mano.

—Espera. Sólo un momento más. Antes de que salgamos de aquí.

Renegué para mis adentros.

—Por el aliento de Dagda, preferiría no salir de este lugar.

—Lo sé. Aquí abajo, en las profundidades, se está a salvo, en silencio y, bueno, completo. No me sentía así desde... hace mucho tiempo, cuando tú y yo nos sentamos juntos en aquella playa, en la costa de los antepasados de mi clan. ¿Te acuerdas?

Inspiré lenta y pensativamente.

—La costa donde los hilos de niebla se entretejen.

—Por obra del mayor de los espíritus —susurró—. Mi padre decía que Dagda utilizaba como aguja la estela de una estrella fugaz. Y su tejido se convertía en un tapiz viviente infinito que contenía todas las palabras que se han pronunciado, todas las historias que se han contado. Cada hilo reluciente, con una textura distinta, contiene en parte palabras y en parte algo diferente. Algo que está más allá de cualquier tejido, más allá de todo conocimiento.

Escuchando el eco de sus palabras, me pregunté por mi propia historia, mi papel en el tapiz. ¿Era yo un tejedor? ¿O simplemente un hilo? ¿O tal vez un tipo de luz interior del hilo, capaz de hacerlo brillar desde dentro?

—Algún día, Hallia, volveremos a esa costa. Y a otras. —Retiré mi mano de

la suya—. Pero no ahora.

Apoyé los hombros en la empapada masa de turba y empujé con fuerza. Se oyó un brusco ruido húmedo y gorgoteante. Al mismo tiempo, una riada de agua cenagosa cayó sobre nosotros, acompañada por otra oleada de efluvios más hediondos que nunca. Tosiendo y escupiendo, Hallia salió a rastras al pantano. Yo la seguí y luego solté la losa de turba levantada, que cayó con un frío chapoteo.

12
Demasiado silencio

Las marismas estaban silenciosas, sumidas en una extraña quietud, como un corazón justo a punto de latir. Todos los gemidos y lamentos habían enmudecido, así como el ruido de fondo de trinos y chirridos que oíamos antes. Hallia y yo intercambiamos miradas de aprensión mientras nos adentrábamos en la ciénaga, chapoteando ruidosamente.

Por todas partes se elevaban vapores humeantes que se fundían en grumos de niebla que giraban interminablemente. A juzgar por la tenue luz que atravesaba las nubes, debía de ser media tarde, aunque tal vez podía ser cualquier otra hora del día. Si bien sentí una oleada de gratitud al ver que por lo menos un poco de luz de día iluminaba el pantano, manteniendo a raya a los espíritus de la ciénaga, sabía que aquello no duraría mucho. Pronto regresaría la oscuridad, más densa que el barro adherido a mis botas. Y también los espíritus.

Nos detuvimos en medio de un charco de agua estancada a escuchar el espectral silencio. Las marismas parecían vacías, un cascarón sin vida de plantas mohosas y desechos. ¡Tan diferente del deslumbrante mundo subterráneo que habíamos dejado atrás! Por un instante, recordé la sensación de hormigueo de la luz líquida sobre mi piel: los antebrazos, la región lumbar, las plantas de los pies. Luego, el recuerdo se esfumó, para ser reemplazado por la realidad del cieno que se me metía en las botas.

Hallia dio un paso más, con lo que propagó ondas de lodo por todo el charco.

—Hay mucho silencio.

—Demasiado.

Concentrándome al máximo, forcé mi segunda visión hasta donde pude entre los sinuosos efluvios. Más allá del sucio charco rodeado de turba. Más allá de la peña manchada de musgo donde se había posado una solitaria cigüeña que ni siquiera parpadeaba, dispuesta a salir volando a la menor señal de problemas. Más allá del retorcido árbol lejano, que se inclinaba casi hasta el punto de desequilibrarse y desplomarse sobre la hierba de las marismas. El árbol relucía como un esqueleto blanco, con sólo unos cuantos jirones de corteza sobre su tronco y una masa de hojas secas en una de sus ramas.

Durante una fracción de segundo, percibí un aroma nuevo. A diferencia del resto de olores que nos agredían, en realidad éste era agradable, casi dulce. Aunque se esfumó antes de estar seguro de que no me lo estaba imaginando, el olor me recordó al de las rosas al abrirse. Sí, era eso. Olor a rosales en flor.

Hallia volvió a mi lado.

—¿Adónde vamos ahora?

De nuevo intenté calibrar la luz. Parecía ir disminuyendo. Sonreí irónicamente, diciéndome que, al menos de momento, no tendría más problemas con mi sombra. Pero no quería pensar en qué otros problemas deberíamos afrontar.

—Es mejor que encontremos algún sitio donde pasar la noche. —Señalé el árbol inclinado—. Por allí, detrás de aquel árbol seco, hay una especie de elevación.

—¿Lo bastante seca para que no haya serpientes?

—Creo que sí. Lo único que veo crecer allí es una especie de matorral salpicado de moras, me parece. Rojas.

Hallia siguió la dirección de mi mirada.

—Tu vista es muchísimo mejor que la mía, con esta niebla —se lamentó—. Ni siquiera veo el árbol, y mucho menos lo que hay más allá.

Suspiré y removí las lodosas aguas con una bota.

—Lo más importante que hay más allá, eso tampoco lo veo yo.

Empezamos a vadear en el cieno y nuestras pisadas resonaban en el enfangado terreno. En lugar de interrumpir el silencio, nuestro movimiento parecía realzarlo, intensificarlo. Después de cada paso, la quietud volvía a imponerse, como si sus inexorables pasos siguieran de cerca a los nuestros.

Avanzábamos cruzando charcos humeantes y procurando por todos los medios evitar las ramas podridas que flotaban en ellos. En cierto momento vi, colgada de una rama, una solitaria hoja que parecía relucir bajo la escasa luz. Me detuve para observarla; se mecía lentamente, como una bandera olvidada desde hacía mucho tiempo. Su interior carnoso se había desintegrado casi por completo, dejando sólo un delicado encaje de nervaduras. Coloqué una mano detrás y me maravillé de cuánto se podía ver por las aberturas y, sin embargo, cuánto quedaba todavía de la forma original de la hoja. ¿Cómo podía una parte tan grande ser invisible y visible al mismo tiempo?

De pronto, oí gemir a Hallia. Giré en redondo, a tiempo de verla ponerse rígida y mirar atentamente algo que había en el borde del charco. Corrí a su lado y mi atención se fijó en un cadáver descuartizado y putrefacto que yacía sobre la turba. Lo poco que quedaba de la piel brillaba en tonos cobrizos y grises. Una pata descoyuntada, despojada de toda la carne, se proyectaba hacia nosotros y mostraba una pezuña manchada de sangre.

Hallia volvió a gemir y ocultó el rostro en mi hombro.

—Un ciervo, pobrecito. ¿Cómo puede haber hecho alguien una cosa así?

Me limité a abrazarla; la imagen de la brillante hoja había sido sustituida por la macabra escena que presenciábamos. Al final, sin volver la vista atrás, reanudamos nuestro trabajoso viaje. De nuevo, no se oía nada más que el silencio, aparte de nuestros movimientos. Pero ahora parecía claramente el silencio de la muerte.

Cruzamos un montículo de turba que zangoloteaba con cada paso que dábamos y finalmente llegamos al campo de hierba de las marismas que rodeaba el árbol inclinado. Las tiesas briznas rozaban nuestros muslos cuando nos acercamos al árbol. Mientras Hallia se apoyaba en su tronco, yo me situé bajo sus retorcidas ramas, intentando encontrar un camino que nos condujera hasta la loma con cierta seguridad. Finalmente, descubrí una ruta practicable. Aparté la quebradiza hierba, que allí me llegaba al pecho, y me volví hacia Hallia.

De pronto, la cigüeña lanzó un agudo grito que resonó por las marismas. El animal despegó de la peña cercana y sus anchas alas plateadas removieron la niebla. Intrigado por saber qué la había asustado, busqué entre la hierba, pero no

vi nada. Una mirada de Hallia me indicó que también ella estaba intrigada, además de asustada.

Permanecimos inmóviles, escuchando. El batir de las alas de la cigüeña se fue desvaneciendo lentamente, engullido por el silencio. Después... creí oír otra cosa. ¿Un simple eco del vuelo del ave? No, este ruido parecía más próximo. Mucho más próximo. Rítmico, como una respiración irregular y acelerada.

En ese instante, algo pesado cayó del árbol sobre mi espalda. Me derribó de bruces sobre la hierba y salió barro despedido en todas direcciones. Sin darme tiempo a recobrarme, fui agarrado por una nervuda forma envuelta en una maraña de ropas desgarradas. Rodamos por el cieno una y otra vez, ambos rivalizando por adoptar una posición dominante. Las sucesivas capas de raída tela que rodeaban a mi agresor hacían difícil verlo, y aún más difícil sujetarlo. Por fin, noté que me retorcían el brazo a la espalda. Una fuerte mano me rodeó el cuello como una tenaza.

—Ríndete —restalló una voz— si aprecias en algo la vida.

Ocupado como estaba escupiendo toda el agua de la ciénaga que había tragado, no pude contestar. El atacante me retorció el brazo con más violencia, casi hasta descoyuntarme el hombro. Finalmente, respondí con voz ronca:

—Yo... ¡ah! Me rindo.

—Di a tu compañera que haga lo mismo —ordenó.

Veloz como un ciervo, Hallia saltó hacia nosotros desde el tronco del árbol. Embistió directamente a nuestro enemigo y lo hizo recular hasta la hierba. Me puse en pie de un salto y corrí hacia él. Instintivamente, fui a empuñar mi espada, con la esperanza de oír el tañido de su hoja mágica. Al comprobar que ya no la tenía, crispado por el recuerdo, extraje mi cayado.

Mientras blandía el nudoso mango del cayado por encima de la silueta agazapada, gruñí una orden:

—Ahora —declaré— dinos tu nombre.

Hallia apoyó un pie descalzo sobre uno de los muslos del desconocido para evitar que huyera arrastrándose.

—¿Y por qué nos has atacado?

Del fardo de jirones de ropa surgió lentamente una cara. No era, como me esperaba, el rostro de un trasgo guerrero. O el de un canoso forajido, dispuesto a hacer daño. No, ese rostro era completamente distinto y del todo sorprendente.

Era el rostro de un niño.

13
Ector

El niño nos miró fijamente con expresión angustiada. Sus mejillas, aunque mugrientas de barro, seguían mostrando una tez naturalmente rubicunda. Por encima de sus ojos azules como el pedernal, pendían unos rizos amarillos, apenas visibles debido a las ramitas, helechos y grumos de lodo que recubrían su cabello. Sus ropas, hechas trizas, colgaban de su cuerpo como pétalos marchitos, confiriéndole el aspecto de un viejo mendigo. Pero no podía tener más de doce años.

Dolorido aún del golpe en el hombro, agité mi cayado, iracundo.

—Tu nombre.

—Yo... bueno... —Hizo una pausa y se relamió los labios—. Ector, señor. —Se revolvió para liberar sus piernas del peso de Hallia y añadió—: Y no quería atacaros.

Monté en cólera.

—Eso es mentira.

—Yo... Bueno, sí quería atacar, pero no a vosotros. —Se rascó la cabeza, con lo que se desprendió un manojo de ramitas, y luego me miró en actitud implorante—. No sabía si eras humano, ¿comprendes? Creí que serías un trasgo, o algo peor. —Su frente se arrugó cuando miró mi cayado y los extraños emblemas grabados en su caña—. No irás a hacerme daño con eso, ¿verdad?

Me enderecé, sin dejar de frotarme el hombro.

—No, aunque en justicia debería mostrar contigo la misma amabilidad que tú conmigo.

—Lo siento —declaró el niño—. Lo siento, de verdad. Ha sido, esto..., un poco rudo por mi parte.

Hallia apartó su pie del muslo del niño.

—Bastante.

Lo estudié pensativamente. Había algo en este niño que, a pesar del dolor de mi cuerpo, me inclinaba hacia la benevolencia. Deseaba darle una segunda oportunidad, aunque no se la mereciera. Introduje de nuevo el cayado en el cinturón de mi túnica.

—Supongo que puedo entender tu confusión, si no tu impetuosidad. Esta ciénaga es algo aterrador.

Ector bajó la vista.

—Eso sí.

Le tendí la mano y lo ayudé a levantarse.

—No le des más vueltas, jovencito. Todo el mundo merece una oportunidad de cometer un saludable error de vez en cuando. Por los huesos de un gigante, yo seguro que he cometido los míos.

Sus labios temblaban cuando sonrió débilmente.

—Hablas como... —Sus palabras eran casi inaudibles—. Como alguien que

conozco.

—Bueno, espero que no lo recibas saltando sobre él desde un árbol.

La sonrisa se ensanchó.

—Sólo los martes.

—Bien. Digamos que hoy es martes y así mi cuerpo tendrá al menos una semana para reponerse.

Ector me dedicó una mirada de agradecimiento.

—De acuerdo, hoy es martes.

—Las costumbres de los humanos son realmente extrañas —comentó Hallia. Dio un paso al frente y aplastó con sus pies descalzos los tallos de hierba de la ciénaga—. Aun así, te confiaré mi nombre, ya que tú nos has dicho el tuyo. Yo soy Eo-Lahallia, aunque mis amigos me llaman Hallia. —Inclinó la cabeza en mi dirección y añadió—: Y éste es joven halcón. —Empecé a protestar, pero ella me sonrió y continuó—: También responde a otros nombres, pero creo que éste es su favorito.

—Lo es, en efecto —repliqué con suavidad.

Ector asintió.

—Me alegro de conocerte, Hallia. Y a ti, joven halcón.

Estudié el rostro del niño, esperanzado a pesar de que la noche estaba al caer. ¿Por qué sentía ese extraño e impulsivo deseo de ayudarlo, incluso de protegerlo? Después de todo, él había intentado abatirme hacía apenas un rato. Alcé la vista hacia las ramas donde se ocultaba y me pregunté si la sensación emanaba de mi recuerdo de escapar, siendo un niño, subiéndome a un árbol. O si, de hecho, tenía otro origen, que me resultaba imposible identificar.

—¿Qué te ha traído a este lugar? —le pregunté, mirándolo de hito en hito—. ¿Te has perdido?

Se arrancó del cuello una fronda de helecho empapada de agua.

—No... y sí. He venido a buscar... —Desvió la mirada—. Algo que no puedo decir. Te lo diría si pudiera, de verdad. Pero me hizo prometerlo.

—¿Quién?

—Mi maestro.

Bajé un poco la voz.

—¿Y quién es tu maestro?

Se levantó un repentino viento que agitó sus andrajosas ropas, silbando entre las hierbas. El árbol seco, ya precariamente inclinado, emitió un único y seco crujido.

—¿Quién es tu maestro? —insistí.

—Yo..., bueno... —Ector se mordió el labio—. Eso tampoco puedo decírtelo.

Hallia ladeó la cabeza con desconfianza.

—¿No piensas decirnos nada más?

Ector se agitó nerviosamente y sus pies removieron las lóbregas aguas.

—Bueno... Puedo deciros que me he perdido.

—Qué reconfortante —comenté con sarcasmo.

—Ojalá pudiera contaros más —añadió dócilmente. Sus ojos azules empezaron a brillar—. Creedme, no quiero pasar otra noche, ni otro minuto, en esta maldita ciénaga. Pero ahora parece que fracasaré en mi misión, igual que mi maestro. Yo sólo.... Bueno, no quiero faltar también a mi palabra.

Su firme sentido del honor me pilló desprevenido y sentí una renovada simpatía por él.

—Está bien, guárdate tus secretos. Pero si no nos dices adónde vas o qué buscas, no podremos ayudarte.

El niño abrió la boca como si fuera a decir algo. Pero se reprimió y tragó saliva.

—Entonces tendré que hacerlo sin vuestra ayuda. —Intentó erguirse en toda su corta estatura—. Aunque, ¿me diríais una cosa?

—Depende.

Lanzó una furtiva mirada de preocupación a los vapores ascendentes. La niebla, cada vez más oscura, se desplazaba en remolinos, aferrándose a nuestras piernas, enredándose en nuestros brazos.

—Poco antes de que aparecierais —dijo con una voz susurrante—, la ciénaga entera se calló de repente. ¿La oyes ahora? Ni siquiera el croar de una rana, y mucho menos esos otros, esto, ruidos. Fue entonces cuando me subí al árbol. —Su juvenil ceño se arrugó—. ¿Sabéis por qué ha sido? ¿Qué significa?

—No. Pero apostaría a que nos traerá problemas.

Hallia aguzó el oído para escuchar mejor el silencio.

—A mí me da la sensación de que es un hechizo. Un encantamiento maligno.

Ector jadeó con ansiedad.

—¿Sería posible —preguntó esperanzadamente— viajar juntos un ratito?

Negué con la cabeza.

—Nuestra misión es demasiado peligrosa. Si te quedas con nosotros, podría ser tu fin.

—Y además —añadió Hallia con mordacidad—, antes tendríamos que saber más de ti. Mucho más.

Percibiendo su desconfianza, sentí una punzada en el corazón. Pero, por mucho que me sintiera próximo al niño, sabía que ella tenía razón. ¿Qué sabía yo en realidad sobre él, aparte de que se me había echado encima saltando desde una rama? Resignado, le tendí una vez más la mano.

—Buena suerte, Ector.

Asintió con displicencia. Lentamente, extendió la mano y tomó la mía. Pese a su estatura inferior, me la oprimió con fuerza, intentando que no se le notara el miedo.

—Muy bien, pues —dijo en tono decidido—. Ya he sobrevivido varios días solo en este lugar y puedo durar unos cuantos más.

Aunque intuí que se sentía menos valeroso de lo que pretendía hacernos creer, no dije nada. Dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas, rozando con sus ropas las altas hierbas, en dirección opuesta a la loma que había despertado mi interés.

—Ten cuidado —le grité—. Pronto se hará de noche.

Se limitó a saludarnos con una mano, sin volverse.

—Es un muchacho valiente —mascullé, al verle alejarse con paso firme.

—Un muchacho engañoso, diría yo. —Los ojos de Hallia siguieron a la silueta entre las sombras hasta que desapareció en la niebla—. Creo que nos hemos librado de él.

—Reservado, sí —repliqué—, pero ¿engañoso? No estoy tan seguro. Cierto,

podría no ser de fiar. O podría ser...

—¿Qué?

—Alguien que sólo ama profundamente a su maestro. Tan profundamente que haría cualquier cosa por él, incluso vagar solo por este lodazal.

—¡Bah! —Hallia arrugó la nariz—. Los ciervos que no se confían sus verdaderos motivos no corren juntos.

Para entonces no quedaba ni rastro del niño. Taladré con mi segunda visión la niebla por donde había desaparecido, pero sólo distinguí velos arremolinados. Al rato, advertí un cambio progresivo. No en las marismas, que seguían tan inmóviles y silenciosas como antes, sino en la niebla propiamente dicha. Ante mi segunda visión, sus movimientos, hasta ahora fluidos, se volvían cada vez más bruscos. Las nubes parecieron tensarse y su inmovilidad se unió al silencio de la ciénaga.

Al instante siguiente, sonó un fuerte zumbido. Cuando el silencio se rompió, los vapores empezaron a ascender otra vez en espirales. Hallia y yo retrocedimos hacia el árbol inclinado. El ruido parecía venir de todas partes al mismo tiempo, tanto de los vapores como de la propia tierra. Lentamente, su intensidad fue en aumento, cada vez más estridente... y más fuerte. Y lo acompañaba, aunque podía tratarse de un error por mi parte, el aroma más vago de algo dulce. Dulce como los rosales en flor.

De pronto, de las oscuras nieblas surgió un enjambre de escarabajos enormes, cada uno del tamaño de mi cabeza. Sólo tuve tiempo de extraer mi cayado de un manotazo antes de que descendieran. Sus alas transparentes e irregulares hendían el aire, mientras sus afiladas mandíbulas buscaban pérfidamente la parte de nuestra piel que quedaba descubierta. Los escarabajos nos atacaron desde todos los ángulos, zumbando de una forma tan ensordecedora que sólo conseguía oír mis propios pensamientos.

De un rápido golpe con el cayado, conseguí aplastar a uno que iba a chocar contra mi rostro. Su caparazón morado, que relucía siniestramente, se rajó cuando el escarabajo se precipitó al limo. Sin embargo, apenas había vuelto a levantar el cayado, cuando otros tres se abalanzaron sobre mí para arañarme las manos y los ojos.

Hallia lanzó un chillido y retrocedió hasta el árbol, haciendo molinetes con los brazos. Un par de escarabajos la rodearon, buscando un hueco en su guardia por donde alcanzar su cara. Di la espalda a mis atacantes y esgrimí el cayado. Noté un impacto y uno de los escarabajos cayó dando tumbos por el lodo. Pero no había motivos de celebración. En una fracción de segundo, el otro escarabajo daría en el blanco. ¡Y no tenía tiempo de descargar otro golpe con mi cayado!

El escarabajo se abalanzó sobre Hallia. Sus élitros la golpearon en el antebrazo y le produjeron un corte, del que empezó a manar sangre. Ella retiró el brazo bruscamente, con lo que dejó al descubierto la mitad de la cara. Virando en el acto, el escarabajo fue hacia sus ojos.

De repente, oí un agudo silbido. A continuación, con un blando estallido, el escarabajo reventó en el aire, al grosor de un cabello de distancia de la cara de Hallia. Los fragmentos morados del caparazón cayeron entre la hierba de la ciénaga. Giré sobre mis talones y me encontré ante Ector, que empuñaba una tosca honda y nos miraba con ojos centelleantes.

—¡Cuidado! —gritó.

Las afiladas mandíbulas de un escarabajo se clavaron en mi oreja. Grité y le di un manotazo. Lo alcancé y me sacudí de encima a la criatura, que cayó justo sobre mi pecho. Zumbando coléricamente, el escarabajo arqueó el dorso y dejó al descubierto un monstruoso aguijón con varias puntas del tamaño de mi puño. Lo levantó, dispuesto a picarme.

En ese momento, otros escarabajos me rodearon. Empujándome, arañándome la cara. Presa de la desesperación, apelé a la parte más profunda de mí mismo: el lugar más tranquilo, incluso en medio de un ataque semejante; el lugar más primordial, misterioso y próximo a los elementos. *¡Aire que nos rodeas!* —grité mentalmente, concentrando toda mi voluntad—. *Expúlsalos. Échalos de aquí. ¡Mándalos muy lejos!*

Una brusca racha de viento perturbó la atmósfera. Zumbando frenéticamente, los escarabajos lucharon por resistirse al violento aire. Sus alas rechinaban, sus mandíbulas se abrían y cerraban con sonoros chasquidos, pero todo en vano. El viento era demasiado violento y los fue arrancando de nuestros cuerpos acurrucados.

El escarabajo que tenía en el pecho, aferrado a mi túnica, aguantó una fracción de segundo más que el resto. Y en ese instante, clavó su aguijón en mis costillas. Me encogí, esperando notar cómo perforaba mi piel, pero, para mi conmoción —y alivio—, el aguijón se detuvo justo antes de llegar a mi túnica. De su punta múltiple, surgió un fino hilo de oro, delgado como la hebra de una telaraña. El hilo se alargó y relampagueó en el aire mientras se doblaba hasta formar un lazo. Acto seguido, con la misma rapidez con la que había aparecido, el lazo se fusionó con los pliegues de mi túnica. No noté nada. Todo había sido tan repentino que, en realidad, no estaba seguro de lo que había visto.

Aullando furiosamente, el viento arrancó el escarabajo de mi ondeante túnica. El animal salió volando detrás del resto del enjambre, que recorría el cielo de las marismas en una frenética masa. Boca abajo, con las alas desplegadas o amontonados unos sobre otros, los escarabajos desaparecieron entre la bruma. Su zumbido pronto dejó de oírse por completo.

Me sentí súbitamente muy débil. Las piernas se negaban a sostenerme y me dejé caer junto a un estanque poco profundo. Las hierbas de la ciénaga me pincharon la cara, pero me faltaban las fuerzas para apartarlas. Lo único que podía hacer era permanecer sentado.

Hallia se apresuró a atenderme. Apoyó una mano sobre mi frente.

—¿Estás herido?

—No... de gravedad. Yo... sólo me siento... débil.

—Debes de haber gastado todas tus fuerzas para crear ese viento. —Su voz, aunque amable, parecía también ansiosa—. Deberías descansar un poco.

—Ha sido un buen truco. —Ector se acercó con torpes pasos, apartando de su camino de un puntapié una rama medio sumergida—. No estoy seguro de que ni siquiera mi maestro, que a veces hace magia, fuera capaz de algo parecido a esto.

Hallia mantuvo la vista fija en mí, pero le habló al niño:

—Y tu honda, también eso fue un buen truco. —Se volvió hacia él el tiempo suficiente para agradecérselo con la mirada—. No tenías que haber vuelto atrás.

Tras guardar de nuevo el arma entre sus raídas prendas, Ector se encogió de

hombros con modestia.

—Siempre me gusta practicar un poco con la honda.

Le sonreí débilmente. Hallia me palpó la frente.

—Estoy preocupada, joven halcón. Tu aspecto... no es bueno, no sé por qué.

—Estoy bien. Sólo agotado. —Noté un ligero pinchazo en las costillas y recordé la extraña conducta del escarabajo—. Lo peor ha sido que uno de los escarabajos...

—¿Te ha picado?

—N-no. No exactamente. —Me abrí la túnica. Allí, sobre mis costillas, yacía el lazo de hilo dorado. Completamente extendido, tenía el tamaño aproximado de mi mano. Se estremecía ligeramente sobre mi piel, como si estuviera vivo. Una cosa se me antojó muy extraña: no localizaba el agujero por donde había atravesado mi túnica.

Hallia dejó escapar todo el aire de sus pulmones. El color abandonó sus mejillas. Tensa, extendió una mano hacia el lazo. Sus largos dedos amasaban el aire mientras se acercaban. Justo cuando estaba a punto de cogerlo, el filamento dorado se movió, se retorció y se hundió en mi piel sin dejar el menor rastro.

Una descarga de dolor recorrió mi cuerpo. Grité y me cubrí la caja torácica. Los dedos de Hallia arañaron mi piel. Demasiado tarde para eso. El lazo había desaparecido, enterrándose en mi pecho cada vez a mayor profundidad.

14
El dogal de sangre

El lazo se hundió más en mi interior. Lo notaba abriéndose paso por mi piel, deslizándose entre mis costillas. Y tuve la certeza —aunque no supe cómo— de que se dirigía a mi corazón.

Concentrado al máximo, intenté convocar el poder de detenerlo. Sin embargo, con lo agotado que estaba, no logré reunir las fuerzas necesarias. La magia que percibía en mi interior escapó al instante, más deprisa que los vientos que acababa de conjurar. No podía detener el avance del lazo. Ni siquiera, me temí, aminorar su velocidad. Mientras tanto, podía notar cómo se enterraba cada vez a mayor profundidad en mi cuerpo.

Miré a Hallia y sus aterrorizados ojos eran el espejo de los míos.

—¿Qué es?

—Creo que es... lo que mi padre llamaba un dogal de sangre.

Ector acercó el rostro a mi pecho y contuvo el aliento. Se pasó una mano por los rizos recubiertos de lodo, con el ceño surcado de profundas arrugas.

Dogal de sangre. El mismo sonido de la palabra me hizo estremecer. Extendí la mano hacia la talega de cuero que colgaba de mi cadera y le di unos golpecitos.

—¿Servirían de algo... mis hierbas... curativas?

Hallia agachó la cabeza.

—No. El dogal de sangre, cuando ha penetrado en ti, se mueve con rapidez. No hay manera de detenerlo. —Respiraba con dificultad cuando volvió a mirarme—. Cuando finalmente llega al centro del pecho, rodea el corazón y lo estruja con fuerza, hasta que...

—¿El corazón se parte en dos?

Mi amiga asintió, al borde de las lágrimas.

—No quiero decirte lo que contaba mi padre sobre la agonía de la víctima. Sólo que... ¡Oh, joven halcón! Que morir es lo mejor que tiene.

Los remolinos de vapor de la ciénaga me parecieron más densos de repente. El árbol seco, tan inclinado que sus ramas rozaban nuestras cabezas, parecía retraerse cada vez más hacia la niebla. Supe que la caída de la noche era inminente.

Con suavidad, Ector me tocó las costillas.

—Eres muy valiente. Debe de ser una sensación horrible. —Empezó a decir algo más, pero se contuvo—. Ojalá pudiera yo hacer algo.

—Tu honda —dije débilmente— no puede ayudarme mucho ahora.

De nuevo empezó a hablar, luchó con las palabras y luego las descartó. En todo ese rato, su mano permaneció sobre mis costillas, acariciando ansiosamente la piel. Al final, su expresión agónica se desvaneció, cediendo el paso a otra de determinación.

—Espera —dijo, mientras hurgaba entre sus ropas—. Esto quizá te ayude.

Sacó un pequeño frasco de color vino. Tras retirar el tapón, me lo acercó. Un

acre olor a chamusquina impregnó el aire. Hallia, alarmada, extendió el brazo para cerrarle el paso al niño. Durante un momento en el que nadie respiró, lo retuvo con la mirada.

—Es un elixir —explicó él—. Me lo dio mi maestro, por si me herían durante este... bueno, este recado. Me dijo que lo usara sólo en caso de peligro mortal y me previno de que no cura sin más una herida grave. Pero nos permitirá ganar tiempo. Quizás el suficiente para encontrar un remedio adecuado.

Hallia hizo rechinar los dientes.

—¿Y si no funciona?

—Entonces no estará peor que ahora.

Otro espasmo de dolor me sacudió. Gimiendo, me oprimí el pecho.

—Por favor, bebe un poco —me invitó Ector—. Quizá te ayude.

Escruté su rostro infantil. Incluso en la oscuridad cada vez más acusada, sus ojos relucían de pasión juvenil.

—No, no. No puedo permitírtelo. ¿Y si lo necesitas más tarde... para ti mismo?

—Creo que debe usarse cuando más falta hace —fue su firme respuesta.

Por fin, Hallia bajó el brazo. El niño se arrodilló en el estanque poco profundo y acercó el frasco a mis labios. Esta vez no protesté. Muy lentamente, vertió el líquido de color vino en mi boca. Su sabor era como el de la carbonilla de un fuego apagado hacía mucho tiempo. Pero seguí tragando, aunque sin poder evitar una mueca de desagrado. En pocos segundos, el frasco estaba completamente vacío.

Mientras Ector retrocedía, una sutil emoción, como respirar por primera vez el límpido aire de la mañana, atravesó mi pecho. Subió y se expandió, llenando mi torso con una nueva calidez pulsante. La sensación se transmitió rápidamente a todo el resto de mi cuerpo. Me sentí más liviano y más sólido. Frescos ríos de sangre recorrieron mis miembros. Mis puños se crisparon al notar que recobraban las fuerzas perdidas.

Hallia sonrió y se secó los ojos. Me rodeó la cabeza con los brazos y la sostuvo, estrechándome con fuerza. Al cabo de un rato me soltó y se volvió hacia Ector.

—Te estamos agradecidos —fue lo único que consiguió decir.

—Muy agradecidos —añadí yo.

El niño sonrió con timidez.

—Digamos que es una disculpa por lo que te he hecho antes.

Busqué mi cayado y lo localicé medio enterrado en el lodo. Lo desprendí de un seco tirón, aunque ahora había en su mango una gruesa lombriz. Expulsé al involuntario pasajero y aferré el nudoso mango para ponerme en pie. Me volví hacia Ector.

—Disculpa aceptada.

—¿Cuánto tiempo durará tu elixir? —preguntó Hallia.

El semblante del niño se nubló.

—No lo sé, pero tengo la impresión de que no mucho.

Hallia me cogió la mano y me tanteó con la mirada.

—Es tu oportunidad de salvarte, joven halcón. Ven. Deja tu espada para más tarde. Con suerte, encontraremos la salida de estas marismas antes de que la

ocasión haya volado.

Bajé la vista hasta la vacía funda de mi espada. A pesar de la escasa luz, las gemas moradas centelleaban. Era la vaina de una espada mágica, la espada de un mago... y de un rey. «Un rey cuyo reinado perdurará en los corazones mucho después de que haya desaparecido de la tierra.»

—No —dije, apretándole la mano—. No puedo hacer eso. Sobre todo no ahora. Hallia, en esta ciénaga hay algo malo, algo definitivamente perverso. Es distinto de todo lo que ocurría antes. Y mi espada sólo es una parte de eso. Ahora lo sé, con la misma certeza que reconozco tu cara. No puedo decir qué es en realidad, pero tengo la extraña sensación de que ya me he tropezado antes con ello.

Hallia retiró la mano.

—¡Poco bien podrás hacer si te mueres! Si logramos llegar a Cairpré o a tu madre, la sanadora, ellos quizás aún estén a tiempo de salvarte. Después, podrás volver aquí, si te apetece.

—Puede que para entonces ya sea demasiado tarde.

Sus párpados se entornaron.

—¿Qué expectativas intentas cumplir, joven halcón?

Inspiré profundamente.

—Las mías.

Me dirigió una hosca mirada con la duda reflejada en sus ojos.

Apoyado en mi cayado, inspeccioné la humeante descomposición que nos rodeaba. Y reparé, por primera vez, en que los sonidos de la ciénaga habían empezado a oírse de nuevo. Por allí, un extraño balido. Y allá, un profundo borboteo gutural. Una serie de graves aullidos gimoteantes resonó por las marismas. Pronto, comprendí, se les unirían otros ruidos. Y otros seres.

—Vamos —propuse—. Tenemos que encontrar refugio antes de que caiga la noche. —Hice una seña a Ector—. Y cuando digo «tenemos», pretendo incluirte a ti. ¿Quieres venir con nosotros?

El niño se frotó el mentón pensativamente.

—Durante un tiempo.

Hallia me frotó el pecho con suavidad con el dorso de la mano.

—¿Y también me incluye a mí?

—Por supuesto; es decir, si es lo que decides.

Sus redondos ojos pestañearon.

—Es lo que decido.

—Entonces, vámonos. —Señalé hacia la loma cubierta de matorrales, ahora sólo un oscuro montículo recortado contra un fondo casi igualmente oscuro—. Esperemos que esos matorrales sean lo bastante frondosos para ocultarnos.

Emprendí la marcha, seguido de cerca por los demás. Forzando al máximo mi segunda visión, los conduje entre las hierbas de la ciénaga hasta un estrecho montículo de turba que serpenteaba entre la niebla, cada vez más tupida. En cierto momento, pasamos junto a una pila de piedras sueltas irregulares, cuyas rendijas dejaban al descubierto un par de estrechos ojos amarillos que nos observaban atentamente. Los dejamos atrás con cautela. Pero la turba, a diferencia del barro más blando de los alrededores, no nos entorpecía el paso; estaba bastante húmeda para que se formaran diminutos charcos de agua en nuestras huellas. Una vez,

cuando me detuve para esperar a los otros, observé que la ristra de pisadas acuosas se desvanecía progresivamente. A los pocos segundos, se fundieron con la tierra como una espiral de niebla se funde con otra.

Al borde del montículo de turba, distinguí una sinuosa enredadera de hojas rizadas. Casi enterrada en el barro de su pie, crecía una planta vagamente cuadrada, de color morado rojizo, que me resultaba muy familiar. De pronto recordé cuándo había visto, y comido, una igual. Se me hizo la boca agua. ¡Qué sabor tan maravilloso tenía! Aun así, titubeé. ¿Y si en realidad no era la misma planta? Al final, el rugido de mi estómago se impuso y extendí la mano, arranqué la planta y la guardé en mi talega.

Cuando seguimos avanzando, la loma se hizo más empinada. Al acercarnos, comprendí que lo que había tomado por matorrales resultaron ser, en realidad, árboles bajos de tupidas ramas. Sus troncos, cuando se veía alguna parte a través de la masa de ramas, parecían tan recios como los dedos del pie de un gigante; su corteza presentaba arrugas tan hondas como las de mis botas de piel. Lo que a lo lejos me parecieron moras rojas, ahora vi que era el envés rojo de sus hojas.

Al final del serpenteante montículo de turba llegamos a la orilla del ancho estanque cenagoso. Pese a la creciente oscuridad, distinguí que burbujeaba y se agitaba en ominosas ondas. Cruzar su extensión verde oscura era seguramente el camino más corto hasta la loma, pero no me gustó ni pizca su aspecto, ni su olor. Sin embargo, la noche se aproximaba con celeridad, y vadearlo por el centro nos ahorraría un tiempo precioso.

Con precaución, sondeé su profundidad con mi cayado. No parecía muy hondo. Di un paso al frente. Aunque el líquido se coló en mis botas, el fondo se mantuvo firme, aparentemente resbaladizo, pero pasable. Intercambié miradas con mis compañeros y luego di otro paso.

Lo que quiera que hubiera pisado se movió, reptando hacia las cañas que se erguían al borde del estanque. Salté hacia atrás, pero perdí pie. Aterricé de costado en el agua sucia con un chapoteo. Enseguida, ante mi horror, noté que algo me rodeaba la pierna. Se endureció como un brazo flexionado y luego me arrastró hacia el centro del estanque y hacia el fondo.

—¡Algo me ha atrapado!

Hallia y Ector corrieron en mi ayuda. Me sujetaron por los brazos y tiraron con fuerza. Pero lo que me tenía sujeto tiraba en dirección contraria. Las botas de Ector resbalaron en la turba y el niño cayó de rodillas. Pero no dejó de tirar de mí. La trenza de Hallia azotaba sus hombros y su espalda mientras ella se balanceaba de lado a lado.

Por fin, me liberé. Caímos de espaldas sobre una elevación del pantanoso suelo. Permanecimos allí un rato, jadeando, mientras los densos efluvios se elevaban en sinuosas columnas por encima de nosotros. Finalmente, me sacudí el barro del cabello y me senté. Al reparar en el viscoso légamo negro que cubría mi pantorrilla, raspé todo cuanto pude con la punta de mi cayado.

Sin pronunciar palabra, nos ayudamos mutuamente a ponernos en pie y reanudamos la marcha, rodeando el estanque. Las últimas luces se apagaron rápidamente, mientras los ruidos de la ciénaga se multiplicaban a nuestro alrededor. La niebla se condensaba, abriendo oscuras bocas de dientes movedizos y lenguas de humo. Las ramas muertas se enganchaban en nuestras ropas y nos

arañaban las espinillas, pero tales obstáculos no me preocupaban. Pues había advertido una espectral reverberación luminosa al borde de mi segunda visión. Una reverberación que se iba haciendo más intensa a cada minuto que transcurría.

Por fin llegamos a la loma. Aunque no era muy alta, sí estaba, como yo esperaba, más seca que las marismas circundantes. Pero mi corazón dio un vuelco. ¡No había un camino despejado que condujera al terreno más elevado! La tupida arboleda formaba una impenetrable muralla de ramas, tan tupidamente entretejidas que ni siquiera mi segunda visión lograba penetrar su superficie. Sólo unos cuantos huecos en la vegetación permitían vislumbrar leñosos túneles entre los árboles. Túneles... La idea me sobresaltó. Tal vez aún encontraríamos un refugio aquí, después de todo.

Hallia me aferró el hombro.

—¡Esas luces! Vienen hacia aquí. ¡Son los espíritus de la ciénaga, estoy segura!

Un sobrenatural alarido de angustia se elevó de las marismas, seguido por otro y luego otro.

—Démonos prisa. —Corrí hacia los árboles. Me situé sobre las prominentes raíces y guié a los demás hasta una estrecha abertura entre las ramas—. Con cuidado. Esas espinas tienen un aspecto asesino.

Se oyeron nuevos gritos capaces de helar la sangre en las venas detrás de nosotros cuando nos introducíamos en el angosto túnel. Al instante, las tinieblas nos rodearon, junto con el olor a pina, penetrante y dulce a la vez. El túnel torcía a la izquierda, hacia el centro de la arboleda, y luego a la derecha y nuevamente a la izquierda. Cada vez que se bifurcaba, yo elegía el pasillo menos practicable, con la esperanza de que nos ofreciera una mayor protección. Cuanto más nos internábamos, más espinas desgarraban mi túnica y se me clavaban en las rodillas, en el cuello y en los hombros. Detrás de mí, Ector lanzó un grito de dolor. En más de una ocasión, el puño de Hallia aporreó el suelo como una cierva piafaría airadamente con su pezuña.

Con el tiempo, llegamos a un ensanchamiento del túnel. Nos rodeaban cuatro o cinco troncos estriados y retorcidos. El techo de espinas era demasiado bajo para permitirnos incorporarnos, pero quedaba mucho espacio para sentarse o arrodillarse. Supuse que nos hallábamos cerca del centro de la arboleda.

Me recosté en uno de los troncos y me lamí un corte que tenía en el dorso de la muñeca.

—Bueno, he aquí nuestro alojamiento por esta noche.

—He dormido en sitios peores —comentó Ector, mientras se cubría las castigadas pantorrillas con sus ropas.

Hallia se enroscó como un cervatillo en una oquedad que formaban las raíces.

—Sí, aquí estaremos bien. —Me tocó el muslo—. ¿Cómo te encuentras?

—Bastante bien.

—Lo único que necesitamos —dijo Ector desde la oscuridad— es algo de cena.

Recordando la planta, la saqué de mi talega de cuero. Se había aplastado un poco, pero su piel estaba intacta. Partí un trozo, me lo acerqué a la nariz y lo olfateé. En el acto, reconocí el intenso aroma, estimulante como el de carne asada

al fuego de leña.

—¿Qué es ese olor? —preguntó el niño.

—Nuestra cena —respondí—. Es una planta que usaban los panaderos de Eslantos, una ciudad situada muy al norte, para preparar uno de sus panes especiales. La he encontrado en la ciénaga.

Hallia se deslizó hasta mi lado.

—¿Te fías de ella?

Rajé la jugosa verdura y me lamí los dedos.

—Tengo demasiada hambre para dudar. Además, jamás olvidaré este olor.

Ofrecí un trozo a cada uno de mis compañeros y luego procedí a extraer la ancha semilla plana de su centro. Incluso en la oscuridad, mi segunda visión distinguió su profundo lustre rojo. La deposité en el suelo, la golpeé con la punta de mi cayado y la rompí en pedazos, que repartí, pero no antes de introducirme unos cuantos en la boca. Cuando masticaba, los trozos de semilla se cascaron, inundándome de sabor. Y de algo más, algo que me hizo sentir que, de hecho, recuperaría mi espada... y viviría para esgrimirla una vez más.

—Mmmm, sabe bien —observó Ector, mientras un río de jugo le resbalaba por la barbilla—. Ese pan debe de ser maravilloso.

—Lo es —repliqué—. Los habitantes de Eslantos afirman que te llena el corazón de valor.

—Cada vez me gusta más —dijo Hallia, sin dejar de mascar ávidamente—. Es justo lo que necesitábamos.

—Estoy de acuerdo —coincidió Ector, y dejó escapar un pesado suspiro—. Valor para afrontar el futuro.

Le ofrecí otro trozo.

—El futuro puede ser aterrador, ¿verdad?

—Sobre todo en un lugar como éste, joven halcón. Donde cada paso que das significa... elegir. Tomar decisiones difíciles. —Mordió otro bocado y lo masticó pensativamente—. Y elijas el camino que elijas, es inevitable que resulte en parte bueno y en parte malo.

Asentí.

—La vida misma me parece así a menudo: senderos irreconocibles, envueltos en una niebla tan densa que apenas se distinguen las opciones reales. —Me tragué lo que tenía en la boca—. Supongo que lo único que puedes hacer, lo único que puede hacer cualquiera de nosotros es intentar hacerlo lo mejor posible.

—¿A pesar de la niebla? —preguntó el niño melancólicamente.

—A pesar de la niebla.

—Pero ¿y si...? —Se le quebró la voz y lo intentó de nuevo—. ¿Y si la opción que tienes enfrente está clara, pero es imposible? Digamos que intentas ayudar a alguien, quizás a alguien a quien quieres mucho y, sin embargo, ayudarlo significa no poder, bueno, ayudar a otra persona. Alguien que también merece tu ayuda. ¿Qué haces entonces?

Alargué la mano y rodeé uno de sus tobillos.

—No sé qué es lo que buscas, Ector, o a quién intentas ayudar.

Se estremeció, casi estuvo a punto de hablar, pero se reprimió en el último momento.

—Y sin embargo —proseguí—, puedo decirte una cosa con toda certeza: por

muchos momentos difíciles que el futuro te tenga reservados, esto nunca cambiará. —Mi voz se hizo más grave—. Hoy has ayudado a alguien, más allá de toda duda. Y, Ector... Nunca lo olvidaré.

El niño asintió en silencio e incluso trató de sonreír, pero la parte inferior de su rostro permaneció sombría. Me pareció que mis palabras lo habían conmovido, pero que no habían aligerado su carga como yo esperaba. ¿Era posible, me pregunté, que él supiera del futuro algo más de lo que podía desvelar?

Al final, colocó su pequeña mano encima de la mía.

—Me alegro de que encontrases estos árboles, joven halcón. Y también me alegro de que me encontrases a mí.

Durante un rato largo, nadie dijo nada. Al cabo, levanté los brazos hacia el techo de espinas, intentando desentumecer mi espalda.

—Supongo que deberíamos intentar dormir un poco. El problema es que no tengo sueño.

—Yo tampoco —coincidió Ector.

—Ni yo —susurró Hallia, al tiempo que distribuía su peso entre las raíces—. En especial con todos esos aullidos y gemidos que no paran ahí fuera, aunque nos lleguen amortiguados.

—A mí —confesé— esos ruidos no me preocupan tanto como...

—¿El dogal de sangre? —preguntó ella comprensivamente.

—¡Sí, esa maldita cosa! No puedo dejar de preguntarme cuándo pasará el efecto del elixir. Y cómo me sentará eso.

—Lo que en realidad necesitamos —sugirió Ector— es una buena historia, de aquellas que desvían los pensamientos de, bueno, de todo lo demás.

—Conozco a un narrador muy bien dotado —propuse—. Alguien que se crió en un clan cuya vida es rica en toda suerte de historias. —Di un empujoncito a Hallia en la rodilla—. ¿Te animas?

—Sí, por favor. ¿Te animas? —se sumó el niño.

Ella tomó aliento muy despacio.

—Bueno, supongo que sí. —Por un momento, clavó la vista en el suelo, pensativa, antes de volver a levantar la cabeza—. Vale, está bien —dijo por fin—. Os contaré una leyenda, famosa entre mi gente. Es la historia de una niña llamada Shallia. Y es un relato sobre la niebla, sobre la amistad y sobre las elecciones. Las decisiones imposibles.

Se sentó con las piernas cruzadas, las manos sobre el regazo y la mirada fija en la muralla de ramas. Por su expresión, se diría que era capaz de ver las remolineantes nubes del otro lado de los árboles que nos guarecían. Cuando empezó a hablar, su voz era suave como una brisa vespertina junto al mar.

—Escuchadme bien, pues os contaré *La leyenda de la niebla susurrante*.

15
La leyenda de la niebla susurrante

En una remota costa de un lejano mar, la niebla se levanta cada noche de entre las olas relucientes de estrellas. Se extiende, cada vez más tenue, por encima del oscuro mar, con delgados dedos que se proyectan hacia tierra. Y esta noche, como en muchas otras noches antes, la niebla alcanza primero un punto concreto, una roca solitaria que todavía se recuerda como la Piedra de Shallia.

Pues allí iba Shallia a menudo.

Balanceando las piernas al borde de la roca, se sentaba en ella hora tras hora. A observar el sol sumergirse en el mar, o las estrellas nadar como carpas luminosas por el cielo negro azabache. A sentir los primeros rizos de niebla lamiendo sus tobillos. Y, por encima de todo, a escuchar: el palmoteo de las olas y los chillidos de las gaviotas; los surtidores de las ballenas que respiran con la profundidad de las mismas aguas; y, algunas noches, otro sonido —distinto de las olas, diferente del de las ballenas—, un misterioso susurro que parecía casi vivo.

El susurro, por alguna razón, le recordaba su niñez, sus años más felices. Aunque no llegó a conocer a su madre, a quien se llevaron los dioses del mar y la orilla cuando daba a luz, su padre siempre se mantenía cerca de ella. ¡Cómo se reían cuando saltaban entre las olas, descubrían almejas juntos y se perseguían mutuamente por las lagunas de veloces peces durante la marea baja! Cómo vivían, en una armonía absoluta y definitiva con las olas.

Hasta el día en que todo aquello terminó y los recuerdos se ahogaron, como su padre cuando pisó las espinas de un pez venenoso que se escondía en los bajíos.

Adoptada por su abuela, Shallia se trasladó a una cabaña de barro situada en las afueras del pueblo. No tenía hermanos o hermanas, ni amigos de su misma edad. Sin embargo, por mucho que añoraba tener compañía, se mantenía apartada de todos. En su corazón sólo había sitio para la soledad y para el interminable anhelo de sentarse junto al mar.

—No te quedes sola cerca del agua —le prevenía su abuela—. Sobre todo de noche. Porque es entonces, hija mía, cuando los espíritus del mar se acercan más a la orilla.

Los espíritus del mar, le había explicado la anciana, vivían en el reino de sombras que se extiende entre el agua y el aire. Más peligrosos que un círculo de peces espinosos, podían adoptar la forma que desearan, de un modo muy parecido al de la propia niebla. Podían volver loca a la gente y lo hacían a menudo. Muchos eran los relatos sobre aldeanos que, por entretenerse demasiado después de oscurecer, habían sido atraídos hacia las olas por los espíritus del mar. Arrastrados por las corrientes, nunca fueron hallados con vida, o ni siquiera hallados. Sólo quedaban sus huellas en la arena, que se desvanecían bajo la luz de la luna.

Shallia había oído contar todas las historias. Pero también había oído, con mucha más claridad, la lejana llamada de las olas. ¿Cómo podía ser peligroso

aquel susurro, siendo lo bastante tranquilizador para hacerle olvidar por un rato su aflicción? Sólo de pensar en cerrar los oídos a aquel sonido se sentía más triste y solitaria que nunca. Y por eso cada noche, cuando su abuela dormía, Shallia se escabullía furtivamente y en silencio hasta la orilla.

Cada noche se sentaba allí, observando, mientras la oscuridad líquida se derramaba en la gran escudilla del mar. A veces, cerraba los ojos y se imaginaba que su padre y su madre regresaban a su lado, saliendo de las sombras. O un amigo de verdad, alguien que la conocía tan bien que no necesitaban recurrir a las palabras para conocer los pensamientos del otro. No obstante, sabía que se trataba sólo de sueños, no más verídicos que los relatos de su abuela.

Una noche, Shallia siguió el recorrido de la luna llena hasta el mar, pisando caracolas rotas y restos de madera arrastrados por la marea. Cuando la turba dejó paso a la arena, una enorme ola se estrelló contra la orilla y retumbó como un trueno. Lentamente, la ola se retiró, arrastrándose por encima del arrecife. Shallia vio que su roca, empapada de espuma, resplandecía de un modo sobrenatural.

Se encaramó a su asiento cubierto de percebes. La luz de la luna refulgía sobre las olas; de cada cresta brotaban cabelleras de niebla. La salobre brisa jugaba con los bucles de Shallia y ella se estremeció. No tanto por el relente como por otra cosa, una sensación que no lograba identificar. En parte incertidumbre, en parte esperanza, en parte miedo.

Contempló el mar abierto. Esa noche, la niebla se revolvía más que el agua y formaba descabelladas siluetas de pantomima antes de disolverse de nuevo y desaparecer. Vio un rayo de luna atravesar un bucle de niebla, revelando —durante medio instante— formas dentro de las formas, sombras dentro de las sombras. Y siempre, desde algún punto del océano, el susurro continuo aumentaba de volumen y se desvanecía.

Más tarde, una oscura y pesada masa de niebla se acumuló a lo lejos. Shallia la observó con el corazón desbocado mientras empezaba a avanzar a gran velocidad hacia la costa. Hacia ella. El susurro era cada vez más audible, hasta ahogar el sonido del impetuoso mar. Shallia se tensó. ¿Debía saltar de la roca y volver corriendo a la cabaña? Pero sus dedos se limitaron a aferrar la piedra con más fuerza.

La oscura masa se aproximaba y descendía hacia el suelo. De su frente sobresalían unos grandes brazos que se retorcían sin parar, extendiéndose y estirándose en dirección a Shallia. El susurro se convirtió en un rumor continuo y luego en un fragor.

De pronto, la masa entera se detuvo. La niebla se cernía sobre la solitaria niña, abrazándola, temblando ligeramente donde sus contornos se confundían con el aire. Pero la niebla no se acercó, no llegó a tocar a Shallia, como si nunca hubiera tenido intención de llegar a la playa.

En ese momento, la luz de la luna llena se abrió paso bruscamente entre los vapores. Allí, en los retorcidos brazos de niebla, Shallia vio otros brazos: más delicados, más delgados, más parecidos a los suyos. Con codos. Y manos. Y largos y esbeltos dedos. ¡Unos dedos que se movían! Una brumosa mano que relucía a la luz de la luna se elevó para peinar guedejas de suelto cabello plateado. A continuación, apareció un hombro, un cuello y un rostro, la cara de una joven alta y esplendorosa que se erguía en medio de la niebla.

Shallia se sobresaltó y estuvo a punto de caerse de la roca. Como en un reflejo, la doncella de niebla se volvió bruscamente, se puso en jarras y atisbó por la vaporosa ventana que las separaba. Sus ojos, brillantes como la luz de la luna sobre las olas, se fijaron en los de Shallia. Por un instante, los susurros cesaron, como si el propio mar contuviera el aliento.

Enseguida, la doncella de niebla echó la cabeza hacia atrás... y rompió a reír. Aunque Shallia no podía oír su voz, percibió claramente su regocijo. En sus propios huesos, en sus propias venas, en su propia carne mortal. Y, a continuación, sin pensar, hizo algo que no hacía desde hacía mucho, muchísimo tiempo.

Se echó a reír en voz alta.

La doncella de niebla asintió con la cabeza, con lo que la luz de la luna llovió sobre sus hombros. Cuando se llevó una mano plateada al pecho, los susurros se reanudaron, aumentando hasta convertirse en un sonido parecido a: *Maaalaaashhhaaa*.

Despacio, sintiendo un cosquilleo en la piel, Shallia se puso en pie y se irguió sobre su piedra.

—Malasha —repitió. Después, tocándose el pecho, pronunció su propio nombre.

Shhhaaaliaaa, coreó la niebla.

Con un amplio movimiento de la mano, grácil como una ola al pasar por encima de un arrecife, Malasha señaló hacia la playa. Shallia vaciló brevemente y luego descendió de la roca. Al caminar por la gruesa y húmeda arena, dejaba profundas huellas de su paso. Mientras, Malasha se desplazaba en la misma dirección, permaneciendo siempre dentro de la muralla de niebla, sin dejar ninguna huella.

Ambas jóvenes siguieron la línea de la costa caminando en paralelo. Shallia intuyó que su compañera no podía abandonar el sudario de vapores ondulantes, del mismo modo que ella no podía alejarse de su propio mundo más sólido. No obstante, a pesar de que la niebla y la arena jamás podrían mezclarse, aún podían tocarse... o casi.

Sin pronunciar palabra, la pareja deambuló playa abajo en mutua compañía. Cuando Shallia encontró una caracola en espiral y le dio la vuelta en su mano, Malasha también se inclinó para recoger algo. Parecía una sinuosa y reluciente cinta: una serpiente de bruma, quizás, o alguna especie de planta hecha de aire, luz y sueños a medio recordar. Intrigada, Shallia trazó un círculo a sus pies en la arena mojada, tras lo cual su compañera dibujó otro círculo luminoso en la propia niebla.

Y, una vez más, ambas se echaron a reír.

Malasha se volvió y dio unos silenciosos pasos por los pliegues de la niebla, levantando las manos como si quisiera palpar la espuma invisible. Y Shallia la siguió, chapoteando en las lagunas poco profundas de su lado de la frontera.

De pronto, Shallia divisó una tortuga marina que se esforzaba por cavar un nido en la arena. Cuando se detuvo y se inclinó para verla más de cerca, Malasha también se paró y se acercó cuanto pudo a los brillantes ojos y al caparazón moteado de la tortuga. Durante un rato, la doncella de niebla la observó con fascinación..., además de frustración. Shallia sabía que su compañera deseaba

atravesar la muralla de niebla, caminar entre sus respectivos mundos. Pues Shallia quería hacer exactamente lo mismo.

Durante toda la noche, las dos jóvenes exploraron los confines de su orilla compartida. Saltaban como delfines bajo la luz de la luna, perseguían estrellas de niebla giratorias, renqueaban de lado junto a los cangrejos, intentaban atrapar los rayos de luna. Y cada vez que a una de ellas se le ocurría alguna idea nueva, la otra comprendía al punto. Sin pronunciar palabra alguna.

A medida que la amarillenta luna se aproximaba al horizonte, la luz nocturna fue cambiando. La ondulada muralla de niebla pasó del plateado al dorado, proyectando una capa de oro sobre el cabello de las jóvenes y las alas de un ave marina nocturna que rondaba por allí. Shallia se sentó en un montón de madera arrastrada por la marea a contemplar la relumbrante niebla y a su nueva amiga que la habitaba. Los susurros aumentaron un poco, acariciándola con su tranquilizador sonido. Se sentía muy diferente a como estaba sólo unas cuantas horas antes. Contenta... No, más que contenta. Revivida, a decir verdad. Como un viajero deshidratado cuando por fin encuentra agua.

Y con todo..., aunque ella y Malasha se habían encontrado mutuamente, en realidad no podían compartir la vida de la otra. No podían hablar. No podían tocarse. Shallia echó una ojeada por encima del hombro hacia la luna en declive. Los árboles que se alineaban al final de la playa reverberaban con una luz dorada, no menos que la niebla. Si los rayos de luz de luna podían pasar de un mundo a otro, ¿por qué no podía ella hacer lo mismo?

Suspiró, llenándose los pulmones de fresco aire salado. Mientras exhalaba el aliento, vio que Malasha echaba la cabeza hacia atrás y su pecho se elevaba, como si también ella estuviera suspirando. Justo en ese momento, una gran ballena resopló a lo lejos y aspiró hasta llenarse los pulmones a su vez.

Una sonrisa se extendió lentamente por el rostro de las dos jóvenes. Aunque no podían compartir el mismo mundo, sus mundos compartían el mismo aire. Y lo mismo hacían ellas. Pues el aliento de la ballena, del ave nocturna y de todas las criaturas marinas... era también su propio aliento.

Durante un rato largo se miraron y respiraron al unísono. Su vínculo era cada vez más sólido, pero también lo era su anhelo de experimentar más. Después, Malasha, envuelta en niebla, dio un paso hacia la orilla. Se apoyó en la vaporosa muralla, la apartó y la rasgó con las manos.

La esperanza y el miedo invadieron a Shallia, más deprisa que una manada de delfines saltando entre las olas.

—¡Hacia mí! Viene hacia mí.

Los susurros de las olas se hicieron más sonoros y agudos. Malasha titubeó unos instantes y luego siguió desgarrando la barrera que separaba ambos mundos. Ansiosa, Shallia se puso en pie. Caminó hasta el borde mismo de la playa e introdujo un brazo en la niebla, con la esperanza de estrechar la mano de su amiga.

De repente, los ojos de Malasha se abrieron desorbitadamente y su rostro se deformó en una mueca de dolor. Se agarró el pie y cayó hacia atrás entre remolinos de vapor.

—¡Malasha! —gritó Shallia.

No recibió otra respuesta que los susurros, cada vez más agudos. La muralla

de niebla se estremeció, se oscureció y empezó a desmenuzarse. Ante la estupefacta mirada de Shallia, la nebulosa cortina se disolvió, desapareció por completo, junto con su amiga.

Los susurros cesaron. Lo único que quedaba sobre las aguas eran los últimos rayos dorados de la luna en su ocaso. Segundos más tarde, también eso desapareció. En las tinieblas más profundas, Shallia se encontró sola en la playa. Gritó. Pisoteó la arena. Y luego cayó de rodillas, sollozando.

Cada noche, a partir de entonces, Shallia regresaba a su piedra, a contemplar las olas hasta el amanecer. No volvió a ver más niebla, ni a oír más susurros. No obstante, noche tras noche se mantuvo en vela. Ya no le importaba si su abuela descubría su escondite. O si alguna ola colérica se elevaba del mar y la arrastraba al romper. Lo único que le importaba era encontrar otra vez lo que en un instante había conocido y luego perdido.

—Malasha, ¿dónde estás? —gritaba una y otra vez al mar.

Pero su amiga jamás le respondía.

Una noche, cuando salía la luna creciente y enganchaba con su cuerno el borde del horizonte, Shallia estaba sentada, sola. Ya había perdido mucho en su vida. Y ahora también a Malasha. Sus puños se crisparon. No permitiría que eso ocurriera. ¡No lo permitiría! Pero ¿qué podía hacer? No se le ocurría nada, excepto que estaba dispuesta a atravesar un mar de peces espinosos —a atravesar la propia niebla— si ésa era la única manera.

Se mordió el labio. Atravesar la propia niebla...

Lentamente, se puso en pie sobre su piedra y extendió los brazos en dirección al mar.

—¡Ven a buscarme, por favor! Llévame con mi amiga.

El mar, como de costumbre, no respondió. Shallia dejó caer los brazos a los costados. Abatida, se volvió para marcharse. Entonces, por última vez, miró hacia el océano.

A lo lejos, un largo brazo de niebla, pálido y fino como la propia luna, surgió de entre las olas. Pronto se le unió otro, y luego otro. Los delgados brazos empezaron a bambolearse de lado a lado, arañando el cielo como si los azotara una violenta tempestad. Pero no había ninguna tempestad, por lo menos ninguna visible.

De repente, una ola de niebla se elevó por encima del agua, más alta a cada segundo, y se precipitó hacia la costa, hacia la piedra... y hacia Shallia. Justo cuando llegaba a ella, la gran muralla reverberante se detuvo y se curvó por encima del rostro vuelto hacia arriba de la joven. Después, se desplomó sobre ella y la sumergió por completo.

En el acto, la revuelta niebla se desmembró y desapareció. El aire se calmó, lo mismo que el mar. Pero Shallia ya no estaba allí para ver el cambio. Pues su piedra había sido barrida por las aguas.

Shallia se encontró sentada en una extraña ladera blanda. Un suave viento que olía a sal le alborotaba el cabello. El suelo, si podía llamarse así, estaba tan húmedo como el musgo después de la lluvia y tan elástico que su mano casi podía atravesarlo. Ante ella se extendía un paisaje cambiante. Surgían y caían cordilleras como olas espumosas, se abrían barrancos bostezantes y se cerraban para volverse a abrir, y las nubes multicolores resplandecían como un arco iris al desvanecerse.

Entonces reparó en un sonido espectral que surgía de su entorno. Su lento y envolvente ritmo le recordó al de las olas cuando bañan las playas. Sin embargo, este sonido era más profundo, más rico: lleno de sentimiento, como un millar de voces cantando al unísono. Como algo que había oído en otra tierra, en otro mundo.

¿Dónde, se preguntó, había oído antes aquel cántico?

El aire vibraba a su alrededor, mientras empezaban a formarse siluetas plateadas por todos lados. Shallia se puso en pie de un brinco, insegura de si debía quedarse o correr, o adonde podía ir si corría. Rápidamente, las siluetas se espesaron hasta parecer personas, altas y sombrías. Formaban un círculo, reunidas alrededor de algo que ella no veía. Cantaban en voz baja, añadiendo sus voces a la rítmica canción de fondo, una canción que era más triste y más anhelante a cada nota.

Una de las siluetas, un hombre cuya capa aleteaba con la gracilidad de las algas flotantes, avanzó para encararse con Shallia. La observó durante un momento. Cuando habló, su profunda voz temblaba como una campana bajo el agua.

—Hija del mundo duro, yo no deseaba traerte aquí. Ha sido mi hija, que te considera su amiga. Y, a pesar de mis dudas sobre la conveniencia de tal acción, no podía soportar la idea de negárselo.

—¿Malasha? —Con los pies descalzos hundiéndose en el húmedo terreno, Shallia se acercó unos pasos—. ¿Eres su padre?

La boca del hombre se frunció, al tiempo que el desesperanzador cántico aumentaba un poco de volumen.

—Sí. Y su padre seguiré siendo, incluso después de su muerte.

Las palabras cayeron sobre Shallia como una gélida ola.

—Otra vez no —susurró—. Por favor, otra vez no.

El hombre levantó una mano plateada. Dos de las siluetas cantoras se apartaron y dejaron ver una esbelta figura que yacía sobre un lecho de niebla. Era Malasha, en efecto. Shallia se aproximó a ella. Su amiga yacía inmóvil, yerta como una astilla de madera varada en la orilla.

Con suavidad, tomó la mano helada de Malasha, la misma mano que ansiaba tocar la noche en que se conocieron. En ese momento, los párpados de Malasha se abrieron una rendija. Pero su brillo, antes tan intenso, se había desvanecido. Pestañeando para contener las lágrimas, Shallia oprimió la mano. Supo, como antes, que no necesitaba hablar para que su amiga conociera sus sentimientos. Y, en cualquier caso, no sabía qué decir. Sólo podía quedarse allí y sufrir, y confiar.

Pero pronto ni siquiera pudo albergar esperanzas. Los ojos de Malasha se cerraron otra vez, de un modo tan definitivo como el sol al ponerse detrás del horizonte. Los integrantes del círculo agacharon la cabeza. El monótono cántico fue disminuyendo de volumen lentamente, esfumándose junto con la vida de la joven.

Shallia oprimió la palma de la mano de su amiga contra su propio pecho.

—No te mueras —suplicó—. Quiero que vuelvas a vivir. A respirar otra vez.

Respirar otra vez.

En algún punto de la memoria de Shallia, una ballena resopló, respirando el mismo aire brumoso que dos amigas que acababan de conocerse.

Respirar otra vez.

Sosteniendo la mano inerte, Shallia pensó en que no sólo se respira aire, y que no sólo lo hace el cuerpo, sino que hay más. Algo que podía pasar de su propio mundo al de Malasha con la misma facilidad que la niebla pasa del agua al aire.

Por favor, Malasha. Respira otra vez.

El cabello plateado de la doncella de niebla se agitó, alborotado por el aliento de su amiga. El aliento de la ballena, de la gaviota y de la tortuga. El aliento que llenaba cada caracola suspirante, que impulsaba cada ola rompiente. El aliento del mar. El aliento de la vida.

De improviso, Malasha se estremeció. Su pecho se movió y empezó a hincharse, aunque muy levemente. Sus dedos se cerraron alrededor de los de Shallia. Sus ojos se abrieron, relucientes por la luz de las estrellas reflejada en las olas.

El cántico se reanudó, rodeándolas, abrazándolas. Ya no era desesperanzado, sino que repiqueteaba de alegría. Por fin, Shallia lo comprendió. ¡El cántico, en este mundo, era el susurro que con tanta frecuencia había oído en el suyo! Se sintió abrazada como nunca antes por la música de este mundo, la música de la niebla.

Shallia contempló a su amiga. Sabía que nunca volverían a separarse. Y supo que, por la mañana, los habitantes de su pueblo sólo encontrarían un rastro de pisadas que se desvanecían en la arena.

En una remota costa de un lejano mar, la niebla se levanta cada noche de entre las olas relucientes de estrellas. Se extiende, cada vez más tenue, por encima del oscuro mar, con delgados dedos que se proyectan hacia tierra. Y esta noche, como en muchas otras noches antes, la niebla llega primero a un punto concreto, una roca solitaria que todavía se recuerda como la Piedra de Shallia.

16
Los queljies

Apoyé la cabeza en el tronco del árbol mientras oía todavía el rítmico batir de las olas en una costa muy lejana. Al rato, me volví hacia Hallia.

—Es precioso.

—Me alegro de que te haya gustado. —Se deslizó hasta el fondo de su oquedad entre las raíces—. Era una de las preferidas de mi padre. Sentía una especial intimidad con la niebla, tan difícil de controlar o contener.

—O incluso de definir —añadí—. Mi madre decía que la niebla no es del todo agua ni del todo aire, sino algo entremedias.

Mientras Hallia asentía, la frase despertó ecos en mi mente. *Algo entremedias*. Mi madre utilizó las mismas palabras para definir también a Fincayra, aquel lejano día en nuestra mísera cabaña con el techo de paja. ¿Qué más la había llamado? *Un lugar de grandes prodigios, que no es del todo Tierra, ni del todo Cielo, sino un puente que conecta ambos*.

Bajé la vista hacia la vacía funda de mi espada y el punto donde el dogal de sangre se había enterrado en mi pecho, y suspiré. Mi madre también podía haber descrito la isla como un lugar de grandes peligros. Y de grandes decisiones, muchas de ellas claras en un momento e invisibles en el siguiente, como un reflejo en un estanque súbitamente removido.

Me dirigí a Ector en la oscuridad.

—¿Has disfrutado con el relato, joven amigo?

Su única respuesta fue una serie de ronquidos lentos y rítmicos.

—No cabe duda de que sí —comentó secamente Hallia— mientras estaba despierto. —Bostezó—. De hecho, dormir un poco no es mala idea. Quizá tú y yo deberíamos hacer lo mismo.

—Sí —coincidí. Escuché un momento los distantes chirridos de la ciénaga, al otro lado de los árboles que nos cobijaban—. Pero uno de los dos debería permanecer despierto. Yo haré la primera guardia.

—¿Estás seguro? —Hallia volvió a bostezar—. Puedo ocuparme yo, si prefieres descansar.

—No, duerme tú primero. —Flexioné las rodillas hasta apoyarlas contra mi pecho—. Te despertaré cuando sea tu turno.

Se revolvió para acomodarse mejor y apoyó la cabeza en una prominente raíz. A los pocos minutos, su respiración eran tan lenta y regular como los ronquidos de Ector. Enderecé la espalda apoyada contra el tronco. Para mantenerme despierto, enfoqué mi segunda visión en una serie de objetos: una espina mellada aquí, un grupo de hojas allá. Cuando mi atención se centró en uno de los pequeños nudos que recubrían las ramas más gruesas, me sobresalté.

Porque estaba seguro de que el nudo había parpadeado.

Me puse rígido, sin dejar de mirar fijamente el lugar. El nudo volvió a parpadear... Pero no, en realidad no. Era más parecido a un movimiento en el

interior del oscuro punto, una sombra dentro de una sombra. Ante mis ojos, que apenas osaban moverse, una luz vaga y fluctuante alumbró el interior del hueco. Resplandecía tenuemente, con el mismo tono naranja pálido del carbón de leña a punto de apagarse. La luz pulsaba y titilaba. Me recorrió un escalofrío, acompañado por la sensación de que aquel ojo luminoso me estaba estudiando.

—Cielossss —siseó una fina y airosa voz—. Creían que aquí esssstarían a ssssalvo.

Justo cuando empuñaba el mango de mi cayado, otra luz parpadeó en una rama diferente.

—¿A sa-sa-salvo? —preguntó—. ¿Qui-qui-quién puede estar a sa-sa-salvo en una cie-cie-ciénaga como e-e-ésta?

—Nadie, je-je, más que nosotros —cloqueó una tercera voz—. Je-je, je-je. —Provenía de una rama situada casi directamente encima de la cabeza de Hallia. Aunque mi amiga no se despertó, sus dedos se retorcieron nerviosamente cuando la vacilante luz la tocó.

—¿Quiénes sois? —exigí saber.

—No a-a-amigos.

—Ni enemigos. Je-je, je-je.

—Ssssólo queljiessss.

Contuve el aliento.

—¿Queljies? ¿Qué es eso?

—So-so-somos los vi-vi-vigilantes de la cie-cie-ciénaga. ¡Oh, s-s-sí! Na-na-nada nos pa-pa-pasa por a-a-alto. Lo ve-ve-vemos todo. Y via-via-viajamos de tre-tre-tres en tre-tre-tres.

—Como los problemas —canturreó uno de los otros—. Je-je, je, je-je, je-je.

Las tres criaturas parpadeantes se echaron a reír sin poder contenerse. Sus risotadas invadieron todo el dosel de ramas, ahogando los ruidos de las marismas. Me ardían las mejillas; ahora estaba más enfadado que asustado. Alcé mi cayado y apoyé la punta en una raíz, a mi lado. El mango casi rozaba las espinas del techo.

—¿Pretendéis hacernos algún daño?

—¿Da-da-daño? —repitió uno, riendo por lo bajo—. ¿Co-co-cómo podría na-na-nadie haceros más da-da-daño?

—¿Más? —pregunté—. ¿Más que qué?

—Ya se han perdido, je-je. Y no olvidéis, je-je, su espada.

Me quedé petrificado.

—¿Qué sabéis vosotros acerca de mi espada?

—Sólo que se perdió, je-je, je-je. ¡Como tú! Je-je, je-je.

—Algo mássss sssse perderá muy pronto. Ssssí, muy pronto.

—¿Qué? —pregunté, volviéndome hacia el titilante resplandor.

—Tu vida, esssso missssmo. —La criatura prorrumpió en una áspera risa—. ¿Vessss lo que te decimossss? Lossss problemassss vienen de tressss en tressss.

Un coro de estridentes y desagradables carcajadas me envolvió, junto con las salpicaduras de luz procedente de los queljies. Al principio, mi ira volvió a encenderse. Estuve a punto de demostrarlo, pero me lo pensé mejor. Tal vez, otra táctica diera mejores resultados. Armándome de paciencia, esperé hasta que su risa terminó.

—Mis queridos queljies —empecé a decir—, está claro que tenéis muy buen

humor.

—I-i-intenta ha-ha-halagarnos.

—¿Tú creessss?

—Quizá tengáis buen humor —proseguí—, pero está claro que no sabéis tanto como insinuáis. De hecho, es evidente que sois demasiado delicados para explorar las marismas. Por eso no podéis haberos enterado de nada importante.

—Esssso essss un inssssulto.

—No importa —dije en tono conciliador—. Es mejor estar a salvo que exponerse a un conocimiento peligroso.

—No ti-ti-tienes ni i-i-idea de qué sa-sa-sabemos.

Aguardé unos instantes antes de responder.

—¿De veras? Entonces, si sabéis tanto, decidme algo que yo no sepa ya.

—¿Co-co-como qué?

—Oh, no sé. —Hice una pausa y me mordí el labio pensativamente—. Como... dónde está oculto algo.

Un nudo de árbol parpadeó.

—¡Ssssu essspada! Ssssabemossss dónde esssstá.

Aunque empecé a sudar, respondí con un gesto despreocupado.

—Supongo que eso valdría. Pero, claro, en realidad, no lo sabéis.

—¡Ssssí lo ssssabemossss! Esssstá...

—¡Si-si-silencio! —fue la severa orden de otra rama—. ¿Ya lo has o-o-olvidado?

Las demás luces vacilaron, pero no hablaron.

—¿Lo veis? —declaré—. Ahí está la prueba. En realidad, no lo sabéis.

Más parpadeos. Más silencio.

—Ah, bueno. —Bostecé y estiré los brazos—. Supongo que todo lo que he oído contar acerca de los queljies es verdad: muchas baladronadas, pocos conocimientos.

—¡Fa-fa-falsssso, je-je! —chillaron los tres al unísono.

Con el ruido, Hallia y Ector despertaron en el acto. Al ver las luces que rielaban en las ramas, ambos jadearon por el asombro. Les indiqué por señas que guardaran silencio.

—Demostrádmelo —provoqué—. Decidme lo que sabéis.

—No sobre tu espada, je-je, je-je. Sin duda, ella nos haría daño, je-je-je, por decírtelo.

—¿Ella? —pregunté, desconcertado.

—Ella, je-je, es...

—¡Ca-ca-calla! No ha-ha-hables más de e-e-ella.

—Sí, bueno, ya lo veis —dije indolentemente, procurando por todos los medios disimular mi avidez—. Más pruebas.

Siguió un tenso momento de silencio, interrumpido sólo por los ruidos ahogados de la ciénaga. Hallia y Ector se agitaron con nerviosismo, sus rostros medio iluminados por el extraño resplandor. Preocupados y confusos, no dejaban de mirarme y sólo se volvían de vez en cuando para escrutar los resplandecientes nudos de la madera. Desde mi posición casi podía oír los latidos de su corazón, al compás del mío, bajo el techo de ramas.

Al rato, una fina voz rompió el silencio.

—No podemossss decir nada ssssobre tu essspada. Pero conocemossss muchossss otrossss ssssecretossss. Muchossss otrossss tessssorossss.

Negué con la cabeza.

—No os creo.

—¡Ssssí! Essss verdad. —El brillo del interior del nudo se intensificó—. Vaya, inclusssso conocemossss el essscondite ssssecreto de la sssséptima *Herramienta Mágica*.

Hallia se puso rígida. Buscó mi mano y la apretó con fuerza. Ector, entretanto, atisbaba entre las ramas, boquiabierto. Esforzándome al máximo por mantener la calma, me limité a encogerme de hombros.

—Es imposible. La última de las *Herramientas Mágicas* se perdió hace mucho tiempo.

—¿Ah, ssssí? —Ahora, la voz siseaba con inconfundible indignación—. ¿Esssso creessss?

—No me habéis demostrado nada. Nada en absoluto.

No recibí otra respuesta que destellos naranjas, más brillantes a cada segundo.

—Pobrecitos —dije, meneando la cabeza con tristeza—. Tan pequeños, tan frágiles. Supongo que, por lo menos, si nunca os aventuráis fuera de vuestros seguros niditos, nunca os metéis en líos. Es mucho mejor para vosotros, de veras, que no sepáis nada de valor.

—¡Mi-mi-mientes!

—Essssstúpido humano...

—Tú eres, je-je, quien no sabe nada.

Hablé relajadamente con Hallia y Ector.

—Volved a dormir, amigos. Estas criaturitas son unos charlatanes insensatos.

—¿Conque éssssas tenemossss? Entoncessss, ¿cómo podemossss ssssaber esssto?

Las luces llamearon al unísono mientras las voces recitaban:

—En me-me-medio del ce-ce-cenagal...

—Junto a un gran árbol, je-je, en llamas...

—Un tessssoro encontrarássss: la llave mássss apreciada.

Me recliné contra el tronco del árbol.

—Vaya, vaya, queljies, estoy realmente impresionado. Nunca imaginé que sabríais algo semejante. —Cuando sus luces se desvanecieron y nos sumieron nuevamente en tinieblas, me volví hacia Hallia. Me sentía frustrado por mi incapacidad de descubrir nada útil sobre mi espada, pero no pude evitar sonreír al pensar que, cuanto menos, les había sonsacado algo interesante.

Hallia aflojó la presión de su mano sobre mi brazo, aunque siguió mirándome fijamente, con los ojos desorbitados por el asombro. Y por algo más, algo apremiante.

—Joven halcón —susurró con ansiedad—, ahora me acuerdo.

—¿De qué?

—De lo que me contó mi padre, en cualquier caso de una parte, sobre los poderes de la llave, la séptima *Herramienta Mágica*. Puede... —De pronto se contuvo y miró de reojo a Ector.

—No pasa nada —dije, haciendo una seña en dirección al niño—. Puedes

confiar en él.

—¿Y qué me dices de esas... criaturas?

Meneé la cabeza.

—De ellos, no tengo ni idea. Quizá ya saben lo que ibas a decir, o quizá no. Si te preocupan, puedes esperar hasta mañana para contármelo.

Hallia rezongó.

—Mañana alguien más, mucho menos amistoso, podría estar escuchando. Y además, quiero contártelo ahora. Es demasiado importante.

Al borde de mi segunda visión, me pareció que Ector estiraba el cuello en nuestra dirección. Sin duda, se alegraba de que, por fin, confiaran en él. Pero creí ver que fruncía el ceño, preocupado por algo, aunque bien podía tratarse de una distorsión óptica de mi segunda visión.

—Mi padre me dijo algo —siguió diciendo Hallia en voz baja— sobre la llave mágica que estuvo tanto tiempo bajo su custodia: puede abrir cualquier puerta, de cualquier palacio, de cualquier sala, de cualquier cofre de tesoros. O puede hacer algo más, si la utiliza alguien con una magia lo bastante profunda.

Hizo una pausa para asegurarse de que sus palabras llegaban a su destino.

—Una persona con una magia profunda podría usarla para abrir, no una puerta, sino un conjuro. Cualquier conjuro. Y para siempre, joven halcón. Ese conjuro jamás podría volver a esgrimirse.

Ahora me tocó a mí sorprenderme.

—¿Te dijo algo más?

—Sí —respondió vacilante—. Había más. Estoy segura. Una advertencia, creo, acerca de sus poderes. Pero... no consigo acordarme.

Ector se agitó con incomodidad para redistribuir su peso.

—Pero nada —continuó Hallia, muy excitada— es tan importante como lo que te he contado. ¿No lo comprendes? La llave, si de verdad la encontramos, te puede salvar la vida. ¡Es posible! ¡Puedes utilizarla para neutralizar el conjuro del dogal de sangre!

Me incorporé bruscamente con la mano en el corazón.

—¡Pues claro! Después, completamente curado, puedo recuperar por fin mi espada y hacer lo posible por detener el resto de esta locura. Pero antes debo encontrar la llave.

—Debemos —me corrigió mi amiga.

—¡Sí, nosotros! Y el árbol en llamas del que hablaban los queljies...

—¡Debe de ser allí donde mi padre la escondió! —Hallia se deslizó por el suelo hasta mi lado—. Por supuesto, estoy segura de que es verdad. El antiguo Árbol Ardiente, que crece en las profundidades de las marismas, era el escondrijo más seguro posible. —Frotó una raíz con la mano y añadió con expresión soñadora—: Ya veo el lugar, en la cima de un cerro sin otros árboles... ¡Ah, joven halcón! Estamos cerca, muy cerca. ¡Lo noto en los huesos! A medio día de camino, no más.

—«Un sendero grabado en el corazón.» Es lo que dijiste antes.

—¡Y es lo que es! Vamos allí enseguida, ¿te parece? —Se interrumpió para escuchar los distantes chirridos que sonaban al otro lado de la loma—. Al alba, cuando los espíritus de la ciénaga se marchen.

Acaricié suavemente su fina barbilla.

—Le estoy muy agradecido a tu padre... y todavía más a ti.

Inclinó la cabeza y la apoyó en mi mano. Al cabo de un momento, sugerí:

—Y ahora, ¿por qué no dormimos un rato? Mi guardia aún no ha terminado, así que ve a descansar. Y mañana por la mañana podrás seguir ese sendero por tierra, además de en tu corazón.

17
Un muro de fuego

Cuando desperté, una brumosa luz penetraba entre la telaraña de ramas. Hallia yacía frente a mí, rodeada de gruesas raíces. Al oír que me movía, levantó la vista, y su largo cabello castaño rojizo era una maraña de barro, borra y corteza.

Enarqué una ceja.

—¿Cómo te encuentras esta mañana?

Sus ojos de cierva sonrieron.

—No me despertaste para mi turno de guardia.

—Porque me quedé dormido —confesé—. Pero no ha ocurrido nada malo.

—Ahora mismo me vendría bien uno de los baños del bolarva.

—A ambos nos vendría bien. —Me rasqué la mejilla y arranqué una dura costra de lodo—. Ese baño era lo último que esperaba encontrar en este pantano. —Mi mirada se desvió hacia los tres nudos de la madera, ahora oscuros, donde habían aparecido las extrañas criaturas—. O lo penúltimo.

También Hallia escrutó los nudos.

—¿Te dijeron algo más?

—No —respondí, mientras vaciaba mi bota de piedrecitas—. No volvieron a presentarse. Pero mientras estaban aquí, dijeron lo suficiente, ¿no crees?

Mi amiga se incorporó hasta quedarse sentada.

—Eso sí. Lo he seguido oyendo mientras dormía:

En medio del cenagal,
junto a un gran árbol en llamas,
un tesoro encontrarás:
la llave más apreciada.

Con renuencia, me toqué el centro del pecho.

—Esperemos que tu padre tuviera razón acerca de sus poderes.

—Tenía razón, de eso estoy segura. —Miró de reojo el espinoso techo—. Ojalá me acordara de lo demás que dijo. Me parece que tenía que ver con cómo utilizar la llave.

Le di una palmadita en el hombro.

—No importa. Me alegro de que recordaras tanto. —Me volví hacia el lugar, todavía sumido en sombras, donde Ector había dormido y dije—: Será mejor que despierte...

Todo mi cuerpo se puso rígido.

—¡Hallia! Se ha ido.

—¡No! —gritó ella, palmeándose ambas mejillas a la vez—. No debió... —Se volvió hacia mí con una expresión ceñuda—. Sabía que no debía permitirle que se uniera a nosotros.

Todavía aturdido, meneé lentamente la cabeza.

—No puedo creer que haya traicionado nuestra confianza de este modo.

Quizá sólo se ha marchado temprano para continuar su propia búsqueda.

Hallia seguía mirándome ceñudamente.

—¿Sin molestarse en despedirse? No, joven halcón, yo te diré adonde ha ido... y lo que busca. La llave.

Asentí sombríamente.

—Me temo que tienes razón. Pero realmente creí que valoraba más la amistad, igual que Shallia en tu historia.

—Aparentemente, no.

Rodé sobre mí mismo y empecé a gatear por el túnel bordeado de espinas.

—Vamos. Puede llevarnos una delantera considerable.

Cuando emergimos de la maraña de ramas, nos recibió una cacofonía de aullidos y parloteos. Por mucho que me desagradara la idea de volver a internarnos en las marismas, sentí un gran alivio porque, al menos, no tendríamos que nacer frente a los espíritus de la ciénaga. Y porque su nueva agresividad no los impelía a aterrorizar a plena luz del día. Aun así, me seguía preocupando algo que había dicho Shim. O quizá no lo había entendido bien. Pero creía haberle oído decir no sé qué sobre los espíritus de la ciénaga a la luz del día. Fuera lo que fuese, en este momento no había ni rastro de ellos.

Me planté en la cima de la loma y divisé una ligera tonalidad amarilla en los vapores al mirar en una dirección determinada. Imprimía un matiz dorado en todo, incluido el gran estanque burbujeante donde casi me ahogo la noche anterior. ¡Pues claro! El sol naciente.

Hallia siguió la dirección de mi mirada —y, como de costumbre, mis pensamientos—, giró sobre sus talones y señaló hacia un tramo de tupidos matorrales y lagunas humeantes.

—Allí —declaró—. El cerro sin árboles está por allí.

En ese momento, divisé un destello de humedad en el suelo, cerca del pie de los árboles. De un resplandeciente color dorado, serpenteaba ladera abajo antes de desaparecer en el cieno. Hallia y yo corrimos hacia el manantial y nos arrodillamos junto a un pequeño y transparente estanque de agua embalsada por una raíz curva. Sumergimos el rostro en el agua y bebimos con avidez, sorbiendo y jadeando alternativamente. Por fin nos miramos, con el cabello goteándonos sobre los hombros.

Hallia desvió la mirada con ansiedad y la dirigió hacia las marismas.

—¡Ojalá Gwynnia estuviera ahora con nosotros! Podría llevarnos directamente al árbol llameante.

—También podemos transformarnos en ciervos —sugerí.

Negó con la cabeza, con lo que me duchó de gotitas.

—No. En este tipo de suelo, en muchos casos, cuatro patas pueden ser peores que dos piernas más dos manos para agarrarse.

—Entonces, vámonos.

Nos incorporamos a la vez y volvimos a vadear la ciénaga. El denso lodo se colaba en mis botas; las ramas cubiertas de musgo me raspaban las piernas; las nubes de vapor con olor a azufre formaban columnas, a veces tan próximas que parecía más el crepúsculo que primera hora de la mañana. Tuve un extraño presagio: había algo en el aire, en el terreno empapado, o quizás en las profundidades de mi pecho. Incluso mi sombra, que caminaba a mi lado, parecía

encogida y acobardada.

Una serie de preguntas daba vueltas en círculo por mi mente ¿Llegaríamos al escondite de la llave para descubrir que Ector ya se la había llevado? ¿Cómo podía aquel niño que me había afectado de una manera tan sorprendente, que tanta lealtad había sentido por mí, que me regaló su precioso elixir, hacer una cosa semejante? ¿Y cuánto tiempo más podría el elixir contener el dogal de sangre?

Anduvimos durante dos o tres horas por lóbregos cenagales y desolados llanos. Las marismas parecían interminables; la brumosa luz, invariable. Pero el sentido de la orientación de Hallia no flaqueó jamás, del mismo modo que su paso nunca se aflojó. Cada vez que me preguntaba cómo podía calcular la distancia y la dirección en un paisaje semejante, recordaba el constante dolor entre mis paletillas. Quizá la maldición de su raza, y su visión de nuestro destino, eran igualmente constantes.

Mientras vadeábamos trabajosamente una ancha laguna, intentando pisar sobre las piedras y los montículos de hierba —cualquier cosa más sólida que el agua cenagosa—, reparé en una solitaria azucena de anchas hojas que crecía en la superficie. Sus blancos pétalos puntiagudos se erguían en vertical, rodeando el brote del centro, de un amarillo vivo. Bajo la nebulosa luz, casi parecía una corona posada sobre el agua.

Instintivamente, toqué la vacía funda de mi espada. ¿Volvería a sentir algún día el peso de aquella bruñida hoja? Y, más importante, ¿lograría cumplir mi promesa a Dagda de entregar la espada sana y salva al virtuoso rey que la reclamaría? En la situación actual, aquella promesa parecía más un sueño que un destino.

Finalmente, llegamos a un terreno más elevado. Empezamos a remontar una empinada colina, cubierta por una dura hierba parda y por piedras llenas de aristas que a veces nos llegaban hasta el hombro. Cuando nos abríamos paso a través de una inmensa tela de araña tejida entre dos piedras, Hallia se detuvo bruscamente. Se mantuvo inmóvil un momento, atenta. No dije nada, pero escuché el parloteo y gimoteo de la ciénaga.

Mi amiga se volvió finalmente hacia mí.

—¿No lo hueles?

Olfateé el rancio aire, pero no detecté nada nuevo.

—¿A qué hueles tú?

—A humo.

Sin esperar a mi respuesta, reanudó el ascenso, precediéndome ladera arriba. Al cabo de unos momentos, yo también capté el olor de algo que se quemaba. Y, aunque no podía estar seguro, creí percibir también aquel impreciso aroma de rosales en flor. La niebla, más oscura y abrumadora que antes, nos engulló, ocultando toda visión.

El terreno empezó a nivelarse, el olor a humo era cada vez más intenso. Después... apareció un reflejo de luz. Al acercarnos, oímos un ruido desconocido: un bramido entrecortado, fluctuante, a veces lo bastante fuerte para imponerse a todos los demás ruidos de la ciénaga. Seguimos avanzando y nos encontramos contemplando un enloquecido círculo de fuego.

El fuego brotaba de un anillo de aberturas practicadas en el suelo y ardía impetuosamente hasta lamer las nubes. Cada pocos segundos chisporroteaba,

parecía apagarse, sólo para volver a elevarse con mayor furia. Incluso a esta distancia, me ardían las mejillas debido al intenso calor. Reculé un paso, recordando las llamas en Gwynedd que habían abrasado mi tez para siempre. Aquel fuego me había costado los ojos... y a otro niño, la vida.

Las llamas volvieron a reducirse y brotó un chorro de humo negro. El humo se expandió en densas nubes, que súbitamente se separaron. Allí, en el centro del círculo ígneo, se erguía un solitario árbol deforme. Su madera había sido sustituida hacía tiempo por brillantes ascuas, pero seguía en pie por alguna razón, ya fuera por la presión de los gases que surgían de las aberturas del suelo o por alguna peculiar magia vegetal.

Contemplé con reverencia cómo la ennegrecida forma desaparecía detrás de un muro de fuego en ascenso.

—El Árbol Ardiente.

Hallia se mordió el labio.

—Parece imposible llegar hasta él.

—En eso tienes razón.

Nos giramos en redondo y nos encontramos frente a Ector. Su ropa, más andrajosa que antes, si cabe, presentaba muchos jirones chamuscados. En un costado lucía tres o cuatro boquetes producidos por el fuego. Su rostro, por alguna razón, había perdido su aspecto juvenil; sus ojos azules eran ahora inexpresivos.

Desvió la mirada y desplazó su peso de un pie al otro.

—Siento haberos abandonado —dijo con aire arrepentido—, pero no podía esperar.

Mi frente se cubrió de arrugas.

—Quieres decir que no querías esperar. Querías encontrar la llave antes que nosotros.

Miró de soslayo el círculo de llamas, de modo que la mitad de su cara brillaba como una brasa de carbón.

—Sí, eso es verdad. Y quería algo más.

—¿Qué más —exigió saber Hallia, al tiempo que daba un pisotón en el suelo— justificaría que nos traicionaras?

—Quería... —empezó a decir Ector, pero tuvo que tragar saliva con dificultad—. Quería salvar a mi maestro.

—¿Salvarlo? —pregunté con incredulidad—. ¿Cómo, exactamente?

Inclinó la cabeza, desolado.

—Está encerrado, encarcelado. Si no queda libre, y pronto, ¡ocurrirán cosas terribles! Y, aunque mi maestro no lo dijo con claridad, estoy seguro de que además morirá. —Su expresión se endureció—. Cuando lo dejé, me dio una orden clara: encuentra la llave y no dejes que nadie más la use para ningún propósito.

Hallia descargó un puñetazo en la palma de su otra mano.

—Si el joven halcón no utiliza la llave, será él quien muera.

El niño se volvió hacia mí con el rostro contraído por la angustia.

—Es lo que... Lo que me temía que ocurriría. Esta es la elección con la que he estado luchando desde la otra noche. —Inspiró entrecortadamente—. Pero creo, no, estoy seguro de que mi principal lealtad debe ser para con mi maestro. Si pudiera hacer algo por ti, créeme, lo haría.

Percibí un gran dolor en él, y también en mí mismo, aunque no dije nada.

—El elixir —prosiguió— era mío y podía dártelo. Pero la llave es de mi maestro.

—¡No! —gritó Hallia—. ¡La llave no es de nadie! ¿Dónde estaba ese maestro tuyo cuando mi padre se internó furtivamente hasta el corazón de esta ciénaga, arriesgando su vida para mantener la llave fuera del alcance de los soldados de Stangmar? —Sus párpados se entrecerraron—. Y, por cierto, ¿quién es tu maestro?

Ector titubeó y oprimió con la lengua el interior de uno de sus carrillos.

—No puedo decirlo. Lo prometí.

—Bien, pues tus promesas, y también las órdenes de tu maestro, para el caso, no valen lo que una vida.

—Esperad un momento: tengo la solución —anuncié. Me encaré con Ector y lo miré de hito en hito—. Tú no desobedecerás sus órdenes. Pero yo sí.

—Pero...

—¡Funcionará, te lo aseguro! —Lo sujeté por el brazo—. Todavía podrás llevarle la llave a tu maestro. Él podrá hacer lo que quiera con ella. Pero antes, debo utilizarla para salvarme yo.

—Mi maestro dijo...

—Olvida lo que dijo. —Lo fulminé con la mirada—. Sólo tendrá que compartirla.

—Pero debía tener un motivo —protestó el niño.

—¡Silencio! —Clavé mi cayado en el suelo—. No quiero oír hablar más de tu maestro. ¡Por lo que yo sé, tiene el valor de una liebre recién nacida y la sabiduría de un asno! ¡Mira que mandar a un chaval de tu edad a estas marismas! Si la situación era tan comprometida, debió enviar a todo un ejército.

Ector iba a replicarme, pero mi severa mirada lo silenció. Acto seguido, me volví hacia Hallia.

—El verdadero problema es cómo salir de aquí —declaré. Me encogí cuando el muro de fuego creció hasta sobrepasar la altura de nuestras cabezas—. Ningún mortal podría atravesar esas llamas y sobrevivir.

Hallia ladeó la cabeza, desconcertada.

—Pero mi padre era mortal. ¿Cómo lo consiguió?

Mi rostro se iluminó, por algo más que el reflejo de las llamas.

—No lo hizo.

—¿Y cómo escondió la llave, entonces?

Acaricié la caña de mi cayado.

—Gracias a su poder de Saltar.

Hallia dio un respingo.

—Poseía conocimientos de magia, pero ¿suficientes para hacer algo así? Es posible, sí. —Su semblante se ensombreció—. ¿De verdad crees que...?

—¿Que puedo conseguirlo? —Contemplé las llamas pensativamente—. En realidad, no lo sé. Saltar es un poder difícil de controlar. Podría mandarlo..., bueno, a cualquier otro lugar por error, como ya ha sucedido. Lo único que puedo hacer es intentarlo.

Hallia me sujetó el mentón y me obligó a mirarla.

—Entonces, inténtalo, joven halcón.

Mi atención regresó al círculo de fuego y al árbol retorcido del centro. Utilizando mi segunda visión, sondeé el suelo abrasado alrededor del pie del

árbol. No detecté nada allí, por lo que pasé a las aberturas por donde salían las llamas, rodeadas de rocas vitrificadas por el incesante calor. Nada otra vez. Examiné el árbol propiamente dicho, primero las raíces, después el tronco, luego las ramas. Todavía nada.

¿Dónde estaba la llave, en este infierno? «Tallada a partir de un asta», había dicho Hallia. Con un zafiro engarzado en su ojo. Seguí buscando, repasando cada contorno del árbol... hasta que por fin divisé una silueta fuera de lugar. Era un objeto pequeño y deformado que reposaba sobre una protuberancia del tronco. Escrutando con mayor atención, distinguí un destello de luz azul, brillante como un zafiro.

Me concentré y pensé en la llave. De algún modo, intuí que mis poderes no eran tan fuertes como los recordaba. Pero no era el momento de dudar de mí mismo. Enfoqué todos mis sentidos sobre el objeto y lo así con manos de magia.

Salta hacia mí.

Las llamas crecieron bruscamente, lo que nos obligó a retroceder un paso. Unas manos de calor abofetearon mis mejillas. El aire mismo crepitaba, mientras el bramido aumentaba y atronaba nuestros oídos. Pero no perdí la concentración.

Salta hacia mí. A través de las llamas.

Como si percibiera mi intrusión, el infierno se hizo aún mayor. La oleada de calor me chamuscó las cejas; las furiosas llamaradas se aferraron a mi túnica. Y a todos mis recuerdos de otras llamas, implacables y mortíferas.

Noté que las fuerzas me abandonaban con rapidez. Me temblaban las piernas. Necesité todo mi empeño para mantenerme en pie. Lo que estuviera sujetando mentalmente caería sin duda alguna, se quemaría con toda seguridad, como me había ocurrido a mí. Con un último esfuerzo, intenté hacer llegar mis poderes al otro lado del incendio.

Entre las llamas que se retorcían apareció la llave. La bruñida forma blanca relucía debido a los fuegos que la rodeaban y a una luz interior propia. Sostenida por unas alas invisibles, cruzó volando el ígneo muro. Unos dedos chisporroteantes intentaron atraparla, retenerla, pero se zafó. Mientras yo caía de rodillas al suelo, luchando por recobrar el aliento, la llave cayó en mi mano abierta.

Hallia, temblando, extendió la suya para tocarla. Pasó los dedos desde la base de la llave, finamente forjada, por la tija, hasta el ojo curvo, adornado con un zafiro.

—Lo conseguiste —susurró. Supe que estaba hablando conmigo... y con su padre al mismo tiempo.

En ese instante, algo pasó resollando por encima de mi cabeza. ¡Algún tipo de arma! Vislumbré fugazmente cómo perforaba el círculo de llamas. De pronto, para mi horror, vi que había dejado a su paso una estela oscura; no de humo, sino de tinieblas. No dejaba nada, ni siquiera luz, a su paso por el aire.

Con un escalofrío, supe que era una flecha. No una flecha convencional, sino con propiedades especiales. Una flecha, como me había advertido Shim, capaz de traspasar el día.

18
Rosales en flor

Apoyándome pesadamente en mi cayado, me esforcé por ponerme en pie. Por precaución, evité tocar la cinta oscura que la flecha había cortado en el aire, un vacío en el que no quedaba nada, ni siquiera luz.

Hallia, con el semblante ceniciento, reculó hasta que su hombro chocó con el mío. Ector permanecía a nuestro lado con ojos desorbitados por el terror. Juntos contemplamos una vasta falange de guerreros salir de entre los efluvios. Excepto por la oscura reverberación del aire que configuraba su cuerpo y el vago resplandor de luz de sus ojos, eran casi invisibles. Sin embargo, era imposible no verlos, porque cada uno llevaba una gran cimitarra colgada de un cinturón de enredaderas tejidas. Y cada uno llevaba un pesado arco de madera y nos apuntaba directamente con una flecha negra como el carbón.

—Espíritus de la ciénaga —masculló Ector, arrimándose a mí—. ¿Adónde podemos ir?

A ningún sitio, aparentemente. Detrás de nosotros, rugía un infierno letal: el Árbol Ardiente y el fuego que lo rodeaba. Ante nosotros había cuarenta o cincuenta espíritus de la ciénaga, provistos de un armamento amenazador. Podía sentir, casi tocar su desprecio por cualquier forma de vida que se interpusiera en su camino. Incluso los sinuosos vapores de las marismas parecían reacios a tocar sus borrosas siluetas. Mi propia sombra se arrugó, se encogió hasta forjar una simple mota gris a mis pies.

Reclinándome en mi cayado, intenté pensar en algo —lo que fuera— que nos ayudase. A medida que las oleadas de niebla cubrían el cielo sobre nosotros, mis pensamientos se aceleraban, pero sin resultado. Y el temblor de mis piernas no facilitaba las cosas. Me sentía débil, casi incapaz de sostenerme en pie. En este estado, ¿cómo podía pensar en luchar? ¿Me había dejado exhausto el esfuerzo de Saltar o, como me temía, era el final del efecto del elixir?

—Nos odian —dijo Hallia con voz queda—. Lo noto.

—Yo también. —A continuación, con un ligero estremecimiento, comprendí que también notaba algo más. Era una sensación incierta, esquiva: una intuición que casi podía esclarecer, pero no del todo—. Nos odian, sí. Y sin embargo... Por alguna razón, tengo la sensación de que odian otra cosa. Más incluso que a nosotros.

Hallia me dirigió una mirada de desconcierto.

Dirigí mis menguados poderes hacia la falange de espíritus de la ciénaga y sondeé su interior de sombras. Me esforcé por ver debajo de sus formas temblorosas, más allá de sus siluetas visibles. Rezumaban ira, más intensa que la venenosa cicuta. Sondeé a mayor profundidad y percibí traición. Y también, ¿era posible? Una profunda e inagotable pena.

Progresivamente, sus siluetas se fueron aclarando para mí. Tenían cabeza, larga y estrecha, cubierta por una capucha; túnicas marrón oscuro que llegaban

hasta el suelo, y enormes manos provistas de garras. Vi una porción mayor de sus caras: contraídas, duras, llenas de rencor. Y entonces vi algo más, algo tan sorprendente que al principio no pude creerlo. Estaban rodeados, firmemente sujetos, por una especie de soga. No, una soga no. Algo mucho más pesado, mucho más cruel.

Cadenas.

Sí, no cabía la menor duda. Alguien, o alguna fuerza, tenía prisioneros a los espíritus de la ciénaga. Les había arrebatado su libertad, y quizá también su voluntad. Por mucho que se encolerizaran con los tres intrusos que osaban profanar su territorio, su cólera hacia el invisible opresor era mucho más fuerte.

Hallia dio un respingo y estiró el cuello.

—¿No lo hueles?

En efecto, lo olí. ¡Rosales en flor! De nuevo, percibí aquel sorprendente aroma, tan distinto del humo sulfuroso de las aberturas llameantes o del rancio aire de las marismas. Aunque débil, despertaba inmediatos recuerdos de rosas en primavera, frescas y cautivadoras. Y... algo más, tal vez un sueño, demasiado lejano para recordarlo.

Justo en ese momento, la fila de guerreros de sombras se dividió. Por el hueco salió una mujer. Alta y orgullosa, vestía una deslumbrante túnica blanca, inmaculada pese al barro circundante, y un mantón de seda por encima de los hombros. Su cabello, tan negro como el mío, le caía suelto hasta más abajo de los hombros. Al vernos, sonrió de un modo siniestro. Sus ojos estaban tan desprovistos de luz como la oscura estela de la flecha.

Por un instante, me pareció que conocía de algo a aquella mujer. Sus andares, el rictus de sus labios, su cabello... Todo me recordada a una joven que había conocido en otra parte de Fincayra. Una joven que me había traicionado. Cuyo nombre era Vivian, o, como prefería ella, Nimue. Aparté esos pensamientos. ¿Cómo podía una chica de mi edad, que había intentado robarme el cayado sólo dos años atrás, haber crecido bruscamente hasta convertirse en una mujer adulta? Sin embargo, el parecido era grande. Enorme. Casi la reconocía, igual que casi reconocí el aroma de rosales en flor.

Me sobresalté. Porque la mujer se había sacado de detrás algo que reconocí sin la menor duda. ¡Mi espada! Su hoja captó la luz del círculo de llamas y refulgió vivamente. Casi parecía llamarme, suplicarme que la recuperara.

El cuerpo de Ector se tensó. Después dijo una sola palabra, un nombre, que me heló la sangre en las venas:

—Nimue.

—En efecto, pequeño lacayo —respondió ella con una voz que sólo era un punto más ronca que la de la joven que yo creí conocer en otro tiempo. Nos señaló a Hallia y a mí con la espada—. ¿No quieres presentarme a tus amigos, eh? ¿O es que ya no los reconoces, debajo de tantas capas de lodo?

Hallia dio un paso al frente, pues su indignación había superado su miedo.

—Yo soy Hallia, de los Mellwyn-bri-Meath, un pueblo que aprendió hace mucho tiempo que las ropas finamente tejidas no pueden disfrazar un corazón envenenado.

La mujer entrecerró los párpados.

—Un pueblo que aprendió hace mucho tiempo a huir corriendo de los

problemas, en lugar de hacerles frente. —Sin esperar la respuesta de Hallia, se volvió hacia mí—. Y tú, joven mago, ¿quién eres?

Aunque mi debilitado cuerpo temblaba, me erguí cuanto pude.

—Tú y yo ya nos conocemos.

—Ah, sí. Es verdad. —Estudió mi cayado—. Hace mucho tiempo, ¿eh?

No respondí.

—Lástima. —Nimue chasqueó con la lengua—. ¿Sabes? Creo que me gustabas más antes. Cuando eras más joven. —Dirigió a Hallia una mirada inteligente—. ¿Se ha vuelto un poco romántico, al menos? Créeme, antes era terriblemente torpe.

Los ojos de Hallia llamearon con furia.

—Mi espada —declaré—. Tienes mi espada.

De forma descuidada, Nimue hizo rodar la empuñadura de plata en su mano mientras observaba cómo centelleaba.

—Ah, sí. Es verdad.

—Quiero recuperarla.

—¿En serio? —Inspeccionó las filas de espíritus de la ciénaga y sus flechas que nos apuntaban—. No estarás pensando en atacarme, ¿verdad? Eso sería imprudente, muy imprudente. Estos arqueros no son combatientes avezados, como los trasgos guerreros, pero los he entrenado para que disparen mis flechas de oscuridad... y tienen buena puntería.

La fulminé con la mirada.

—Tú no sólo eres más vieja. También eres más cruel.

Nimue ensartó el aire con mi espada.

—¡La inocencia de la juventud! Lo mismo te ocurrirá a ti, joven mago. Ah, sí. —Dejó escapar una larga y grave risita cascada—. Es decir, si consigues sobrevivir al día de hoy, lo que es muy improbable.

Se inclinó con aire de complicidad y el resplandor de la espada danzó en su pálida piel. Cuando habló, su áspero susurro me hizo estremecer.

—Y si, por algún milagro, consigues sobrevivir, esta espada no será lo último que te robaré. Eso, pequeño mago, te lo prometo.

Se enderezó y se dio unas palmaditas en la túnica para alisarla, tras lo cual inspeccionó nuevamente su círculo de guerreros.

—Mientras hablo, siento la tentación de mostrar cierta clemencia.

—No necesito tu clemencia —espeté a mi vez.

—¿Ah, no? —Me examinó con fingida preocupación—. No tienes buen aspecto, no señor. —Sus labios se fruncieron en un amago de sonrisa—. ¿Es posible que tengas algún problema... de corazón?

Se me encogió el estómago.

—Cazadora —exclamó Hallia—, fuiste tú quien envió los escarabajos.

—¡Es posible, filete de venado con piernas! Y es posible que también haya traído otras bendiciones a estas marismas.

Varios de los espíritus de la ciénaga se agitaron repentinamente y lanzaron iracundos gruñidos. Nimue se volvió hacia ellos, enarcando las cejas. Al instante, todos callaron, aunque sus siluetas de sombras continuaron estremeciéndose.

Nimue volvió a fijar la vista en mí.

—Como iba diciendo, ahora mismo me siento compasiva. —Dio varios pasos

al frente, alzó mi espada y la clavó profundamente en el suelo. Saltaron grumos de tierra calcinada que ensuciaron su vestido, pero las manchas desaparecieron al instante. Mientras tanto, no dejó de observarme—. Las condiciones de mi trato son muy simples. Si me das la llave que tienes en la mano, te devolveré tu espada.

Contuve el aliento. La hoja metálica parecía llamear también con el reflejo de la luz del fuego.

—¿Eso harías?

—Sí.

Mi espada... Casi podía tocarla, casi la sentía. Pero una mirada a Nimue, que me escrutaba, me sentó como una pedrada. Mis dedos se tensaron alrededor de la llave con el zafiro engarzado.

—No haré tratos contigo —proclamé—. Ni siquiera por mi espada.

Nimue unió las manos, blancas como la crema, dando una palmada.

—Ah, bien, qué pena. Entonces sólo tendré que ordenar a mis soldados que te maten. Y a tus amigos, de paso. Después, cogeré la llave de todos modos.

—Eres una bruja, Nimue —barbotó Ector—. Si mi maestro supiera...

—No metas en esto a tu estúpido maestro. De lo contrario, volveré a mis tiradores contra ti ahora mismo, niño mal criado.

Encrespándose, Ector giró sobre sí mismo para encararse conmigo.

—¡No lo hagas, por favor! Si ella se apodera de esta llave, todo estará perdido.

Nimue soltó una suave risita cascada.

—Supongo que debo concederte un último gesto de piedad, ¿eh? Sólo para demostrar que mis intenciones son sinceras.

Sonreí despectivamente.

—No conoces el significado de esa palabra.

—¡Qué desconfiado! Pues escucha: antes de que tu mano me entregue la llave, te permitiré usar esto. Tienes razón. Para curarte.

—¡No, joven halcón! —gritó Ector—. Eso te...

Nimue hizo un gesto como si espantara una mosca. Ector salió volando hacia atrás y rodó ladera abajo. Se detuvo justo al borde del fuego, pero su manga empezó a arder. Mientras se apresuraba a apagar las llamas con puñados de tierra, la mujer lo contempló con expresión divertida.

—Alguien debería enseñar modales a ese niño —comentó.

Se volvió hacia mí en actitud invitadora.

—Vamos, adelante. Utiliza la llave para solucionar ese problemita que tienes en el corazón. —Me llegó una vaharada de su perfume—. Antes de que cambie de opinión.

—Es... espera—tartamudeé—. ¿Por qué me lo permites?

—Por compasión, ya te lo he dicho. Y también por gratitud.

—¿Gratitud por qué?

El círculo de llamas rugió y aumentó de estatura. Por todos lados brotaron chispas que cayeron aún encendidas al suelo. El fuego prendió en varios montículos de hierba, que proyectaron finas columnas de humo sobre la niebla.

—Por conducirme hasta mi preciada llave, por supuesto. Vaya, llevaba bastante tiempo buscándola.

Al reconocer mi estupefacción, sonrió burlonamente.

—No me refiero a ti, pequeño mago, sino a tu amiga de grandes ojos.

Hallia jadeó.

—¿Yo? Nunca te conduciría...

—No a propósito, naturalmente. —Se atusó el cabello con evidente satisfacción—. Eso era lo más bonito, ¿sabes?, en cuanto me enteré de que un hombre ciervo había escondido la llave en las marismas, imaginé que tú me conducirías hasta allí, tarde o temprano. —Señaló mi pecho con un largo dedo—. Sobre todo con el incentivo adecuado.

Frunciendo el ceño, hizo una seña a sus soldados de sombras.

—Y también ha habido suerte con la puntualidad. Ya estaba empezando a, digamos, impacientarme un poco con estos buenos amigos.

Unos cuantos espíritus de la ciénaga refunfuñaron y tensaron sus arcos, antes de que ella los paralizara con una mirada.

—Se han portado bastante bien, os lo aseguro, manteniendo a los intrusos indeseados fuera de las marismas. Y ampliando los límites donde yo necesitaba más espacio para investigar. Aun así, lo han hecho fatal, ya que no me han ayudado a encontrar lo que en realidad buscaba.

—Así que tú eres la responsable de la destrucción de todo este bosque —dije echando humo—. Y también de aquel pueblo.

—Oh, más que de un solo pueblo, diría yo. ¡Y más que de sólo unos cuantos árboles aquí y allí! No tienes ni idea. —Muy satisfecha de sí misma, se sacudió una chispa del vestido—. Ah, pero todo esto no ha sido tan fácil como suena. No habría salido bien si yo expulsaba a los intrusos de las marismas, oh, no. Eso habría despertado demasiadas sospechas, por no hablar de los escasos enemigos que aún conservo en esta anticuada isla.

Hizo una pausa para rectificar la posición de su mantón de hilos de plata.

—La solución, naturalmente, era ceder buena parte de mi poder a otros; no todo, entendedme, pero sí el suficiente para crear un serio revuelo. —Evaluó a los espíritus de la ciénaga unos momentos—. Preferiblemente, a alguien casi tan perverso, cuando no tan listo, como yo. Así nadie sospecharía que yo estaba implicada. —Con voz aterciopelada, añadió—: Y los espíritus de la ciénaga, os lo aseguro, estuvieron encantados de colaborar. ¡Más que dispuestos! ¿De qué otro modo les habría confiado mi propia magia? ¿O mi propio armamento?

Golpeó con la uña la hoja de mi espada y la hizo tintinear suavemente.

—De ahí mi gratitud y este momento de clemencia. Y ahora dime: ¿aceptas mi oferta de utilizar la llave o no?

Hallia, con el cabello reluciente por las llamas, se inclinó hacia mí.

—No me fío de ella más que tú, pero no puedes rechazar esta ocasión de salvar tu vida.

—Sabias palabras, mujer ciervo. —Nimue se puso en jarras—. Muy bien, pues. Decídete ya.

Lentamente, asentí. Con mano temblorosa, me acerqué la llave al pecho. A medida que se acercaba, casi podía sentir el dogal de sangre cerrándose alrededor de mi corazón. De mi vida.

—Lo único que tienes que hacer —propuso Nimue— es crear una imagen mental clara del conjuro que quieres romper. Luego, haz girar la llave. —Miró un instante el rutilante zafiro—. Hummmm, date prisa. Me empiezo a aburrir de ser

clemente.

Inspiré profundamente. Sentía un dolor pulsante en el pecho; ahora, incluso respirar me exigía un esfuerzo. Miré a los ojos a Hallia y luego la llave. Por fin, concentré mis pensamientos en el conjuro que, por encima de todos los demás, sabía que debía destruir.

Sin previo aviso, apunté la llave en dirección contraria, hacia los espíritus de la ciénaga. Nimue lanzó un grito de sorpresa. Antes de que pudiera hacer nada por evitarlo, hice girar la llave.

Al instante, un nuevo sonido rasgó el aire: el ruido de unas pesadas cadenas que se rompían y caían al suelo con un gran estrépito metálico. Las imprecisas figuras de los espíritus de la ciénaga prorrumpieron en una salva de vítores que ahogó el rugido de las llamas del árbol. Al mismo tiempo, varios de ellos arrojaron sus flechas, arcos y espadas al fuego. Las llamas se elevaron a mayor altura, chisporrotearon y sisearon, mientras las armas se consumían. Entretanto, los otros espíritus de la ciénaga se disolvieron en humo, libres para siempre del conjuro de Nimue.

La mujer me miró con los puños crispados.

—¿Cómo te atreves? —gritó—. ¡Aún los necesitaba! Tenía más planes para ellos. Y ahora corren sueltos, ¡con poderes que me pertenecen!

En el acto, su rabia se disipó. Una inescrutable sonrisa se extendió por sus labios.

—Que así sea. Pero recuerda mis palabras, joven mago: al intentar perjudicarme, sólo te has condenado a ti mismo. ¡Oh, sí! Más de lo que imaginas.

Recogió su mantón y se rió entre dientes. Después, dio media vuelta y se internó en un remolino de nubes. Al cabo de un momento, no quedaba ni rastro de ella, excepto el aroma de rosales en flor, que permaneció en el aire un rato más.

19
Un gran poder

Pese a mi debilidad, hice rodar mi cayado para clavarlo aún más en la tierra. La cabeza me daba vueltas por la intensidad de mi enfrentamiento con Nimue. El punto situado entre mis paletillas me dolía como nunca.

Hallia me miró, confusa. La luz del fuego relucía en los mechones de su cabello.

—¿Qué les ha pasado a los espíritus de la ciénaga? ¿Y por qué, joven halcón, no te has curado tú?

—Percibí su rabia igual que tú. Pero también su dolor. Ella los tenía encadenados, obligados a servirla. Por eso tomé una decisión: liberarlos. Y si eso estropeaba los planes de Nimue, tanto mejor. —Me costaba llenar de aire los pulmones—. Además, no pude evitar la sensación de que, si ella quería que utilizase la llave en mí mismo, entonces debía estar mal por algún motivo.

—En eso tenías razón. —Ector, con el rostro tiznado de carbonilla, se acercó a nosotros renqueando. La tela de su manga desprendía finas columnas de humo. Encorvaba todo el cuerpo casi tanto como yo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—¿Mi cuerpo? Sí. —Sacudió su maraña de rizos—. Pero mi misión ha fracasado.

—¿Por qué? Aún tenemos la llave. Ya te dije que, en cuanto la hubiera usado, podías llevársela a tu maestro.

Ector suspiró.

—No puedes utilizarla. Y él tampoco.

—¿Por qué no? —Alcé el objeto encantado, la última de las *Siete Herramientas Mágicas*—. Ella no se la ha llevado.

—Por una buena razón —respondió el niño, apesadumbrado. Su mano ennegrecida me la arrebató—. Mírala bien.

Hallia y yo nos quedamos azorados al mismo tiempo. Pues el zafiro ya no llameaba encima del bruñido ojo. Ahora, en lugar de la gema, había algo distinto: un trozo de carbón. La llave entera había perdido su brillo y, lo supe en el acto, algo mucho más preciado.

—¡Por eso me advirtió que no se la dejara usar a nadie! —continuó Ector con voz hueca—. Porque sus poderes, por grandes que fueran, sólo actuaban una vez. Ahora, mi maestro está condenado.

Lancé un gemido y me hundí aún más, hasta que mis rodillas crujieron al entrar en contacto con la calcinada tierra.

—Yo también.

El muchacho se mordió el labio y apoyó una mano en mi hombro.

—Tú no lo sabías.

—¡Por mi propia arrogancia! Intentaste decírmelo. Ahora, los únicos que se beneficiarán de la última de las *Herramientas Mágicas* serán una bandada de

espíritus de la ciénaga.

Hallia, con los labios tensos, se volvió hacia las rugientes llamas que rodeaban el árbol.

—Todos los esfuerzos de mi padre... ¿para qué? Se sentiría decepcionado. —Dio un pisotón en el suelo—. Los espíritus de la ciénaga ni siquiera lo agradecerán. No es su naturaleza.

Sacudí la cabeza, malhumorado.

—¡Qué tonto soy! —Hoscamente, me volví hacia Ector—. Perdóname, si puedes.

Sus ojos cristalinos me estudiaron.

—Yo sí puedo. Sólo espero que mi maestro me perdone a mí.

Dejé caer al suelo el objeto inútil. Aunque todavía reflejaba el resplandor de las llamas, su fuego interior había desaparecido.

—Ahora, los dos debemos morir.

—Espera. —Se pasó una mano por el cabello rizado—. Los dos no. No necesariamente.

Aspiré una bocanada de aire.

—¿Y eso?

—Mi maestro quizá pueda salvarte todavía. Si conseguimos llevarte a tiempo hasta allí.

Hallia y yo intercambiamos miradas de incredulidad Negué con la cabeza.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Después de lo que le he hecho yo?

Ector sonrió con añoranza.

—Porque, en fin, es un hombre muy bueno. Y las artes de la curación son su especialidad. Si puede ayudarte, lo hará. De eso estoy seguro. —Se rascó la ennegrecida barbilla—. Y, además, tienes algo especial, joven halcón, algo... diferente. Creo que mi maestro también lo verá.

Hallia miró fijamente los vapores entrelazados.

—Espero de veras que tengas razón. Podría ser nuestra única esperanza.

Me ayudó a ponerme en pie. Luego, apoyándome en mi cayado para sostenerme, fui trastabillando hasta mi espada. La hoja, bruñida y brillante, parecía dispuesta a recibirme como a un viejo amigo. Así la empuñadura y tiré de ella, esperando arrancarla del suelo. La hoja se dobló un poco, agrietó la tierra entre la hierba, pero no cedió en absoluto. Frustrado por mis pocas fuerzas, volví a intentarlo... sin el menor éxito.

—Espera, déjame probar —se ofreció Ector. Rodeó con la mano la empuñadura. De repente, se quedó petrificado, con una expresión de asombro grabada en el rostro—. Esta espada... tiene un tacto extraño.

Asentí.

—Posee un poder y un destino propios.

Reuniendo sus fuerzas, dio un tirón. Para mi sorpresa —e irritación—, la espada se deslizó hacia arriba con la facilidad de un pez que salta fuera del agua. Ector, con los ojos todavía encendidos, me tendió el arma. La cogí, mientras sopesaba la expresión del niño. Después, introduje la espada en su vaina, contento de tenerla otra vez conmigo.

Me rasqué el mentón y examiné el estrecho agujero que había dejado la hoja en el suelo.

—¿Por qué se la dejaría Nimue?, me pregunto.

—Es fácil —respondió Ector—. Ya no le servía para nada. Sólo la necesitaba para tentarte, para atraerte a su perversa trampa. En cuanto vio que no le saldría bien, se deshizo de ella. Como hace con todo lo demás y con todas las personas cuando ya no las necesita.

—Es una mujer horrible —gruñó Hallia. Sus redondos ojos me traspasaron—. Lo que ha dicho era mentira, ¿verdad? Nunca hubo nada, bueno, entre vosotros, ¿verdad?

—¡Claro que no! Una vez intentó engañarme para robarme el cayado, nada más. —Fruncí el ceño, desconcertado—. No entiendo cómo se ha hecho tan mayor.

—Eso puedo explicarlo —declaró Ector—. Viene del mismo lugar que yo.

—¿Y qué lugar es ése?

El muchacho bajó la voz hasta que no era más que un murmullo.

—De un país llamado Gales, parte de una isla que mi maestro llama Gramarye. Y de un tiempo... futuro.

Mis piernas, ya temblorosas, estuvieron a punto de doblarse.

—Ayúdame a entenderlo. ¿Dices que tanto tú como la Nimue de más edad habéis viajado hasta estas marismas desde otro tiempo?

Ector asintió con toda seriedad.

—Eso debió de requerir un gran poder.

—Sí. —Incluso bajo la carbonilla, vi que sus mejillas se ruborizaban—. Pero no es un poder que posea ninguna persona. Lo posee el Espejo. Así es como llegué aquí. Y así es como os llevaré a Gramarye.

TERCERA PARTE

20
Las brumas del tiempo

Recorrimos penosamente las marismas durante el resto del día, cuya luz iba menguando a la misma velocidad que nuestras fuerzas. Hallia y yo no habíamos comido nada más que unas rebanadas de hortalizas y un buche de agua desde la cena de la noche anterior; Ector, me resultaba evidente, no tenía menos hambre que nosotros. Y la falta de comida era la menor de mis preocupaciones: en lo más hondo de mi pecho, notaba una lenta e implacable opresión.

Sentía dolores por todo el cuerpo, a medida que mis fuerzas se agotaban. Andar, incluso respirar me resultaba cada vez más difícil, además de sentir molestias intermitentes en los ojos y en el cuello. Recordé que, en cierta ocasión, de niño, me debatía febril en mi jergón de paja; aún podía oír a mi madre cantando suavemente mientras aplicaba paños fríos sobre mi frente y vertía pociones balsámicas en mi garganta. El recuerdo iba acompañado de nostalgia por ella, aunque sabía que ninguna de sus hierbas medicinales podía ayudarme ahora. ¿Por qué pensaba que el maestro de Ector, fueran cuales fuesen sus habilidades, podía hacerlo mejor?

Para mi sorpresa, Ector parecía conocer el camino a través del cenagal. Nos condujo por la ladera del cerro y por un campo inundado, erizado de troncos de árbol cubiertos de musgo que semejaban lápidas de tumbas olvidadas. Su voluntarioso avance sólo se detenía para ayudar a uno de nosotros, normalmente a mí, en los puntos más traicioneros. Desde el momento en que nos alejamos del Árbol Ardiente, apenas había reducido el paso, casi nunca había cambiado de dirección y nunca había retrocedido sobre sus pasos.

En cierto momento, el barro se adhería a mis botas con tanta fuerza que me arrancó una del pie. Caí de bruces en el lodo y me quedé empapado. Gracias a mi cayado, conseguí ponerme en pie otra vez, aunque me zumbaba la cabeza por el agotamiento. Mientras daba saltitos sobre un pie, chapoteando en el charco, para volver a calzarme la bota, Ector se acercó con pesados pasos para ayudarme. Sujetó el borde de cuero del calzado, que estaba casi sumergido y que, con un fuerte ruido de succión, salió de un tirón.

—Toma —declaró, vaciando parte del barro de la bota—, Ya no estamos muy lejos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, jadeando pesadamente mientras empujaba con la pierna para calzarme de nuevo—. ¿Habías venido antes por aquí?

Ector asintió.

—Es el camino que seguí a la ida. Pero, en realidad, no soy yo quien nos guía. Es el Espejo.

Respirando aún con dificultad, le dirigí una mirada de desconcierto.

—De algún modo, el Espejo sabe —explicó— quién lo ha atravesado. Te ayuda a encontrar el camino de regreso; del mismo modo, cuando volvamos a atravesarlo, mi maestro nos conducirá el resto del camino.

Mi confusión aumentó.

—¿Atravesarlo?

Se alejó de mí sin añadir nada más. De hecho, durante el resto del recorrido, nadie dijo nada, excepto de vez en cuando para maldecir las ramas que se trababan en nuestras ropas o las nubes sulfurosas que nos abrasaban los pulmones. En medio de nuestro silencio, los aullidos de las marismas parecían más cercanos que nunca. Pero me quedaban pocas fuerzas para preocuparme por eso. Mi cuerpo estaba cada vez más débil y mis piernas más entumecidas. Todo lo que llevaba encima —el cayado, las botas, incluso la espada— parecía más pesado a cada paso que daba.

¡Qué terrible error había cometido al utilizar la llave! No sólo había imposibilitado la misión de Ector; probablemente me había condenado a muerte a mí mismo. ¿Y para qué? Nimue aún rondaba por las marismas. Quizás era menos poderosa, ahora que los espíritus de la ciénaga la habían abandonado, junto con los poderes que ella les había otorgado, pero seguía siendo tan tortuosa y vengativa como siempre. Aún podía sentir su malévola presencia, tan tangible como mi cayado. No conseguía librarme de la sensación de que todavía no había completado sus planes con la ciénaga o conmigo.

Finalmente, nos acercamos a lo que parecía ser un arco de piedra toscamente labrado. Unas enredaderas de hojas moradas se enroscaban alrededor de dos columnas de piedra que soportaban el travesero. Una cortina de tupido musgo, goteante de humedad, colgaba de la parte superior.

Alcancé a los demás con esfuerzo. Me situé al lado de Hallia y mi visión fue atraída por el arco... y por el cambiante espejo que enmarcaba. Su luna relucía de una forma extraña al reflejar nuestros rostros, aunque se veían en sombras y deformados, casi irreconocibles. En todo momento, el espejo se combaba y burbujeaba, como si no fuera en absoluto un espejo, sino una cortina de niebla. De hecho, unos oscuros efluvios se arremolinaban en sus profundidades, muy distintos, sin embargo, a los vapores de las marismas.

Pues la niebla del interior del espejo se movía siguiendo un patrón, casi se diría que por voluntad propia. Las nubes se aglutinaban en apretados nudos, luego se desenredaban, sólo para retorcerse otra vez en nudos, que a su vez se deshacían y revelaban brumosos paisajes, atisbos de valles, de viviendas, de colinas a medio formar; después, todos los paisajes se combinaban, se fundían unos con otros, hasta formar un único nudo que volvía a desatarse. El proceso se repetía una y otra vez, pero siempre con nuevas variaciones.

—Ese espejo... —empecé a decir, sin dejar de examinar mi reflejo deformado—. Está casi vivo.

Ector asintió enérgicamente.

—Mi maestro estaría de acuerdo contigo. Dice que el Espejo es, en realidad, un pasaje, una puerta. Conduce a lo que él llama las Brumas del Tiempo, aunque dice que también ha recibido otros nombres a lo largo de la historia.

Me apoyé en mi cayado y escruté el arco con una mezcla de miedo y fascinación. Las Brumas del Tiempo. Paladeé el nombre, además de la idea. Con frecuencia, Cairpré, cuando me enseñaba las tradiciones de Fincayra y de otras tierras, se detenía a analizar la noción de tiempo. Porque, como yo, percibía sus misteriosos poderes. También sabía que yo siempre ansiaba desplazarme a través

del tiempo, incluso soñaba, de niño, que viajaba por él hacia atrás. ¡Que yo rejuvenecía mientras el resto del mundo envejecía a mi alrededor! Era una idea descabellada, lo sabía, pero que acariciaba secretamente.

El Espejo se alabeó, distorsionando nuestros rostros. Uno de los ojos de Hallia se ensanchó tanto que parecía a punto de estallar, y bruscamente se descompuso en una docena de ojos minúsculos, y todos ellos nos devolvían la mirada.

—¿Estás seguro de que es por ahí? —pregunté a Ector, presa de la incertidumbre.

El niño tragó saliva.

—Estoy seguro. —Tras mirarse las botas recubiertas de barro seco, añadió—: Es la salida al otro lado de lo que no estoy seguro.

Hallia y yo intercambiamos miradas de preocupación.

—¿Qué te dijo tu maestro que hicieras —inquirí— cuando quisieras volver?

Ector inspiró prolongadamente.

—Sólo llamarlo. Juró llevarme de vuelta a casa.

Mi corazón latía como un caballo desbocado.

—Cree que le llevarás la llave. ¿Confía en eso, por alguna razón, para ayudarle a encontrarte ahí dentro?

—Yo, bueno... no lo sé.

Un latigazo de dolor me partió por la mitad. Grité y caí de rodillas sobre el cenagoso suelo. Aunque el dolor remitió enseguida, me dejó temblando y más débil que antes.

Hallia se arrodilló a mi lado y me tentó la frente.

—¡Estás muy caliente! Oh, joven halcón, esto es una temeridad. Entrar ahí... ¡No es tanto un espejo como una terrible y furiosa tormenta! ¿Y qué posibilidades tienes de salir con vida? Tiene que haber una manera mejor.

Tosí al notar otra vez la opresión en el pecho.

—No, no la hay.

Hallia se encogió visiblemente.

—Pues que así sea. Pero voy contigo.

—Yo de ti no lo haría.

Al oír la voz, fina y silbante, nos quedamos petrificados.

Procedía de algún punto cercano. Buscamos su origen con la mirada, pero no vimos nada más que el arco de piedra y el cambiante espejo del interior.

—¿Quién eres? —preguntó Ector en voz alta.

Me esforcé por ponerme en pie, apoyándome en Hallia y en mi cayado al mismo tiempo.

—Sí, muéstrate.

—Sólo me muestro cuando quiero —silbó la voz.

Inesperadamente, una zarpa de gato surgió del musgo que coronaba el arco. Giró sobre sí misma y se extendió en toda su longitud. Tras exponer sus uñas para peinar el aire, se elevó una segunda garra. Después, una tercera. Una cuarta. Durante un rato largo, las garras se estiraron perezosamente.

—Ejemmm —exclamó la voz—. Tenéis suerte de que ésta sea una de esas veces.

Al oír la mezcla de ronroneo y ladrido que expresaban aquellas palabras, me

sentí inseguro.

—Y, en realidad, no me importa lo que penséis —dijo la criatura, como si hubiera oído mis pensamientos. Prosiguió—: Y tú, mujer ciervo, deberías avergonzarte.

El color abandonó el rostro de Hallia.

—¡Creer que puedo ser una bruja disfrazada! Una que huele a rosales en flor, nada menos. ¡Puaj! Una idea totalmente repulsiva.

De pronto, las uñas se retrajeron. Un par de orejas con la punta plateada asomó entre el bosque de musgo. Le siguió el resto de la cara, elevándose lentamente. Habría sido idéntica a una cara de gato, pardo con pintas plateadas, excepto por una cosa: carecía por completo de ojos. La criatura se puso en pie con soltura. Hizo rodar los hombros para desentumecer los músculos y luego se sentó al borde de la cruz del arco. Y empezó a lamerse las patas delanteras como si no existiéramos.

Al rato, el gato sin ojos volvió a hablar.

—Veréis, no tiene importancia. Lo único que necesitáis saber es que soy..., bueno, un amigo del Espejo.

Ector empezó a abrir la boca, pero el gato siguió hablando.

—¿No me crees? —Su voz silbante era más aguda que antes—. En realidad, no me importa que me creáis o no. —Una garra de gato arañó la piedra—. Pero también podéis preguntaros: si no soy amigo del Espejo y de las brumas que contiene, ¿cómo sé tanto sobre ellos?

Pese al zumbido de mi cabeza, avancé unos pasos hacia la criatura.

—¿Qué sabes?

El gato arqueó el lomo, desperezándose. Con ojos o sin ellos, parecía que me miraba directamente. Por dentro. Al cabo de un momento, su dorso se relajó.

—Más de lo que me apetece decir —respondió por fin—. Ahora bien, sí os diré lo siguiente: esas brumas están llenas de, ejem, senderos... donde encontraréis muchas voces, muchas sombras. Y no sombras enclenques como esa pequeñaja que se pega a tus botas, oh, no. Hablo de sombras mucho más grandes, mucho más aterradoras.

Al oírlo, mi sombra empezó a hacer molinetes con los brazos, azotando la hierba bajo mis pies. Aunque no ocurrió nada —ni una simple mota de barro voló hacia la criatura sentada sobre el arco—, la intención de mi sombra no podía estar más clara. Por un instante, casi sentí lástima por ella.

El gato, sin embargo, hizo caso omiso del intento de agresión y siguió lamiéndose con calma las garras delanteras.

—Todos esos senderos —continuó en tono relajado— serán lo bastante difíciles para que una persona sobreviva. Dos quizá lo conseguirían, aunque las probabilidades son menores. —Expelió el aire con un ruido que era mitad gruñido, mitad suspiro—. Tres, no obstante, jamás lo lograrían. Todos moriríais, con la misma seguridad que si fuerais engullidos por una sima sin fondo.

—Pero mi maestro nos ayudará —protestó Ector.

—Lo intentará —silbó el gato, mirando sin ojos al niño—. Os envolverá en un capullo protector de los suyos, como hizo contigo cuando viniste aquí. Gracias a eso, quizá sobrevivirían dos. Dos, pero nunca tres. —Volvió a extender las garras—. Naturalmente, en realidad no me importa. Es vuestro destino, no el mío.

Hallia se puso rígida. Lentamente, se volvió hacia mí.

—Dice la verdad. Lo presiento.

Por mucho que temblaban mis piernas, mi voz las superó.

—Yo también. Aun así, ¿quién... debe quedarse?

—Tú no —respondió mi amiga con ojos inseguros—. Y Ector tampoco, ya que esperamos que su maestro encuentre el modo de ayudarte. —La presión de su mano sobre mi brazo aumentó—. Yo os esperaré aquí, pase lo que pase.

El gato ronroneó débilmente mientras lanzaba un zarpazo al musgo.

Abracé a Hallia, aunque los brazos me pesaban como troncos de árbol.

—Volveré. Te lo prometo.

—¿Te acuerdas de cuándo quería... decirte algo, en aquel prado? —preguntó, azorada. Se apretó contra mí y me acarició el pelo con las dos manos—. Bueno, quiero decírtelo ahora, más que nunca. Pero no parecerá..., no puede parecer... No. Aquí no. Así no.

Sólo pude asentir lúgubremente. Al rato, Hallia se apartó de mí. Sin su apoyo, estuve a punto de desplomarme, pero Ector acudió raudo a mi lado y permitió que me apoyara en él. Inspirando de forma profunda, sacó pecho y se encaró con las brumas que se arremolinaban en el interior del Espejo.

—¡Ya voy, maestro! Vengo con un amigo. Te lo suplico, llévanos a los dos a casa.

La refulgente superficie se estremeció de improviso y se agrietó. Por la rendija, surgió un largo y sinuoso tentáculo de niebla que se extendió hacia el niño. Los vapores rozaron su barbilla, rodearon su oreja y luego se retrajeron. En ese momento, el Espejo se alisó de golpe con un seco chasquido. Nuestro reflejo, más nítido que antes, pero con sombras más pronunciadas, nos devolvió la mirada. Al mismo tiempo, el sonido de una lejana campana brotó de las profundidades, de algún punto profundo, muy lejos de la superficie. Mi espada captó la vibración y tintineó débilmente a modo de respuesta.

—Naturalmente, no significa nada para mí —dijo el gato, mientras se acicalaba una pata—, pero sería prudente que os dierais la mano. —Hizo una pausa y sus ojos invisibles me miraron fugazmente—. Y que no os soltéis nunca, jamás. A menos que no os importe perderos para siempre.

Cuando el gato volvió a lamerse, cogí a Ector de la mano. Me volví para mirar a Hallia y sentí otro dolor en el pecho, esta vez más profundo. A continuación, obedeciendo una silenciosa orden, ambos nos internamos en el Espejo.

21
Voces

Nuestros cuerpos se fusionaron con nuestros reflejos cuando entramos en el Espejo. Algo sonó como si se hiciera añicos... y una poderosa fuerza nos arrastró hacia las tinieblas. El aire se espesó, se endureció, al tiempo que se volvía repentinamente frío, como si nos hubiera caído encima una montaña de nieve.

Noté que Ector me apretaba mucho la mano. Pero no podía volverme para mirarlo porque mi cuerpo se había puesto rígido, comprimido por la pesada oscuridad que nos tenía confinados. Luché por liberarme, por levantar los brazos..., sin el menor éxito. Respirar, incluso pensar, resultaba cada vez más difícil.

De pronto, milagrosamente, el Espejo aflojó su presa. Podía mover el hombro y la cabeza; mis pulmones volvieron a llenarse. El aire se calentó y se ablandó enseguida, hasta convertirse en una neblina, fina, pero lo bastante sólida para sostener nuestro peso. Al mismo tiempo, todo se volvió más liviano. Miré al muchacho, que me devolvió la mirada con aprensión.

Nos hallábamos en pie, sostenidos por un vaporoso terreno que se extendía ilimitadamente en todas direcciones. Unas abultadas nubes de nieblas se precipitaban hacia nosotros, pero se retiraron de repente. De las nubes brotaron columnas y espirales de niebla, con el aspecto de árboles plenamente desarrollados en un bosque, antes de desvanecerse en la nada. Unas formas —casi reconocibles pero nunca del todo— se elevaban sin cesar y se detenían un instante sobre nuestros hombros. En la niebla, se abrían huecos que se convertían en barrancos; barrancos que se transformaban en montañas, y montañas que se desvanecían en breve.

A nuestro alrededor, por todas partes, aparecían nebulosos rastros de figuras que se transformaban y desaparecían. Aunque no reconocí ninguna de las imágenes, sentí una oleada de sentimientos familiares. Varias sombras tiraban de mí, seductoras, como un sueño que deseaba recordar. Otras, más perturbadoras, me lanzaban zarpazos, como un miedo secreto que estuviera acechándome desde siempre.

Permanecimos inmóviles, pero nos internábamos cada vez más en la niebla. Al parecer, nos desplazábamos con una especie de corriente que nos arrastraba hacia un destino misterioso. «¿Se trata de nuestro destino o el de la corriente?», pensé. Fuera cual fuese, ni aun sin sentirme tan débil, habría podido oponer resistencia a su implacable flujo.

Mientras los efluvios nos arrastraban cada vez más hacia el fondo, recordé las muchas formas en que la niebla había intervenido en mi vida. Ya de niño, en Gwynedd, saboreaba la visión de la niebla matinal desprendiéndose de la hierba de los prados, los árboles o la cima del Y Wyddfa, cubierta de nieves perennes. ¡Cómo ansiaba tocarla, abrazarla, aquel efímero río que circulaba por el aire! Sin embargo, jamás me acerqué lo suficiente. Cada vez que mis manos estaban a

punto de rodearla, la niebla huía de mí.

Cuando llegué por primera vez a Fincayra, me recibió una prodigiosa muralla de niebla que me detuvo, hasta que finalmente se abrió para dejarme pasar. Y más tarde, cuando seguía el camino secreto al Otro Mundo, cargando con el cuerpo exánime de Rhia, además de su espíritu, un tipo de niebla distinta había formado remolinos a mi alrededor. Se hacía más brillante, más luminosa, a cada paso que daba, hasta que todo resplandecía en torno a mí con el brillo de las conchas pulidas. Incluso el Árbol del Alma, cuyas inmensas raíces se elevaban desde el Otro Mundo para sostener las tierras superiores, había germinado en la niebla; sus ramas de rocío formaban un todo con las nubes. Y cuando Hallia me contó por primera vez las leyendas de su pueblo, las propias historias estaban tejidas con esas mismas hebras esquivas.

Ahora, Ector y yo penetrábamos en otro mundo de niebla. De pronto, una inmensa ola de vapores avanzó hacia nosotros, acelerando a medida que se aproximaba. Una vez más, Ector me apretó la mano. Mientras yo le devolvía el apretón, la ola nos pasó por encima. Durante unos instantes, me quedé desorientado. No veía nada más que niebla a mi alrededor; no notaba más que su frío sobre mi piel. Con la misma celeridad, la ola se disolvió. Me hallaba, como antes, en pie, asiendo con una mano el cayado y con la otra...

A nadie. Ector había desaparecido. Estaba solo.

La advertencia del gato sin ojos retumbó en mi mente: «No os soltéis nunca, jamás. A menos que no os importe perderos para siempre». Necesité todas mis menguadas fuerzas para mantenerme erguido. Sentía la ola de niebla avanzando en torno a mí, arrastrándome con ella. Pero ¿hacia dónde? Mi mente se llenó de oscuros efluvios que enturbiaron mi mente, porque estaba cada vez más seguro de que este lugar sería mi tumba.

Al final, mi avance se hizo más lento. La ola pareció retirarse progresivamente, tanto de mi mente como del mundo que me rodeaba. Tembloroso, contemplé la niebla rielar y oscurecerse ante mí, para aglutinarse en imágenes detalladas y multicolores. Había laderas rocosas y árboles retorcidos por vientos incesantes: marjoletos, fresnos y robles. Aquí, una maraña de espinosas aulagas. Y allí, un poblado de cabañas con el techo de paja en ruinas. Era un paisaje nítidamente definido. Era una paisaje que reconocí.

¡Gwynedd! El lugar que en tiempos de Ector se llamaría Gales. Pero ¿estaba contemplándolo en tiempos de Ector... o en los míos, muy anteriores?

Vi una solitaria figura que salía de entre los árboles. Era un niño que se movía torpemente, con su largo cabello negro convertido en un nido de hojas y hierbas. Se encorvó para examinar una florecita amarilla bordeada de malva y azul. La cogió con delicadeza y sopló suavemente sobre sus pétalos para hacerlos aletear. De pronto, al verlo, mis dedos se engarfiaron alrededor del cayado. Supe qué época estaba contemplando. Porque conocía a aquel niño.

Me estaba viendo a mí mismo.

Aturdido, contemplaba mi propia vida años atrás. La imagen de la niebla, aunque borrosa en los bordes, era perfectamente nítida. Tan definida como el dolor de aquellos días, el niño lanzó una insegura mirada a una cabaña en concreto, situada al final del pueblo, y supe que se preguntaba si compartir la flor que había encontrado con la mujer que vivía en la cabaña con él. La mujer que

afirmaba ser su madre, aunque se negaba a contarle nada más sobre su pasado. O sobre el de ella.

De improviso, el niño se puso rígido. Muy despacio, apartó la vista de la cabaña... y miró hacia mí. Sus ojos, relucientes como lunas negras, me estudiaron, mientras mi segunda visión lo examinaba a él. Después, de súbito, mi visión se acercó mucho más. Ya no veía su entorno, ni siquiera la flor que sostenía: sólo su rostro. Observé con atención aquella cara, mucho más joven y pálida que la mía, como si me estuviera mirando en un espejo mágico.

De repente, su juvenil semblante empezó a transformarse. Los ojos dejaron de relucir; unas profundas cicatrices irregulares aparecieron en sus mejillas y en su frente, antes inmaculadas. Su nariz, entretanto, se curvó hacia abajo, mientras que su huesudo mentón se alargaba. Sin embargo, nada cambió tanto en él como su expresión: aterrorizado, se aferró las mejillas, clavándose las uñas.

—¡Atrás! —gritó, con una voz muy parecida a la mía—. Sólo eres un niño y estás herido, cegado para siempre. Si te quedas aquí, sólo encontrarás dolor. ¡Vuelve atrás, ahora que puedes!

—Pero no puedo retroceder —gemí, tambaleándome pese a apoyarme en el cayado—. Necesito ayuda y, si no la encuentro pronto, moriré.

—Aquí no —gritó—. Aquí seguro que... ¡Oh, las llamas! Ya vuelven. ¡Te abrasarán otra vez!

Instintivamente, mis manos subieron hasta mi rostro. Como el niño que tenía delante, aferré las profundas cicatrices que surcaban mi carne. Aunque me dejara crecer una barba lo bastante cerrada para cubrirlas, sabía que siempre las notaría, igual que siempre sentiría el terror de aquel día.

Justo en ese momento, oí otra voz que pronunciaba mi nombre. Intentando mantener el equilibrio, giré en redondo y me hallé ante una nueva silueta que surgía de la niebla. El vaporoso medio se hendió, dejando al descubierto otra cara. La conocía bien: era la cara de mi madre.

—Emrys —suplicó, mientras me sondeaba con sus ojos de color azul zafiro—. ¡Haz caso de mi advertencia, hijo mío! Si te alejas demasiado de Fincayra, sólo te lastimarás, volverás a quemarte.

Débilmente, manoteé para desembarazarme del lazo de niebla que se enrollaba en mi brazo.

—Pero debo alejarme para que me curen.

—No, hijo mío. —Mi madre negó con la cabeza y su cabello dorado acarició las nubes circundantes—. Tienes el poder de curarte solo. ¿Todavía no lo sabes?

—No, madre. Esto es demasiado grave.

Sonrió amorosamente.

—Ah, pero tú eres un sanador, hijo mío. Sí, eso es lo que eres y siempre lo serás. Un sanador con un don excepcional. —A través de la niebla me indicó por señas que me acercara—. Vuelve a casa conmigo ahora. Por aquí. Yo te guiaré, como hace tanto tiempo.

Confuso, miré hacia atrás, a la aterrorizada expresión del niño.

—No la sigas —instó—. Ese camino sólo conduce al dolor, más dolor.

De repente, apareció otro rostro, esta vez en las nubes que se acumulaban por encima de mi cabeza. Percibí su oscura sombra cuando me cubrió, engullendo la sombra más pequeña que se estremecía a mis pies. Con cautela, levanté los ojos

y los guiñé por el resplandor de los remolinos de niebla.

—Merlín —gruñó el rostro de un hombre, duro como si estuviera cincelado en piedra—. Soy yo, tu padre, quien te llama, quien te daría órdenes, sólo con que quisieras obedecer.

Con gran esfuerzo, me erguí un poco más apoyándome en mi cayado y levanté la cabeza orgullosamente.

—Nunca has podido darme órdenes.

—¡Para tu eterno perjuicio! —rugió el hombre, con los labios inmóviles en una permanente mueca de disgusto—. Pues has escuchado durante demasiado tiempo a personas que te dicen que tu destino es ser un mago.

—Es un sanador —espetó mi madre—. Y de los grandes.

—Mago, sanador, es lo mismo —tronó mi padre en respuesta. Inclinó la cabeza para mostrar la corona de oro que adornaba su frente—. ¡Tú no eres nada de eso! ¡Escúchame, hijo de Stangmar! Tu destino es hacer una sola cosa, la misma que hizo tu padre antes que tú.

—¿Y qué es? —pregunté, algo afectado.

—Fracasar. —Sus palabras resonaron en las nubes que me rodeaban. Su expresión seguía siendo severa, pero, por un instante, su rostro reflejó una profunda pena y un arrepentimiento aún más profundo—. Eres de mala casta, hijo mío. Nada de lo que hagas lo cambiará. Todos tus sueños, todas tus metas son tan imposibles de alcanzar como la propia niebla.

Durante un rato largo, sostuve su mirada. Sentía todo mi cuerpo mucho más pesado, tanto por mi debilidad como por el peso de sus palabras. Mis dedos resbalaron por la vara de madera que me sostenía.

—Ven por aquí —declaró—. Yo te enseñaré lo que pueda, para que al menos estés preparado. Porque, si tu destino es, en efecto, fracasar, deberías saber...

—Lo que se necesita para ser un mago —finalizó otra voz, esta vez a mi espalda. Me volví, a pesar de la niebla que rodeaba mis piernas y me oprimía con la misma firmeza que serpientes de las marismas. Me encontré frente a mi mentor, Cairpré.

«Eres un mago, hijo mío. —Los vapores se arracimaron a su alrededor, rodeando su desgreñada melena gris—. Desde aquel primer día en que entraste en mi madriguera, sí, incluso entonces percibí tu creciente poder.

—Ahora estoy débil —lo contradije, jadeando pesadamente—. Demasiado débil para sostenerme en pie, o casi.

—Entonces, ven conmigo —me aconsejó el poeta—. La luz de la verdad te guiará a la libertad. ¿Acaso no te he orientado siempre bien, hasta ahora? Y veo a un mago, un gran mago, en ti.

—¿Incluso ahora?

—Incluso ahora, hijo mío. Vaya, tus poderes tan sólo han empezado a despuntar.

—No lo hagas —suplicó la cara cubierta de cicatrices del niño—. Sólo te conducirá a más sufrimiento.

—Te puedes curar —prometió mi madre—. Vuelve a casa ahora, cúrate a ti mismo primero. Después, podrás regresar a curar a otros.

Titubeante, empecé a caminar hacia ella, aunque las volutas de niebla me hacían casi imposible levantar las piernas. Con un esfuerzo descomunal, di un

paso. Si bien veía que la niebla me llegaba cada vez a mayor altura, ahora ya hasta la cintura, no me quedaban fuerzas suficientes para atravesarla. Sólo podía levantar la pierna para dar otro paso.

—Fracasarás —sentenció mi padre.

—No —lo contradijo Cairpré—. Por encima de todo, es...

—¡Joven halcón! —interrumpió una nueva voz, que me levantó el ánimo más que cualquier otra.

—Hallia —susurré, mientras me concentraba en sus cálidos ojos castaños—. Ayúdame a saber... qué debo hacer.

—Ven conmigo, joven halcón —imploró, tendiéndome una mano—. Para mí no necesitas ser un mago, ni un sanador, ni nada. Sólo mi compañero. Ahora vuelve conmigo y todo irá bien.

—Pero... No —dije con voz ronca—. Tú misma viste... el dogal de sangre.

—Ven conmigo —me apremió—. Quédate a mi lado. Pronto estaremos galopando juntos otra vez, arrullados por el batir de nuestras pezuñas.

Me daba vueltas la cabeza; la niebla cubría una parte de mi cuerpo cada vez mayor. Como en sueños, oí otra voz que me llamaba entre la niebla cada vez más espesa. Aunque sonaba muy lejana, esta voz me resultó tan refrescante como una brisa en los bosques. La conocía bien. ¡Rhia!

—Posees una gran magia, Merlín —me previno—, pero corres el peligro de perderla. —Su mano, adornada con un brazalete de enredaderas entretejidas, me señaló enérgicamente—. Tu magia, tu poder, siempre ha brotado de los prados, los árboles y los arroyos cantarines. Regresa a la tierra, Merlín, antes de que sea demasiado tarde. Deja atrás esta niebla. ¡Aléjate conmigo, ahora!

Tenía razón, sí, lo intuía. Empecé a seguirla cuando una voz profunda me detuvo, bramando con severidad.

—No, no, un mago no huye.

Era la voz de mi abuelo, Tuatha. Aunque no me quedaban fuerzas suficientes para volverme hacia él, no necesité ver su rostro para percibir el poder de su presencia.

—Yo soy tu futuro —proclamó—. Tu destino está aquí, conmigo.

—Fracasará —gruñó mi padre—. Igual que yo.

—No —objetó Rhia—, pero su poder brota de la tierra.

—¡Ven a mí! —grito Cairpré—. Ya tienes el poder de un mago en las venas, todo el poder de Tuatha y más. Ven, hijo mío, yo te ayudaré a conocer los caminos de la hechicería.

Estaba confundido, no sabía hacia dónde volverme, a qué voz creer. Empezaron a acumularse sombras en la niebla, cada vez más próximas, que oscurecían los rostros circundantes. Unos zarcillos rodearon mi pecho, más agobiantes a cada segundo. Mis rodillas estaban a punto de ceder; mi pecho, a punto de hundirse. No habría podido moverme ni aunque lo hubiera intentado.

Las voces siguieron llamándome, rivalizando por atraer mi atención. Sin embargo, con cada trabajosa inspiración mía, las voces se iban debilitando, al igual que la luz que antes se dispersaba entre la niebla. Ya apenas oía todas las súplicas y órdenes. Se desvanecían rápidamente, como mis fuerzas, como mi voluntad de vivir.

En ese instante, otra voz, no más alta que el resto, pero sí más estridente,

habló muy cerca de mí, casi en mi oído.

—Justo como había predicho, niño mago, te has condenado tú solo.

Me puse rígido, mientras la voz de Nimue cloqueaba suavemente.

—Ahora me libraré de ti y de tus intromisiones para siempre. Y como me estoy cansando de esperar, pondré fin a tu miserable vida yo misma. —De pronto, noté unos fríos dedos de niebla rodeando mi cuello—. Aquí mismo —añadió con afectación—. Ahora mismo.

Al sentir la frialdad de su tacto, las escasas fuerzas que me quedaban entraron en erupción. Me eché hacia atrás, al tiempo que aporreaba con los brazos las nubes que me rodeaban y forzaba los músculos de mis piernas para liberarlos de sus ataduras. Apenas veía nada en aquel revoltillo de nubes, pero noté que caía, que me desplomaba irremediablemente.

Durante la caída, me invadió un gran cansancio. Podía haber escapado de las garras de Nimue, pero ahora, sin duda, moriría de todos modos. Mi estrangulado corazón latió con pesar: dejaba tanto por hacer, tanto por aprender. Y tantos rostros que jamás volvería a ver.

Vagamente, reparé en que la niebla estaba cambiando. ¿Serían imaginaciones mías? No, no, era cierto. La niebla no sólo se movía, creando figuras dentro de figuras como tantas veces con anterioridad, sino que además... se disolvía. Sí, eso era. Desaparecía por todos lados.

¿Podía tratarse de la luz? Posiblemente, aunque parecía tenue y titilante, procedente de algún punto más elevado. No podía moverme, pero noté que algo duro se formaba debajo de mí, más parecido a la piedra que a la niebla. Aun así, no tenía importancia. Estuviera donde estuviese ahora, me sentía más cerca de la muerte que nunca antes. Con una sensación de impotencia, inspiré una última vez, entrecortadamente.

22
Nombres

Cuando desperté, dos grandes ojos, más negros que la noche, me miraban desde arriba. Me tensé, con el cuerpo tan rígido como las piedras sobre las que se apoyaba mi espalda. ¿Pertenecían a Nimue aquellos ojos?

No, no, no eran los suyos; de eso estaba seguro, incluso con la débil luz de la habitación en cuyo suelo yacía. Enmarcados por unas cejas blancas tupidas como zarzales, los ojos parpadearon una vez, muy lentamente. Cuando volvieron a abrirse, parecían más profundos que el abismo más hondo: misteriosos, aterradores y, sin embargo, extrañamente familiares. De pronto, se entrecerraron, mirándome con intensidad.

Con un respingo, me aparté rodando sobre mí mismo... y tropecé con alguien. Esta vez, otros ojos de color azul pizarra me estudiaban, también desde arriba. Enseguida los reconocí. ¡Ector!

—Eres tú —murmuré. Aunque me sentía demasiado débil para incorporarme, una nueva fuerza invadía lentamente mi cuerpo, llenándome como la lluvia rellena las concavidades de las hojas. De repente recordé los numerosos rostros a los que me había enfrentado entre la niebla. Con el corazón en un puño, pregunté—: ¿Eres... de verdad?

Un fino rayo de luz se reflejaba en los rizos del niño cuando me sonrió.

—Soy de verdad, sí. Y también lo era ese dogal de sangre.

—Te lo extrajimos justo a tiempo, jovencito. Con el tiempo justo, mejor dicho.

Me volví como pude hacia la voz y hacia los insondables y profundos ojos. Pertenecían a un anciano, extremadamente viejo por su aspecto, que se sentaba con las piernas cruzadas sobre la piedra. Incluso con la débil luz de la estancia, su cabello suelto y su larga barba parecían más blancos que el blanco. Casi... llameantes. La barba, díscola y enmarañada, caía sobre sus muslos y llegaba hasta el suelo como una capa luminosa.

—Si, jovencito —continuó, y sus palabras restallaban como ramas al quebrarse—. Cuando esas inexplicables brumas te escupieron... —Se contuvo a mitad de la frase, de pronto con aspecto confuso—. Mejor dicho, las brumas son indescriptibles, ¿no opinas lo mismo? Además de inagotables, si, en honor a la coherencia, nos ceñimos a los términos que incluyan el prefijo *in* procedente del latín, una de las contribuciones más duraderas de los romanos. O supongo que tú dirías que unas brumas indeterminadas te escupieron o, por el contrario, ¿fuiste tú quien escupió las brumas? ¿Las brumas indigeribles? No, no, eso es una tontería. ¿Cómo se escupe niebla? Aunque supongo que una fuente lo hace, ¿sí o no?

Ector empezó a hablar, pero el anciano meneó la cabeza, asustando a una pequeña mariposa amarilla que se había posado en el ápice de su oreja.

—Es una muletilla, ¿sí o no? No aporta nada a la frase. Como tantas otras cosas del idioma, estrictamente incomprensibles y, en ocasiones, incoherentes. Verás, se me pegó en la época que viví en las cortes reales de Gramarye, ¿sí o no?

Sus prominentes cejas se unieron.

—Ahora bien, ¿qué estaba diciendo? Y... ¿lo estaba diciendo ahora? ¿O bien? —Su mirada de desconcierto se agudizó. Se agarró un puñado de pelos de la barba, se los introdujo en la boca, los mascó unos instantes y luego los escupió—. Y ahora dime, ¿por dónde íbamos?

Ladeé la cabeza, cada vez más intrigado por este viejo parlanchín.

—Estábamos diciendo —respondió Ector— que mi amigo, aquí presente, estaba a punto de morir. —Me miró, muy serio—. Estabas exhalando tu último aliento, joven halcón. Estoy seguro. No sé cómo lo ha hecho, pero mi maestro te ha extraído el dogal de sangre. —Sus ojos brillaban de compasión, pero entornó los párpados—. Era más grueso que una soga, completamente empapado en sangre.

Con un estremecimiento, me apoyé la mano en el pecho. La piel estaba más sensible, como si me hubieran raspado la caja torácica a conciencia. Todo lo que había bajo mis huesos estaba también sensible, pero mi pecho parecía nuevamente entero, más entero que desde hacía mucho tiempo.

Ector miró con orgullo al anciano, que estaba entretenido sacándose pelos de la boca.

—Te dije que era un sanador.

—¿Quieres decir —pregunté con incredulidad— que me ha curado él?

El niño asintió.

—¿Este tipo es tu maestro?

Me dedicó una sonrisa burlona.

—El mismo tipo que dijiste que tenía el valor de una liebre recién nacida y la sabiduría de un asno.

Me encogí. Para mi alivio, el anciano seguía ocupado con su barba y no pareció oír el comentario de Ector. Con un esfuerzo, me incorporé hasta apoyar los codos en el suelo. Notaba que el corazón me latía vigorosamente bajo las costillas. A continuación, esforzándome por parecer más agradecido que sorprendido, miré de hito en hito al anciano.

—Me has salvado la vida y te estoy muy agradecido.

Se rascó la nariz con despreocupación.

—Ni lo menciones, jovencito. Siempre tengo problemas con la gente que intenta morirse en mi suelo. Es positivamente indecoroso, ¿sabes? Incluso indecente. No es nada personal, entiéndeme..., pero estoy seguro de que lo comprendes. Arman un estropicio bestial, ¿sí o no?

Todavía inseguro acerca de él, asentí respetuosamente.

—Sí, yo... lo comprendo.

—Bien —declaró, sin dejar de rascarse la punta de la nariz—. Es mucho más de lo que puedo decir de mí mismo la mayor parte del tiempo. —Dio una palmada con sus curtidas manos y miró a Ector con expectación—. Ahora bien... —Brevemente, otra oleada de confusión recorrió su semblante—. No, no. Digamos sólo ahora. Es menos... desorientador. Y ahora, bien. ¡Rayos, truenos y centellas! Pobre de mí. Sólo dime, por favor, una cosa, una cosa muy importante. —La mirada de desconcierto desapareció, sustituida por otra de gran anticipación—. ¿Dónde está la llave, muchacho?

Los hombros de Ector se hundieron. Claramente, si hubiera podido escurrirse entre las rendijas del suelo, lo habría hecho. Sus palabras, aunque no

fueron más que un susurro, parecieron resonar en voz alta:

—Te he fallado, maestro.

Durante un prolongado momento, el anciano no se movió. Al principio, pensé que no lo había entendido. Al final, advertí que sus ojos se enturbiaban.

—Quieres decir...

—No la tengo.

Se me encogió el estómago. Conseguí acabar de sentarme y me coloqué entre ambos.

—No ha sido culpa suya —expliqué—. Si alguien te ha fallado, no ha sido él. He sido yo.

El anciano me estudió. Su único movimiento fue alzar muy lentamente una de sus enmarañadas cejas.

Sentí todo el peso de su mirada y aparté la mía.

—Él... intentó decírmelo. Y yo debería haberle escuchado con más atención.

Con su mano arrugada, el anciano palmeó el suelo. El sonido arrancó ecos de la umbría cámara hasta desvanecerse.

—Ya veo —dijo por fin—. No te atormentes demasiado, muchacho. Han sido muchísimas las veces en mi vida en que debería haber escuchado con más atención para que ahora te culpe por ello. —Descargó un sentido suspiro—. Demasiadas.

Sus nobles palabras me levantaron un poco el ánimo. Pero, al mismo tiempo, se me formó un nudo en la garganta al ver la genuina angustia que llevaba escrita en el rostro.

Con una mano tironeó del cuello de su túnica añil, me pareció, aunque no estaba seguro.

—Ah, escuchar. La más difícil de las artes. —Forzó un amago de sonrisa— Lo único más difícil, supongo, es intentar domesticar la propia sombra de uno.

Asentí con tristeza.

—Créeme, ya sé a qué te refieres.

Se enderezó y las articulaciones de su espalda restallaron.

—Bien. O ahora. ¿No deberíamos presentarnos? —Miró inquisitivamente a Ector—. Todavía no lo hemos hecho, ¿o sí?

—No, maestro. —Me señaló con la mano—. Éste es el joven halcón.

De algún lugar de la habitación me llegó un breve graznido y un aleteo. El anciano no pareció reparar en ellos y siguió observándome. La escasa luz fluctuaba sobre sus facciones y los pelos dispersos de su barba.

—Es un extraño nombre. ¿Por qué otros nombres se te conoce?

Escruté los oscuros ojos del anciano.

—Casi todos me llaman sólo Merlín.

De nuevo, el graznido resonó, esta vez mucho más fuerte. El anciano empezó a ponerse nervioso.

—No, muchacho. Quiero saber tu nombre, no el mío.

Me envaré.

—Ese es *mi* nombre.

—¿Merlín? —Se inclinó para estudiarme más de cerca, mientras tamborileaba con sus huesudos dedos en el suelo—. Eso es imposible. No, inconcebible.

Ector sacó una mano de entre sus andrajosas ropas y me tocó la rodilla.

—¿De verdad eres... Merlín?

—¡Por supuesto! —declaré, sorprendido—. ¿Por qué no iba a serlo? ¿Y por qué ha dicho que *su* nombre es Merlín?

—Porque es verdad. —De pronto, el rostro del niño se iluminó como una tea—. ¡Pues claro, tiene que ser eso! Os llamáis igual porque él, mi buen maestro, es en realidad... tú mismo.

—¿Yo? —pregunté, estupefacto.

—Tu yo más viejo.

Me quedé boquiabierto.

El anciano me miró, anonadado.

El niño, mientras, nos contemplaba a los dos, embelesado.

—¿No lo entendéis? Ambos sois Merlín, pero de tiempos diferentes. —Soltó una carcajada—. Sabía que había algo extraño en ti, joven halcón. ¡Eres extrañamente parecido a mi maestro! Siento no haberte dicho nada, ni siquiera mi verdadero nombre. Él..., quiero decir, tú yo más viejo me dijo que no confiara en nadie que me encontrara en las marismas.

La cabeza me daba vueltas.

—¿Quieres decir que tu nombre no es Ector?

Se pasó una mano por los rizos.

—No. Verás, es mi padre quien se llama Ector, sir Ector del Bosque Silvestre. Mi verdadero nombre es... Arturo.

Nunca antes había oído aquel nombre, pero sentí una inexplicable agitación en lo más profundo de mi ser.

—¿Y por qué lo llamas..., digo, me llamas maestro?

—Porque suena mejor que tutor o profesor. Pero sí que me enseña, todo tipo de cosas, algunas bastante..., bueno, inusuales. Incluso estrafalarias. —Sonrió forzadamente, avergonzado—. Caramba, incluso me ha dicho que algún día me enseñará cómo arrancar una espada de una... Bueno, nunca lo creerías.

Di un respingo, porque una vieja mano me había agarrado el muslo.

—No digas nada más. —Fue la severa orden del anciano—. El muchacho no conoce ni una brizna de su futuro, todo eso está por venir. —Inclinó la cabeza pensativamente—. En ese sentido, supongo que está en las mismas que tú.

23
La danza de la luz

Con sorprendente agilidad, el anciano se puso en pie. Al mismo tiempo, extendió el brazo al frente con los dedos completamente desplegados. La manga de su túnica azotó el aire; el ruido resonó como un trueno en la oscurecida cámara. ¿Podía ser realmente yo mismo, me pregunté, dentro de un número indeterminado de años?

El amplio gesto de su brazo, sin embargo, se cortó en seco: se había enredado varios dedos en los nudos de la barba. Aun así, ese hecho —y el hecho de crear varios nudos más cuando intentaba liberar su mano— no pareció molestarlo. Como tampoco hizo nada por amortiguar la nueva luminosidad de su rostro.

Por fin, una vez desenredado, su mirada se posó en mí.

—Y ahora, muchacho, antes de que hablemos del futuro, ¿o es del pasado?, vamos a comer. Que sea un auténtico banquete, ¿os parece bien? Después de todo, uno no cena a menudo consigo mismo.

—¡Sí, claro que sí! —exclamó Arturo, aplaudiendo animadamente—. Aparte de, bueno... —Hizo una seña en mi dirección—, de lo que fuera que me diste bajo los árboles, no he comido nada en tres días.

—Lo cual, para un mozalbete de tu edad, es como decir tres siglos. —El anciano chasqueó con un par de huesudos dedos—. Y lo cual, para un hombre de mi edad, es como decir casi nada. ¡Ah, pero es una manera deliciosa de adquirir perspectiva en la vida, este seguir viviendo eternamente! Interminablemente, debería decir. Sólo un fósil puede informaros de más... Es decir, si un fósil hablara.

—¿Fósil?

—Pues sí, muchacho. Aprenderás a no pensar en términos de la duración de una vida, ni siquiera de un siglo, sino en tiempo geológico. ¡Cierto! Períodos tan vastos que incluso la era actual, el Neozoico, empezó hace más de un millón de años. —Al ver mi expresión confusa, prosiguió—: Naturalmente, estoy de acuerdo en que puede ser inquietante y a veces turbador. Sobre todo cuando incluyes lo de vivir hacia atrás.

Contuve el aliento.

—¿Lo de qué?

—Más tarde, muchacho, más tarde. —Se acarició la poblada punta de su mentón—. Debemos tomar algún bocado, Pero antes, necesitamos luz, ¿sí o no?

Una vez más, extendió el brazo, pero ahora evitando escrupulosamente enredarse en la barba. De pronto, se encendió una luz que iluminó toda la estancia. A nuestro alrededor refulgieron miríadas de objetos variados —a pesar de las capas de polvo que se amontonaban sobre la mayoría— que reposaban en el suelo de piedra, en la alta alacena de madera cuyos estantes se combaban por el peso de los tomos encuadernados en piel, las paredes pródigamente decoradas o incluso el techo. Algunos de los objetos los reconocí enseguida, como las ristras de raíces, hierbas y virutas de corteza puestas a secar —atadas en manojos con fibra

de cedro, como siempre hacía mi madre para mantener frescos los ingredientes— que colgaban por encima de nuestras cabezas. Otros objetos, sin embargo, eran un verdadero misterio para mí: un cáliz de plata, cuyas dos asas parecían sufrir un temblor continuo; una escudilla poco profunda que contenía dos flechas rojas que giraban sobre sí mismas, y un raído manuscrito, abierto sobre la mesa de roble, cuyas páginas se pasaban solas diligentemente. Incluso las numerosas hileras de botellas y cacerolas, que a primera vista no parecían dignas de mención, burbujeaban llenas de extrañas sustancias químicas de distintos colores que yo era incapaz de identificar.

De pronto, mi atención se desvió de los objetos que había en la sala a la estancia propiamente dicha. Las paredes, el techo, los recovecos: todo irradiaba un intenso resplandor intermitente. Apabullado, me puse en pie con dificultad y casi tropecé con mi propio cayado, que seguía en el suelo. Despacio, me acerqué a la pared más cercana. Mientras apartaba un tapiz de seda, decorado con hojas plateadas y serpientes azules entrelazadas, mi corazón se aceleró. Pues acababa de adivinar lo que iluminaba el tapiz desde atrás.

Cristales. Miles y miles de ellos. Definitivamente distintos de los cristales del hogar subterráneo del bolarva, aquí había una colección mucho más variada, con más colores, formas y tamaños de los que yo había visto jamás. Pasé los dedos con suavidad sobre las facetas. Algunas, con afiladas aristas, me segaron la carne; otras, levemente curvadas, eran tan lisas al tacto como carámbanos. Cada cristal brillaba con un color —algunos con varios colores al mismo tiempo— y todos centelleaban y titilaban sin cesar. Las paredes mismas danzaban con la luz y el movimiento, radiantes como el arco iris, como cascadas en perpetua transformación.

Los cristales siempre me conmovían con la luz que encendían en mi interior, tan brillante como ellos. Pero la que irradiaban estos cristales superaba de largo mis mejores experiencias. Me rodeaban tantos, cada uno más intenso, más variado que el anterior, digno de dedicar una vida a contemplarlo. Y cada uno bendecido con una luz propia, además de un misterio singular.

—Bien. Ahora —anunció el anciano, escrutándome—, dime qué te parece.

Se había situado junto a la pared más próxima a mí, y su cabello suelto y su barba no resplandecían menos que los cristales. Se apoyaba en un cayado, muy parecido al mío, pero mucho más retorcido y gastado. Con un sobresalto, comprendí que se trataba de mi propio cayado, cubierto por docenas de nuevos símbolos, runas... y lo que parecían ser marcas de dientes. Sin embargo, por debajo de todas aquellas nuevas cicatrices, fui capaz de reconocer el séptimo símbolo de sabiduría que tanto esfuerzo me había costado conseguir.

—¿Qué te parece? —repitió, acompañando sus palabras con un manoteo— Un poco atestado, quizá, pero no del todo incómodo.

—Es magnífico. —Esbocé una sonrisa—. Incluso se podría decir... incomparable.

Se inclinó brevemente ante mí y oí el roce de los pliegues de su capa azul marino, centelleante de estrellas bordadas, con la que cubría su túnica. Pero mucho más impresionante que el movimiento de la capa fue el de la gran silueta oscura que tenía detrás: su sombra. Majestuosa, se deslizó por la pared del fondo y se irguió casi hasta el techo. Y aún más sorprendente para mí, la sombra parecía

perfectamente disciplinada al inclinarse en total sincronía con el hombre.

Con el mago. Pues eso, ahora lo sabía, era lo que aquel anciano era realmente... y lo que podía ser yo algún día. Observé de reojo mi propia sombra, mucho más pequeña que la suya. Con gran disgusto por mi parte, vi que estaba gesticulando burlonamente contra mí. Entorné los párpados en actitud vengativa, pero poco más podía hacer. Mi desquite tendría que esperar. Aun así, ahora tenía esperanzas de que mi paciencia, por mucha que fuera a necesitar, obtendría quizás algún día su recompensa.

—Bueno —declaró el mago—, que empiece el banquete.

Antes de que Arturo acabara de asentir con avidez, el anciano unió las palmas de sus manos frente a sí y murmuró una orden secreta. Al instante, una mesa de pino —una mesa redonda, nada menos— apareció en el centro de la estancia. A su alrededor se distribuían tres escabeles barnizados. Tras dar su aprobación al nuevo mobiliario, el anciano volvió a tocar las palmas. Un ramillete de flores azules acampanadas se materializó en un lado de la mesa, y en el otro, una cesta de ciruelas y manzanas doradas. Repitió el movimiento, con lo que se produjo un repentino estallido de aromas. Olía a pollo asado, pastel de carne, trucha frita en mantequilla, panecillos recién horneados e incluso mi manjar favorito de la infancia: bizcocho. Lo olía, pero no lo veía. Porque sólo habían llegado los olores.

—¡Por las barbas de Júpiter! —Mi yo más viejo gruñó de frustración y volvió a tocar las palmas, esta vez con tanta determinación que sus hombros empezaron a temblar y sus carrillos adoptaron un tono carmesí. Al ver que no servía de nada, se detuvo. Después, respirando pesadamente, estalló—: A veces me pregunto por qué no me limito a cocinar las cosas del modo tradicional.

Arturo, famélico, lo miró con cara de fastidio.

—No sabes cocinar, he ahí el porqué.

—Esto... sí, bueno, no te falta razón. —Se encogió de hombros—. De todos modos, nunca me ha entusiasmado la tradición. —Sus cejas se unieron en el centro de su frente. Contempló fijamente la mesa, masculló unas cuantas frases y volvió a tocar las palmas.

Esta vez apareció comida sobre el tablero de pino. Todas las delicias que olía se materializaron, junto a muchas otras. Había altos jarros de agua y vino (además de un oscuro brebaje espumoso que no me imaginé engullendo). Una fuente de madera contenía varias hogazas de humeante pan recién horneado al estilo de Eslantos; el pan de ambrosía fue lo primero que partí. Bizcochos de almendras y cuencos de sopa de verduras, nueces con miel y fresas con nata, puré de remolacha y queso envuelto en hojas de eneldo, nabos asados y hortalizas variadas... Todo eso abarrotaba la mesa. Inmediatamente, Arturo y yo saltamos sobre los escabeles y atacamos el festín.

El anciano nos observó con aprobación durante un rato y luego se acercó su escabel. Cogió el jarro de líquido espumoso, se sirvió una jarra y —para mi asombro— bebió un largo trago. Cuando bajaba la jarra, su mirada tropezó con la mía. Con una mirada de complicidad, me ofreció la bebida.

—No, gracias —repliqué, al tiempo que me limpiaba un poco de salsa de la mejilla—. No parece, bueno, adecuado para mí.

Bebió otro sorbo. Tenía espuma pegada a los bigotes cuando inclinó la jarra.

—Ahhh. ¿Estás seguro, muchacho? A mí me gusta muchísimo.

Negué con la cabeza.

—No. Pero el resto de este banquete es extraordinario.

—Es un gusto adquirido, supongo, uno de esos fenómenos inexplicables. —Depositó la jarra sobre la mesa, con lo que casi derriba la bandeja de remolacha—. Se tarda varios siglos en acostumbrarse, eso es todo.

Arturo, que masticaba una porción de queso mientras sostenía un muslo de pollo con una mano y una gran zanahoria con la otra, asintió.

—Es el mejor banquete que preparas, maestro. —Inclinó la cabeza, implorante—. ¿Podríamos tomar un poco de..., cómo lo llamabas? ¿Enfriado?

El viejo mago sonrió.

—Ah, te refieres al helado. Después de los helicópteros, es el invento más notable del siglo XX. —Se tironeó de la oreja pensativamente—. ¡Aun así, un helicóptero sigue sin ser nada, comparado con un colibrí! ¿Sabíais que sus alitas pueden batir en el aire más de cincuenta veces por segundo? ¿Y que la especie *Rufous,* que no es mayor que la palma de mi mano, puede emigrar a más de siete mil millas de distancia cada año?

—Esto... no —respondí sinceramente, pues no tenía ni la menor idea de qué me estaba hablando.

—Bien. Y ahora —declaró—, ¿qué me decís de ese helado? —Guiñó un ojo y aparecieron tres cuencos de madera. Estaban llenos de una especie de puré blando y oscuro, recubierto de jarabe amarillo claro para nosotros y ámbar para él. Arturo soltó el muslo de pollo y se abalanzó sobre su cuenco, que levantó hasta su rostro. Con cuidado, toqué primero el mío con un dedo. ¡Qué frío! Se parecía más a la nieve que a un alimento. Retiré la mano y fruncí el entrecejo con incertidumbre.

—De sabor a café —dijo el anciano, tras engullir una cucharada—. Con miel por encima del vuestro. —Su sonrisa se ensanchó—. Y un toque de coñac armenio para mí.

—¿Qué... armenio?

—Coñac, muchacho. Lo descubrirás en otro milenio. Y créeme, merece la pena esperar. Merece la pena incluso el horroroso viaje de todo un día en autobús hasta los viñedos.

Fruncí el ceño más aún.

—¿Viaje en autobús?

Antes de que el mago pudiera replicar, Arturo bajó su cuenco. Tenía la barbilla, las mejillas y la nariz manchadas de miel. Parecía mucho más sereno que el niño aterrorizado que me había abordado en las marismas.

—¡Recórcholis! —gritó el mago—. ¿Cómo he podido olvidarlo? No podemos cenar sin música, ¿sí o no?

Con un recargado ademán, señaló una elegante arpa que colgaba en la pared, encima de una pequeña cama, o quizás un nido, cubierto de pulmón de ave. Al instante, el arpa ascendió pegada a la pared, mostrando sus brillantes cuerdas. Excepto por la caja de resonancia de roble, con listones de fresno incrustados, su bastidor en forma de corazón estaba hecho de sarmientos vivos, firmemente entrelazados unos con otros. Las finas hojas de los sarmientos, de un vivo color verde, rodeaban el contorno del arpa. Cuando el mago hizo chasquear los dedos, las hojas se curvaron hacia abajo... y empezaron a pulsar las cuerdas. Una suave y

envolvente melodía, arrulladora como un manantial cantarín, inundó la caverna de cristal.

Durante un momento, contemplé las hojas que tañían el instrumento y luego me volví hacia el anciano que se sentaba a la mesa frente a mí.

—Tú has construido esa arpa, ¿verdad?

—Sí —respondió alegremente—, pero sólo un poder mucho mayor que el mío toca la música.

En aquel momento, un revuelo de alas descendió sobre nosotros. Una rolliza oca blanca se posó en el canto de la mesa, no lejos del pollo asado. Giró el cuello para encararse con el mago, al que fulminó con sus ojos amarillos. Graznó una vez y luego pronunció una única palabra con voz nasal:

—Asqueroso.

Estuve muy a punto de dejar caer mi cuenco.

—¿Habla?

El anciano enarcó una ceja.

—Indudablemente. —Tomó otra cucharada de helado, con mucho cuidado de no dejarse la salsa—. Pero María, no tienes que comértelo tú.

Un ala blanca restalló airadamente, derramando varios líquidos por el suelo.

—Marigaunce, si no te importa. Hay extraños presentes.

—Que sea Marigaunce, entonces. ¿No te puse yo mismo ese nombre? Pero, como dijo no sé qué bardo, ¿qué es un nombre, sí o no? Además, no son tanto extraños como huéspedes. Ya conoces al pequeño Arturo. Y este apuesto mozalbete es, a decir verdad, mi propio yo más joven.

La oca volvió la cabeza en mi dirección y estiró el cuello en toda su longitud.

—Hummm —masculló—. Apuesto que no es la palabra que utilizaría yo. —Sus ojos me miraron bizqueando—. Sólo espero que seas menos atolondrado que este viejo ganso.

Consternado, pensaba en devolverle el cumplido, pero el mago habló antes.

—No le hagas caso, muchacho. Cuando la última de mis lechuzas, la decimonovena de su linaje, finalmente emprendió el largo viaje para unirse a Dagda, juré que nunca tendría otra mascota. Llevan viviendo bajo mis tejados (y, ahora que lo pienso, bajo mis sombreros) varios siglos, pero ya basta. Demasiados excrementos en el cabello, en la sopa, en la... bueno, ya me entiendes. Entonces se presentó María, siendo apenas un pajarito, y medio muerta de hambre, por cierto. Y aunque sus modales no están a la altura de su cuello, me apiadé de ella.

—¡Bah! —escupió la oca—. Fui yo quien se apiadó de ti, no al revés.

El anciano se rascó la punta de su nariz semejante a un pico, meditativo.

—Me preguntaba, muchacho, ya que te has tomado la molestia de venir hasta aquí...

—¿Sí?

—¿Te gustaría ver más de cerca mi..., esto, tu..., no, no, nuestra caverna de cristal?

Le dediqué una sonrisa radiante.

—Oh, sí.

—Bien. —Trabó mi brazo con el suyo—. Vamos a dar una vueltecita, ¿quieres?

Juntos nos dirigimos a la alta estantería de madera repleta de libros de todos

los grosores y colores. El olor de cuero gastado se hizo más fuerte a medida que nos acercábamos, al igual que el sonido de las cuerdas del arpa, puesto que el instrumento rodeado de hojas colgaba junto a la estantería. Mi yo más viejo acarició el lomo de varios volúmenes con la punta del dedo, saludándolos como a venerables colegas.

Por mi parte, me quedé boquiabierto ante la ingente cantidad —y diversidad— de libros que ocupaban aquellos estantes. La estantería misma era tres o cuatro veces mayor que cualquiera que yo hubiese visto antes y cubría buena parte de la pared. Los estantes, y los tomos acumulados en ellos, relucían con la luz de los cristales que se colaba entre las rendijas de la madera. Al aproximarme, descubrí que los libros no estaban ordenados por temas. Por el contrario, estaban agrupados sin ninguna lógica aparente: un libro de texto de botánica reposaba junto a un tratado de Aristóteles; una historia gráfica de un lugar llamado río Ganges yacía entre dos volúmenes titulados: *Astrofísica: visión a largo plazo*. Había libros sobre travesías marinas, aves exóticas, formaciones nubosas, alguien llamado Leonardo da Vinci, hierbas medicinales y uno, llamado *El viento en los sauces*, que debía tratar de condiciones meteorológicas cíclicas en los lechos fluviales. Muchos más libros lucían nombres en lenguas que yo no conocía; la mayoría de ellos me dio la sensación de que no los habría entendido aunque hubiera estado familiarizado con la lengua en cuestión.

Y sin embargo... era evidente que él sí los entendía. Una silenciosa emoción me embargó al contemplar al hombre de barba blanca que rebuscaba en los estantes a mi lado. ¿Realmente sabría yo tanto algún día?

—¿Cómo sabes dónde está cada uno? —pregunté.

Se volvió hacia mí peinándose la barba con una mano.

—Saber qué libros hay aquí es fácil, muchacho. Lo difícil es saber qué libros existen, sobre todas las materias, de los que yo no sé nada.

—Pero tienes muchísimos —insistí, indicando con un amplio gesto todos los volúmenes—. Y además están todos mezclados.

Un amago de sonrisa elevó las comisuras de su boca.

—Eso, muchacho, es porque el propio universo está mezclado. Las únicas divisiones existentes en la esfera del conocimiento las establecemos nosotros mismos, ¿comprendes? No el cosmos. La física, la poesía, la biología, la filosofía... Todo son facetas de un mismo cristal. ¡Caramba, si dentro de otro milenio, los científicos se darán cuenta de que las mismas preguntas que se hacen ahora sobre partículas subatómicas también valen para el mismísimo origen de las galaxias! Eso sorprenderá a más de un puñado de ellos, ¿sí o no?

Al ver mi expresión atónita, se inclinó hacia mí.

—No te preocupes, muchacho. Así es como son realmente las cosas. El universo nunca dejará de sorprendernos, por muy listos que nos creamos. Así es la naturaleza, del mismo modo que está en la naturaleza de las personas seguir intentando comprenderla.

Fruncí el ceño, sin saber cómo tomarme sus palabras.

—Entonces, ¿ni siquiera podremos entender nunca realmente el universo?

Su sonrisa se acentuó.

—No del todo.

—¿Y qué podemos hacer?

—Formularnos preguntas acerca de él y maravillarnos. —Una luz, más brillante que las paredes que nos rodeaban, se encendió en sus ojos—. Por muy viejo que seas algún día, muchacho, jamás pierdas la capacidad de maravillarte.

Cogió un estrecho tubo forjado de una especie de metal que reposaba junto al borde de un estante próximo.

—Toma. Cada vez que mi capacidad de sorprenderme disminuye, utilizo esto.

Hice girar el tubo entre mis manos.

—¿Qué hago?

—¿Qué? Pues mirar a través de él, claro. —Le dio un golpecito en un extremo—. Este lado hacia ti.

Titubeante, forcé mi segunda visión a través del tubo. De pronto, di un salto atrás, tropecé con la estantería y dejé caer el instrumento al suelo de piedra.

—¡Una oca gigante! He visto...

—A María, nada más.

La oca graznó sonoramente, al tiempo que me fulminaba con la mirada desde la mesa del banquete, donde Arturo seguía comiendo.

Con un crujir de huesos, el mago se agachó para recoger el tubo.

—Se llama telescopio. Acerca muchísimo los objetos lejanos. —Su expresión se nubló un poco—. Excepto lo que más deseas tener cerca.

Lo observé mientras extendía los brazos del mismo modo que yo, tan a menudo, cuando trataba de aliviar el dolor que sentía entre las paletillas, la carga de todo fincayrano. Al cabo de un momento, me atreví a preguntar:

—¿Sólo porque nuestros antepasados perdieron las alas hace tanto tiempo tenemos que sufrir ese dolor? ¿O debemos encontrar la manera de recobrar las alas para librarnos de él?

Como si no me hubiera oído, el anciano se adentró en la caverna.

Cuando lo alcancé, se detuvo a estudiar un macetero que colgaba de un cristal curvo de color malva. En el acto, reconocí la planta que crecía en él: zostera marina, la planta más preciada para el clan de Hallia. Observando los brotes verdes oscuros, casi pude notar su rugosa textura en mi lengua. Y casi pude oír al hermano de Hallia, Eremon, explicándome por primera vez los numerosos usos que los hombres ciervo dan a esas cañas. Servían de fibra para tejer cestas y cortinas; como leña, empapadas en aceite de avellana, para las hogueras invernales, y como símbolo del vínculo del clan con la telaraña de mundos, la primera manta de un recién nacido y el sudario de un amigo difunto. Se me secó la boca al recordar a Hallia envolviendo con un paño semejante de vivo color verde el cuerpo sin vida de Eremon.

De repente, reparé en algo pequeño y estrecho que yacía entre las cañas. Era un mechón de cabello. Pese al resplandor malva del cristal, sus tonos rojizos relucían claramente.

—Eso es... —dijo, con un nudo en la garganta—. Eso es de Hallia.

—Sí —replicó el anciano con nostalgia en la voz.

Me volví, buscando su rostro.

—¿Qué le ocurrirá?

No me respondió.

—Por favor —supliqué—. No tienes que contarme lo de las alas perdidas. O

si alguna vez volveré a ver con mis propios ojos. ¡O nada más que te pregunte! Pero dime esto: ¿le ocurrirá algo terrible a ella? ¿A nosotros?

El viejo mago no me miró a mí, sino el mechón de pelo. Detrás de nosotros, el ritmo de las cuerdas del arpa se ralentizó, mientras que su melodía se tornaba más melancólica que antes.

—No exactamente —dijo por fin. Se volvió hacia mí muy despacio—. Si digo algo más, bueno, podría alterar el futuro. Para ti, además de para ella. Limitaos a saborear los momentos que paséis juntos.

—¿Momentos? —repetí con voz ronca.

—La vida entera no es más que una serie de momentos, muchacho, cada uno con sus propias elecciones, sus propias maravillas y sus propios misterios. Y me temo que también sus propios peligros. Pero una cosa he aprendido: a veces ocurre que lo que parece, en cierto momento, una maldición, se convierte al final en una bendición.

Tiernamente, acaricié un penacho de zosteras marinas.

—¿O a la inversa?

El anciano asintió.

—O a la inversa. Y nunca se sabe, hasta que ha pasado el momento.

Cogió una pesada hacha de doble filo del suelo y la levantó a cierta altura, antes de dejarla caer con un fuerte golpe.

—Tomemos esta terrorífica arma, por ejemplo. Sin duda alguna, parece un instrumento mortal, ¿verdad?

—Naturalmente —respondí—. Un hacha de guerra es para matar.

Sus cejas se unieron como nubes amenazadoras.

—Ahora bien, quizá te interese saber que esta hacha de guerra salvó, o debería decir que salvará, tu vida. ¡Incuestionablemente! La mía también, ahora que lo pienso. Y de una manera inesperada.

Sin darme tiempo a que le pidiera que ampliase su explicación, alargó los dedos hasta la empuñadura de mi espada.

—Al igual que esta espada salvará la vida del joven Arturo, aquí presente... Oh, sí, muchas veces.

Eché una ojeada por encima del hombro al niño y lo vi rebañar la sopa que le quedaba y partir un pedazo de bizcocho de almendras.

—Me lo decían los huesos que él era el elegido.

—El mismo. —Me palmeó el hombro con suavidad—. Y tú serás su guía, tanto si su misión es encontrar el legendario Grial, algo tan prodigioso como mirar a los ojos a siete lobos blancos, o encontrar su verdadero ser.

Intenté tragar saliva, pero tenía la garganta más reseca que nunca.

—¿Encontrará algún día el Grial?

—No —respondió el mago—. Pero su misión se verá coronada por el éxito igualmente.

—Eso no tiene sentido.

Introdujo los dedos en su enmarañada barba.

—Oh, sí que lo tiene, de veras. Como su misión aún más importante, proponer todo un nuevo concepto de la ley y la justicia, inspirado en elevados ideales, pero condenado a fracasar en su época. Pues el simple esfuerzo sembró el triunfo, frágil pero aun así vivo. Un triunfo que podría sobrevivir incluso a la

tragedia. —Con una mezcla de tristeza y afecto, contempló al niño, que se estaba embutiendo más bizcocho de almendras en la boca—. Por eso, en los tiempos venideros, lo considerarán el más grande de todos los reyes de Gramarye, el Rey Presente y Futuro.

Meneé la cabeza, confuso.

—¿Cómo puede Arturo fracasar, pero acabar triunfando?

—No he dicho que lo hiciera, muchacho. Sólo que podría. —Sus ojos centellearon, reflejando el resplandor de las cristalinas paredes—. Igual que tú y yo, que podemos hacerlo.

De pronto, sentí una opresión en el pecho. Permanecí allí, silencioso, deseando saber más, pero con miedo a preguntar.

El viejo mago inspiró lenta y meditativamente.

—Verás, mandé al joven Arturo a las marismas por una simple razón. Era la única manera, la única esperanza, de salvarme. De salvarte a ti. A ambos.

24
La Isla de Merlín

El anciano —mi propio yo más viejo— se secó la frente con la manga.

—Me temo que esto requiere una explicación —confesó cansadamente—. ¿Nos sentamos?

Sin aguardar mi respuesta, retorció los dedos de una manera extraña. De improviso, el suelo entró en erupción detrás de nosotros, rociando de esquirlas de piedra todo el suelo de la cueva. Salté hacia un lado, pero el mago ni se movió. Cuando me di la vuelta, vi que un haya adulta había brotado del suelo y sus ramas se arqueaban de pared a pared, hasta tocar los cristales por todos lados.

Estupefacto, estudié el árbol, cuyas gruesas raíces se aferraban ahora a las piedras quebradas. A diferencia de cualquier otro árbol que yo conociera, el tronco de éste sólo se elevaba una corta distancia por encima de las raíces antes de doblarse bruscamente hacia un lado. Después, tras crecer otro breve trecho en horizontal, el tronco volvía a erguirse y de él brotaban las ramas que llegaban hasta el techo. Conteniendo un suspiro, mi viejo compañero se aposentó en la sección horizontal y se arrellanó contra un par de ramas. Sus pies colgaban justo por encima del suelo.

—Ah —reflexionó—, siempre me ha encantado sentarme en los árboles.

—A mí también —repliqué—, pero normalmente no dentro de casa.

Haciendo caso omiso de mi comentario, apoyó la mano en la lisa corteza gris.

—Y las hayas, por alguna razón, siempre me hacen sentir más calmado. —Su voz disminuyó de volumen, al igual que la música de arpa que seguía desgranándose en la habitación—. Estas cosas son cada vez más útiles, últimamente.

—Cuéntame —dije, acercándome—. ¿Qué te ha pasado..., qué nos ha pasado?

—Tiempo al tiempo, muchacho; antes tienes que buscarte un asiento. —Su frente se pobló de arrugas—. En realidad, no hay sitio para dos sillas como ésta. Una cuestión de espacio disponible, ¿sí o no? ¡Ah, ahí está la solución! —Señaló los escabeles vacíos que había junto a Arturo, el cual estaba ocupado devorando otra pata de pollo, ajeno a todo lo que no fuera la comilona que tenía delante—. Trae uno de ésos, ¿quieres?

Empecé a moverme cuando, para mi absoluta estupefacción, algo más fue a buscar el escabel. ¡La sombra del mago! La gran silueta, alta y ancha como el propio árbol, se deslizó por la pared y el suelo de la cueva de cristal hacia la mesa del banquete. Sin un ruido, levantó el escabel, lo transportó por el aire y lo depositó a mi lado, justo encima —me alegró comprobar— de mi propia inquieta sombra.

Cuando la inmensa sombra regresó a su posición, acurrucada entre las ramas al lado de su amo, el mago asintió con satisfacción.

—Gracias, vieja amiga.

Vieja amiga, pensé. ¡Esa parte de mi futuro seguro que sería distinta! Y sin embargo... Bajé la mirada hacia mi pequeña sombra, que luchaba por liberarse de la silla, y me pregunté si era posible. Aunque estaba seguro de que la respuesta era no, cogí el escabel y lo empujé hacia un lado, justo hasta donde ya no trababa la sombra. Como era de esperar, no recibí muestra alguna de agradecimiento, sólo un descarado puntapié.

Me di cuenta de que el anciano me estaba observando.

—¿Cómo consigues que tu sombra se porte tan bien? —pregunté—. Me encantaría cambiar la mía por una como la tuya.

Negó con la cabeza, con lo cual su blanco cabello suelto brilló con el reflejo de los cristales.

—Forma parte de ti, muchacho, igual que la noche forma parte del día.

—Ojalá no fuera así —rezongué, pero me senté en el escabel—. Ahora dime, por favor: ¿qué motivó tenías para mandar a Arturo a esas marismas? ¡Por su modo de describirlo, estabas prisionero, muy probablemente al borde de la muerte! Y, sin embargo, estás aquí, en tu cueva de cristal.

Me respondió con una mirada sombría.

—Todo eso es cierto, indiscutiblemente cierto.

—Pero este lugar, tan lleno de prodigios...

—Es también mi prisión —declaró. Deslizó la mano por el liso tronco e inspiró con profundidad—. Me temo que es esa hechicera, Nimue. Me engañó, me embaucó para que le revelara algunos de mis conjuros más poderosos. Después, utilizando el poder de esta misma habitación para aumentar el suyo, volvió esos conjuros contra mí y me encerró en este lugar para siempre.

Las últimas palabras cayeron sobre mí como una losa.

—Entonces, ¿estás totalmente atrapado?

Sus párpados se cerraron.

—Sí.

—¡Esa Nimue! —grité—. Qué tortura debe ser para ti.

—Tanto más a causa de la importante labor que resta por hacer más allá de estas paredes.

Durante un momento, sus palabras se cernieron ominosamente en el aire. Luego, al abrir de nuevo los ojos, reparó en algo que había encima de su cabeza. Con una curiosa expresión, alzó una mano hacia un objeto, delgado y marrón, que pendía de una de las ramas. ¡Un capullo! A pesar de sus problemas, el mago pareció absorto, concentrado. El capullo se estremeció ligeramente con el contacto de su mano, él asintió y la tristeza pareció aligerarse un poco de su rostro.

Bajó la mano y se volvió hacia mí.

—Pero Nimue se olvidó de algo, algo bastante importante. ¡El Espejo! Todavía puedo utilizar sus senderos, las mismísimas Brumas del Tiempo, para traer a otros hasta mí, o mandarlos a otra parte. A pesar de que no puedo atravesarlo personalmente, me ofrece una ventana, ¿comprendes?, al mundo exterior. —La expresión sombría regresó—. Y, al menos por un momento, me ofrecía una posibilidad de escapar.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—La llave.

—Sí. Es, bueno, era lo único bastante fuerte para romper el hechizo de

Nimue. —Sopló para apartarse de los labios unos cabellos de su barba—. Recordé que la habían escondido en la ciénaga. Por eso mandé a Arturo, para que la encontrara y me la trajese. Cuando la hechicera se enteró, comprendió que ella tendría que encontrarla antes. También ella penetró en la niebla. Sin duda, puso las marismas de patas arriba en su búsqueda. Vaya, incluso te atrajo hasta allí para que la ayudaras..., cambiando tu historia de paso.

—¿De modo que tú, a mi edad, no pasaste un tiempo en las Marismas Encantadas?

—Cielos, no, muchacho. —Sonrió forzadamente—. En realidad, Nimue lo ha embrollado todo de una manera bestial.

—¡Yo soy el único que lo ha embrollado! —Apenas podía contener mi ira—. Ahora lo comprendo. Me engañó, igual que a ti. Sabía que la llave sólo podía utilizarse una vez. Y, aunque esperaba que yo la usaría para detener el dogal de sangre, no para liberar a los espíritus de la ciénaga, igualmente consiguió lo que más deseaba.

Mi garganta emitió un sonido que era en parte un gruñido y en parte un sollozo.

—Utilizando la llave en el pasado, decidí tu destino, mi propio destino en el futuro. Nimue me lo dijo cuando se marchó: «Te has condenado a ti mismo». ¡Eso fue lo que me dijo! Y tenía razón. Más razón de lo que jamás me habría imaginado.

—Por lo menos —dijo el anciano—, le plantaste cara.

Amargamente, hundí la cabeza entre los hombros.

—¿Y de qué me sirvió? Era lo único que ella necesitaba para salirse con la suya. —Le lancé una mirada inquisitiva—. ¿Y de qué te sirve a ti enseñarle a Arturo todos esos elevados ideales, cuando ya sabes que su reino caerá, al final? ¿Que nunca vivirá para verlos cumplidos?

El mago oprimió una rama del haya y me miró largamente. Por fin, habló con voz llena de ternura:

—¿De qué me sirve? No lo sé. Nadie lo sabe.

Me encogí de hombros.

—Me lo imaginaba. Más buenas intenciones que valen lo que un puñado de polvo al viento.

—Escúchame bien —declaró, con los ojos nuevamente llameantes—. Aún queda esto: un reino que ha sido expulsado de la tierra todavía puede encontrar un hogar en el corazón. —Enderezó la espalda y pareció aumentar de estatura ante mis ojos—. Y una vida, sea la de un mago o la de un rey, la de un poeta o la de un jardinero, la de una costurera o la de un herrero, no se mide por su duración, sino por el mérito de sus logros y el poder de sus sueños.

Con expresión ausente, contemplé las centelleantes facetas que nos rodeaban.

—Los sueños no pueden darte la libertad.

Su mano, tan profundamente surcada de arrugas, aferró mi antebrazo.

—Ah, querido muchacho, sí que pueden. —No me miraba a mí, sino a través de mí, a algo mucho más lejano—. Con toda seguridad, sí que pueden.

Estudié su rostro: los oscuros ojos, casi risueños y al mismo tiempo casi llorosos; la ancha boca, tan vieja y a la vez tan joven; la arrugada frente, marcada por ideas y experiencias que yo ni siquiera podía empezar a imaginarme, y la gran barba, enredada en algunos lugares, luminosa en todos. Sin embargo, pese a que

aquel rostro me animaba a albergar esperanzas, seguía sintiéndome derrotado.

—También debes saber otra cosa, joven mago —dijo en tono amable—. Todo lo que he enseñado y enseñaré a mi discípulo Arturo se reduce a esto: encuentra tu verdadero ser, tu verdadera imagen, y entrarás en contacto con el bien mayor, el poder superior que alienta la vida de todos los seres. ¡Sin la menor duda! Y aunque no lo logres en tu tiempo y espacio, tus esfuerzos se propagarán hacia afuera como las ondas de un estanque. Impulsadas por ese bien mayor, pueden arribar a costas muy lejanas y cambiar su destino mucho después de que tú hayas desaparecido.

—Pero el destino no puede cambiarse —protesté—. Por culpa de mi precipitación, tú y, por lo tanto yo mismo, estamos atrapados en esta cueva para siempre.

El anciano meditó mis palabras unos instantes antes de responder.

—Tú tienes un destino, muchacho. Hasta ahí es verdad. Pero también tienes elecciones. Sí, y las elecciones son nada menos que el poder de la creación. A través de ellas puedes crear tu propia vida, tu propio futuro, tu propio destino.

Me limité a mirarlo con incredulidad.

Frotó pensativamente unas hojas entre su pulgar y el índice. Al mismo tiempo, las cuerdas del arpa parecieron tañer un poco más deprisa y sus notas resonaron en las paredes con una cadencia más animada.

—Mediante tus elecciones —continuó— puedes crear incluso un mundo enteramente nuevo, un mundo que cobre vida a partir de las ruinas del viejo. —Sonrió para sí mismo de un modo misterioso, como si supiera mucho más de lo que revelaba—. Hay un poeta llamado Tennyson, de un tiempo por venir, que describe un mundo así: Avalon es su nombre. Es una tierra, afirma:

Donde no cae granizo, o lluvia, o nieve algunos,
ni tan sólo se oye el viento; pero allí está,
en pleno prado, feliz, colmado de huertas y sembrados
y frondosas oquedades coronadas por el mar estival.

Las palabras me llegaron como una cálida lluvia de verano, pero ni aun así conseguía creerlo.

—Ni siquiera puedo dominar mi escuchimizada sombra, por mucho que lo intento. ¿Cómo pueden entonces mis elecciones cambiar algo realmente en el mundo exterior?

—Bueno —dijo el mago con un suspiro, mientras inspeccionaba las ramas que lo sostenían—. En cuanto a tu sombra, puedes dejar de intentarlo y simplemente empezar a ser.

—¿Ser? ¿A ser qué?

—Y en cuanto a tus elecciones —prosiguió—, ya has influido en el mundo con ellas. De una manera indeleble, debo añadir. ¡Piensa en ello, muchacho! En tu breve estancia en Fincayra, ¿cuánto ha sido, tres años? Has despertado a los gigantes ocultos, encontrado una nueva manera de ver, demolido un castillo entero, resuelto el acertijo de un oráculo, derrotado a las malvadas criaturas que devoran la magia, llevado en tu interior el espíritu de tu hermana, curado a un dragón herido y mucho más. ¡Y eso es sólo el principio! Si no recuerdo mal, te has convertido en ciervo, en piedra, en halcón volador, en árbol, en racha de viento e

incluso en pez.

Hizo una pausa para mirar de reojo a Arturo, el cual se terminaba una tarta de frutas y pasaba a la siguiente.

—Un pez —murmuró para sí mismo—. Sí, sí, eso podría ser exactamente lo que necesita en esta etapa.

Sus brillantes ojos se volvieron rápidamente hacia mí.

—Tú tienes elecciones, muchacho. Y con las elecciones, poder. Un poder inestimable.

Muy a mi pesar, sentí un débil destello de renovadas esperanzas en algún lugar de mi interior. ¿De veras había hecho yo todo eso? Aunque sabía que la traición de Nimue me había derrotado, al parecer para siempre, aún me sentía curiosamente distinto. Más fuerte, de algún modo. Me revolví en mi asiento para sentarme más erguido.

Entonces me asaltaron oleadas de dudas.

—Puede que yo haya hecho todo eso en Fincayra, pero ¿y aquí, qué? En este lugar llamado Gramarye. Ésta es la tierra que querías salvar y ahora no puedes.

Bajo la escrutadora mirada del mago, los cristales que recubrían las paredes y el techo parecieron relucir con mayor intensidad.

—Me ocurra lo que me ocurra, o a ti, muchacho, habremos cambiado para siempre este lugar, esta isla, igual que tú has cambiado para siempre la isla que ahora es tu hogar. ¡No me cabe la menor duda! Incluso he oído decir que, para mucha gente, ya no se llama Gramarye, ni siquiera ese término moderno, Bretaña; en absoluto, prefieren llamarla la Isla de Merlín.

Sonrió casi imperceptiblemente.

—¿Dudas de lo que digo? Entonces escucha estas palabras, escritas por un poeta llamado White que no nacerá hasta dentro de más de mil años:

No es común tierra, extranjero,
ni agua, ni madera, ni aire,
sino la isla de Merlín, Gramarye,
donde tú y yo viajaremos.

Apuntó con un nudoso dedo hacia el extremo opuesto de la cueva. Desde sus profundidades, una pequeña taza de arcilla llegó flotando hasta él. Con delicadeza, la recogió en pleno aire, hurgó en su interior y extrajo una minúscula esfera. Aunque la esfera era de color marrón oscuro, relucía con un brillo espectral que parecía latir como un corazón viviente. Era, lo supe en el acto, una semilla.

—Los prodigios de esta semilla —anunció el mago— son a la vez demasiado sutiles e inmensos para nombrarlos, aunque en los años venideros lo intentará más de un bardo.

La hizo rodar lentamente entre sus dedos.

—También su historia es inmensa, de modo que sólo compartiré contigo una pequeña parte. Esta semilla fue descubierta en la antigua Logres, en el fondo de un pequeño lago de montaña, quizá por Rheged de Sagremor; transportada en secreto por un anciano druida desconocido hasta la Isla de Ineen, donde permaneció muchos años; robada por la cruel reina Unwen del reino de Powyss; perdida con el tiempo; encontrada; vuelta a perder, y encontrada de nuevo por un joven paje después de la terrible batalla de Camlann, justo aquí, en Gramarye.

Sonrió fugazmente, pero no supe si era una sonrisa de placer o de tristeza.

—Ah, muchacho —continuó, haciendo rodar la pequeña esfera en la palma de su mano—. Podría contarte mucho más, pero nada es más importante que esto: esta semilla tiene el poder de crecer hasta convertirse en algo magnífico. Verdaderamente magnífico.

Me incliné en mi escabel.

—¿No puedes decirme en qué se convertirá?

—No, no puedo.

Lo miré ceñudamente.

—¿Ni tampoco me contarás nada sobre las alas perdidas?

Negó con su blanca cabeza.

—Sin embargo, te diré algo más sobre esta semilla. Si consigues encontrar el lugar adecuado para plantarla, algún día dará el fruto más extraordinario que puedas imaginarte. Y, sin embargo, tardará muchos siglos, incluso en el más fértil de los suelos, en empezar a germinar.

Me tendió la semilla y me obligó a rodearla con los dedos.

A través de la palma de la mano noté una pizca de movimiento, una vaga pulsación contra mi piel. Con cuidado, la guardé en mi talega de cuero.

A continuación, levantando la cabeza, miré a mi yo más viejo.

—Si, como dices, tardará siglos en germinar, y mucho más en encontrar el sitio donde plantarla...

—¿Sí?

—Entonces será mejor empezar pronto, ¿no te parece?

Cuando asintió, las estrellas bordadas en su capa parecieron refulgir.

—En cuanto quieras, muchacho.

Se sacudió una hoja arrugada de la barba y la arrojó a un lado.

—Recuerda esto sobre las semillas... y también sobre los magos: pueden transformar el mundo, oh, sí, pero sólo hasta cierto punto, y por el camino, el portador de estas semillas se transforma a su vez.

Sus cejas coincidieron en el centro de su frente.

—Y hay algo más que debes saber. —Acercó su cabeza a la mía y bajó la voz hasta que no era más que un susurro—. A pesar de todas sus confabulaciones, todas sus traiciones, Nimue no contaba con este resultado: ¡nos hemos conocido, tú y yo! Y como nos hemos conocido, estamos prevenidos.

—No comprendo.

Se humedeció los labios.

—Tienes una larga vida por delante, muchacho. ¡Sin contar con los años que sumarás cuando aprendas a vivir hacia atrás! Eso te proporciona un arma que aún podría triunfar de algún modo sobre Nimue, sobre cualquier conjuro, por poderoso que sea. Es un arma que puede deshacer cualquier nudo, destruir cualquier monumento, arrasar cualquier reino... o construir uno nuevo a partir de las cenizas.

Miré furtivamente el hacha de guerra apoyada contra la pared, que centelleaba débilmente con la cambiante luz.

—¿A qué arma te refieres?

—Al tiempo. —Dio una palmadita al tronco de árbol que tenía debajo—. El tiempo te concede, nos concede, una oportunidad. Nada más y nada menos. ¡Mi

destino quizá no sea el tuyo! ¿No lo comprendes? Aún tienes libertad de elección, como yo antes. Pero ahora sabes cosas que yo no sabía. Por eso tal vez, sólo tal vez, elijas más sabiamente de lo que lo hice yo... y evites las trampas de Nimue, por muy tentadoras que sean, cuando llegue el momento.

Sintiendo un aleteo de esperanza, estreché su mano tendida. Mis dedos, mucho más lisos y rotundos, rodearon los suyos. Nuestras manos tenían un tacto muy diferente y, sin embargo, muy parecido. Noté la vibrante pasión, junto con la incertidumbre, de la juventud... y la profunda sabiduría, y un escepticismo distinto, de la edad. Sentí el peso de la tragedia, y la angustia de la pérdida, que me aguardaban.

Y sentí algo más: el mínimo aliento de una posibilidad.

La presión del mago aumentó bruscamente. Sacudió la cabeza y luego la dejó inmóvil, como si escuchara una voz lejana con la esperanza de captar algunas palabras o frases. Al cabo, me soltó la mano.

—Es hora, lamento decirlo, de que te vayas.

Estudié su preocupada frente.

—¿Qué sucede?

—Hallia —murmuró—. Está en peligro. —Dio un respingo y se frotó la sien—. En grave peligro.

Me levanté de un brinco de mi escabel.

—Entonces, devuélveme allí.

—Lo intentaré —respondió, mientras saltaba a su vez de su asiento arbóreo—. Pero no es tan sencillo. Para que salga bien, necesito tu ayuda. Porque, para llegar a tiempo, debes regresar a las brumas vivientes del Espejo y afrontar lo que encuentres allí, sea lo que sea.

Mis piernas estaban tan sujetas al suelo como las raíces del haya.

—¿Las brumas? Yo... no puedo volver allí. Aquellas caras... No sabes cómo eran.

—Pues claro que lo sé. —Extendió un dedo en dirección a mi cayado, que voló a mi lado. Titubeante, lo agarré por la caña y golpeé con la punta el suelo de piedra. Al mismo tiempo, mi sombra se dirigió a la sombra del cayado... y luego pareció cambiar de opinión y se apartó.

—Aquellas caras —me previno el mago— no serán menos terroríficas esta vez. Quizá lo sean más aún. Pero sólo tú puedes encontrar el camino a través de ellas. Sólo tú. —Su mirada me traspasó—. No es nada que tú, es decir, nosotros, podamos evitar, muchacho.

Tragué saliva ansiosamente.

—Me gusta más cómo suena lo de nosotros.

Su mano oprimió el retorcido mango de mi cayado.

—Y siempre será así.

Asentí enérgicamente.

—Siempre.

Retiró la mano y señaló mi talega.

—Recuerda la semilla, ¿eh?

—Lo haré.

—Y en cuanto a los rumores sobre la pérdida de las alas...

—¿Sí?

Me pareció que tenía un tic en un ojo.

—Con esos rumores tan exagerados, nunca se sabe. Hay demasiadas especulaciones, ¿sí o no?

Hice rechinar los dientes.

—¿Estás seguro de que no puedes decirme nada?

—No, muchacho. Por la misma razón que no le dijiste nada a Arturo sobre su espada. Ya lo averiguará, de la manera correcta, demasiado pronto. —Soltó un gruñido que podía haber sido una carcajada—. Como tú.

—Oh, pero no puedes...

—¿No puedo qué?

—¡Dejarme sin respuesta!

Las pobladas cejas se elevaron.

—¿Sobre qué?

Durante unos segundos lo fulminé con la mirada, mientras él me devolvía una expresión inocente. Después, con un recargado ademán, señaló la mesa del banquete. Desapareció por completo, comida incluida, con lo cual la oca cayó al suelo graznando airadamente. Arturo, por otra parte, salió mejor parado. Se limitó a morder el aire donde, el instante anterior, había una jugosa ciruela. El niño se nos acercó a paso vivo, pisando a la oca, con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Hizo una breve pausa para admirar el haya y acariciar una de sus raíces, antes de unirse a nosotros. Al verme empuñando el cayado, se secó una mancha de ciruela de la barbilla.

—¿Ya te marchas? —preguntó.

—Sí —respondí—. Debo ir a ayudar a Hallia.

Se puso rígido.

—Entonces te acompaño —declaró resueltamente.

—No, no —repliqué, y apoyé una mano en su hombro—. Tu misión está aquí. —Lo examiné unos instantes—. Y tu misión, estoy seguro, es producir muchos momentos de grandeza.

Su mandíbula se tensó.

—¿Volveré a verte alguna vez, joven halcón?

Negué con la cabeza.

—No hasta dentro de muchísimo tiempo. —Después, inclinando la cabeza hacia su maestro, añadí—: Es decir, desde mi punto de vista. Desde el tuyo, bueno..., ya me has vuelto a ver.

Sonrió una vez más y la luz jugueteó en sus dorados rizos.

—Supongo que es verdad. —Me tendió una mano—. Aunque no hemos estado mucho tiempo juntos, me alegro mucho de haberte conocido.

Mi mano estrechó la suya.

—Sí, amigo mío. Me alegro de conocerte. —Ladeé la cabeza, indicando al viejo mago que nos observaba con atención—. Cuida de él, a partir de ahora. Tanto si se lo merece como si no.

Aunque pareció momentáneamente perplejo, el niño asintió con seriedad.

—Lo haré, te lo prometo.

De pronto, una densa niebla empezó a arremolinarse a mi alrededor. Rápidamente, empañó las paredes y el techo cristalinos de la cueva. Distinguí las últimas facetas destellantes mientras sabía que no volvería a verlas hasta dentro

del tiempo equivalente a varias vidas. Un instante después, el haya se desvaneció, seguida por Arturo. Pronto sólo quedaba la oscura y borrosa silueta del viejo mago. Alzó la mano, saludándome a través de demasiada niebla, demasiado tiempo. Luego, abruptamente, desapareció.

25
Túneles

Permanecí rígido como una columna de piedra en medio de un mar embravecido, un mar de niebla. Las nubes, cada vez más oscuras, me rodeaban tan de cerca que por un momento creí que iban a asfixiarme. Pero, de algún modo, continué respirando. Y también contemplando con creciente agitación los cúmulos giratorios que me envolvían hasta el infinito.

Como antes, los sinuosos vapores formaban intrincados patrones —mundos dentro de mundos— que se extendían hasta el infinito en todas direcciones. Pero, a diferencia de antes, estos patrones eran irreconocibles: no sólo lugares o parajes que yo ya conocía, sino algo totalmente distinto a lugares. Ni valles, ni bosques, ni poblaciones emergían de los pliegues de la niebla. Ni trazas de sueños secretos, ni temores ocultos tironeaban de mi memoria. No se presentó ninguna forma o sensación que hubiera percibido antes.

Sólo niebla.

Y algo más: mi miedo, creciente como una nube de tormenta acumulándose en mi interior. Temía por Hallia, víctima de algún peligro de origen desconocido. ¿Llegaría en su ayuda a tiempo? Aunque lo lograra, ¿sería capaz de ayudarla? Y temía también por mí mismo, de un modo tan profundamente irreconocible como la propia niebla. Incluso mi sombra, que se acurrucaba a mis pies, parecía abrumada de miedo.

Con el tiempo, las nubes empezaron a moverse siguiendo esquemas distintos. Contemplé, con el pulso del terror redoblando cada vez más fuerte en mi cabeza, cómo los efluvios que tenía delante se aglutinaban y formaban un círculo: un agujero, la boca de un túnel que penetraba en las tinieblas ante mí. A continuación, a mi izquierda, se abrió otro agujero. Y luego apareció otro encima de mi cabeza; dos más a mi derecha; varios más frente a mí. Al poco rato, me hallaba rodeado por un panal de túneles que se alejaban interminablemente en todas direcciones.

De improviso, percibí un movimiento en uno de los túneles. Un reflejo de luz brilló sobre una figura que emergió de las sombras lentamente. Era, lo vi con un estremecimiento, un rostro. ¡Mi rostro! Eran mis ojos, más oscuros que los túneles; mi cabello, de lo más rebelde, y mis cicatrices, que recorrían mis mejillas y mi frente. Mi rostro, una imagen perfecta de mí mismo, me miraba intensamente.

Después, en otros túneles, empezaron a aparecer nuevos rostros. Unos tras otros, se materializaron a partir de los vapores; todos me miraban, todos esperaban, aparentemente, que ocurriera algo. Y todas las caras eran la mía. Por todos lados, encima igual que debajo de mí, veía la imagen de mí mismo. Observándome en silencio, los rostros me desafiaban, cada uno idéntico al resto. Ahora no sólo contemplaba un infinito mar de niebla, sino un cristal de innumerables facetas, y cada faceta era un espejo que me devolvía mi propio reflejo.

De pronto, una de las caras habló, con mi voz exacta:

—Ven, joven mago. Entra en mi túnel, pues es el único camino que conduce a tu hogar.

Antes de que pudiera responder, otra cara me llamó desde arriba:

—No eres un mago, sino un buen hijo. ¡Y éste es el sendero que buscas! ¿Acaso no eres el valiente niño que salvó la vida a su madre en una rocosa orilla, hace muchos años? Ven, sígueme..., antes de que se te acabe el tiempo.

—¡No hagas caso de lo que dice! —objetó otro rostro—. Yo sé quién eres en realidad: no un mago, ni un hijo, sino un espíritu de la naturaleza, hermano de los arroyos y del cielo, de los campos y del bosque. Ven conmigo. ¡Al hogar se va por aquí!

—Di la verdad —dijo burlonamente otra cara—. Aspirabas a ser todo eso y mucho más. Pero has fracasado en todo y en tu interior sabes que siempre te ocurrirá lo mismo. Porque eres un chapucero, cuyas debilidades siempre corromperán sus mejores intenciones. Dime si no digo la verdad.

Muy a mi pesar, asentí.

—Entonces, debes seguirme a mí —ordenó el rostro—. Sólo el verdadero camino te llevará a casa. ¡Date prisa, ahora que aún tienes tiempo!

—No —lo contradijo el rostro que había hablado primero—. Eres un mago y algún día serás uno de los grandes. ¡Ahora ya lo sabes! Ven por aquí.

—En el fondo —fue la réplica—, sigues siendo un chapucero. Ven conmigo. ¡Sigue la verdad más profunda! No te dejes engañar por tu vanidad, por tus deseos.

Otras caras me gritaban, todas con mi propia voz. Una me calificaba de sanador, un reparador de tendones desgarrados y tejidos seccionados; otra me llamaba explorador, un aventurero solitario que había construido, hacía mucho tiempo, una balsa de madera y hallado la ruta jamás cartografiada hasta Fincayra; otra distinta me aclamaba como campeón, el salvador de los necesitados. El coro de voces se multiplicó, atronador en mis oídos. Para los distintos rostros, yo era un sembrador de semillas, un maestro de innumerables lenguas, un joven apasionado que ansiaba pasar incontables días con Hallia, un embaucador que gozaba con cualquier oportunidad de sorprender y muchas otras cosas más.

A medida que las voces aumentaban, lo mismo le ocurría a mi confusión... y a mi certeza de que cualquier oportunidad que tuviera de salvar a Hallia se me estaba escapando rápidamente. Si sólo uno de los túneles podía llevarme de vuelta, debía decidir de algún modo cuál tomar. Y debía decidirlo pronto.

Para mi horror, los túneles empezaron a moverse, a deslizarse a un plano superior o inferior de los vapores circundantes, a correrse hacia un lado o a danzar erráticamente. Los movimientos de las caras se aceleraron con rapidez. Al mismo tiempo, suplicaron, lisonjeraron y ordenaron con mayor desesperación. Apenas podía seguir la pista de qué rostro decía qué, y mucho menos elegir el correcto.

En medio de la creciente cacofonía, oí otra voz, procedente de las profundidades de mi memoria: la voz de mi yo más viejo: «Sólo tú puedes encontrar el camino —había dicho—. Sólo tú». Pero ¿qué camino iba a encontrar? ¿Qué camino... y qué yo?

Los rostros danzaban con mayor frenesí. Ahora muchos eran un mero borrón de movimiento y sonido. «Puedes simplemente —me apremió la voz del viejo

mago— empezar a ser.» Pero ¿a ser qué? Mi mente giraba a toda velocidad. ¿Qué me había dicho que esperaba enseñar, por encima de todo, al joven Arturo? «A encontrar tu verdadero ser —había dicho—. Sí, y con él, tu verdadera imagen. Entonces entrarás en contacto con el bien mayor, el poder superior que alienta la vida de todos los seres.»

Mi verdadero ser. Mi verdadera imagen. Pero ¿cuál de las imágenes que formaban un enjambre a mi alrededor era la verdadera? Tal vez, algunas eran en parte ciertas, pero ¿cuál era la elección correcta? ¿El reflejo correcto?

Los túneles, y los rostros que contenían, empezaron a retroceder, a retirarse hacia los remolinos de niebla. Aunque los gritos se hicieron más agudos, empezaron a amortiguarse lentamente. Algunos me resultaban ya casi inaudibles; otros aún podía oírlos, pero apenas los veía debido a los envolventes efluvios. Sólo me quedaban unos cuantos segundos, como máximo, antes de que se esfumaran todos.

«El reflejo correcto.» ¿Qué reflejo? Una imagen, una forma, se impuso ante mi visión. Pero ¿era yo quien me miraba, el rostro del espejo... o era algo más, algo distinto a mí? La naturaleza de los espejos, después de todo, no es mostrar la forma real. El verdadero ser. Igual que mi sombra, encogida y desobediente, no mi verdadera figura, ninguna imagen reflejada podía ser mi verdadero yo.

Y aun así... mi sombra era diferente, al menos en un sentido. Estaba, para bien o para mal, atada a mí, igual que la sombra de mi yo más viejo estaba atada a él. A diferencia de un rostro reflejado por un espejo, que desaparecería si se retiraba el espejo, mi sombra formaba parte de mi ser, era un compañero de por vida. Sin embargo, por mucho que detestaba admitirlo, mi sombra me pertenecía a mí y yo a ella.

Como en una revelación, lo comprendí de golpe. El espejo que necesitaba encontrar, el rostro que precisaba ver, no era uno de los reflejos que ahora me rodeaban. Tampoco estaba fuera de mí, en absoluto. Por el contrario, se hallaba en algún lugar de mi interior, en la ciénaga más profunda, en el rincón más oscuro de mi propio ser. En un lugar donde jamás llegaba la luz del sol, y donde el cuerpo y la sombra se fundían en una misma cosa.

Los rostros y sus voces desaparecieron repentinamente. Una ola de niebla me cubrió y me envolvió por completo. Me empujó hacia abajo sin detenerse por un nebuloso túnel que se abría a mi paso. Cuando el aire se oscureció a mi alrededor, sólo supe que ya había decidido mi elección. Y dondequiera que estuviera cayendo, mi sombra caía conmigo.

26
Una prueba de lealtad

La oscuridad se espesó y se endureció hasta convertirse en frialdad, en un peso abrumador que me aplastaba por todos lados. Mis huesos, y hasta mis venas gritaban de agonía. De pronto, la presión cesó. La luz regresó. Un repentino desgarrón... y algo me golpeó en un lado de la cabeza. Una fracción de segundo más tarde, una lanza de madera rebotó en la columna de piedra que tenía detrás y su asta me golpeó en la sien. Aturdido, di un traspié y estuve a punto de caer de bruces en un maloliente charco.

¡La ciénaga! Había regresado. Frotándome la cabeza, miré hacia el arco de piedra y el Espejo que enmarcaba. Las nubes de niebla se retorcían bajo la cambiante superficie, exactamente igual que durante incontables eras.

—¡Hallia! —grité—. ¿Dónde...? —Antes de saber lo que ocurría, una mano de tres dedos me agarró por el cuello y me empujó hacia atrás. Caí de espaldas, salpicando agua lodosa en todas direcciones.

Rodé sobre mí mismo en el lodazal y me encontré mirando desde abajo a mi musculoso agresor. Sus estrechos ojos relucían bajo su casco puntiagudo; un peto cubría la mayor parte de su pecho. El sudor corría a raudales por la piel gris-verdosa de sus brazos. ¡Un trasgo guerrero! ¿De dónde habría salido? Los que habían sobrevivido a la caída del Castillo Velado vivían ahora ocultos, dispersos por los rincones más remotos del territorio. No se atreverían a salir a la luz..., a menos, comprendí con desaliento, que alguien les hubiera prometido protección a cambio de sus servicios. Alguien verdaderamente malvado.

—Aquí hay otro —dijo el trasgo con voz ronca, y me propinó una violenta patada en las costillas, al tiempo que alzaba su espadón.

Me aferré el costado, incapacitado para desenvainar mi espada. Rodé de lado con el tiempo justo de eludir su hoja, que se clavó en el barro. Antes de que pudiera volver a levantarla, empuñé mi cayado por la punta y lo blandí. El mango se estrelló contra la cabeza del trasgo y le arrancó el casco. Con un rugido, la criatura cayó sobre la hierba de la ciénaga y se quedó inmóvil.

Mareado, me esforcé por incorporarme, oprimiéndome con la mano las doloridas costillas. De pronto, percibí el olor. Dulce, empalagoso hasta el mareo, llenaba mis pulmones al mismo tiempo que los abrasaba. Me estremecí, como si una terrible prensa se abatiera sobre mí. Pues había reconocido el olor en el acto: el aroma de rosales en flor.

—Vaya, vaya, así que has decidido mostrarte por fin. —La fría y seca voz de Nimue me hizo más daño que la patada del trasgo.

—¿Dónde estás? —grité a los vapores de las marismas que rodeaban el arco—. ¿Dónde está Hallia?

La incorpórea voz prosiguió sin pausa alguna.

—Me has dado un buen susto, niño mago. Había empezado a preocuparme de que hubieras intentado seguir a ese lacayo infantil al interior del Espejo.

Estuve a punto de replicar..., pero me reprimí a tiempo.

—Habrías acortado tu vida una barbaridad, ¿eh? Y entonces me habrías privado del placer de hacerlo yo misma. —Emitió un prolongado sonido gutural—. ¡Ese Espejo, algún día, también conocerá mi ira! Porque, aunque sobreviví en mi viaje por sus brumosos corredores para venir aquí, aún me resiento de las cicatrices. Y no tengo el menor deseo de que se me vuelvan a abrir..., hasta que el resto de mis poderes, que tú me arrebataste de un modo tan insensible, me sean devueltos. ¡No, ampliados! Por eso he decidido permanecer en tu adorable islita un rato más, para recobrar las fuerzas, además de unas cuantas baratijas interesantes. Hummmm, sí, como tu cayado.

Sin dejar de escrutar los vapores, aferré la caña de madera con más firmeza.

Nimue cloqueó para sí misma.

—Todo eso, no obstante, es secundario. El hecho es que me encanta resolver problemas. Sobre todo con varios siglos de antelación. Por eso creo que debería disolverte a ti, pequeño mago. Aquí y ahora.

Dicho eso, se materializó en el aire frente a mí. Su túnica blanca, inmaculada como siempre, se henchía a su alrededor, mientras sus ojos opacos me escudriñaban. A su lado, con sendas espadas desenvainadas, se erguían ocho o nueve trasgos guerreros. Y a sus pies, tendida en el lodo, yacía la figura inerte de una joven humana.

—¡Hallia! —grité—. ¿Qué le has hecho?

Nimue hizo un puchero con los labios, en un remedo de beso.

—Siempre serás un sentimental. —Se sacudió una pelusa de la manga—. No te preocupes, sigue viva. Por ahora, al menos. Reservaba sus últimos estertores agónicos para que tú los presenciaras. —Hizo un gesto con la cabeza al trasgo guerrero más cercano—. Arráncale la cabeza, ¿eh? Quiero un corte irregular, nada limpio.

—¡No!

El trasgo soltó una risotada resollante y empuñó su espada con ambas manos. Sus fornidos brazos se flexionaron. Con un movimiento brusco, alzó la hoja en alto, muy por encima de su cabeza. Después, con toda su fuerza, descargó un mandoble sobre Hallia.

En ese instante, un nuevo poder recorrió mis brazos. No tenía ni idea de qué se trataba, ni de dónde provenía, sólo que me atravesó con la velocidad de un halcón lanzándose en picado... y que parecía fluir por todas partes de mi ser, cuerpo y alma, actuando al unísono como jamás lo habían hecho antes. Sin tiempo para pensar, levanté ambas manos, apuntando con una al trasgo guerrero y con la otra a Nimue.

Un súbito chisporroteo desgarró el aire. Unos rayos de luz azul brotaron de mis dedos. Uno alcanzó al trasgo guerrero en el pecho, justo antes de que su arma estableciera contacto con el cuello de Hallia. Su peto se rajó; con un estallido azulado, él y su espada salieron despedidos hacia atrás.

El otro rayo de luz se precipitó hacia la hechicera... y se detuvo bruscamente ante la mano extendida de mi enemiga. Durante una fracción de segundo lo mantuvo inmóvil. Después, hizo un despreocupado gesto en mi dirección. El rayo retrocedió a toda velocidad por el aire, directo hacia mí. Me agaché cuando pasaba justo por encima de mi cabeza y desgajaba la esquina de una de las columnas

bastamente labradas. Las enredaderas que bordeaban la piedra se volatilizaron, convertidas en cenizas.

Nimue me miró de hito en hito, al parecer sólo ligeramente molesta.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer, patético jovenzuelo? ¡Hmmm, qué pena! No tendrás el tiempo que necesitas para aprender a hacerlo mejor.

Indignado, arremetí contra ella blandiendo mi cayado. Se limitó a exhalar una bocanada de aire. Me estrellé contra una muralla de aire macizo que me empujó hacia unas zarzas envueltas en musgo. Patiné entre las zarzas y acabé chocando contra el tronco de un sauce caído al borde de un sucio estanque. Sobre mí llovieron ramas rotas mientras me zambullía en el lodazal.

Débilmente, levanté la cabeza. Nimue hizo señas a una pareja de trasgos guerreros y les espetó una orden:

—Acabad con la mujer ciervo como queráis. —Avanzó hacia mí con una perversa sonrisa—. Pero éste dejádmelo a mí.

Vislumbré un par de espadas subiendo. De pronto, la cabeza de Nimue y su cabello negro suelto me taparon la vista. Su sonrisa se ensanchó progresivamente mientras se acercaba. Traté de incorporarme apoyando la espalda en el tronco y obligando a mis temblorosas piernas a sostenerme. Sin previo aviso, mis botas resbalaron en el lodo y volví a zambullirme en el charco.

—Pobre infeliz —dijo con voz arrulladora la hechicera a sólo dos pasos de distancia—. Permíteme poner fin a tu incomodidad.

Conseguí arrodillarme en el cieno. El denso limo me corría por el cuello y por los brazos, pero mantuve la voz firme:

—Nunca ganarás. Nunca.

Sus párpados se entornaron en una mirada cruel. Muy despacio, levantó un brazo. Su dedo índice, ligeramente curvado, apuntó hacia mi pecho.

—Ah, mi pequeño mago, estás equivocado, muy equivocado. Ya he ganado. —Una risita cascada brotó de su garganta—. ¿Y no es una ironía encantadora, eh, que haya ganado dominando los mismos conjuros que me enseñaste tú, en tu forma más vieja?

Sus dedos se engarfiaron.

—Ha llegado tu...

Blam. Una figura enorme, mayor que un peñasco, cayó del cielo. Se estrelló contra el suelo justo detrás de Nimue, provocando una explosión de barro y escombros que salieron volando en todas direcciones. Con un alarido, la hechicera cayó de bruces sobre mí. Una ola de cieno nos cubrió hasta la cabeza.

Cuando logré sacar la cabeza del lodazal, divisé a Nimue, goteante de oscuros jugos de la ciénaga. Pronunció una soez maldición mientras luchaba por escapar del lodo. De pronto, vi la descomunal cabeza que se cernía sobre nosotros. Un ojo triangular, anaranjado y reluciente, me miraba desde las alturas. Unas escamas moradas y escarlatas cubrían toda la cara, excepto la larga oreja azul que sobresalía como un estandarte ondeando al viento.

—¡Gwynnia! —Rodeé su inmenso hocico con un brazo y oprimí mi cara contra la suya. Después, señalé a los trasgos guerreros, muchos de los cuales habían sido derribados por el impacto—. ¡Ahora busca a Hallia! ¡Por allí!

Con un atronador rugido, la hembra de dragón giró sobre sí misma. Su cola restalló como un látigo antes de golpear al trasgo guerrero más próximo a la figura

inerte de Hallia. El trasgo salió volando en línea recta hacia el Espejo. De repente, la brumosa superficie se aplanó y relució de un modo siniestro. Como una sima sin fondo en el terreno del tiempo, se tragó por completo al trasgo. Incluso antes de que el ruido de algo al romperse se extinguiera, la superficie volvió a convulsionarse y a mostrar remolinos de nubes, como antes.

Entretanto, el desgarbado cuello de la cría de dragón se extendió en dirección a Hallia. Gimoteando, Gwynnia empujó suavemente el cuerpo de su amiga con el extremo del hocico, mientras sus correosas alas se agitaban con nerviosismo sobre su espalda. Pero Hallia no se movió, ni emitió ningún sonido.

Salí dando traspiés del estanque. Recuperé mi cayado y volví la vista hacia Nimue. Se estaba quitando terrones de barro y palitos que se le habían pegado al cabello y, de paso, arrancándose también los pelos. Al verme, lanzó un aullido de rabia y agitó los brazos enloquecidamente. Una bola de fuego que abrasaba el aire como lava fundida apareció en su mano. Al grito de: «¡Muere por el fuego, mago advenedizo!», echó el brazo hacia atrás y me arrojó la bola.

Las cicatrices de mis mejillas me escocieron por el calor cuando la bola de fuego voló hacia mí silbando. Sólo tuve tiempo de alzar mi cayado, imbuyéndole todo el poder que pude reunir con la esperanza de que me sirviera de escudo. En el momento del impacto, los irregulares brazos de un relámpago brotaron de la empuñadura del cayado y colisionaron con la bola de fuego, a la que desviaron hacia un montículo de turba cercano. Enseguida se elevó un rugiente muro de fuego que consumió todas las cañas, el musgo y las raíces partidas de la zona.

Gwynnia, al no detectar ningún movimiento por parte de Hallia, bramó de angustia. Su lengua, fina como una de sus garras y de color morado oscuro, lamió suavemente el rostro de su amiga. El brazo de Hallia pareció elevarse, pero volvió a caer lánguidamente. No supe si se había levantado solo.

—¡Guerreros! —aulló Nimue. Salió del estanque a grandes zancadas, sin dejar de darse tirones de pelo—. Matadlos a todos. ¡Digo que los matéis, ahora!

Rugiendo con furia, los trasgos se abatieron sobre nosotros empuñando pesadas lanzas, espadas y hachas. Varios de ellos atacaron a Gwynnia y otros dos se abalanzaron sobre mí. Tuve que emplearme a fondo para mantenerme fuera del alcance de sus mortíferas hojas, al tiempo que intentaba acercarme lentamente a Hallia. A un lado vi la cola de Gwynnia fustigando el aire, intentando proteger de los atacantes a nuestra compañera caída. Al otro lado, Nimue se preparaba para lanzarme otra bola de fuego abrasador.

Las espadas hendieron el aire justo por encima de mi cabeza; las lanzas se clavaron en el cieno a mis pies. Ahora estaba recostado en la columna calcinada del arco. Durante una fracción de segundo, me planteé zambullirme en la niebla y salvarme..., pero no podía dejar a Hallia allí. Mientras la risa de Nimue se elevaba hasta la cruz del arco, un enorme trasgo guerrero que lucía un brazalete rojo por encima del codo me hizo frente. Lanzó un ronco gruñido jadeante y trató de cortarme la cabeza con sus dos hachas de guerra.

En lugar de agacharme, hice lo que menos esperaba: apoyé el pie en la columna y me catapulté sobre él. Mi pecho embistió contra su hombro y desprendió una placa de su armadura. Una de las hachas alcanzó la columna. Volaron chispas por el aire. La segunda hacha se enterró en la espalda de otro guerrero. Mientras tanto, yo rodaba por la hierba de la ciénaga sin poder evitarlo.

Finalmente, me detuve. Aunque todavía me daba vueltas la cabeza, me di cuenta de que había quedado casi debajo de la cola de la hembra de dragón. La sombra de su punta provista de púas pasó por encima de mí cuando la blandió para repeler a uno de nuestros agresores. Sin embargo, no me quedé a presenciar su combate, porque mi atención se dirigió al cercano cuerpo inerte. Me arrastré hasta Hallia y le levanté la cabeza para acercarla a la mía.

—Hallia...

Muy debilitada, abrió los ojos. Mi corazón dio un vuelco cuando vi aquellos profundos estanques castaños y el fuego que brillaba en su interior, una vez más. Pero el fuego ardía débilmente, se estaba apagando. Al cabo de unos segundos, volvió a cerrar los ojos. Concentré todas las fuerzas que me quedaban en los brazos, en las manos y en Hallia. *¡Circula, poder mío!¡Vuelve a traerla a mi lado!*

Esperé a que se moviera, a que inspirara, aunque sólo fuera una vez y con dificultad, pero no ocurrió nada. Desesperado, la sacudí por los hombros. Todavía nada. Yacía allí, inmóvil como mi propio corazón helado.

De pronto, se estremeció y boqueó en busca de aire. Sus ojos se abrieron de nuevo.

—Joven halcón —dijo con voz ronca—. Has vuelto.

En el momento que empezaba a responderle, la voz de Nimue sacudió la ciénaga.

—¡Morid, todos vosotros!

Al ver que la hechicera apuntaba con su bola de fuego, Hallia me aferró el brazo. Al mismo tiempo, vislumbré fugazmente una expresión atroz en la cara de Gwynnia: una mirada de terror. Rodeada de trasgos guerreros, ya no podía seguir manteniéndolos a raya. El cerco se iba estrechando a su alrededor. Las armas de los trasgos aporreaban las escamas de su dorso, intentaban clavarse en sus ojos y hurgaban en su vientre, que subía y bajaba al ritmo de su respiración acelerada. En pocos segundos más, caería con toda seguridad.

Nimue soltó el brazo como si fuera un resorte. La bola de fuego, de un brillo incandescente, salió volando de su mano. Escupiendo llamas, cayó sobre nosotros. Estaba cada vez más cerca. Esta vez no tenía el cayado para desviar el proyectil, por lo que intenté proteger el cuerpo de Hallia con el mío.

En ese instante, algo salió de los vapores como una exhalación y hendió el aire, dejando un fino rastro de oscuridad. Cuando impactó con la flamígera bola, justo ante nuestras narices, se produjo un repentino sonido ahogado... y la bola de fuego desapareció.

Nimue, boquiabierta, se quedó mirando fijamente el sitio. Sus trasgos guerreros también intuyeron que algo iba mal. Aunque seguían esgrimiendo sus armas, empezaron a vacilar y a mirarse mutuamente con preocupación. Dos de ellos dieron un paso atrás, apartándose de la hembra de dragón. En ese momento, docenas de siluetas emergieron de las marismas circundantes y nos rodearon con sus sombras imprecisas.

¡Espíritus de la ciénaga! La mayoría sólo eran distinguibles como vagas formas temblorosas o como ojos que parpadeaban flotando entre los efluvios. Pero resultaban inconfundibles. La mayoría empuñaba pesados arcos con flechas negras como el carbón listas para disparar. Flechas capaces de traspasar el día.

El inmenso trasgo de los brazaletes rojos gruñó fieramente. Avanzó hacia los

espíritus de la ciénaga más próximos blandiendo un hacha de guerra por encima de su cabeza. Al instante, tres flechas que dejaban tras de sí una cinta de oscuridad se clavaron en su pecho. Dio un paso atrás y cayó de bruces en el cieno, tras lo cual no volvió a moverse.

Temblando de rabia, Nimue corrió hacia la línea de arqueros. Obedeciendo una silenciosa orden, un gran número de ellos cambió de postura y apuntó sus flechas contra la hechicera. Nimue se puso rígida y los miró ceñudamente. Luchando por contener su ira, se cubrió del todo los hombros con su mantón de hilos de plata. Por fin, dijo con voz tensa:

—Vaya, vaya, mis viejos amigos. No pensaréis en hacerme daño, ¿verdad?

A modo de respuesta, los espíritus de la ciénaga tensaron las cuerdas de sus arcos. El rostro de Nimue, ya blanco, palideció aún más. Tras unos instantes de tensión, volvió a encararse con ellos, abandonando todo fingimiento de complicidad.

—¿De verdad creíais que podíais derrotarme tan fácilmente? —berreó, con los puños crispados—. ¡Pagaréis por esta traición, oh, sí, con la duración de muchas vidas de dolor! ¡Esperad a que recupere por completo mis poderes! Las cadenas que llevabais antes os parecerán una delicia, comparadas con los tormentos que improvisaré para vosotros.

Varios de los espíritus de la ciénaga parecieron titubear; dos o tres de ellos bajaron sus arcos. Pero el resto permaneció en su sitio, con las armas preparadas, enfrentándose cara a cara con la hechicera. Lo que nadie había observado, sin embargo, era que durante su discurso, Nimue había levantado lentamente la mano, hasta señalar con ella el punto donde Hallia y yo estábamos tendidos en el suelo. De pronto, advertí que un resplandor rojizo aparecía en la punta de su dedo índice extendido.

—¡Cuidado! —grité—. ¡Nos ataca!

—Demasiado tarde, niño de teta mago —replicó despectivamente, sin apartar la vista de la línea de espíritus de la ciénaga—. Ahora, ex aliados míos, comprobaremos vuestra lealtad. ¿Os parece bien, eh? Escuchad mis condiciones, pues sólo os las ofreceré una vez: soltad vuestras armas ahora y no os haré nada. Os doy mi palabra de honor. Mi única presa será la vida de estos dos asesinos que tanto daño me han hecho.

Hizo una pausa para dejar que sus palabras hicieran mella en los oyentes.

—De lo contrario, si en vuestra obstinación decidís atacarme, os lo advierto: tendré el tiempo suficiente antes de que vuestras flechas me alcancen para mandar una llamarada a vuestro amigo mago y a su doncella. —La punta de su dedo parecía echar humo y crepitar—. Quizá no tenga la suerte de matarlos a ambos, pero os prometo que al menos uno de ellos morirá, con toda seguridad.

Mientras Hallia y yo permanecíamos inmóviles, un grave murmullo se elevó entre los espíritus de la ciénaga congregados. Me devané los sesos buscando cualquier cosa, lo que fuera, que nos sacara del apuro. Pero cualquier intento de moverme, por no hablar de atacar, sin duda provocaría que Nimue liberase sus llamas retenidas y nos incinerase a Hallia y a mí. Me pareció observar que Gwynnia también había llegado a la misma conclusión terrible. Aunque sus ojos brillaban de angustia, permanecía completamente inmóvil, incluso con las alas en tensión y pegadas a la espalda.

Al cabo de un rato, los espíritus de la ciénaga volvieron a guardar silencio. Sus brillantes ojos centelleaban entre los jirones de niebla que se entretejía alrededor de sus cambiantes siluetas. Aunque yo estaba seguro de que la hechicera, como yo mismo, esperaba que elegirían retirarse y salvarse, no cedieron. Claramente, habían decidido poner a prueba la determinación de Nimue... y, de paso, tratar de salvarnos la vida a Hallia y a mí.

El rostro de la hechicera se deformó en una colérica mueca. Su dedo crepitó con más intensidad y desprendió una fina columna de humo ascendente. Mi mano oprimió la de Hallia, mientras mi mente buscaba con desesperación alguna manera de escapar.

Un ligero movimiento a mi lado atrajo mi atención. ¡Mi sombra! Al instante, le dirigí una silenciosa orden: *Aunque no vuelvas a obedecerme nunca más, ¡debes hacerlo ahora! Ve a detenerla, si puedes.*

La sombra pareció titubear y se encogió hasta presentar sólo una ínfima porción de su tamaño real. A continuación, surcando el aire como un lobo, se separó de mí con un brinco, embistió a la hechicera y le propinó un cabezazo en el estómago.

Nimue lanzó un aullido y reculó, trastabillando. El rayo abrasador que brotó de sus dedos se dispersó inofensivamente entre los vapores de la ciénaga, por encima de su cabeza. Antes de que pudiera recobrarse, me abalancé sobre ella y la empujé con todas mis fuerzas. Cayó hacia atrás, hasta que una de las columnas de piedra la detuvo de forma violenta. Unos dedos de niebla brotaron de la superficie del Espejo, en busca de su carne. Nimue intentó sacudírselos manoteando y contorsionándose. La superficie restalló bruscamente y se transformó en una rígida lámina negra. Durante un breve instante, sin dejar de manotear para conservar el equilibrio, la hechicera contempló su oscuro reflejo... y algo más que había al otro lado.

—¡No! —gritó mientras caía en el Espejo. Desapareció en sus entrañas y su alarido final se mezcló con el estruendo de algo al romperse, hasta que ambos se disolvieron en el silencio.

Mientras el dulce aroma de Nimue se evaporaba, nadie se movió. Después, de golpe, sonó un retumbante grito de júbilo, primero de Hallia y mío, luego de Gwynnia (que además aporreó el suelo con la cola, proyectando barro en todas direcciones) y finalmente de los espíritus de la ciénaga, cuyas voces entonaron lúgubres gemidos sobrenaturales.

Cuando todos los gritos se apagaron por fin, los trasgos guerreros restantes dejaron caer sus armas. Despacio, muy despacio, el círculo que formaban los espíritus de la ciénaga se abrió. Vacilantes al principio, los trasgos avanzaron hacia la abertura. Al cabo de un momento, echaron a correr y se dispersaron por las marismas, pisoteando el barro con sus pesadas botas.

Los espíritus de la ciénaga permanecieron inmóviles con su siniestro resplandor durante varios segundos más. Después, tan silenciosamente como habían aparecido, se fundieron con los vapores y desaparecieron de la vista. Sólo quedaron los rastros huecos de sus flechas, inscritos en el aire junto al antiguo arco.

Abracé a Hallia con fuerza. Las marismas estaban extrañamente en calma. Juntos escuchamos el sonido de nuestra respiración y de Gwynnia, sin creernos

del todo que seguíamos vivos.

Más tarde, en el silencio, se oyó un nuevo sonido. Procedía de algún punto cercano. Aunque apenas duró un par de segundos, parecía casi una voz. Casi... como un gato que emitiera un solo maullido satisfecho.

27
Su propia historia

Sentado en el suelo junto a Hallia, rodeados por los vapores de las marismas, del mismo modo que los espíritus de la ciénaga sólo unos minutos antes, de pronto recibí un fuerte cogotazo. Me volví y vi a Gwynnia, con sus ojos llameantes fijos en nosotros. Con una mano temblorosa, Hallia le acarició el enorme hocico.

—Lo has hecho muy bien, amiga mía. Aunque no puedas escupir fuego, has luchado como un verdadero dragón. Sí, incluso tu tocaya, la madre de toda la raza de los dragones, se habría sentido orgullosa.

Gwynnia sacudió la cabeza como si se azorara, con lo cual las hileras de minúsculas escamas moradas que presentaba bajo los ojos centellearon como gemas de amatista. También hizo que su oreja flexible azotara su paletilla y proyectara una lluvia de barro sobre nosotros. Riéndose, Hallia le arrancó un terrón de la barbilla. Sin previo aviso, se volvió y me lo lanzó a la cabeza. Me alcanzó en toda la sien.

—Eso —declaró— por llegar tarde.

Antes de que pudiera protestar, acercó mi rostro al suyo. Aquellos ojos de cierva me estudiaron unos instantes. Después, me estampó un blando beso en los labios.

—Y esto por volver a mi lado.

Me aparté, tartamudeando por la sorpresa.

—Tú..., bueno, yo..., esto..., ejem, es...

—Por cierto —dijo con determinación—. ¿Recuerdas que había algo que quería decirte? Ahora es el momento.

Dejé de farfullar y sonreí.

Súbitamente pensativa, inspeccionó el lodazal que nos rodeaba y observaba las sinuosas columnas de vapores. Sus dedos pellizcaron el barro a su lado, palpando las cenizas dispersas que constituían los únicos restos de la bola de fuego de Nimue.

—No sé cómo, joven halcón, pero sabía que volverías a tiempo para ayudarme. Pero ¿y los espíritus de la ciénaga? Eso me ha sorprendido.

Asentí.

—También sorprendió a Nimue.

—Nunca había oído contar que hubieran hecho algo por ayudar a otro ser vivo. —Empezó a peinar con los dedos sus enredados bucles—. Por descontado, no a un hombre o a una mujer. Incluso mi pueblo, famoso por su tolerancia, tiene poca hacia los espíritus de la ciénaga. Todas nuestras historias sobre ellos, de la primera a la última, acaban en terror.

Renunció a librarse de aquel modo del barro incrustado en su cabello, y dejó de peinarse; después, me escrutó pensativamente.

—Supongo que es posible que hicieras lo correcto con la llave de mi padre. Tal vez, haya ejercido algún efecto que se prolongue más allá del día de hoy. Tal vez, incluso cambie a los espíritus de la ciénaga, por lo menos un poquito.

—Tal vez —repliqué—. Es difícil saberlo.

Me volví hacia el arco de piedra y medité sobre el Espejo que contenía. Por

debajo de mi reflejo inestable, las nubes de niebla se apiñaban, formaban remolinos y se entretejían, componiendo innumerables formas y pasadizos. Lentamente, ante mis ojos, mi imagen desapareció, para ser reemplazada por algo más. Caí en la cuenta de que era una cara, pero muy distinta de la mía. Pertenecía a un hombre cuya larga y lacia barba se confundía con la niebla: un rostro muy anciano, muy sabio, lleno de pena, angustia y siglos de añoranza pero, al mismo tiempo, con un toque de esperanza. Mientras contemplaba el rostro, por un instante me pareció que me devolvía la mirada. Después, como una nube dispersada por el viento, se disolvió.

Mi mano se dirigió a mi talega de cuero. Busqué en su interior hasta tocar una semilla, pequeña y redonda, que parecía latir como un corazón viviente. Una semilla que podía, algún día, germinar y convertirse en algo maravilloso.

Volviéndome hacia Hallia, reflexioné en voz alta:

—Quizá tuvieras razón acerca de los espíritus de la ciénaga. Se cuentan muchas historias sobre ellos y siempre se contarán. Pero aún están a tiempo de escribir su propia historia. —Inspiré a pleno pulmón—. Con sus propias elecciones y su propio final.

—¿Algún día me contarás todo lo que viste ahí dentro? —preguntó Hallia señalando el arco.

—No, todo no. Pero sí te diré una cosa, lo más importante. —Le cogí la mano—. Era un espejo. Un espejo que no necesita luz.

Al oír la frase, todo su rostro se iluminó.

—¿Y qué se ve en ese espejo?

—Oh, muchas cosas y, entre ellas, a un mago. Sí, el mago en el que un día me convertiré. No porque sea mi destino, entiéndeme, sino porque soy yo. —Me golpeé el pecho—. Mi propio yo, hecho de la misma carne y de los mismos huesos que ahora ves ante ti.

Por el rabillo del ojo, percibí cierto movimiento en el suelo y me volví para mirar a mi sombra. Parecía que me observaba, meneando la cabeza con determinación. Empecé a fruncir el ceño, pero me contuve. Lentamente, asentí.

—Hecho también de la misma sombra.

La oscura silueta dejó de moverse..., de momento.

De repente, oímos un golpe seco en el montículo de turba más próximo, seguido por otro de succión, y un irregular terrón de turba se levantó en la orilla del charco. De debajo del terrón asomó una cabeza redonda, con bigotes... e inconfundible.

El bolarva empezó a decir algo, pero se quedó sin aliento al ver a la cría de dragón. Durante un largo momento nos miró, tironeándose nerviosamente de los bigotes. Al fin habló con una voz arisca.

—Humanasquerosos, siempretan necesitadarse buenun barrofregado.

Los ojos de Hallia brillaron, radiantes como la luz líquida en la que una vez nos habíamos sumergido.

—Eso —respondió— sería de lo más «adorabloso».